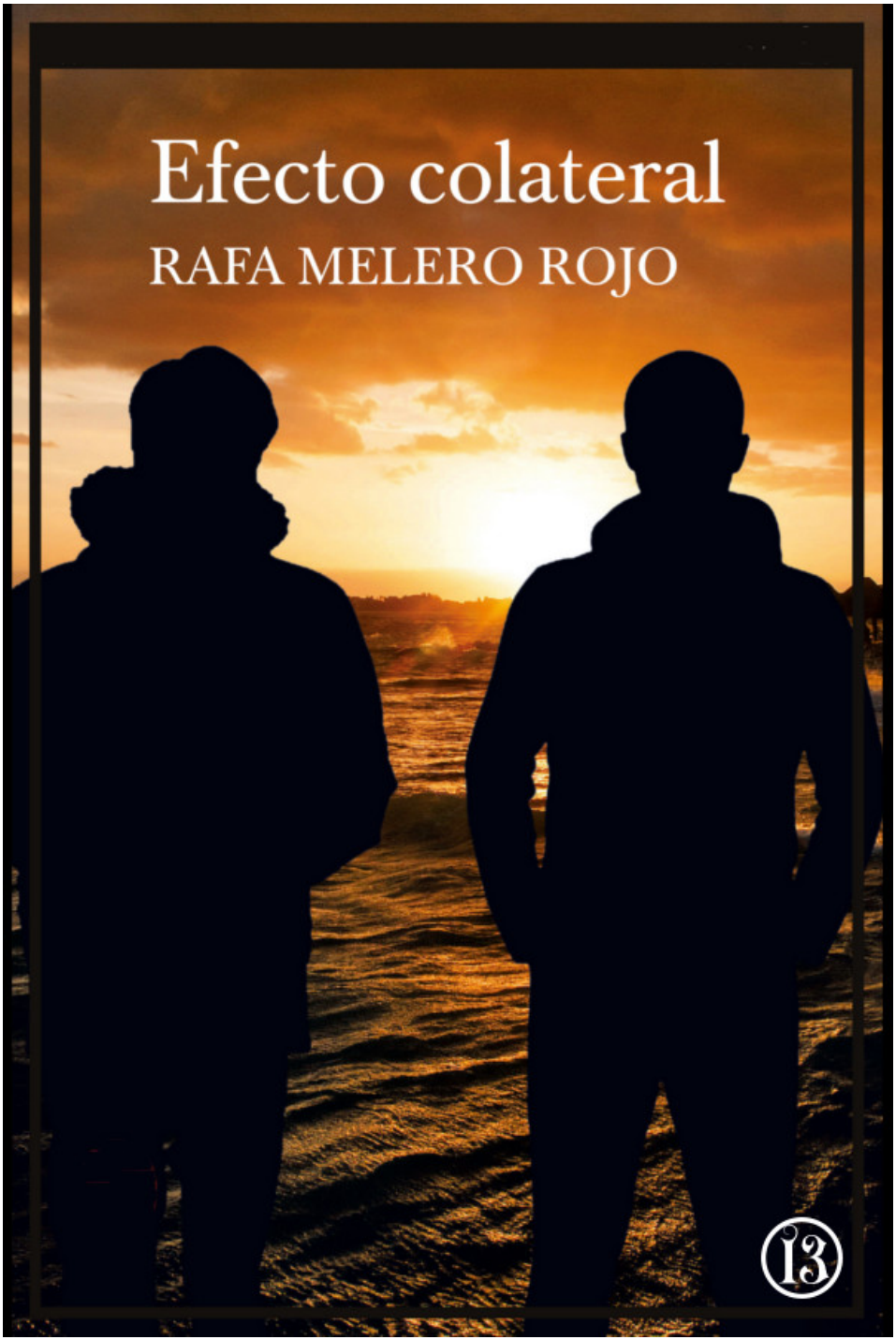
Efecto colateral

RAFA MELERO ROJO



La tranquila vida de Tomás Montes en la ciudad de Lleida da un giro cuando la muerte inesperada de su padre desencadena unos hechos que lo llevan a un profundo pozo y una ineludible solución: la venganza, cueste lo que cueste. Para ello, y con la ayuda de sus amigos de infancia, Antonio y Julián, idean un plan que se inicia con el robo de una misteriosa caja que contiene secretos suficientes como para hundir a gente muy poderosa. Sin embargo, una vez en su poder, se desata una carrera desenfrenada entre las altas instancias del Estado, el legítimo propietario y sus adversarios por recuperar la caja. Porque todos desean controlar su contenido a toda costa y, por supuesto, están dispuestos a cualquier cosa para evitar que salga a la luz. Ahora, desde la distancia que le ofrece la lejana isla de Koh Samui, en Tailandia, Tomás se reúne cada tarde con su amigo Enrique y le cuenta la que es una historia de amistad, lealtad y honor, aunque también de venganza, sangre y muerte. Rafa Melero regresa con una novela coral y una trama ingeniosa que sumerge al lector en una sociedad demasiado sumisa y permisiva a las catástrofes financieras que al final solo afectan a la clase media y a una corrupción política endémica y de difícil solución.

Rafa Melero Rojo

Efecto colateral

Título original: *Efecto colateral*
Rafa Melero Rojo, 2020

Revisión: 1.0
)¡(07.06.2022

Para Josep Forment, siempre con nosotros.

A Juanjo y Cati. Mis suegros. Mi familia

Y un juego vil
que no hay que jugarlo a ciegas,
pues juegas cien veces, mil,
y de las mil, ves febril
que o te pasas o no llegas.
Y el no llegar da dolor,
pues indica que mal tasas
y eres del otro deudor.
Mas ¡ay de ti si te pasas!
¡Si te pasas es peor!

PEDRO MUÑOZ SECA,
La venganza de Don Mendo

Prólogo

Hace un año…

Era tarde. Siempre era tarde para Tomás Montes. Puede que ese fuera el mantra de su vida los últimos años. Eso tenía que cambiar, se repetía mientras caminaba por la calle Bisbe Ruano de Lleida cada vez más seguro de lo que iba a hacer. Más le valía. Estaba a punto de jugarse todo por lo que había luchado en una apuesta donde poco o nada tenía que ganar. Quizás ya no había remedio, pero tenía que hacerlo. En su cerebro se había activado una tecla que le impedía echarse atrás.

Cuando llegó a la puerta del edificio, observó que la custodiaba un mosso d'esquadra de uniforme. Este lo reconoció enseguida. Se conocían después de tantos años de verse por los pasillos de la comisaría, aunque él no sabía cómo se llamaba. Hubiera preferido no tener que cruzarse con nadie, pero eso era casi imposible. El piso estaba custodiado, y cuando ya no lo estuviera, sería demasiado tarde para hacer la jugada que tenía planeada. Le dijo que procedería a una comprobación del entorno del piso a la espera de recibir órdenes sobre lo que se iba a hacer en esa vivienda aquella tarde. No tuvo problemas para acceder.

Subió a la tercera planta en el ascensor, donde coincidió con una vecina que iba al cuarto. Tampoco era eso lo mejor. Otro contratiempo por si las cosas se torcían, pero ya era demasiado tarde para echarse atrás.

Nada más salir del ascensor vio la puerta y la cinta de plástico en forma de equis, con las letras del cuerpo policial, que indicaba que no se podía acceder. También vio los precintos judiciales pegados, que, aunque se trataba de una endeble pegatina blanca

con un sello azul, aquel pedazo de plástico era de acero puro. No lo iba a romper. Eso tiraría por la borda su propósito. Sin embargo, sabía que el piso de al lado estaba en oferta de alquiler. Dirigió su mirada al rellano, hacia la única puerta donde en ese momento vivía un vecino, y, después de pegar la oreja a la puerta para escuchar cualquier movimiento al otro lado, sacó una pequeña pegatina redonda y la colocó en la mirilla. Se puso unos guantes negros de piel.

A partir de ese momento, la cuenta atrás había comenzado. Se dirigió al piso en alquiler y sacó un pedazo de radiografía que llevaba escondida en la chaqueta.

Se agachó un poco para buscar el lugar exacto de la cerradura, a la vez que introducía el plástico negro entre el marco y la puerta. Rezó para que el propietario no hubiera cerrado la puerta con llave y solo lo hubiera hecho dando un portazo. Tuvo suerte, pero le costó más de lo previsto escuchar el «check» y que esta se abriera. Se introdujo rápido y cerró, no sin antes quitar la pegatina de la mirilla del vecino. No podía dejarse nada atrás.

El piso no era muy grande y no le hacía falta recorrerlo. Era idéntico al precintado y él había estado allí unas cuantas horas. Se fue al balcón que daba a un patio interior intentando no hacer ruido. Cuando se aseguró de que nadie estaba observando, salió al exterior, una especie de balcón pequeño, y, sin mirar abajo, por si descubría alguna clase de vértigo no detectado, saltó los escasos cuarenta centímetros que lo separaban del balcón de al lado.

Una vez allí, comprobó que no estaba echado el pestillo. Él mismo lo había dejado así horas antes, pero no podía saber si algún mosso lo había vuelto a poner antes de salir del piso.

Estaba dentro. Sabía que no podía recrearse, así que fue directo a la habitación del inquilino, que en esos momentos moraba en una de las celdas de la comisaría de Lleida. De un bolsillo interior sacó una bolsa de plástico. Dentro había unas braguitas de niña. Eran de una de las víctimas. Llamar «víctima» a una niña de cinco años es quedarse corto. Tomás las había cogido en la inspección ocular entre la ropa sucia que la madre tenía en un cubo para lavar.

Abrió el armario y las metió medio escondidas entre la ropa de hombre. Respiró hondo. Tomás Montes pertenecía al grupo de la Policía Científica de los Mossos de Lleida. Acababa de romper todos

sus límites éticos y morales. Hacía tiempo que algo en su interior se había roto y con esa acción intentaba recomponerse.

El tiempo le iba a demostrar que, para él, seguía siendo demasiado tarde.

1
Otro día más en el paraíso

En la actualidad…

Tomás Montes caminaba esquivando los charcos que la lluvia había dejado momentos antes. Era el quinto día de tormentas y, aunque estas duraban solo unos minutos, descargaban mucha agua. En su querida Lleida, el asfalto ya hubiera absorbido el agua, pero allí algunas calles aún eran de tierra. Estaba muy lejos de casa. Demasiado.

Llevaba dos meses viviendo en la isla de Koh Samui, en Tailandia. Allí el invierno no es tan amargo —ni por asomo— como el de su tierra, donde las nieblas aparecen cada año, pero ahora incluso lo echaba de menos jamás lo hubiera pensado.

Entre aquellos pasos húmedos iba analizando el vuelco que había dado su vida en poco más de dos años.

Siempre se había visto a sí mismo como una persona que la mayoría de mortales calificaría de normal. Sin embargo, hasta ese tipo de personas tienen que estar preparados para los cambios. Y Tom, como lo llamaban sus amigos, no lo estaba. ¿Quién está preparado para perderlo todo? Y no se trataba de dinero, porque ahora lo tenía. Se trataba de su alma.

Tomás llevaba puesta una camisa hawaiana y un gorra de los New York Knicks. Su atuendo terminaba con bermudas y unas chanclas. Tenía el pelo castaño un poco largo y se había dejado bigote por primera vez en su vida, a pesar de haberlo detestado desde niño, con algo de barba de varios días. En ese momento hacía honor a su apodo de su antiguo barrio. Entonces, allí lo conocían

por Magnum. Cosas de los chavales. Visto en perspectiva, no era un mal apodo, pero cuando eres un crío es difícil aceptar sobrenombres que no has escogido tú mismo, y a nadie se le ocurrió llamarlo James Bond. Un día apareció en el colegio con una camiseta que un repetidor calificó de hawaiana y, llamándose Tomás, le cayó Magnum de inmediato. Si ahora lo vieran con ese bigote, algunos de aquellos abusones del colegio quizás sonreirían sin más. Es lo único que queda cuando tu infancia, buena o no, quedó atrás hace ya demasiados años. Así es la vida. Solo entonces eres capaz de echarla de menos.

Cuando a uno le dan tantos palos seguidos, llega el momento de apostar por otras cosas. Y Tom se dejó el bigote. Una tontería más, desde luego, pero puede que en ese momento estuviera pensando en cosas que uno no se plantea nunca si no tiene necesidad. Y él tenía que hacer algo con su vida.

Entre charco y charco, dejó atrás la calle principal de la zona de Choeng Mon Beach y, aún sumido en sus pensamientos, llegó al bar España.

Es un pequeño local a unos trescientos metros de la playa donde se reúnen los turistas españoles a los que les hace gracia visitar algo propio, y por supuesto, también un refugio patrio para los que viven en aquella pequeña isla o solo están de paso. Un lugar de encuentro de los que habitan en tierra foránea. Allí había conocido a los que en ese momento era su círculo de amistades. Principalmente, Enrique y Beatriz. Dos personas que, cómo él, parecían huir de sí mismos y se encontraban buscándose de nuevo.

Detrás de la barra vio a Braulio, un hombre que le habían dicho que era de Sabadell y que por algún tipo de rotura sentimental estaba allí perdido en aquel rincón del mundo. Era el dueño del local y no tenía a nadie a su cargo. Lo llevaba él solo. No hablaba mucho e incluso se podría decir que era algo antipático. La barba poblada no le hacía ningún favor, y a veces parecía un mueble más del establecimiento. Pero era el único garito donde no hacía falta saber inglés para tomarte una copa y comer algo parecido a comida mediterránea.

En el fondo del local solo había dos parejas de turistas que parecían estar de luna de miel. Tomás saludó a Braulio y este, sin mediar palabra, movió la cabeza en señal de buenas tardes. Ya

pasaban de las seis y en breve aparecerían otros turistas en busca de sus cócteles más exóticos. No en exceso, porque Braulio, en la práctica, solo ofrecía un buen café expreso, cervezas de marca impronunciable y bocadillos que, eso sí, untaba con algo parecido a los tomates. Su garito estaba en la zona interior. Allí acababan los que se cansaban de la comida autóctona y buscaban volver a sus raíces por un ratito, aunque fuera corto, y no se les abrasara la lengua con el picante.

Tomás se pidió un café largo con hielo y se sentó apartado. Abrió un libro y se sumergió en él. No pudo avanzar demasiado. Su amigo Enrique llegó poco después. Llamarlo amigo era quizás un poco precipitado, lo había conocido hacía solo un mes y algo, pero en los lugares remotos donde tú eres el extranjero se establecen relaciones con los tuyos de forma automática. Incluso con personas con las que en tu tierra jamás tendrías una relación. Enrique, según le había dicho, estaba allí desde hacía casi un año, aunque se habían conocido solo unos días después de llegar Tom a la isla.

Le había explicado que trabajaba en la bolsa y que, cansado de urbes, se había ido a pasar una temporada al paraíso, como él lo llamaba. De vez en cuanto viajaba a Bangkok para afianzar alguna operación, pero en aquella isla, con una buena conexión a internet, lo tenía todo. Además, le había confesado que era un escritor frustrado y que su ilusión era escribir una gran novela.

Enrique se unió a la mesa donde lo esperaba Tomás, que, al verlo, cerró el libro. Aquel tipo le caía bien. Era solitario como él, aunque parecía estar huyendo de algo. Como todos los que estaban allí. Incluido el propio Tomás. Sobre todo él.

Aún no sabían mucho el uno del otro, pero poco a poco Tom se iba abriendo. Era el típico hombre roto por dentro. Enrique había visto allí ya unos cuantos. Nadie se pierde en el culo del mundo si no tiene fantasmas que ahuyentar.

—Buenas tardes, Tomás.

—Buenas, Enrique —sonrió.

—Te tengo dicho hace días que mis buenos amigos me llaman Henry. De verdad, sé que nos conocemos desde hace poco, pero dos meses… —dijo ante el asentimiento de Tomás—. Pues eso aquí equivale a varios años en la patria.

—Está bien. Buenas tardes, Henry.

—¡Por fin! —exclamó—. Suena mejor que Enrique, ¿verdad?

—Supongo. Y ya que estamos, los míos me llaman Tom. —Le devolvió la sonrisa.

—Vale. Pues Tom a partir de ahora. Por cierto, perdona que te diga, pero te veo peor que antes de irme estos días a Bangkok.

Enrique había estado tres días fuera. Braulio también había cerrado el bar dos días, cosa que hacía a menudo y sin dar explicaciones. Así era la vida allí. Cada uno en su mundo.

—Aquí se tiene tiempo de pensar mucho. Es un ejercicio que no hacía desde hace años. Quiero decir que estar aquí solo, el mar.

—Te entiendo. A mí me pasa igual. Pero Tom.

Tomás lo escudriñó, con la mirada cansada y esperando su pregunta, que quizás era obvia.

—¿Qué te ha traído hasta aquí? Sé juzgar bien a la gente y sé que tú no eres mala persona, pero parece que arrastres el mundo encima de tus hombros. Y se te nota algo más abatido que antes de irme.

Tomás miró a su amigo. Enrique tenía cerca de sesenta años. Las entradas y algo de sobrepeso no lo ayudaban, porque aparentaba algunos años más. Tomás tenía treinta y cuatro, y a pesar de que su aspecto ahora no era el mejor, él sí parecía más joven. Enrique tenía los ojos agrisados y acostumbraba a ir bien afeitado, no tenía excesivo pelo —castaño claro con canas— y debía de rondar el metro setenta.

—Me dijiste una tarde que querías escribir una novela, ¿verdad?

—Así es. Lo de los números me permite vivir, pero eso es lo que me gustaría. Aunque, claro, soy como esos escritores frustrados que no se atreven a empezar.

—Quizás porque no tienes una buena historia que contar.

—Puede que sea eso, no sé.

—Podría inspirarte, yo tengo una buena historia. Aunque no sé.

Tomás, en otras circunstancias, jamás le hubiera contado a alguien a quien apenas conocía el motivo por el que había acabado en aquella isla asiática, pero era una cosa que tenía que soltar. O no podría avanzar con su vida.

—No sé si es el momento —le dijo Tomás—, aunque quizás sí que necesito explicarle mi historia a alguien. Aquí no hay loqueros para eso, ¿verdad? —dijo, intentando sonreír.

—Ayuda, Tom, te lo aseguro —le contestó, obviando su intento de chiste—. Aquí todos estamos por algo —continuó—. Llámalo hartazgo, llámalo cansancio. Nadie se va de su casa por gusto. Cuando estás aquí un tiempo, entiendes un poco a toda esa gente que arriesga la vida en pateras por una vida mejor.

—Enrique…, disculpa…, Henry —le dijo, apretando los labios en forma de mueca—, tú vives en unos apartamentos de lujo, tío.

Este sonrió.

—Sí, claro, no me refería a ellos de manera literal, solo digo que a veces esa vida que conoces y a la cual estás atado se termina y te ves obligado a cambiarla o el camino se puede volver muy oscuro. ¿Por qué te crees que hay tantos suicidios? La gente no da este paso que tú has dado. Hay que ponerle cojones. Saber romper con todo mirando hacia delante donde no se divisa nada. No es fácil. Hace tan solo un par de meses que nos conocemos, pero hemos hablado mucho, Tom. Te aprecio. Y ya ves que por aquí no se hacen demasiados amigos.

Tomás respiró hondo y notó esa necesidad de sacar fuera todo lo que llevaba dentro. Quizás había llegado el momento.

—Espero que no tengas prisa, porque esto va a ser largo. Puede que nos lleve unos días.

—Si es necesario le pedimos unos bocatas a Braulio y cenamos aquí. Me gustan las buenas historias.

—No sé si «buena» es la palabra, pero no te vas a aburrir. Diría que te va a sorprender.

—No me hace falta más. Te escucho.

—Bien. Buf… ¿Por dónde empiezo?

—Como todo en la vida, amigo mío. Por el principio.

2
Por algo hay que empezar

Una vez decidido a contar su historia, Tomás dio otro trago de café y se pidió un agua para suavizar el amargor del líquido negro. La iba a necesitar.

—Verás, creo que será bueno que te haga una introducción.

Enrique asintió, atento a las palabras de Tomás.

—Siempre he creído que toda buena historia que se precie debe tener una desgracia o una desdicha que la preceda. Un prólogo malvado que la introduzca o tan solo pequeñas acciones funestas que sirvan de catalizador hacia algo más grande. Hacia ese final que uno espera. Para bien o para mal, mi historia no es una excepción. En todas ellas existen varias acciones precedentes que en sí mismas no son más que anécdotas para sus protagonistas. En algún caso, ni eso. Solo son viñetas de un cómic que por separado jamás tendrían sentido y que, sin embargo, enlazadas de forma correcta le dan cierto orden al resto de páginas. Es el conjunto final lo que le acaba dando sentido.

—Tío, eres un artista explicando historias.

—Déjame continuar, que aún no he empezado.

—Sí, sí, claro. Adelante —sonrió.

Verás. En la primera de esas piezas, un hombre con más de sesenta primaveras cumple con uno de sus rituales favoritos. Una vez cada quince días llama a un teléfono. Al otro lado de la línea, una mujer atiende a su selecto cliente. Es un teléfono seguro. De hecho, cada semana recibe un mensaje con el nuevo número con el que contactar. El secretismo se debe a que poca gente puede pagar esos servicios y eso exige disponer de total seguridad. Sobre todo

porque ofrecen a sus clientes lo que deseen. Absolutamente cualquier cosa. A este hombre, como a tantos, le gustaban las mujeres. Pero, sobre todo, le gustaban las mujeres jóvenes. Cada vez más y más jóvenes. Como si se tratara de una tabla inversa, cada año que acumulaba en su edad, él se lo restaba a su futura acompañante. Jamás se preguntó de dónde sacaban a tantas chicas, porque no le gustaba repetir, ni tampoco se preguntaba qué vida llevaban esas muchachas. Solo sabía que pagaba, y muy bien, por ese servicio, y para no manchar su alma quería creer que mucho de ese dinero se lo llevaban las chicas.

Esa noche, su acompañante se hacía llamar Raquel. Tenía quince años. Pero su fantasía no acababa ahí. Para completarla le gustaba llevarlas al bosque, no muy lejos de donde él residía, y le gustaba montarlas en su coche. Como cuando era un adolescente salido y no se comía una mierda. El miedo al peligro a ser descubierto hacía que el viejo se empalmara como un colegial sin tener que recurrir a las pastillas azules.

Así que, una noche, en un camino cercano al bosque, su Audi A8 se movía estático en la noche. La luna llena hacía que se pudiera ver el interior del habitáculo trasero del coche y en él la chica se dejaba hacer, sumisa. Que los pudieran pillar le aterrorizaba, pero le excitaba de igual manera. Así que el viejo embestía a la chica por detrás con toda la fuerza que conservaba de una vida de lujos y deportes de ricos. Esos que requieren poco esfuerzo.

Pero, en aquella ocasión, esa circunstancia la aprovechaba un hombre desde la distancia. Utilizando un teleobjetivo y una cámara réflex, le sacó unas fotos muy comprometedoras. La cara de la chica más bien indicaba que era una niña. Al ritmo que iba el viejo, en un par de años ese hombre apostado a una distancia prudencial para no ser descubierto quizás no hubiera aguantado ver allí a una niña de diez o doce años y habría hecho lo que de verdad le apetecía: pegarle dos tiros.

—Joder —exclamó Enrique—. ¿Quién era el tipo de la cámara de fotos?

—Eso más tarde. Aunque la pregunta buena es quién es el tipo que se acuesta con niñas en su cochazo en medio del bosque.

—Vale. ¿Quién es ese? —suplicó con los ojos abiertos como platos.

—Espera, paciencia. Esto apenas empieza. Muy lejos de aquellos acontecimientos, otro hombre observaba el escaparate de una tienda. En él había expuesta una especie de caja ornamentada con animales. Sintió curiosidad por aquel objeto, así que entró para ver las dimensiones de su interior, la tomó en sus manos y solo pensó para sí. Suficiente.

3
Consecuencias anunciadas

Cuando al cabo de unos instantes Enrique tuvo asimilado el inicio de la historia, Tomás continuó:

—Hasta aquí lo que diríamos que es el prólogo.

—Ostras, me encantan las novelas con prólogo y epílogo.

—Pues esto no es una novela, pero es una historia que tiene también una prolepsis.

—¿Una qué?

—Un *flash florward*. ¿Te gustaba *Breaking Bad*?

—Sí, la vi y me gustó mucho.

—En ella, muchas veces explicaban las historias desde el final.

—Ya veo que tú también eres aficionado a las series.

—Sí, y leo bastante, pero me inclino más por el cine y las series.

—Todo es arte. Continúa, por favor, con la ¿prolepsis?

Tomás asintió y tomó un trago de café antes de seguir.

En una especie de patio de origen gótico, el balanceo lento de una cuerda producía un suave sonido. Un nudo de guía la sujetaba a la escalera de piedra atada con convicción y eso aseguraba que no cediera al gran peso que soportaba. Solo se escuchaba eso en aquel lugar. Un pequeño vaivén que la ley de la gravedad se estaba encargando de frenar poco a poco. A lo lejos sí se escuchaba algo de ruido. Golpes y gritos. Pero dentro ese pequeño sonido no molestaba a nadie. Aquel espacio estaba casi vacío. Solo la cuerda, el bulto y un pequeño objeto que alguien había depositado en el suelo. A simple vista era una caja de no más de veinte centímetros de largo por diez de ancho. Estaba decorada por una especie de serpiente de color dorado en la parte superior y con un par de

cabezas de león a cada lado. Era un grabado suave y de buen gusto. A pesar de su aspecto en forma de caja, esta no parecía tener cerradura.

En el exterior, la luz de las farolas iluminaba esas horas de la tarde de los primeros días de octubre y se filtraba por los ventanales. Esos rayos de luz artificial se fijaban en la caja dotando a los tonos dorados de una luz propia, haciendo que aquellos animales esculpidos en madera de nogal brillaran. Parecían muy antiguos, tanto como los secretos que su anterior poseedor anhelaba preservar.

Al fondo, el griterío se hacía cada vez más latente y unos golpes fuertes hicieron retumbar el espacio abierto del edificio gótico.

Al final, la puerta de acceso cedió provocando algo parecido a una explosión que resonó en todo el espacio. Nadie allí se estremeció. Nadie había allí con vida para hacerlo.

De repente, pasos. Gente corriendo. Y más gritos.

Dos agentes de la Policía Local y dos mossos d'esquadra accedieron hasta donde se hallaba la caja. Silenciosa y majestuosa. No le hicieron el menor caso. Si aquel objeto tuviera vida se hubiera fundido en la pena; una madera tan trabajada, obviada como si no existiera a pesar de los rayos de luz artificial que la iluminaban.

Los flashes de las linternas de los policías también la alumbraron, hasta que estos se centraron en uno de los agentes, que a pocos metros estaba vomitando la comida con arcadas descomunales, mientras se ponía de rodillas apoyando las manos en el suelo para no caerse. Otro de los uniformados sintió esa necesidad, pero la contuvo. Era evidente que el motivo del dolor de estómago no era el objeto en cuestión.

Delante de aquella caja, a unos tres metros, colgaba el cuerpo de un hombre. Estaba ahorcado desde el barrote de piedra del patio gótico y sus pies colgaban por completo. Pero, de inmediato, algo descartó el suicidio. Sus tripas colgaban desde sus entrañas hasta tocar el suelo atravesadas por una especie de palo con una tela. No había dudas de que era una bandera, pero, por la sangre y la posición, no podían saber de dónde era.

Los cuatro, con el agente indispuesto levantándose a duras penas del suelo, se apartaron poco a poco, conscientes de que aquello era una escena del crimen y que poco les quedaba por hacer allí. Como

decía un viejo sargento de la Policía Autonómica, en ocasiones, de la medalla a la bronca solo hay una colilla de cigarro. Y esa línea tan fina se cruzaría si los investigadores que se harían cargo del caso encontraban cualquier rastro propio que descuidaran esos agentes, por pequeño que fuera, al permanecer allí más tiempo del deseado. Peor aún si ese rastro les condujera a un indicio falso con semanas de pesquisas inútiles. Y allí, uno de ellos ya había dejado medio almuerzo.

No tenían ni que comprobar si aquel hombre estaba muerto. Había síntomas irrefutables de heridas incompatibles con la vida.

—Vámonos —dijo el que parecía más entero.

Los cuatro empezaron a retroceder poco a poco, pero antes de que llegaran a la entrada para poner cinta balizadora, entraron por la puerta dos mossos de la Unidad de Investigación.

—Lo hemos escuchado por la emisora. A menos de trescientos metros de aquí hay un muerto por herida de bala. Está siendo una noche de locos. ¿Qué tenemos?

—Miradlo vosotros mismos —les dijo el más veterano.

La mossa, que ostentaba el rango de caporal y, por tanto, era la que en ese momento tenía más graduación de todos ellos, dio un paso al frente.

—Poned cinta en la calle. Cortadla si es necesario, pero preservad la entrada. No dejéis pasar a nadie. El sargento está al llegar. ¿Habéis tocado algo?

—No, nada…

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Este ha vomitado allí —dijo un mosso, señalando a su compañero de la Policía Local.

—¡¿En la escena del crimen?! —gritó.

El agente de la Guardia Urbana miró con cara pálida a la caporal y solo le pudo decir:

—No. Solo han sido arcadas. Se lo juro. Yo.

—Todos fuera —ordenó.

Salieron y empezaron a poner las cintas policiales para impedir el paso a curiosos y a la prensa que en breve iba a aparecer por allí. En una zona cercana, alguien había alertado de unos disparos y, aunque no sabían si tenía relación, eso los puso en alerta.

Una vez ya solos en el interior del patio gótico del Institut

d'Estudis Ilerdencs, la caporal y el agente de investigación se acercaron para ver de cerca el cuerpo. Se pusieron los guantes y sortearon, para llegar hasta él, el vómito del policía y aquella caja que seguía allí sin que apenas le prestaran atención. Con sumo cuidado, la mossa puso sus dedos índice y anular en el interior del bolsillo derecho del pantalón del muerto y sacó una cartera que contenía doscientos veinte euros, tarjetas de crédito y toda su documentación. Incluso una nota de despedida escrita a ordenador. El hombre vestía pantalón marrón y camisa blanca con corbata medio desatada. La cara de aquel hombre les resultaba familiar, y el nombre del DNI, también. La chica pensó que era mejor esperar a sus jefes y a la comitiva judicial antes de tocar más el cadáver, así que dejó la cartera en el suelo y se dirigió al mosso.

—Empieza a poner marcadores en el suelo y. ¿Qué coño haces, Alfredo?

El mosso, como hipnotizado, observaba entre sus manos aquella caja que seguía reluciendo por la franja de luz que aún entraba pálida por la ventana rota.

—¿Eh?

Ese grito le hizo volver.

—Mierda —dijo al verse con aquello en las manos.

—Deja esa mierda de caja en el suelo donde estaba, ¿quieres? Ya tenemos bastante sucia la escena.

El mosso obedeció, y la dejó en el lugar exacto donde creía que estaba originalmente.

—Lo siento. Es que esta.

—Venga, vente para acá, que tenemos trabajo.

El agente obedeció, pero en su interior empezó a despertar algo que no sabía explicar. Por algún motivo que no adivinaba, tenía que saber qué diablos había dentro de esa caja.

4
Preámbulo a una tragedia

No había duda de que Enrique estaba entusiasmado con el relato que le ofrecía su amigo. Aquella historia estaba superando sus expectativas y cada vez tenía más ganas de que avanzara la historia.

—Un muerto de inicio. Joder, Tom. ¿Dónde te metiste? —preguntó sorprendido.

—¿Te asusta? ¿Quieres que siga?

—Por supuesto. No soy poli —dijo, soltando una carcajada.

Tom permaneció serio.

—¿A qué viene esa cara?

—Nada. —Dio otro trago al café—. Sigo. Unos meses antes de que la policía encontrara ese muerto y de que le hicieran las fotos a aquel viejo, nos reunimos con unos amigos en el despacho de Julián. Es abogado.

—Los odio —exclamó Enrique.

—Este era legal. Bueno… —Se lo pensó mejor—. Era mi amigo —dijo Tomás, más molesto por la interrupción que por el comentario.

—Sigue por favor, intentaré no interrumpirte.

—Como te decía.

Estábamos en la oficina de Julián con mi otro amigo Antonio. Luego te hablaré de él. El hecho es que los dos estaban preocupados por mí. Hacía ya casi dos años de la muerte de mi padre. Aquí conviene decir que mi padre casi ejerció de segundo padre de todos, en especial de mi otro amigo Riki. Te hablaré de él más adelante. También hacía unos meses que me había quedado sin trabajo. —Hizo una pausa como si le costara continuar—. Cuando entré en el

despacho, los dos me estaban esperando. Quien abrió la conversación fue Julián, antes incluso de poder sentarme.

—Tom, no puedes continuar así. Lo estás perdiendo todo. Y no podemos permitirlo.

—Lo superaré, siempre lo hago, pero es que está siendo muy duro. Por mi culpa.

—Lo sabemos —intervino Antonio—, pero lo superarás con nosotros. Mira.

Me enseñó una fotografía que tenía sobre la mesa donde se veían a siete hombres y dos mujeres. Era una instantánea recortada de un diario. Julián la observaba en silencio esperando mi reacción. Después sacó un rotulador rojo de un cajón y dibujó un círculo alrededor de una de las personas retratadas.

Señaló con el dedo índice su rostro y arrastró hacia mí la fotografía mientras le daba la vuelta para que pudiera ver las caras de aquellos individuos.

—Es este. Tiene que ser este. Llevamos tiempo esperando la oportunidad y ha llegado.

—¿Estás seguro? No sé, tíos, lo que dijimos aquel día puede que no tuviera sentido, puede que no.

—Si de verdad quieres hacerlo… —me interrumpió—. Este es nuestro hombre. Necesitas el dinero, ¿verdad?

Los tres guardamos silencio unos instantes.

—Solo dime si podemos —le dije a Julián.

—Va a requerir sacrificios, pero tenemos los contactos y los medios. Y tú, aunque ahora no lo veas, eres muy bueno en tu trabajo. No te costará planificar los pasos.

Los tres permanecimos otra vez en silencio. Sabíamos que nos metíamos en un asunto feo. Supongo que los tres vimos que yo necesitaba darle sentido a mi vida, y si no hacía algo al respecto, jamás lo superaría. Y ellos, bueno, qué voy a decir. Ellos eran mis amigos.

—Han pasado años. Han hecho lo que han querido y nadie ha hecho nada. Además, está él —les dije cuando apareció en mi mente esa persona a la que odiaba—. Yo necesito hacerlo —les insistí por última vez—. Pero ¿estáis seguros de querer hacerlo vosotros? Va a ser peligroso.

Antonio sonrió y me puso la mano en el hombro.

—Vamos allá.

Detrás de la valla empieza todo

Tomás volvió a beber otro trago del café, aunque ya solo quedaba algo de hielo en el vaso. Se pidió otro, junto a la cerveza que se pidió Enrique, y esperó a que se fuera Braulio a su hábitat, detrás del mostrador, antes de continuar.

—¿Hacer qué? Tío, me tienes en ascuas.

—Calma, Henry.

—¿Quiénes eran los de la foto? —Se detuvo un momento—. ¿Quién es ese que tu amigo señaló con el rotulador?

—Todo a su tiempo. Vamos por partes. ¿Te acuerdas del viejo del principio?

—Sí, el de las putitas.

Tomás suspiró. No le había gustado el adjetivo y Enrique lo notó.

—El de las niñas, perdona.

—Vale. Supongo que allí fue cuando de verdad empecé a ver que donde me metía era un camino sin retorno. Así que, llegado el momento, no fue fácil tomar la decisión final. Como verás más adelante, estaba a punto de cruzar una línea que había jurado no traspasar jamás.

«¿Estás seguro de que quieres hacerlo?» Esas palabras de mi amigo Julián resonaron en mi memoria varios días. Pero tenía que hacerlo. Yo era un hombre con principios a punto de pisotearlos por completo. Cosa que ya había hecho meses atrás. Así que la respuesta a mi propia pregunta también tenía una sola respuesta. Sí. Un sí seco y rotundo.

Llegado a ese punto de mi vida, no tenía vuelta atrás. Llevaba

demasiado tiempo atrapado en una mezcla de melancolía y tristeza que me estaba consumiendo por dentro. No se me notaba en exceso. Siempre he sabido mostrar mi mejor cara hacia fuera. Siempre se me había dado bien venderme. Quizás en otra vida hubiera sido un vendedor de primera, pero no me dediqué a eso y, en esta, mi realidad me definía como un hombre sin futuro y, además, sin trabajo. Todo tiene un límite y el mío había vencido justo dos años atrás. Mi amigo Julián siempre decía: «Hay un dicho que dice que en esta vida todo se arregla con dinero. Y si no se arregla con dinero, se arregla con mucho más dinero». Bien es cierto que mi cabeza no la ocupaba en exceso algo tan mezquino como la pasta, pero no podía negar que Julián tenía razón. Me hacía falta dinero. Mucho dinero. Y eso, si lo quieres rápido, no se consigue con un trabajo, aún menos si no lo tienes. De todas formas, lo que me mantenía en vela todas las noches no era esa falta de recursos, ni que me estuvieran a punto de desahuciar, sino la pérdida, el dolor, pero, sobre todo, saber que detrás de esa pérdida había alguien con nombre y apellidos. Y que, en parte, yo tenía un buen grado de culpa. O puede que toda.

Sin embargo, todo tiene un inicio, y este llegó cuando menos lo esperaba. Cualquier persona sabe que un día su padre tendrá que morir, es ley de vida, pero cuando murió mi padre no fue como lo había imaginado. Fue repentino, inesperado y muy doloroso, dejándome una profunda herida abierta. Esa que me llevó a romper mi ética profesional con unas consecuencias irreparables.

A partir de ahí, todo fue cuesta abajo y sin frenos.

En esa caída seguí buscando el modo de remontar y de hallar la paz que las circunstancias me habían negado. Y, por qué no decirlo, encontrar la venganza que primero deseé con odio, luego soñé con amargura y al final imaginé con la calma necesaria.

Y a ese punto llegué sin apenas darme cuenta.

Nos encontramos en una acera, delante de un muro de piedra, un rejado metálico y una enredadera.

Saltarlo o no decidiría mi destino. Si lo hacía, me iba a meter en el lado contrario de todo aquello que había defendido tantos años.

Enrique le dio otro trago a la cerveza y, ante esas últimas palabras, miró a Tom con expectación. Se daba cuenta de que, a pesar de que le caía muy bien y que parecía de fiar, no sabía mucho

de él y la historia lo embriagaba cada vez más. Siguió atento.

—Era una decisión vital y Antonio, que me conocía bien, notó aquel momento de duda. Permaneció a mi lado esperando. En ese punto, a veces aún me preguntaba cómo había acabado allí, sin embargo, observando la calle desierta, me convencí de que no había marcha atrás. Era ahora o nunca. Era avanzar o hundirme.

Visto en perspectiva, era sencillo. Se trataba de vivir o morir.

—Joder, Tom. No has hecho más que empezar y ya estoy alucinando. Tengo mil preguntas —dijo Enrique.

—Mejor las dejas para cuando acabe. Te cuento la historia así porque, si no, no le encontrarías sentido. Por eso tengo que ir poco a poco y paso a paso. Ya verás cómo luego todo encaja.

—Vale, OK. Perdona otra vez. Sigue. Estabas delante de un muro con la intención de saltarlo.

Así era. El aire era frío, pero no era eso lo que me paralizaba. Miré a mis dos compañeros, que esperaban mi movimiento. El problema era tener la certeza de que iba a traspasar esa línea moral. Eso era cosa de los malos, de los criminales. De los desechos de la sociedad. Y en eso me podía convertir casi sin quererlo. Estaba a punto de saltar una valla. Y allí, en ese punto, mi vida iba a cambiar. Esos dos metros separaban un antes y un después. Esa medida, casi estándar, podía decidir mi futuro.

Antonio me miró de nuevo. Notó mis dudas. Iba a apoyarme hiciera lo que hiciera. Luego dirigió la mirada hacia Lucas, que cargaba con el equipo más pesado. Eran las tres y media de la mañana y hacía rato que la patrulla de los Mossos se había ido. Ya no volvería. Lo teníamos muy estudiado. Habíamos hecho saltar la alarma de la casa dos veces. Y en las dos ocasiones, los agentes habían venido y despertado a su propietario. A distancia y con unos buenos prismáticos, vimos quejarse al viejo ante la pasma. Aunque desde la central de alarmas de la empresa de seguridad les habrían asegurado que todo estaba correcto, la conclusión a la que esperábamos que llegaran era que el sistema fallaba. Y la conclusión del propietario tenía que ser que si no desconectaba la alarma no iba a dormir. O eso o saltaríamos la valla y en cinco minutos estaríamos rodeados de polis.

«Todo en la vida tiene un riesgo. Hasta cruzar la calle», me repitió Julián en mi mente. Entonces me vi en aquella acera oscura

dispuesto a saltar. «El riesgo es la propia vida», me dije a mí mismo. Salté y me encontré por primera vez en el lugar donde años atrás había estado tantas veces. Pero ahora en el otro lado.

Estaba en forma. Aterricé en el suelo, ya en el interior de la propiedad, sin dolor excesivo en las plantas de los pies ni en las rodillas. Oí un ruido amortiguado a mi lado. Antonio era más alto y más pesado que yo, pero había saltado bien. Algo más de ruido hacía Lucas, por el peso de la mochila que llevaba. Se subió a la valla y nos pasó la bolsa. Pesaba mucho más de lo que aparentaba. Un sonido metálico salió del interior. Nos quedamos parados en silencio agudizando el oído.

Silencio.

Nos acercamos a la ventana de la parte trasera. La casa era de piedra, como todas las de la zona exclusiva de esa población pirenaica. Pero no tenía rejas. Allí no solían haber robos y con la alarma se sentían seguros. Había una portalada de madera. No era difícil forzar el cierre. Llevábamos muchas herramientas. Incluso un revólver de balines. Esperaba no tener que utilizarlo, pero una vez dentro estaba dispuesto a todo. Sabía bien que en esos casos los policías responden con unos pocos recursos enviando a las patrullas más cercanas a la alarma. Un par como mucho. Si enseñábamos la pipa, aunque fuera falsa, responderían con todas.

Aparte del pasamontañas y unos buenos guantes, las gafas de sol nos iban bien para acabar de ocultar el rostro ante las cámaras. Ninguna de ellas grabaría más que a tres sujetos vestidos de negro. Como mucho, con una altura aproximada. Si todo iba bien, con eso no nos podían identificar y lograríamos nuestro objetivo. Al menos de esa primera parte.

Una vez dentro, la cosa ya no era como la imaginábamos. Estaba tan oscuro que empezamos a tropezar con las sillas y objetos que había por el suelo, por lo que decidí quitarme las gafas de sol. Lucas no lo hizo. Llevaba unas no muy oscuras que no le afectaban. Me paré en el centro del salón y les indiqué con un gesto que no se movieran. Hicimos lo que había visto tantas veces en las pelis. Pararnos hasta que nuestros ojos se acostumbraran a la oscuridad y, a la vez, poder escuchar el silencio. Recuerdo que el corazón me latía con fuerza. Lo notaba en el oído derecho como si se me fuera a salir del pecho. Solo era una palpitación. Calma. Allí en la planta de

abajo de la casa no había nadie. Era lo previsto. Y con el rato que había pasado, si el hombre hubiera dejado la alarma conectada ya estarían allí los Mossos. Eso nos hizo respirar un poco más tranquilos. Me alivió ver que no era tan difícil si tienes un buen plan inicial y te ciñes a él. Los buenos, los profesionales, lo hacen así y casi nunca los pillan.

La primera vez que habíamos hecho saltar la alarma, esperé en el coche con mis cascos puestos y envuelto en la música de Depeche Mode, y desde la distancia había visto llegar a los coches patrulla. Para esa primera parte del plan, Antonio se había acercado a la casa y había tirado adentro un gato. Lo habíamos *adoptado* el día anterior en una protectora de animales utilizando un nombre falso —al animal no le iba a pasar nada, los gatos saben caer, siempre lo hacen de pie, aunque, eso sí, a pesar de los guantes, Antonio había venido con algún arañazo—. El gato, una vez en el interior, solo con moverse había hecho saltar los volumétricos y los sensores de movimiento, así que, un par de minutos después de llegar Antonio a nuestra posición, los polis habían aparecido alertados por la central de alarmas contratada por el propietario. «Buena respuesta policial», pensé en aquel momento. Siete minutos. Desde donde estábamos, a casi un kilómetro, sabía que la policía no nos vería si no hacíamos movimientos extraños. Después de hablar con el propietario y acceder a la zona de la entrada, los agentes salieron, apagaron las luces azules de emergencia de sus coches y se marcharon.

La jugada la habíamos repetido una hora más tarde.

Otro gato.

La respuesta había sido parecida, pero esta vez ya solo había aparecido un coche patrulla. Incluso habían estado menos tiempo. El viejo estaba cabreado, o eso parecía por los gestos, y eso, junto con la falta de sueño, haría que bajara la guardia. Así que, siguiendo a la perfección con el plan previsto, había desconectado el sistema de intrusión pensando que fallaba. Sin embargo, seguro que no había hecho lo mismo con las cámaras de grabación exterior. No podíamos saber si dentro de la casa también había alguna, por lo que, mientras subíamos por las escaleras hacia las habitaciones donde esperábamos encontrar al tipo durmiendo, íbamos con sumo cuidado para no hacer nada raro que luego

supusiera que alguien nos identificara. Creíamos que la caja fuerte estaría abajo —y por eso habíamos dejado allí la mochila de Lucas con el equipo—, pero no podíamos buscarla ni abrirla sin hacer ruido, por lo tanto teníamos que inmovilizar primero al propietario. Esa era la parte difícil y más comprometida. Nunca sabes cómo va a reaccionar alguien en una situación así.

Después de un registro visual, sabíamos que no había nadie más en la casa. Creo que tuvimos suerte. La información era que solía viajar al Pirineo solo, pero nunca se sabe al cien por cien.

Abrimos la puerta del dormitorio y se oyó un ronquido. Nos acercamos con cautela procurando no enfocarle la cara con la linterna, al menos no en ese primer momento, así que dirigimos los focos hacia el suelo. Esa luz se reflejó en la cama y le vimos la cara. La cautela no era amiga de Antonio, y la adrenalina también hacía mella en su paciencia, así que se adelantó hasta él y le puso la mano en la boca. Lo primero que observó el hombre medio dormido fue la sombra de tres tipos en su cuarto. Lo que vi yo fue el miedo en unos ojos azules abiertos de par en par, entre el asombro y el pánico. No le faltaba razón.

6
Siempre hay un porqué

Enrique le indicó que parara un momento. Estaba extasiado por la historia, pero tenía que hacer una pregunta a su amigo y ya no podía esperar.

—Tom. —Después de una breve pausa, arrancó—. ¿A qué te dedicabas? Llevamos muchos días aquí y aún no sé cómo te ganas la vida. Y después de lo que ya me has contado, tengo una curiosidad enorme. Además, llevas aquí ¿cuánto? ¿Dos meses?

—La curiosidad mató al gato —respondió.

—Al gato se lo cargó el perro. Venga, hombre —sonrió Enrique.

Tomás pareció evadirse y sus pensamientos lo llevaron a su otra vida. La que había abandonado hacía ya casi un año.

Recordó que siendo agente de los Mossos d'Esquadra siempre tenía bronca con su caporal en el grupo de la Policía Científica de Lleida, porque este no soportaba que se pusiera los cascos de música para hacer las inspecciones oculares. Ingresó en los Mossos en el año 2005 y consiguió una plaza en la Unidad de Investigación tres años más tarde. Enseguida se especializó en la científica. Le gustaba más esa parte técnica que ser un sabueso. El problema de Tom, como lo conocían sus compañeros, era que tenía un acúfeno en el oído izquierdo que había ido a más. De joven escuchaba la música demasiado alta y ahora, en los ratos de silencio, un pitido agudo le incordiaba a todas horas. En general se había acostumbrado y muchos ratos del día no lo oía, pero cuando estaba solo y en silencio, este volvía en forma de zumbido molesto. Por eso se ponía los cascos con la música a poco volumen, y de esta manera se concentraba en su trabajo. Como era bueno, su sargento solía

mediar entre él y el caporal, aunque la historia no parecía tener fin. Pero lo tuvo, y no por los dichosos cascos.

—Fui mosso d'esquadra durante once años —dijo Tom de repente.

La cara de Enrique no expresaba mucho, pero no sonreía como lo hacía momentos antes.

—Lo estaba imaginando, sabes mucho de seguridad y, siendo catalán, apostaba por los Mossos, pero ¿qué te pasó? ¿Ya no lo eres? —dijo casi incrédulo.

—No. Te lo aseguro. Ya no soy policía. Ni por asomo.

—Pero no lo entiendo. No pareces mala persona. ¿Cómo acaba así un policía?

Tomás retomó en su memoria unos hechos que aún le resultaban dolorosos. Puede que no estuviera preparado para explicárselos a nadie. Hacía casi un año que Tom no tenía trabajo y, por lo tanto, que no llevaba placa ni pistola. Era muy bueno en su oficio, pero no era infalible. Y la realidad era que se encontraba bajo expediente disciplinario cumpliendo una sanción de dos años de empleo y sueldo. Y era muy probable que sus actos le comportaran la expulsión definitiva.

Volvió a aquel piso de Lleida al que accedió por un balcón. Un año atrás, estaba colaborando en una investigación por pederastia de la Unidad Territorial de Investigación, donde un profesor de informática de un colegio había sido detenido tras la denuncia de unos padres. En el teléfono móvil encontraron algunos archivos, pero los niños que aparecían eran extranjeros. Solo por eso ya casi tenían asegurada una condena, pero de los niños a los que cuidaba y que explicaban, a su manera, auténticas atrocidades no tenía nada almacenado en su ordenador ni en ningún otro aparato. El tipo era listo.

Entonces, Tom hizo aquello que jamás se tiene que hacer en una investigación y menos cuando solo eres el agente de la Policía Científica y ni siquiera tienes contacto directo con el detenido. Implicarse a nivel personal. Por algún motivo, ese caso se clavó en su alma. Ni siquiera cruzó palabra con el pederasta. Eso lo hacían los investigadores, que además estaban a punto de lograr una confesión. Pero, claro, sí tenía acceso, porque revisar los vídeos —además, varias veces— que el profesor almacenaba en su casa para

poder extraer toda la información posible era su trabajo. Aquellas imágenes trastocaron a Tomás. Solo un enfermo, un sádico o el mismo demonio podía ser capaz de hacerles eso a unos niños, a veces a bebés, y lo mismo era el tipo que disfrutaba viendo esas imágenes.

Para colmo, los niños, algunos aún en párvulos, no podían prestar un testimonio demasiado esclarecedor y el tipo se iba a ir casi de rositas. Solo le podían imputar la tenencia de vídeos.

En esa época, Tomás atravesaba un momento muy duro, y una rabia incontenible se apoderó de él. Como la juez había autorizado un segundo registro, Tom se adelantó a la comitiva judicial, entró en el piso y puso las bragas de una de las niñas en el armario de aquel cabrón. El problema es que no fue capaz de recordar que uno de sus compañeros había hecho fotos del armario en cuestión. A la defensa no le fue difícil demostrar que aquella prueba no estaba en el registro anterior. El abogado aprovechó la ocasión para poner en duda las demás pruebas de la acusación y el sujeto acabó libre. La había cagado como nunca. En su afán, había conseguido que un pederasta quedara libre. Ni él mismo iba a perdonarse eso, jamás.

Al final, a pesar de que, aconsejado por su abogado y amigo Julián, no confesó ser el responsable, los agentes de Asuntos Internos, en espera de juicio y por la gravedad de los hechos, le impusieron una sanción cautelar —solo tenían las declaraciones de una vecina y de un mosso que lo situaban en el edificio horas antes del registro—. No era su culpa; el propio Tomás, en su situación, habría actuado igual. Pero lo que realmente le abatía eran las consecuencias de su acción. Había librado de la justicia a un monstruo.

Por lo que, de un día para otro, se acabó el trabajo de policía. Se acabó un poco todo y su vida se desmoronó.

Tomás volvió a la conversación con Enrique, que estaba esperando que le contara cómo había acabado con su profesión y en el culo del mundo.

—Hice algo mal hecho y lo pagué. Lo pagué muy caro, pero eso no fue lo peor —reflexionó—. Mis actos tuvieron unas consecuencias devastadoras. —Movió la cabeza negativamente—. Pero no tiene nada que ver con la historia que te estoy contando. Así que esa quizás otro día.

Enrique pareció decepcionado, pero a la vez estaba expectante por saber cómo continuaba, así que pensó que quizás más adelante ya le contaría aquel secreto. La verdad es que era normal que no lo hiciera, en aquella isla todos tenían sus secretos.

7
Todo sale bien después de escuchar a El último de la fila

Tomás se pidió un tercer café y un agua antes de continuar. Braulio, sin decir ni mu, se lo sirvió y volvió a la barra y a la pantalla de su teléfono a la espera de más clientes.

—Vamos, sigue —lo animó Enrique.

En definitiva, el plan nos estaba saliendo bien. No dejábamos heridos, pero tampoco íbamos a lanzar las campanas al vuelo antes de tiempo. Recuerdo que me molestaban los guantes y la redecilla en el pelo que, a la vez, habíamos cubierto con el pasamontañas. La redecilla era para no dejar pelos o, lo que es lo mismo, nuestro ADN por la casa. En el suelo, el hombre, de unos sesenta años, lloraba, pero creo que sobre todo era de rabia e impotencia. No se le podía culpar, le estábamos robando una parte de sus ahorros. Aunque no todos, ni de coña. De hecho, era una minucia. Una vez superado el primer susto había asumido que no lo iban a matar y ahora solo sufría por sus riquezas. El tipejo tenía mucha pasta y además parecía un auténtico gilipollas. Estaba bien atado y no le había dado tiempo a llamar a la policía. Yo no le quitaba ojo a Antonio, que estaba muy nervioso. Era normal, a mí me temblaban hasta las pestañas, pero intentaba que no se me notara. Lo importante era mantener la calma, pero no era tarea fácil. Así que, mientras Lucas le daba a la eléctrica para forzar la caja fuerte, yo seguía intentando respirar bajo el pasamontañas de manera pausada esperando que Antonio también se relajase un poco.

Di un paso hacia adelante y le indiqué a mi amigo, simulando la voz de un extranjero, que fuera a mirar por la ventana. El mierda

del ricachón había confesado rápido dónde estaba la caja fuerte, pero después se había puesto tan nervioso que no había logrado introducir el código correcto. Cuando iba a introducir el tercer intento, pensé que era mejor no arriesgarse por si ese último intento fallido hacía saltar alguna alarma. Y qué coño, para eso habíamos traído un soldador.

Había que ir con cuidado con ese soplete, porque si se le daba demasiada potencia podría quemar el interior con todo lo que hubiera —esperábamos que billetes—. Unos minutos después, Lucas se levantó la máscara antiquemaduras y nos miró a través de su pasamontañas.

Entonces me acerqué y, con algo de esfuerzo y la ayuda de una palanca, logré abrir la puerta metálica de la caja. Allí estaba todo y no se había quemado nada. Respiramos aliviados. Abrí la bolsa de deporte negra que traía y lo metí todo a bulto. No me paré a ver bien qué me llevaba, pero me aseguré de que la caja fuerte quedara vacía. Destacaba, por encima de todo, un sobre amarillo abultado que con toda seguridad contenía billetes y una caja pequeña ornamentada con animales.

El viejo nos miró con cara de rabia asesina. Entonces pareció que intentaba decirnos algo, así que le bajé el pañuelo.

—No os denunciaré, lo juro, pero no os llevéis esa cajita. Llevaos lo demás. Todo… Os daré más dinero —suplicó.

Abrí la bolsa y miré esa caja. Antonio y Lucas esperaron a ver qué hacía. Cerré la cremallera de nuevo y le volví a poner el pañuelo en la boca. Allí lo dejamos entre gritos ahogados.

Intenté no mirarlo a los ojos. Sé bien que eso podía hacer que me recordara por la mirada a pesar de que solo veía mis ojos y estábamos casi a oscuras.

Lucas empezó a recoger el equipo. No podíamos dejar nada. Hoy en día se puede encontrar ADN en muchos lugares. Por las huellas no sufríamos, porque todos llevábamos guantes. Creo que pensamos en todo. Tiempo le había dedicado, la verdad. Antonio, sin embargo, siguió rígido como un palo. Sentía lo mismo que yo, se notaba que no habíamos hecho eso nunca antes. En cambio, a Lucas se le veía suelto, el muy cabrón no parecía que fuera la primera vez que hacía algo así. No las teníamos todas cuando nos lo presentó Julián un mes antes, aunque, a decir verdad, no dijo dos palabras

juntas en toda la noche. En mis primeras etapas como policía de patrullas, había identificado muchas veces a gentuza como Lucas. Y ahora, yo era como él.

Estábamos acabando. Antonio se dirigió a la puerta. Su misión era simple. Una vez atado y amordazado el viejo, teníamos que comprobar que no viniera nadie. Cosa fácil a las tres de la mañana. A esa hora, en una de esas mansiones de montaña solo podíamos esperar alguna patrulla de la poli. Por aquellas calles no se movía un alma.

Antonio nos hizo una seña con la cabeza. No había nadie fuera. Lucas metió su equipo en la mochila y también se dirigió a la puerta. Íbamos vestidos de negro, encapuchados, con guantes y botas militares. Ese último detalle y disimular la voz pensé que nos ayudaría a desviar la atención. Estos golpes los suelen dar exmilitares del Este. Fuera había cámaras. Era básico no mirar hacia arriba, nunca se debe mirar hacia la cámara. Intentamos no hacerlo, a pesar de que era imposible que nadie nos reconociera a simple vista y menos tapados como íbamos. Pensé, cuando lo planeaba todo, en llevarme el disco duro o lo que hubiera, pero hoy en día es posible que todo se halle grabado en alguna empresa de seguridad, o en una nube, por lo que no valía la pena perder el tiempo.

Salimos al jardín. Había una distancia de veinte metros de césped hasta la valla y, con ella, la libertad. El arma falsa no había salido del cinturón. No hacía falta en una casa donde solo vivía un hombre mayor. Además era miércoles y sabíamos que no tenía que recibir compañía femenina de pago hasta pasados otros tres días.

En la calle, a lo lejos, ya veíamos el coche. Una vez fuera del alcance de las cámaras de la casa nos quitamos los pasamontañas para no llamar la atención. Porque tres tipos vestidos de negro con mochilas en aquella zona era como ver a tres barrenderos al final del turno de trabajo desfilando en la cabalgata del orgullo gay. Cantábamos demasiado, pero hasta llegar al vehículo de huida no había otro camino. Por suerte, a esas horas no se movía nada.

Una vez en el coche, con las mochilas en el maletero, nos quitamos una capa de ropa, dejando ver camisas y jerséis de color vivo para pasar algo más desapercibidos. Ocultamos el botín en un agujero disimulado que habíamos hecho en el asiento del acompañante y emprendimos la marcha. Íbamos lentos, pero

seguros. Yo me senté, como en la ida, en el asiento del copiloto (el coche era de Antonio), y pude ver que las manos de mi amigo estaban temblando. Miré las mías y reconozco que también lo hacían, aunque menos. El efecto de la adrenalina estaba actuando. Lucas, detrás, estaba tan pancho.

—¿Cuánto? —preguntó con otro monosílabo en cuanto vio que lo observaba por el retrovisor.

—No lo sé, pero un buen pellizco —le dije.

Sonrió.

—Cuando lleguemos al garaje hacemos cuentas y nos abrimos.

Asintió, y se refugió en la ventana y el transitar del paisaje oscuro. En cualquier otra situación me habría perdido en el teléfono móvil, pero todos nuestros *smartphones* estaban en casa. No llevamos nada que dejara rastro. Debía de ser la primera vez en años que estaba desconectado de mi cacharro.

A través del retrovisor seguí observando a Lucas, que no me prestaba atención. Tenía el pelo negro y largo recogido en una coleta. Pero, sobre todo, vi que sus ojos negros no denotaban nerviosismo y eso me puso en alerta. Si venía de parte de Julián, tenía que ser de fiar. Pero, claro, al viejo también lo había escogido él. O más bien lo había señalado. —Es lo que tiene ser abogado de toda variedad de indeseables, que al final conocen a gente de toda clase —. Enrique dio un trago a la cerveza y pensó en intervenir para recordarle su aversión a los abogados, pero ya lo había hecho antes, así que lo dejó continuar con la historia.

Obvié a Lucas por el momento, porque la situación requería de otras atenciones. Si el viejo era capaz de desatarse solo y llamar a la policía, igual montaban controles en las carreteras. Y tres tipos de madrugada metidos en un Golf de quince años tenían muchos boletos para ganar la lotería policial. Yo lo sabía bien. Tenía la esperanza de que fuera la mujer de la limpieza, tal y como nos habían dicho, quien lo encontrara al día siguiente. La policía no suele montar controles especiales si no tiene conocimiento de delito. La carretera parecía limpia y nos cruzamos con pocos coches. Eso hizo que el trayecto pareciera más largo en sensaciones que en distancia. Eso sí, el soldador parecía estar como si nada. La angustia y los nervios por estar ya en casa me hacían tener muchas ganas de llegar, repartir y así poder irnos cada uno por su lado. Sin embargo,

el tiempo, en aquellas circunstancias, parecía pasar aún más lento. Antonio conducía concentrado, y con eso había conseguido dejar de temblar. Nadie hablaba.

De repente, me acordé de la música. Me encantaba y me relajaba, así que le di al *play*. Empezaron a sonar algunas canciones de El último de la fila. Eso me animó. Era mi grupo favorito y escucharlo me ayudaba a pensar. La mejor elección musical de mi amigo Antonio, que, con los dedos en el volante, empezó en silencio a seguir el ritmo de «Pájaros de barro» de Manolo García.

Un rato después y ya con los acordes de «Músico loco», llegamos al almacén.

A punto de salir del coche, casi me dio un ataque de pánico. El pendiente que llevaba se había enredado con el pasamontañas y al tocarme la oreja vi que no estaba. No dejaba de ser una situación kafkiana. Acabábamos de pegar un palo y lo que de verdad me había dado pavor era pensar que había perdido el único recuerdo de mi madre. Luego vino el sudor frío al pensar que pudiera habérseme caído en casa del viejo, pero como allí no nos habíamos sacado el pasamontañas, eso era casi imposible. Como mucho podría habérseme caído en la calle, mientras íbamos hacia el coche, y esa era una distancia prudencial y no incriminatoria. Volví a respirar al verlo enredado en la tela negra de la pieza de ropa.

Tendría que arreglar ese dichoso cierre, pero como ves, aún sigue igual —le dijo señalándose el pendiente.

Una vez en el parking de mi casa —siguió, después de dar otro sorbo al café—, los tres, sin saberlo, lanzamos una sonrisa de satisfacción casi al mismo tiempo. La puerta automática se cerró poco a poco a la vez que se apagaba la voz de Manolo García.

Estuvimos unos segundos sin movernos dentro del coche y, cuando el silencio fue absoluto, solo roto por la respiración de los tres, abrí la puerta y los otros me siguieron.

Todo había salido a la perfección. Para ser la primera vez, lo habíamos bordado.

8
Hay que estar seguros

Tomás miró el reloj, luego su móvil y después se giró de nuevo hacia Enrique, que también apuraba su vaso de cerveza. Su amigo le había insistido en tomarse unos bocatas, pero él tenía otros planes. Había quedado allí, en el mismo bar, con alguien.

—Me parece que la historia no acaba así, ¿verdad? Porque faltan piezas que encajar. Conozco gente que ha hecho cosas mucho peores y no han acabado en Tailandia.

Tomás sonrió.

—Por supuesto que no. Solo te he contado el inicio. Seguiremos, pero es que he quedado con Beatriz. No creo que tarde.

—Venga, hombre —suplicó—. No me dejes así. Está muy interesante.

—Me caes muy bien, querido amigo, pero no puedes competir con una mujer como Beatriz.

—Ya. Bueno, me conformo si continuamos mañana.

—Sí, mañana no la veré, que quiere hacer submarinismo. Podemos vernos aquí a la misma hora.

De repente se abrió la puerta del bar y apareció Beatriz, que se detuvo y buscó a Tom con la mirada. Lo vio al final del local y lo saludó con la mano. También a Enrique, al que había conocido hacía poco.

Tomás metió la mano en el bolsillo para sacar dinero y pagar la cuenta, pero Enrique se lo impidió. Le cogió la muñeca y le sonrió, pero antes de soltársela le preguntó:

—Vale, mañana seguimos, pero una cosa: el viejo. ¿Quién era el viejo? —preguntó con expectación, implorando que le diera al

menos ese detalle.

Enrique parecía no querer liberar su mano de la muñeca de Tom, pero poco a poco fue cediendo. Con ese gesto, no tenía más intención que hacerle ver las ganas que tenía de saber más. No se hizo de rogar más.

—Era el extesorero de un importante partido político. Creo que debes de saber quién es.

Enrique pareció quedarse pálido mientras Tomás empezaba a dirigirse hacia donde estaba Beatriz.

—Me estás tomando el pelo. ¿El del partido…? ¿A Romero? ¿Le robasteis a Romero? —susurró para que solo lo oyera Tomás.

Este se giró hacia su amigo y sonrió antes de desaparecer por la puerta con Beatriz.

9
La pesadilla continúa

Al día siguiente, por la tarde, Tomás volvió al bar España, donde lo esperaba de nuevo su amigo Enrique. Había pasado el día leyendo y haciendo compras. Nada especial. Vivía en un pequeño apartamento de la misma zona de Choeng Mon Beach e intentaba pasar con poco.

Cuando su amigo lo vio, levantó su cerveza y una amplia sonrisa le iluminó el rostro. De camino hacia su mesa, Tom pasó por delante de Braulio, que apenas lo miró. Le pidió un café y se sentó frente a Enrique.

Esa mañana tenía mejor cara.

—Has trasnochado, ¿eh? Tiene un buen culo esa Beatriz. Y me gusta mucho ese rollo que os lleváis.

Tomás solo sonrió.

Braulio le llevó el café y volvió a la barra.

—Me da igual hasta eso, Tom. Ayer me quedé con la boca abierta. Creo que había leído algo sobre el robo a Romero —le dijo casi susurrando, a pesar de que los otros clientes no podían oírle—. Pero que fueras tú… Es alucinante.

—Bueno. No es para tanto.

—Pero, amigo, eso no se lo tienes que contar a nadie, hombre. Te podrías meter en un lío de cojones.

—¿Más lío que en el que me metí después? Lo dudo. Mira dónde estoy. Además, eres la primera persona a la que le cuento esto. Y aunque nos conocemos relativamente poco, has hecho que pueda confiar en ti. No era tarea fácil, te lo aseguro.

—Te lo agradezco. Aquí es difícil tener amigos en los que confiar

—le dijo casi emocionado.

—Pero ¿no quieres saber cómo continua? Lo del robo solo es el principio.

—Sí, por favor. Estoy en ascuas.

Tomás le dio un sorbo al café.

Al día siguiente del robo, Dolores acudía, con algo de retraso, a su puesto de trabajo en casa de Romero. Había perdido el autobús y, para colmo, desde la parada hasta allí había un buen trecho. Abrió la puerta con nerviosismo porque su jefe era un cascarrabias, y ella necesitaba el trabajo. La casa tenía una entrada enorme y daba a un salón de casi ochenta metros cuadrados. Aquella era la parte que limpiaba al final del día, puesto que siempre empezaba por las habitaciones, sobre todo por la del señor Romero. Este acostumbraba a tener visitas esporádicas que no se molestaban en recoger nada. El resto era un trabajo muy monótono que consistía en sacar el polvo, porque allí solo vivía aquel hombre divorciado.

Fue directa a la cocina atravesando el salón con los auriculares puestos. Por eso no oyó de primeras aquel gemido ahogado y suplicante. Pero el viejo dio una patada a un jarrón chino, que volcó y se rompió en mil pedazos. Eso hizo girar la cabeza a Dolores, que abrió los ojos como platos cuando vio allí tirado a su jefe atado de pies y manos y con un pañuelo en la boca que solo le dejaba emitir gemidos ahogados de desesperación. Después de los gritos de rigor, la mujer se acercó a su jefe con miedo y, cuando empezó a reaccionar, le quitó el pañuelo. Jacinto tenía los ojos inyectados en sangre y los gritos que salieron de sus entrañas asustaron aún más a la mujer. Dolores se acercaba ya a los sesenta años y había vivido de todo. De todo, menos aquello.

Una hora más tarde, en aquella tranquila urbanización del Pirineo de Lleida, se juntaban cuatro coches de los Mossos y una ambulancia.

Jacinto Romero, sentado en su propio sofá, contemplaba aturdido la caja fuerte abierta y cómo los policías de paisano hacían todo tipo de fotografías invadiendo otra vez su intimidad. Un sargento se sentó a su lado mientras un sanitario le tomaba la presión, ya que se había negado a ir al hospital.

—Más tarde, cuando usted se encuentre bien, le acompañaremos a la comisaría a presentar la denuncia, pero le agradecería que nos

avanzara algunos detalles.

El hombre asintió en silencio.

—Le ha dicho a mi compañero que eran tres, ¿es así?

Volvió a asentir pensativo.

—¿Algún rastro que nos ayude de entrada? ¿Idioma?, ¿son blancos?, ¿moros?, ¿del Este? ¿Sabría decirnos?

—Parecían extranjeros. Hablaron poco. No sé —dijo, respirando hondo—. Iban vestidos de negro y el que abrió mi caja fuerte sabía cómo hacerlo.

—¿Sabe qué se han llevado?

—Dinero, un reloj de oro de la marca Rolex y un anillo. Era un regalo de mi mujer, que en paz descanse. Por eso estaba allí. En el cajón de mi dormitorio hay otros dos relojes de la marca Omega, pero ni lo miraron. No registraron las otras estancias.

—¿Seguro? ¿No se han llevado nada más?

La mente de Romero se trasladó hasta verse a sí mismo sentado en su silla del despacho, unas semanas antes, contemplando un *pendrive* plateado entre sus manos. A su lado tenía una pequeña caja de madera ornamentada con animales, dentro de la cual depositó el objeto y luego la cerró. Después lo introdujo todo en su caja fuerte.

—Disculpe —le dijo el policía.

—No, no. Nada más. Lo de la caja fuerte.

El hombre observó cómo un policía rociaba de polvo blanco la caja fuerte.

—No encontrarán huellas. Llevaban guantes.

—Es posible, pero lo hacemos igual. Nunca se sabe… ¿Y las cámaras graban o son de pega?

—Sí, graban, claro —dijo molesto—, y en cuanto pueda estar un poco tranquilo en mi propia casa llamaré a la empresa de alarmas y les haré llegar una copia.

—De acuerdo, no se preocupe, que acabaremos enseguida.

Media hora después, el último policía salía por la puerta. El señor Romero le indicó a Dolores que aquel día quería estar solo y que ya comería fuera. Así que le pidió que se fuera.

Después de eso, volvió al sofá y cogió su teléfono. Hizo dos llamadas. La primera, a la empresa de seguridad (que tenía los días contados por no haber impedido el robo) para pedir la imágenes. La segunda, a una agencia de detectives privados.

Enrique lo miró con cara de póquer.

—A ver, ¿cómo puedes saber tú qué se dijo en aquella casa y a quién llamó? —preguntó medio en burla.

—Bueno, hombre. Es una suposición, claro. No sé las palabras exactas que se pudieron decir, pero por como se desarrolló la historia posterior, por ahí irían los tiros. Estoy seguro. Además, el cómo sé muchas de las cosas que te contaré lo entenderás al final. Como, por ejemplo, conocer la existencia de Los Egipcios. Y no, no me refiero a los faraones. Aunque estos —cerró los ojos y suspiró— también dejaron un buen reguero de cadáveres.

10
Que no me parezco a Magnum, no insistas

Dicen que la vida no suele dar segundas oportunidades y, hasta hace poco, ese dicho lo admitía para mí. Tampoco es menos cierto que los trenes pasan varias veces al día por una misma estación. Al menos una vez al día. Por eso sé que no es bueno aferrarse al pasado. Por muy duro que resulte, siempre hay que seguir adelante. Por desgracia, hacía demasiado tiempo que yo no era capaz de aplicarme lo que tan bien sabía aconsejar a los demás.

Como te he explicado, mis amigos me llaman Tom y en el barrio de Lleida donde me crie me conocían como Magnum. Cosas de críos en la infancia. En esa etapa de mi vida hice tres amigos, Julián, Antonio y Riki. También te he hablado algo de ellos. Estos me llamaron así unos años, pero, a decir verdad, nunca había llevado bigote y, aunque al final sí me había dedicado a perseguir delitos, jamás he conducido un Ferrari. De hecho, desarrollé una fobia a los bigotes que con la edad fui perdiendo. Hasta llegar a esto —se señaló su propio bigote—. Nunca me gustó el mote, pero a Antonio, que vivía cerca de mi casa y que acudía a la escuela conmigo, le cayó un apodo peor. Los alumnos mayores encargados de repartir motes lo declararon *Higgins*. Y, claro, este a lo que le cogió fobia fue a los dóbermans. En fin, vamos a lo que interesa. Reconozco que siempre fui de respuesta rápida y siempre anticipé los peros para dar réplica. No obstante, no me sirvió de mucho cuando la cosa se torció.

En esa época me había dejado el pelo más largo de lo habitual y en lugar de esto —se volvió a señalar el bigote— llevaba algo de barba cuidada aunque muy fina. Me permitía estar en forma,

saliendo a correr casi cada día. Es lo que tenía estar sin trabajo. También leía mucho. Todas la novelas policíacas que caían en mis manos y algunas buenas películas.

Una parte de mi vida se fue en los estudios, que medio acabé. No llegué a graduarme, porque aprobé la oposición de mosso. Poco después, en un traslado, cuando empezaba mis andanzas policiales, llevé a un detenido al hospital. Allí conocí a Ingrid. Qué lejos me parece ahora todo aquello.

Pero vamos más adelante. Después de que me suspendieran de mi trabajo como servidor público, sobrevivíamos con el sueldo de ella. El primer año sin trabajar de mosso hice algunas chapuzas, pero no encontré un trabajo de verdad. Mi cabeza no estaba para nada.

Quizás podría haber encontrado algún curro más estable, pero mi vida estaba vacía. Mi padre había fallecido en… —no encontró las palabras— aquellas circunstancias, después cometí la estupidez con el pederasta y, para acabar de hundirme, en un par de meses el banco nos echaba de nuestra propia casa. Casi se podría decir que de un día para otro mi vida se vino abajo de manera irreversible. Así que, para mí, aquellos acontecimientos fueron el principio del fin de la vida que había llevado hasta entonces. No me quedó otra que aceptar que se había acabado y que por fuerza tenía que ir hacia otro lado. Y en esa nueva vida, Ingrid, la que pensé que quizás era el amor de mi vida, tenía difícil encaje.

Cuando la conocí, creí que había encontrado mi unicornio. Mi alma gemela. Sí, suena cursi, pero yo antes era otra persona. Ella era alguien que sabía lo que pensaba solo con mirarme. Yo la hacía reír, eso se me daba bien en mi vida de soltero, y con ella me empleé al máximo. No la quería dejar escapar. Y no lo hice. Después de todas mis desgracias, seguía conmigo, pero el amor, si es que eso existió en realidad, se había ido hacía ya mucho tiempo. Quizás lo de mi padre fue un mazazo demasiado fuerte. Pero ella no era culpable, a pesar de las circunstancias.

Y entonces vi aquella foto en el diario, unos hombres y mujeres con sus elegantes trajes, y aquel titular que a veces aún me parece borroso. Yo creo que ese fue el día en que mi vida cambió. Tomé una decisión. Y en el centro de todo se hallaba una persona. Y ese centro podía ser perfectamente una diana.

Por cierto, el titular era algo así: «Los directivos del banco rescatado se repartieron una indemnización millonaria».

Ese día se rompió algo dentro de mí. Supongo que igual que a muchos españoles, pero en mi caso…, bueno, continúo.

Seguí con mis pesadillas nocturnas, pero poco a poco las asumí. No puedo negar que no era fácil despertarme empapado en sudor cada noche. Todo el mundo sabe lo reales que pueden llegar a ser los condenados sueños.

Pero el hecho es que un día vi la salida que buscaba y, aunque siempre conlleva un riesgo meterse en según qué asuntos, hice lo que mi conciencia demandaba. Deshacerme de aquello que pudiera lastrarme y tirarme de cabeza. Era solo una conclusión a la que debe llegar cualquiera que busque sacar el cuello a flote. En fin, estoy divagando, vamos a lo que interesa.

Aquella tarde de después del robo tenían que llegar a casa mis amigos y no todos ellos participaban en esta historia.

Sé que no es bueno variar la rutina.

El último jueves de cada mes había partida de póquer en mi casa y, más que nunca, esa semana no íbamos a faltar. Al menos mientras el banco no me echara de mi propia casa. Que ese era mi otro gran problema.

Al mismo tiempo que arreglaba la mesa para la partida, me serví una cola light. Ingrid había salido a cenar con sus amigas. Yo al póquer, y ella a la cena de amigas, que para mí era la cena de las víboras. Sus amigas no me tragaban y era mutuo.

Así lo acordamos hacía un par de años y más o menos así lo cumplíamos. A los dos nos iba bien esa pauta.

Mientras esperaba a que llegaran, le di un trago al refresco. Tenía una docena más en la nevera para mis invitados, junto a las birras. Los aperitivos los traía siempre Julián. Este tenía mi estatura, el pelo oscuro y los ojos verdes. Delgado y atractivo, se podría decir que era mi mejor amigo, aunque en aquel grupo era difícil afirmar eso de manera taxativa, puesto que todos nos conocíamos desde niños. Desde la infancia habíamos crecido juntos en el barrio de la Bordeta en Lleida y años después teníamos alguna que otra juerga memorable que contar. Julián Pelegrí era abogado y, si no fuera porque le daba demasiado a la nariz, habría sido bastante rico.

Eso es lo que tiene trabajar para los vicios. Aunque ya había estado en tres centros para curarse, yo sabía, aunque él lo negara, que ahí seguía. Pegándose sus *tiros* de vez en cuando, creo que menos que en otras épocas, hasta el día que volviera a entrar en esa vorágine que lo quema todo y su familia, si no se había cansado ya de tanto sufrimiento, volviera a meterlo en otro centro.

Luego estaba Ricardo. Al que llamábamos Riki. Era algo más bajo que Tomás y Julián, con el pelo ondulado corto y los ojos marrón oscuro. Era policía local, o como se los llamaba en Lleida, guardia urbano. Vino de niño desde Almería cuando falleció su padre, y su madre encontró trabajo en una tienda del barrio. Con dieciocho hizo la mili en la Guardia Civil, después se pasó a la Policía Local de la ciudad y ahora era un buen padre de familia. Quizás era el más estable del grupo. Alguien a quien no queríamos involucrar en el plan.

El tercero en la partida era Antonio, ya te he hablado de él. Otro de esos amigos de toda la vida. Era el más alto del grupo, con el pelo escaso, tirando a rubio, y algún kilo de más. Con él siempre se podía contar. Su pasión era el cine y le encantaba ir metiendo frases de películas en cualquier conversación. El problema era que también le encantaba fumar porros. Y aunque él lo negaba, le estaba afectando demasiado. Eso, a pesar de lo que se cuenta a nivel popular, te fríe el cerebro. La vida no le había ido del todo mal vendiendo seguros, aunque entonces también estaba en el paro y no le había hecho ascos a un buen dinero sin mucho riesgo, porque, además, su exmujer lo tenía frito a deudas. Sabiendo ahora lo que pasamos el día anterior, quizás se lo hubiera pensado mejor antes de meterse. Pero ya era tarde y creo que tampoco me hubiera dejado solo. En ese momento, ya no había vuelta atrás.

Bueno, a lo que iba, te estaba contando lo de la partida de póquer. Una vez la mesa redonda de la cocina estaba sin objetos, coloqué el tapete de color verde. Luego, las fichas que después cambiaríamos por dinero. Poco pero el suficiente como para darle aliciente al evento. Y por último dejé la baraja de cartas sin sacar de la caja.

A estas alturas quizás lo más pertinente es saber por qué tenía un plan, que no acababa en ese robo que ya te he explicado. Además de mis problemas financieros, la muerte de mi padre me

había afectado muchísimo. Puede parecer un tópico, pero era de verdad una buena persona. Un hombre que se pasó la vida ahorrando para dejarnos, a mi hermana y a mí, algo de dinero cuando él faltase. Ese deseo lo llevó a meterse en un negocio con el banco. ¿Qué podía fallar tratándose de un banco? El negocio se llamaba «preferentes». Así que un hombre de sesenta y cuatro años a punto de jubilarse se encontró con que el propósito de su vida se esfumaba de un día para otro. Eso acabó con él. A todo lo anterior se le tiene que sumar que, sin trabajo, debía demasiadas cuotas al banco por mi casa y que no se lo había contado a Ingrid. Esta aún pensaba que pagaba las cuotas con los ahorros.

Por eso, o hacía algo o en breve sería uno más de esos pobres desgraciados que salen en las portadas de los diarios abandonando su hogar. Suerte que no teníamos hijos por los que luchar, porque en ese caso quizás la alternativa hubiera sido más drástica. Al final, la pregunta era evidente: ¿qué estás dispuesto a hacer para salir del pozo? Pero más importante: ¿qué estás dispuesto a hacer para hacer justicia? La respuesta más inmediata había sido irnos a robarle a un rico. Y, por supuesto, no a uno cualquiera. A alguien que se lo mereciera y que nos proporcionara un propósito.

Perdona, me he vuelto a ir. Sigo con la historia. —Enrique hizo un gesto restándole importancia e invitándolo a continuar.

Mis amigos no tardaron en llegar y se oyó el timbrazo en la puerta. Miré por la mirilla. Ya no me fiaba de nadie. Era Julián, que venía acompañado de Riki. Se habrían encontrado en la entrada.

—Hola.

—¿Qué pasa, melón? ¿A qué viene esa cara si todavía no te he desplumado? —dijo Riki a modo de saludo, mientras entraba hasta la cocina.

—Toma —me dijo Julián.

Me dio una bolsa donde parecía haber algunos bocadillos pequeños para la minicena que íbamos a hacer mientras le dábamos al póquer. Unos minutos después llegaba Antonio. Ya había dejado de temblar. El día anterior, cuando repartíamos la pasta, aún seguía callado. Ahora sonreía. No le iba a ir nada mal esa parte del botín que le tocaba. Había treinta mil euros en metálico para cada uno. Lo dividimos en partes iguales. Nadie protestó. Era una buena suma. Pero en la caja fuerte había más cosas. Así que las medio

repartimos. Lucas se llevó uno de los anillos de diamantes. Antonio otro, y yo, que era quien había ideado el robo, me quedé con otro anillo, el Rolex y la caja. De esa parte iba a salir el pago al colaborador necesario del plan, que era Julián. Todos contentos. No todos los días se gana esa pasta por unas horas de trabajo. Me resultó raro pensar en aquello como un trabajo, pero así es como lo deben llamar los chorizos. Sí, aún me resulta raro.

El único que no era de nuestro círculo de amistades no protestó demasiado al ver los objetos, tenía la misma pasta que los demás, por eso Lucas, a pesar de la impresión inicial, lo manejó todo a la perfección y se fue sin hacer ruido después del reparto.

Cuando nos reunimos por primera vez en el despacho de Julián, teníamos claro que necesitábamos gente de confianza para llevarlo a cabo. La idea inicial era que no participara nadie de fuera. Incluso excluimos a Riki. Para mí era un tema mucho más personal, por lo que tomar la decisión acabó siendo fácil, casi natural, al verle la cara a mi suegro, al que no soportaba, las pocas veces que coincidíamos. Eso acabó de convencerme de que aquello solo tenía un camino. Así que empecé a pensar en ello. Cuando lo tuve claro y los tres expusimos nuestras dudas, vimos que nos faltaba alguien que resolviera el asunto de la caja fuerte. Teníamos que reclutar a un miembro para el equipo. Y no nos hacía falta un reclutamiento a lo *Ocean's Eleven*. Bastaba con buscarlo a través de alguien de confianza, y allí entraba mi mejor amigo. Un buen abogado del turno de oficio con muchísimos contactos. Y con tantos favores a cobrar. Era evidente que Julián era la clave de todo.

Por lo que sabía, el tal Lucas había estado en prisión por violencia doméstica y no fue difícil convencerlo de que podría sacarse una pasta extra. Su primera mujer lo había dejado en calzoncillos, casi de forma literal, después del juicio. Julián nos explicó que creía de verdad que era inocente de aquel delito, o por lo menos que no cumplía con el perfil del maltratador. Pero llegados a este punto, confieso que no nos importó demasiado. Nos valía con que supiera abrir una caja fuerte. Y cumplió.

Antonio, como el propio Julián, también le había dado a la coca, pero sobre todo le daba al hachís, así que se le iba el dinero por los codos. Los dos habían intentado dejarlo, pero ni uno ni otro lo conseguían. Julián les decía que ahora solo le daba de vez en

cuando. Antonio no podía negarlo tan fácilmente.

Lo de cómo saber dónde dar el golpe fue aún más sencillo. Tener a un abogado, que en sus mejores tiempos representó a un asesino que salió libre, tenía sus ventajas.

Tiempo atrás, en un juicio con jurado, Julián logró una absolución asombrosa a pesar de la gran cantidad de pruebas que los acusados tenían en contra. Eso llamó la atención de todo tipo de gente. Pasó unos años en la cima, incluso se fue a un bufete a Barcelona, pero no lo supo administrar y la coca, de nuevo, lo envió de vuelta al plano de los mortales. Y a su despacho en Lleida. Pero, claro, en ese período mucha gente rica e influyente acudió a él y la información que guardaba en su cabeza era una mina. Él nos proporcionó saber cómo llegar a Romero y toda una suerte de información útil que supo a través de un contacto. Una garantía de éxito si lo hacíamos bien. Julián era parte esencial del plan maestro. Así que, estando en el paro y sin otra cosa que hacer, me dediqué a la preparación del golpe como si fuera un trabajo. Así lo hizo aquel atracador despiadado apodado *el Solitario*. Pero nuestro camino no podía ser ese. Estaba desesperado, pero no soy una mala persona. Al menos eso intentaba creer. No me veía matando a nadie. Y por mal que me pesara, ni siquiera a él.

11
Menos póquer y más diversión

Aquella tarde en la partida se notaba la tensión. No reíamos las gracias como de costumbre, ni había chistes graciosos. El que alucinaba más era Riki. No sabía nada y era normal que pusiera aquellas caras al ver las de sus amigos sin saber qué diablos nos pasaba. Al final no le quedó otra que preguntar. Y a nosotros que mentir.

—Pero ¿qué coño pasa hoy? —preguntó mientras subía la apuesta con dos fichas.

—Las veo —le dije, arrastrando otras dos fichas para igualarla.

—¿Qué quieres que pase, Riki? Que nos estás desplumando —le indicó Julián.

—Ya, pero eso nunca ocurre tan rápido, y si Antonio sigue fumando tanto esto va a parecer Londres en pleno invierno de nieblas. Y sabemos de eso, que somos de Lleida. Además, hoy no ha soltado ni una frase de una peli.

Antonio, que llevaba toda la partida casi sin abrir la boca, apagó el cigarro después de darle una calada profunda y le dijo:

—Hoy no hay frases. Eso de que dejaras de fumar te ha vuelto un tiquismiquis, Rikis. ¿Ves?, al menos te hago una rima. Ya lo apago.

Tanto Julián como Antonio, al que casi no le quedaban fichas, asumieron la apuesta de Riki con todas sus fichas. Este los miró, luego a Tomás, y sonrió.

—Está bien, pues ya que esto parece un cementerio, voy con todo y así acabamos.

Puso todas sus fichas en el centro de la mesa con tal ímpetu que

casi tapan las cinco cartas boca arriba con las que se habían de combinar las dos que tenía cada jugador para la modalidad del póquer Texas Holdem al que jugábamos.

En la mesa había: dos ases (de corazones y diamantes), un dos de picas, un tres de corazones y un nueve de diamantes. Y como botín unos sesenta euros, ya que todos comenzamos con quince. En cualquier otra ocasión, aquel dinero bien me serviría para poder comer algo decente en algún restaurante, puesto que hacía tiempo que no me permitía extras, pero ahora, con lo que habíamos sacado el día anterior, podía hasta perder.

Julián mostró sus cartas. Tenía una pareja de nueves, juntando el suyo con el de la mesa. Antonio tenía dos jotas, por lo que ganaba a Julián, que, de manera automática y sin esperar a ver qué teníamos Riki y yo, lanzó sus cartas, maldiciendo. Observé que Riki me examinaba y medio sonrió. En ese momento se lo pasaba bien por primera vez durante aquella noche. Enseñó sus dos cartas. Tenía dos nueves, que, añadidos al que había en la mesa, formaban un trío. Ganaba a los otros dos. Pero antes de llevarse el botín me miró, y luego a los demás. Mientras todos esperaban que enseñara mis cartas, en primera instancia reconozco que dudé. Pero aquella noche tenía muy claro lo que tenía que hacer. Tiré los naipes boca abajo sin enseñarlos y con ese gesto admití mi derrota denotando que no superaba ese trío.

—¡Me cago en la puta, joder! —gritó Riki, mientras levantaba los brazos, exultante, y los bajaba para arrastrar para sí todas las fichas.

—¿Ya estáis listos? Ha sido corta, pero ha merecido la pena. Sesenta euracos para el nene —insistió el ganador.

Julián bostezó y se levantó. Los otros también lo hicieron, mientras el ganador recogía los billetes que guardaban en la caja de las cartas y que se llevaba el triunfador.

—Bueno, me esperan las niñas en casa. ¿Vamos, Julián? —le dijo Riki, a la vez que guardaba el dinero en la cartera.

—No, ve tú, tranquilo. Me llevará Antonio. Hoy me quedo a recoger todo esto.

Antonio asintió.

—Pues nada, nos llamamos, y si no, el mes que viene os desplumo de nuevo. Y a ver si se anima el grupo de WhatsApp, que

parece que está muerto. Esas titis, Toni.

El policía local cogió su chaqueta y, después de un apretón de manos y un par de abrazos, se fue. El resto volvió a sentarse alrededor de la mesa de juego, ahora sin la presencia de un miembro de las fuerzas de seguridad en activo.

—Pensaba que no se iría nunca —dijo Antonio.

—No lo hubiera hecho sin ganar. Ya lo sabéis. Y tenemos asuntos serios que tratar —les dije.

Julián me miró arrugando el ceño.

—Ya veo —me dijo el abogado—. Esto no habría pasado si ayer no hubiera ido bien, ¿eh, colega?

Cogió mis dos cartas que permanecían boca abajo y les dio la vuelta. Sonrió. Después las dejó boca arriba, al lado de las otras. Yo llevaba un as y un tres de corazones, por lo que habría ganado esa mano. Quizás aquella era mi primera mano ganadora en meses, sin embargo todos conocíamos bien a Riki y este no se hubiera ido sin revancha. Esta vez habría ganado con mi full, pero esa noche no era una buena velada de póquer.

12
Lo único que no debían robar

En otro lugar —de hecho, en la casa que habíamos robado el día anterior—, a esa misma hora, Jacinto Romero, extesorero de un importante partido político, recibía la visita de un detective privado de nombre Fidel Albiol.

—Espera, espera, ¿cómo puedes saber eso?

—Ya te lo dije, Enrique. Es mi historia y la cuento a mi manera. Al final lo entenderás. Uno lo acaba sabiendo todo. Ten paciencia, hombre.

—Vale, vale —sonrió divertido—. Sigue, por favor.

—Lo que se dijo dentro, tampoco puedo saberlo, claro, pero más o menos sería algo así.

Romero le abrió la puerta y, sin esperar ningún saludo, el detective se dirigió al salón. Albiol se quitó el abrigo y lo dejó en el perchero de la entrada. Luego, sabiendo de sobras el recorrido, se encaminó hacia donde estaba su anfitrión. Observó que aún no habían limpiado los restos de un jarrón hecho añicos cerca de la chimenea. Tampoco habían arreglado la caja fuerte, que, abierta de par en par y vacía, dejaba claro el motivo de aquel desorden. El viejo lo esperaba sentado en su butaca con una copa de brandi. Vestía con un pantalón gris y una camisa blanca. El hombre se sentó y esperó a que fuera Romero quien le lanzara las preguntas. Lo conocía demasiado bien.

—¿Por qué yo?

—Señor Romero. Usted tan solo acaba de ingresar en las estadísticas policiales sobre robos en domicilio. Y, por lo que veo, por todo lo alto.

—No me lo creo. ¿Es que no ves lo mismo que yo?

—Si quiere me doy una vuelta por el resto de la casa.

—No hace falta, Albiol. Es por eso. No tocaron nada más. Ni mi cartera. Solo lo que había en la caja fuerte.

—Comprendo. ¿Cuánto había?

—Poco. Unos noventa mil.

El hombre arqueó las cejas.

—No es el dinero lo que me preocupa. Es lo que se llevaron de más —dudó—. Se llevaron la caja.

Albiol cerró los ojos y respiró fuerte.

—Le dije que ese no era un lugar seguro. Le dije que se deshiciera de esa…

—Eso ya no tiene arreglo —protestó—. Ahora lo importante es recuperarla. Como sea.

Fidel se levantó y fue hasta la caja fuerte; allí observó los restos de polvo blanco que utiliza la policía para sacar las huellas. Luego paseó la vista por el resto del salón y volvió hacia el señor Romero.

—¿Ha llamado a la policía antes que a mí? —dijo sorprendido, examinando de cerca el polvo blanco.

—No lo he podido evitar. Los muy hijos de puta me dejaron atado ahí en la alfombra y me ha encontrado mi asistenta. No le podía vender la moto de no avisar a la policía cuando ella ha marcado el número de emergencias.

—Ya. ¿Les ha contado…?

—No, por Dios. A ellos solo les he hablado de uno de los anillos y del Rolex de mi difunta esposa. Ese reloj es importante para mí, y cuanto más lo busquen, mejor. Y no, no les he hablado de la caja ni de los otros anillos, uno de ellos bastante peculiar y caro. Eso te lo dejo a ti. Creo que un detective privado hará mejor y más discreta la búsqueda. Y si dejamos fuera a la poli, mejor.

—¿Tiene fotos de los objetos?

—Sí. Te los enviaré mañana al despacho. No los tengo aquí.

—Bien. ¿Y la sirvienta? En muchas ocasiones es de aquí de donde sale la información.

—Dolores lleva conmigo quince años. Investígala, pero lo dudo. Es de total confianza. Y le he visto la cara al encontrarme.

El señor Romero se encendió un puro y con un gesto le ofreció otro al detective. Este declinó con otro gesto.

—Necesito recuperar esa caja. Lo sabes, ¿no?

—¿Sigue guardando dentro…?

—Claro. No la he abierto más, tal y como quedamos.

El detective cerró los ojos y apretó los dientes. ¿Por qué este tipo de gente los contrataba y luego ignoraban sus consejos? Le había dicho muchas veces que se deshiciera de aquella caja. Aunque el problema real era más bien su contenido. «Bueno —se dijo a sí mismo—. Le pasaré una factura enorme.» Aunque a aquel viejo lo que le sobraba era el dinero.

—Mañana tú también tendrás una copia de las cámaras de seguridad, aunque iban bien tapados los muy hijos de puta.

—Está bien. De todas maneras, no saben lo que contiene y, si la rompen, puede que se destruya…

—¡Mierda! —gritó—. No quiero ni pensarlo. Recupérala, ya sabes que te pagaré bien.

—Muy bien. Empezaré por la asistenta. ¿A qué hora viene mañana?

—A ninguna. La he despedido.

13
Cómo se llega a la línea de salida

Uno no se hace delincuente de un día para otro. De hecho, yo hasta hace bien poco, jamás me consideraría ser uno de ellos después de haber enviado a muchos a la cárcel. La de huellas de autor que habré revelado en mi trabajo en la científica… Aun así, después de tantos años de policía, casi puedo afirmar que los conceptos del bien y del mal nada tienen que ver con los de «legal» o «ilegal», ni menos aún con la «justicia» o la «injusticia». En aquel momento, tan solo estaba equilibrando en mi mente la balanza que llevaba demasiado tiempo del lado de las desdichas. Empecé a ver ese camino hacía algún tiempo. Aunque entonces no tenía ni idea de que seguiría por ese mismo sendero.

Un día, en la comisaría, leí una noticia en el diario y me impresionó. Supongo que igual que a cualquiera que pensara que jamás se iba a encontrar en esa situación. Como cuando la gente observa desgracias a su alrededor pero las medio ignora convencida de que eso solo le pasa a los demás.

En aquella crónica del diario explicaban que un barrio de Terrassa estaba padeciendo una ola de atracos a comercios que tenía en jaque a los Mossos d'Esquadra y a la Policía Municipal. Como tenía a mi hermana viviendo allí, la noticia me interesó y luego me preocupó. Ella tenía una pequeña tienda de ropa de hogar, por lo que encajaba en el perfil de ser víctima de uno de esos atracos. La llamé, pero ella, que siempre había sido muy fuerte, le restó importancia. Unos días más tarde leí con alivio que un equipo conjunto de mossos y policías municipales había detenido al atracador. Aunque esa tenía que ser una buena noticia, se me antojó

agridulce. El malhechor resultó ser un trabajador y padre de familia sin antecedentes policiales que por culpa de la crisis habían echado de su trabajo. Cuando se le acabó el paro y se quedó sin ingresos con los que mantener a su familia, no se le ocurrió otra cosa que coger un cuchillo de cocina, un gorro de lana y una bufanda y ponerse a atracar tiendas. Aquello me impactó y, sobre todo, me hizo reflexionar sobre cómo afrontamos los fracasos y, en su caso, las injusticias. Hasta ese momento no creí de verdad que alguien pudiera traspasar esa línea de una manera tan fácil. Yo no tenía alma de atracador, pero esa acción me hizo pensar en lo fino que es el hilo que sujeta nuestras vidas.

Aún me sorprendió más un caso que leí en otro diario y más tarde vi en la tele. Una mujer se cruzó por la calle con el violador, ya condenado, de su hija. Estaba disfrutando de la libertad que le concedía la legislación vigente después de su paso por la prisión y con acceso de nuevo a su pequeña. Así que una señora, ama de casa sin antecedentes y sin ningún comportamiento reprobable en toda su vida, se fue a una gasolinera cercana a comprar una garrafa de gasolina, encontró al violador en un bar y le prendió fuego hasta que murió allí mismo.

Guardé la hoja entera de ese diario en un álbum en el despacho de mi casa. Allí también guardaba otra foto, no tan grande, que fue determinante para mí y quizás la que me acabó dando el empujón. La de los directivos del banco que te mencioné ayer. También guardé la del atracador de Terrassa.

A veces abría el álbum y contemplaba la primera página. La foto de los tipos trajeados y las mujeres con vestidos muy caros. La foto de la inmundicia humana.

Así de fácil se traspasa esa estrecha línea entre el bien y el mal. Sin más, y a veces sin ser consciente de ello.

Mi padre siempre me decía: «Sin prisa pero sin pausa, hijo». Así que, llegado el momento, empecé a tejer un plan. Solo debía tener claro que no me cogieran. Porque las personas como yo no duran mucho en la cárcel. Y como era inevitable tener dudas, me repetía a mí mismo estas historias verídicas que había leído para convencerme de que hacía lo correcto.

Después de que se fuera Riki, nos quedamos un momento en silencio. Luego, yo me había levantado a dar un paseo para despejar

mis ideas, lejos de mis compañeros. En mis pensamientos, algo me devolvió a la realidad.

—Tomás, ¿vienes o no?

Julián estaba esperando que le contáramos cómo nos había salido el asunto. Antonio no le había querido explicar nada para no meter la pata. Pero había confianza. Llegué con las tazas de café a la cocina, que habían medio recogido. «Menos es nada», pensé. Las dejé encima de la mesa, que volvía a cumplir su función, y ellos mismos se sirvieron de la Nespresso.

—¿Cómo fue? Tengo curiosidad. ¿Cuánto?

—Muchos billetes de quinientos, más los extras —le dije, mirando a Antonio, que asentía.

—Pero encontrasteis la caja, ¿no?

—Estaba todo. Además de noventa mil euros en metálico, un reloj y unos anillos de oro y brillantes. No sé qué valor pueden tener, pero viendo el Rolex de oro y los anillos creo que bastante.

—¡Buen botín! No le vendrá de esas al muy cabrón. Pensaba que incluso tendría más pasta. Bien, ¿le disteis su parte a Lucas?

Los dos asentimos.

—Se llevó su parte en metálico y un anillo. ¿Es de fiar el tal Lucas, si es que se llama así?

—No, no se llama Lucas, pero eso es indiferente. Es de fiar. Ya lo hablamos.

—Pues eso tenías que haberlo dicho antes de que nosotros sí le dijéramos nuestros nombres y viniera a mi casa —protesté.

—Os dije que no os preocuparais, ¿no? Os lo repito, es de fiar. Además, le diste su parte, y se fue, ¿verdad?

—Sí, pero…

—Así son los negocios.

—¿Así? Y una mierda, Julián —protestó también Antonio.

—A ver, muchachos. Calma. Además de seguir con el plan, los dos necesitabais el dinero. Tom lo necesita para pagar su hipoteca y, sobre todo…, bueno, ya sabes. Y tú para poder pagar la pensión a tu ex y tus hijos, ¿no? ¿O no era ese uno de los problemas?

—Sabes que sí, pero no mola que metamos a otro y no sepamos ni su nombre de pila real —insistió Antonio.

Julián resopló.

—¿Hizo bien su trabajo?

Los dos asentimos de nuevo.

—Pues ya está. Teníais que llevar a un experto en abrir cajas fuertes o todo se hubiera ido a la mierda si el viejo no la abría. ¿Creíais que se buscan en la cola del paro? No os preocupéis. Si no dejasteis huellas ni nada donde puedan sacar ADN y seguir el rastro, tranquilos. Pero ¿de qué coño hablamos? Si Tom es un experto, joder. Además, llevo demasiados años en la abogacía como para afirmar que el crimen perfecto existe. Y si no existe lo arreglamos en el juzgado. ¿Tienes aquí la caja y el anillo?

—No, lo he escondido todo bien para pasar sin llamar la atención. La sacaré en unos días.

—A brindar, entonces —dijo Julián sonriendo.

—¿Con los cafés?

—¿Y por qué no? *Collons*. Venga, Toni, ¿no tienes nada que decir?

Los dos lo miraron expectantes.

—Pues no se me ocurre nada, pero recordad —dijo, imitando la voz de una persona mayor—. Un gran poder conlleva una gran responsabilidad.

Julián alzó la taza y dijo:

—Eso es de *Los idus de marzo*. No, espera. De una de esas que te gustan a ti. De *V de Vendetta*.

—Yo ni lo intento —dije.

—Pues no, Julián. Es de la peli de *Spiderman*, de Sam Raimi, aunque en realidad debe de ser de Stan Lee, claro —contestó riendo.

Los tres reímos de manera sincera por primera vez esa noche y alzamos las tazas para brindar, pero después de dar un sorbo al café, que ya no estaba demasiado caliente, no hubo sonrisas de satisfacción. Por alguna razón que en ese momento se me escapaba, aquel brindis no era de celebración. El líquido que utilizábamos para ello era demasiado negro.

14
Quise quedarme en aquel punto y la vida continuó sin mí

Aquella noche, Ingrid regresó pasadas las tres de la mañana. Su cena había sido más longeva que la mía. Ella no sabía nada del asunto. Ya no había esa confianza como para confiarle un secreto de ese calibre. Por no saber, no sabía que el banco nos desahuciaba en dos meses si no pagábamos las cuotas impagadas. Y el tema tenía su miga, porque el banco en el que trabajaba su padre de director era el que nos amenazaba con la calle. Nunca me había llevado bien con mi suegro, y eso quizás había ayudado a que nuestra relación que yo llegué a pensar que era para siempre se hubiera deteriorado antes de la cuenta. No dejaba de ser hija única y un mosso d'esquadra, que ni siquiera había querido ascender, no era lo que el patriarca tenía en mente para ella. Menos aún, uno que en ese momento estaba en el paro.

Acabé odiando a aquel cabrón. Y, desde luego, aquel sentimiento era mutuo.

Ella era médica y se ganaba bien la vida, pero cuando nos casamos decidimos que yo pagaría mi hipoteca sin ayuda, no la necesitaba con mi sueldo, y ella pagaba las vacaciones de verano. No podía más que reconocer que gracias a ella había dejado de beber en exceso; de hecho, ya casi solo lo hacía algunos días en la partida de póquer. Eso me permitió ver los efectos que las otras drogas causaban en mis amigos, de forma evidente en Julián, pero sobre todo en Toni. Nunca supe cómo la reina del baile del instituto se fijó en un tipo como yo. Supuse que durante un tiempo fui alguien con algo que ofrecer. Pero en aquel momento, estar sin

trabajo a la vista, creo que precisamente era el motivo por el que no me dejaba. Imaginé que su dignidad le impedía hacerlo entonces, pero ambos éramos conscientes de que tarde o temprano eso llegaría. Cuando una relación que era pura lujuria en sus comienzos llega casi a la abstinencia sexual, la cosa tiene las horas contadas.

Sin hacer ruido, se acostó a mi lado. Noté el movimiento mientras se tumbaba y permanecí callado. Su perfume seguía oliendo a jazmín y me envolvía desde su lado de la cama. Antes de sentirla tan cerca, la había oído entrar en el lavabo de la habitación para desmaquillarse y quitarse parte del atrezo. Simulé estar dormido. Añoré cuando era inevitable que, un día como aquel, ella me despertara ansiosa por hablar conmigo de cualquier tontería y acabáramos haciendo el amor. Por muy tarde que fuera no había nada más importante que nosotros. La oía respirar de manera pausada a un palmo de mí mientras buscaba el sueño.

Solo había unos centímetros entre nosotros.

Una distancia insalvable.

15
El día de mañana

Al día siguiente nos despertamos cerca de las diez. Ella trabajaba por la tarde, tenía la mañana libre, así que iba a excusarme porque debía ir de manera urgente al banco. Y no a uno cualquiera, al que trabajaba mi suegro de director. No entendía cómo aún no le había contado a su querida hija la situación: que estaba a punto de salir de aquella casa expropiada. Aunque era fácil suponer que tenía un motivo rastrero, tal y como era él. Cuanto más tardara en decírselo, más grande iba a ser la hostia, y aún más ese: «Hija, te lo advertí».

No lo soportaba. Y él no me tenía más aprecio. Pero seguía siendo mi suegro y tenía que aguantarlo. No me quedaba otra y, además, ese día tenía ganas de verle la cara cuando me presentase allí para saldar mi deuda. No dejaba de ser otra parte más del plan.

—¿Tienes alguna entrevista de trabajo hoy? —me dijo ella, de repente, mientras le daba vueltas a la cucharilla en el café.

—Lo cierto es que sí —le mentí.

Ella mantenía el pelo largo que tanto me gustaba y las mechas caoba. Sus ojos negros me habían enamorado tiempo atrás, pero ahora solo me miraban con algo parecido a la lástima y eso a mí me mataba.

—A ver si tienes suerte, Tom. No se puede vivir en casa encerrado. Aunque tú estás poco dentro, claro. Ya me entiendes.

—Lo sé. Pero ya sabes lo difícil que está todo, y aún no estamos tan desesperados, ¿no?

Pensé en el tono con que me había salido aquella última frase. Lo estábamos y mucho, y si no fuera porque había hecho algo que jamás pensé que haría, la estocada hubiera sido mortal en pocas

semanas. Ella sonrió de manera algo forzada. La conocía demasiado. Le reventaba que no trabajase. Y más aún que su padre se lo restregara a la mínima ocasión.

—No te preocupes, cielo. Sé que hoy será un buen día.

—¿Te espero para comer?

—No, tranquila. He quedado con Julián y no sé lo que me llevará la entrevista.

Ella bajó la cabeza. La situación era tal que ya ni me preguntaba dónde la tenía, ni de qué iba el trabajo ni nada. Eso al menos hacía que no tuviera que mentirle. Más aún.

16
Los tratos

En un punto de Barcelona, Slobodan y Darko esperaban dentro de su coche. No llevaban mucho rato, cuando al otro lado de la calle aparcó un Mercedes que enseguida reconocieron. La espera no se les había hecho demasiado larga. No había sido muy diferente de cuando trabajaban como policías serbiobosnios en Sarajevo y acudían pacientemente a esperar a los musulmanes para ajusticiarlos. Pero de eso hacía ya mucho tiempo y, con una identidad falsa, ahora eran solo dos trabajadores a sueldo del mejor postor. Es decir, unos auténticos mercenarios.

Al otro lado de la calle, un hombre con traje bajó del Mercedes y se metió en una especie de almacén.

En una zona lúgubre del barrio de la Verneda de Barcelona, un coche de lujo iba a llamar la atención en breve, así que los dos salieron del vehículo y se metieron en el almacén, que tenía la puerta abierta.

Una vez dentro, los esperaba un hombre en la sombra con un maletín. Ya habían trabajado alguna que otra vez para él hacía tiempo y sabían que siempre pagaba. Y muy bien. Por eso no habían dudado en aceptar el encuentro, aunque siempre sospechaban que solo era un intermediario. El hombre, por el contrario, no estaba seguro del todo. El cliente al que representaba exigía el máximo sigilo y, sobre todo, que el contenido de una misteriosa caja robada no saliera a la luz. Eso podría tener consecuencias desastrosas a unos niveles inimaginables. Por eso, en esas circunstancias, quizás era mejor no enviar a los dos sicarios, y hacerlo como se hacía en esos casos: un buen accidente o una muerte natural, llegado el caso

extremo en que se revelara lo que contenía dicha caja. De todos modos, era previsible que se recurriera a aquellos dos matones. Como en tantas otras ocasiones.

Vio llegar a los dos hombres y sintió un escalofrío. Le pasaba siempre que los veía. De la última vez ya hacía algunos años, pero estos seguían en pie de guerra. Eran dos profesionales con una reputación sin tacha para sus contratantes. Vestían bien, no destacaban en la calle. Eran silenciosos en sus asuntos y no dejaban rastro a seguir allá donde pasaban. Era normal, habían sido policías en su país, donde se habían dedicado, mientras ejercían y con una guerra como pretexto, a matar a gente por puro odio. Ahora hacían cualquier cosa por una buena suma. No se les podía negar el buen oficio, puesto que después de más de veinte años en busca y captura internacional, allí seguían; amparados en documentación falsa y siempre siendo muy cautelosos a la hora de trabajar y rendir cuentas. Además, su fama de respetar los tratos los seguía y les proporcionaba nuevos clientes.

Mientras los observaba acercarse, el hombre se dio cuenta de que no tenían mucho más de cincuenta años, por lo que aquello que hicieran allá en su antiguo país había sido con una edad bastante joven.

Slobodan era el más alto. De aspecto rudo, moreno con canas, una pequeña cicatriz en la mejilla y ojos azules. Darko era más bajo, de constitución fuerte con algún kilo de más, con el pelo castaño y entradas. Los dos vestían con pantalón de tela y americana sin conjuntar. No lo más cómodo, pero sí bastante efectivo como para ocultar las pistolas que llevaban a la espalda.

Cuando llegaron a la altura del hombre, se plantaron frente a él y esperaron.

—Esta vez, si puede ser, sin muertos. Solo hay que recuperar una caja. En el maletín tenéis las fotos que necesitáis. Estad atentos al teléfono y os indicaré dónde estará.

—Te saldrá caro —dijo Darko.

—Ya sabéis que el dinero no es problema. Serán cincuenta mil para los dos. Diez mil ahora. El resto por la caja.

Slobodan cogió el maletín y lo abrió. Dentro había un sobre con dinero y otro más grande de color blanco. Dentro, una fotografía de primer plano de lo que parecía ser una caja de madera con una

ornamentación de animales.

—¿Esto es la caja? No lo parece.

El hombre asintió.

—Recuperadla y comprobad que no esté abierta. Con ese dinero tenéis para estar unos días atentos al teléfono y no coger otro encargo.

Se giró para irse, mientras Darko contaba los billetes con agilidad. Abandonó el almacén y se dirigió a su coche para desaparecer.

Dentro, los dos hombres cerraban el maletín y esperaban unos minutos para salir de allí sin que nadie los relacionara a primera vista con su contacto.

Caminaron un rato antes de darse la vuelta, convencidos de que no los seguía nadie y que aquello no era una trampa. Casi al unísono, se giraron, observaron el entorno y se dirigieron con tranquilidad hacia su coche.

—No es un trabajo como los de siempre.

—Es dinero, qué más da.

—Pero ¿eso de saber si han abierto esa cosa…? ¿Una caja?

—No hay problema. Como en Sarajevo. Si se ponen tontos, primero disparamos y luego ya nos lo cuentan.

17
Hay que seguir

Al salir del banco tuve un sentimiento extraño. Acababa de liquidar mis cuentas en números rojos, pero no tenía el alivio esperado en mi interior. Quizás fuera por cómo había conseguido ese dinero, aunque en el fondo sabía que ese no era el motivo. Le habíamos robado a un viejo rico que no perdería más que el orgullo de saberse mortal. Puede que al tipo le quemara saber que le había ocurrido lo mismo que le ocurre a gente mucho más humilde. De hecho, jamás me hubiera planteado robar a alguien al que pudiera poner en una situación peor de la que yo mismo tenía. En todo caso, aquel viejo era solo una parte necesaria en el plan que habíamos trazado. Sin embargo, mi «querido» suegro no estaba esa mañana en el banco, por lo tanto, no le había tenido que ver la cara. Aun así, no creía que pasara mucho tiempo en recibir una llamada. Había liquidado cinco mil euros en metálico y eso llamaría su atención. O eso esperaba.

Era pronto y me metí en el bar Astérix. Mi cafetería favorita en el centro de la ciudad y donde trabajaba Inés. Hacía años que me servía los cafés, pero la conocía casi desde niño. Teníamos la confianza de saber nuestros nombres de pila y bastante de nuestro pasado sin llegar a nada muy personal. Era una preciosidad en el barrio, pero se casó con uno que vivía cerca de su calle y, por así decirlo, tampoco es que fuera el mejor de su casa. También aclarar que era un borracho sin oficio ni beneficio que conoció a la chica de su vida en un momento en el que ella escapaba de un hogar con un padre maltratador. Por aquella época, Mario *el Ronco* se había medio reformado, aunque nunca ocultó su pasión por la cerveza. Y

un poco más tarde, por los porros y la coca. Así que después ocurrió lo que pasa tan a menudo. La cabra tira al monte, y cuando ya lo habían despedido de demasiados trabajos, era muy tarde para ella. La chica más guapa del barrio acabó siendo el sostén de una familia con un hijo pequeño que la ató a un miserable.

Cuando entré, ella me miró con timidez. Siempre era así. Me senté en una mesa al fondo y le sonreí de lejos. Ella bajó la mirada, pero pude ver que me había devuelto la sonrisa. Se acercó y, con la libreta en la mano, me miró.

—Un café solo y un donut. ¿Cómo estás, Inés?

—Bien. Ya sabes, trabajando. Y tú, ¿qué tal, Magnum? ¿Cómo está mi detective favorito? —me dijo, ahora sonriendo ya con más soltura.

—¿Magnum? Hacía mucho que no me llamabas así.

Pude ver que detrás de esa sonrisa arrastraba algo parecido a la nostalgia.

Apuntó el pedido y guardó la libreta en un bolsillo del delantal. Sacó una bayeta y limpió mi mesa. La ayudé levantando el servilletero y no pude evitar fijarme en su muñeca derecha. Su piel tan blanca aumentaba aún más la visión de algo horroroso. Ella vio mi expresión y rápidamente la ocultó con la manga. Se puso roja y aceleró la limpieza. La cogí suavemente de la mano.

—No puedes seguir así, Inés.

—¿Qué? No, no. Me caí y al poner la mano se me dobló —me dijo, con habla nerviosa. Aquella chica dulce había desaparecido.

—No me quiero meter, lo sabes, pero eso me cabrea mucho. Es un puto cobarde.

—Tom, déjalo, por favor —me contestó seria, apartando su mano sin brusquedad pero decidida.

—Está bien. Pero el día que necesites ayuda solo tienes que pedírmelo, tengo un amigo abogado y otro poli. Yo sigo teniendo muchos amigos en los Mossos, y, además, también tengo dos buenas hostias para darle.

No contestó. Solo conseguí ver una mueca de resignación. Al final apareció de nuevo aquella sonrisa y se recompuso.

—De verdad, estoy bien. Ahora te traigo el café.

Se fue y noté un sentimiento de tristeza que me recorrió el cuerpo. ¿Por qué nadie acaba con la persona adecuada? ¿Somos tan

miserables la raza humana que solo vivimos para sufrir? En ese momento solo podía pensar en coger por el cuello al mierda del Ronco. Un elemento que medía apenas metro sesenta, aunque sabía que una vez apuñaló a otro del barrio en una pelea. Eso debía de hacer que ella le tuviera pánico y supongo que su hijo debía de ser su única razón para sobrellevarlo. Yo no era padre y no me podía hacer a la idea. Por desgracia, Ingrid había tenido un aborto del que iba a ser nuestro primer hijo y ese quizás también fue el principio del declive de nuestra relación. Muchas parejas lo superan, creo que la mayoría, pero para nosotros, que ya estábamos tocados, acabó siendo un golpe demasiado duro.

Al tiempo que rememoraba mis propias desgracias, Inés se metió en la cocina y fue Alberto, el dueño del bar, quien me trajo el café y el donut.

Mientras pensaba en que quizás no tendría que haberme metido en la vida de Inés, apareció Antonio. Vestía ropa nueva, había pasado por la peluquería y se había cortado el pelo. A mí también me hacía falta, pero me gustaba llevarlo un poco más largo de lo normal. Y, la verdad, hasta que no me pudiera hacer una coleta no iba a ir al barbero.

—Buenos días.

—¿Qué tal, Toni?

Miró a ambos lados del local asegurándose de que estábamos solos o por lo menos con algo de intimidad.

—¿Has arreglado lo del banco?

—Sí.

—¿Y?

—El hijo de puta no estaba.

—Vaya.

—Sí, pero llamará. Lo conozco bien. Aunque me voy a perder su cara de cabrón al repasar las cuentas y ver las mías saneadas.

—Bueno, lo importante es que ahora no perderás la casa.

Se hizo un pequeño silencio y Antonio volvió a la conversación.

—Ha sido muy fácil, ¿no?

—No tengo intención de hacerlo más, Toni. —Respiré hondo—. Si no tengo otra opción, claro. Pero eso ya es cosa mía. No permitiré que te la juegues más. Lo que queda es muy personal. Puedo hacerlo yo.

—No lo dudo, pero seguiré.

—Ya, pero…

—Tom, tuvimos mucha suerte. Y ahora mismo tampoco podemos cantar victoria. No tenemos ni idea de lo que está haciendo la policía.

—Lo sé, lo sé. No me hagas caso. Cuando acabemos me pondré a buscar un buen curro. Aunque diga Julián que me readmitirán en los Mossos, no sé muy bien cómo voy a volver después de todo.

—Yo ya estoy en ello. Esta tarde tengo una entrevista.

—Pues yo estoy libre…

Mientras el camarero servía el café que se había pedido Antonio, no dijimos palabra. Ni siquiera para hablar de temas triviales. Habernos metido en aquel asunto casi nos obligaba a un secretismo absurdo. Pero, claro, una palabra fuera de lugar podía meternos en un lío, así que ¿por qué arriesgarse?

Cuando el camarero se fue, me acerqué un poco a la mesa para hablar más de cerca.

—Oye, ¿guardas bien el anillo que te tocó?

—Sí, claro.

—¿Sabes dónde llevarlo? Recuerda que fuera de Cataluña, eso es importante, y con el DNI…

—Falso, claro —me interrumpió, mostrándome la cartera donde lo tenía guardado—. No soy imbécil, Tom. Con lo que nos costó encontrar uno perdido y que se pareciera a mí el de la foto.

—Vale, pero espera un poco. Yo también buscaré dónde vender el reloj, pero no ahora.

—Lo sé, lo sé. Las migas de pan, de una en una.

—Eso no es de una peli, ¿verdad?

—Tengo más repertorio —sonrió.

—Claro.

—¿Y la caja? ¿Se la has dado a Julián?

—No, la guardé en lugar seguro. Además, la toqué al llegar a casa y antes la limpiaré bien. Tiene mis huellas.

Se hizo un silencio.

Aquella caja era la clave de muchas cosas. Y para algunos era, directamente, el futuro inmediato.

18
Uno de los nuestros

A esa hora, más o menos, en un despacho de Barcelona se reunían dos personas acostumbradas a juguetear con eso que llaman el poder. Ese al que algunos aspiran pero que pocos llegan a obtener de verdad, y como decía siempre uno de ellos, ¿para qué los votaron, si no?

Allí había uno que ya lo había catado en sus años de esplendor, y el que consume a menudo ese poder ya no quiere otro plato.

Los dos hombres, con trajes a medida, fumaban un par de puros habanos de la mejor calidad. Uno era delgado y el otro acumulaba algo de sobrepeso, no en vano este último se había pasado la vida viviendo de la política de forma exclusiva y, sobre todo, para sí mismo. Cuando le tocó, se apartó algo del partido, pero nunca se fue. Tras su paso por el consejo de administración de un banco, se medio retiró de la primea línea e hizo el camino de vuelta de Madrid a Barcelona. Le dieron un puesto en el Senado que le supo a restos.

El otro era uno de esos delfines políticos nacido de las bases de su partido que rápidamente vio el filón y se acomodó debajo del ala de su mentor. Como buen aprendiz se adjudicó un par de másteres en su currículo que hacía poco había tenido que eliminar de su perfil por la que estaban liando algunos. Ahora esperaba que el partido decidiera ascenderlo por su dedicación a la causa y vivir por y para servir al que había sido su padre político, porque ya se sabe que, en política, los favores, con favores se pagan.

El ambiente relajado en el que vivían se había visto enturbiado por un hecho muy relevante. El extesorero del partido desde hacía

más de veinte años había sufrido un robo. Ya estaba retirado, pero aún guardaba muchos secretos que no convenía que se airearan. Y por lo que sabían, en ese momento, algunos detalles muy relevantes podían salir a la luz en poco tiempo. Por eso hay cosas que no se pueden resolver con la claridad del día. Estas necesitan la oscuridad para permanecer allí. Porque dejarlos al descubierto podría representar un peligro real para aquellos que han vivido amasando fortunas gracias a sus agradecidos votantes.

El mayor se llamaba Amancio Porta. Estaba sentado en el butacón que tenía en su despacho y echaba el humo hacia la ventana, que estaba medio abierta a pesar del fresco que entraba. Medía metro setenta y tenía el pelo canoso, bien peinado y siempre arreglado en extremo. El otro se llamaba Evaristo González, más delgado y más joven, pero sobre todo y por la edad, más ambicioso. Emulaba a su patrón en el partido e intentaba parecerse a él. Eso sí, por su constitución no tenía forma de ganar los kilos que Amancio había amasado a lo largo de los años. Estaba de pie junto a la mesa de su jefe. Notaba el aire fresco, pero también apuraba su puro con dedicación.

Amancio estaba al teléfono recibiendo instrucciones desde Madrid. Por sus gestos, a la cúpula no le había hecho gracia saber que alguien había robado a un hombre que de momento tenían controlado. Colgó y se pasó la mano por la sien.

—Creo que quizás se preocupan demasiado —opinó González—. ¿Qué puede tener Romero que no haya salido ya en la prensa? Y nos han votado igual. Yo no me preocuparía en exceso.

—Cómo me gusta tu mirada inocente. Yo la tuve hace años. Cuando viniste a contarme que quizás le habían robado a Romero, francamente, no te creí, no pensé que fuera tan descuidado, pero me dicen que ha contratado a un detective y que está desesperado.

—Yo jamás te mentiría —dijo algo indignado.

—No se trata de eso, hombre. El problema es con la información, no contigo. Sabes bien que confío en ti.

—Sigo pensando que no puede tener tanto escondido con lo que ya le salió en el juicio.

—¿Que qué puede tener? Mi ruina y la de muchos otros. Y no hablo de los de aquí, esto salpicará a Madrid y ellos lo saben. Según me dijiste, Romero guardaba en una caja ese archivo con datos muy

comprometedores. Y parece que eso ya ha llegado hasta allí.

González frunció el ceño.

—Sí. Eso me han dicho mis contactos, pero yo no sé si…

—Mira —lo interrumpió, dando una calada profunda—. Llevo demasiado tiempo en esto como para no saber que si eso es verdad y esos secretos salen a la luz, nos despedimos de esto —le dijo, señalando el despacho con cuadros modernos, moquetas y muebles de diseño.

—Lo he llamado como me has pedido. No creo que sea tarde, ya sabes que suele ser puntual. Solo te lo decía por si estabas seguro de involucrarlo. Ya sabes que no me fío mucho de él.

—Y haces bien, González. Pero lleva tanto tiempo como yo en esto y está donde está gracias a mí. Y gracias a lo que sé de él. No nos puede fallar.

—Y si lo obtiene, ¿crees que no nos lo hará pagar?

—Él también está en esos documentos —sonrió Amancio.

De repente sonó el teléfono del despacho. González, viendo que su mentor no se movía del butacón a pesar de estar a escasos centímetros, se levantó para atenderlo. La secretaria anunciaba una visita. Le dijo que lo dejara acceder.

Abrió la puerta un hombre de estatura media, rozando los sesenta, con el pelo oscuro, teñido y engominado, y con el porte algo encorvado. Era el excomisario Cebrián. Vestía traje gris, aunque este era más bien de los de tienda en cadena. Observando a los dos hombres fumando tranquilamente, optó por sentarse en el sofá de piel que había a un lado y servirse uno de los caros puros que tenía allí el anfitrión.

—¿Tan grave es? —preguntó al sentarse.

—Han entrado a robar en casa de Romero. Han abierto su caja fuerte.

—Entiendo.

—Parece que se han llevado una especie de caja donde guardaba cosas que no estaría bien que salieran a la luz.

—¿Un robo al azar?

—¿Tú qué crees? Y aunque lo fuera, no podemos arriesgarnos. Por lo poco que sé, los Mossos aún no saben nada. También se han llevado dinero y joyas, podría ser un simple robo, pero mejor no correr el riesgo.

—No tengo influencia en los Mossos. Bueno, no en la gran mayoría de ellos, claro.

—Pues utiliza lo que necesites porque esto no puede dejarse al libre albedrío. Es serio.

—Será caro.

—Si recuperamos esa caja, puede hasta salir barato. Ese es el salvoconducto de Romero. Si lo pierde o sale a la luz, deja de ser intocable. ¿Lo entendéis? Y la segunda opción no nos conviene.

—Alto y claro. Le dedicaré lo mejor que tengo. Y mis mejores contactos.

—Bien, Cebrián. No esperaba menos. Por la cuenta que nos trae a todos. Pero, además —hizo una pausa—, ten cuidado. Si esto llega arriba, enviarán a uno de Los Egipcios.

González abrió los ojos. No los había visto nunca, pero había oído hablar de ellos. Al principio pensó que no eran más que una leyenda negra, pero después supo que algo de verdad había detrás de esa palabra. Durante un tiempo pensó que pertenecían al CNI, pero supo, por una conversación que cazó al vuelo en Madrid, que en realidad era un grupo secreto que nadie sabía bien de dónde colgaba. Pero, eso sí, cuando los enviaban, las cosas se arreglaban de manera mágica. Una embolia, un suicidio o un accidente y todo arreglado. Se aflojó el cuello de la camisa y la corbata.

—Calma y no nos avancemos. Eso no le interesa a nadie. ¿Dónde has dicho? —preguntó el excomisario.

—En una caja. —Y se dirigió a su ayudante—. González, dale los detalles.

—No sé mucho más, pero sí, por lo que he podido saber, Romero guardaba en esa caja un *pendrive* con información comprometedora. Supongo que en breve sabré más.

—Bien, me pondré en marcha. De hecho, iré en persona.

Los tres hombres se quedaron en silencio, solo roto por las bocanadas de humo. Para González, si jugaba bien sus cartas, aquello era una buena oportunidad para dar el gran salto. Para Amancio, la de ajustar cuentas con Romero después de tantos años. Para el excomisario Cebrián, la de cubrir su salida de la policía por la puerta grande de una vez por todas y sacar provecho de una vida guardando secretos y haciendo favores.

Y los favores, con favores se pagan.

19
La esperanza

Recuerdo que al día siguiente, mientras saboreaba un café, pensé que estaba teniendo un buen día. Todo iba bien. Eso era algo anormal en la vida que yo llevaba, pero sabía que en unas horas tenía que volver a casa y reencontrarme con la realidad de Ingrid.

El hecho de saber que de momento no perdería mi casa aliviaba en vano mis pensamientos. Siempre pensé, mientras planeaba el golpe, que había algo de justicia poética en lo que hacía. El plan empezaba por robarle a un rico que sabía que se había aprovechado de su posición y de la crisis para hacerse aún más rico. Me imaginé como un Robin Hood moderno cargado de motivos para hacerlo. Sin embargo, una vez hecha esa parte del trabajo y aún con la intriga de no saber si cualquier día mis propios compañeros iban a asaltar mi casa para detenerme, había algo que no me dejaba disfrutar del éxito. O quizás era solo que no había hazaña que celebrar. Era solo un paso más que tenía que dar. No era un delincuente. Eso me repetía para apaciguar aquella voz interior que empezó diciéndome que aquella empresa era una locura, y que acabé acallando gracias a una buena dosis de desgracias.

Había quedado con mi hermana Laura, a la que adoraba. Ella vivía sola en la que fue la casa familiar. Una vez mi padre falleció, ella volvió de Terrassa. Quedamos en una cafetería cercana al Astérix, llamada Delsams. Era un sitio muy iluminado donde algunos escritores de la ciudad aprovechaban el buen café y el espacio para escribir sus obras.

Sabía que aquella mañana había ido al cementerio a llevar flores a mis padres. Llevaba una temporada muy deprimida. El hecho de

que saliera de casa era una buena señal, y más aún que quisiera quedar en un bar. A ver si por fin las cosas se empezaban a enderezar. Casi respiré con optimismo por primera vez en mucho tiempo. Optimismo cargado de una cautela extrema, pero con unas ganas enormes de estrechar entre mis brazos a mi hermana, cosa que hice en cuanto entró en el bar.

—Si me aprietas más, es posible que me tengas que llevar a casa, Tomás.

La solté como si de repente pensara que se podía romper, aunque solo encontré una sonrisa en su rostro. Estaba muy delgada. No obstante tenía muy buena cara. A pesar de su aspecto, ella siempre había sido muy guapa y esa depresión no empañaba su belleza a pesar de la crueldad de esa enfermedad.

—Me alegro de verte. Te veo bien, hermana.

—Me encuentro bien, aunque cansada.

—Te podría haber acompañado a ver a los papás.

—Necesitaba ir sola.

—Vale. ¿Cuándo tienes la visita con el psicólogo?

—El viernes.

—No fallaré. Estaré allí contigo.

Ella sonrió.

Habíamos quedado en la cafetería de moda del centro de Lleida. Yo iba por mi tercer café, que ya pedí descafeinado.

—¿Cómo va todo, Tomás? El banco…

—No te preocupes, que ya lo he solucionado.

—¿Cómo?

—Me salió un trabajo.

—Pues qué buen trabajo debe de ser.

—Sí, pero, bueno, ya se acabó. Ahora necesito algo más estable.

—¿Qué has hecho, Tomás? —preguntó con voz fraternal.

—Nada que deba preocuparte, de verdad.

Odiaba mentir a mi hermana, pero ¿qué iba a hacer? ¿Decirle que no podía seguir más con la vida que llevaba y que para empezar había atracado a un viejo rico? No. Eso no podía decírselo al menos hasta que pasara un tiempo y ella estuviera mejor. Y yo fuera de peligro, claro. Mientras meditaba todo eso, me fijé en la portada del diario local. En ella venía una imagen del temporal de nieve que azotaba la costa catalana de manera tan extraña. En los

márgenes, en imágenes más pequeñas, había varias noticias breves que al estar el diario del revés no atinaba a ver bien. Ella extendió su mano y la puso encima de la mía.

—No te preocupes, *bro*. Estoy bien. Y me pondré bien. Pero tú no hagas locuras. Papá no lo habría querido.

—Papá se fue, Laura. Perdió el derecho a protestar.

Se hizo el silencio un momento y ella retiró su mano.

—Lo siento, no quería…

—Da igual, pero si no es por él, hazlo por mí. Mírame. Al ritmo que van las cosas, no llegaré a los treinta y cinco y ni siquiera habré cumplido mi sueño de visitar Nueva York.

—No digas eso. Esto solo es un bache. Además, yo te llevaré. Verás que pronto estarás mejor, y yo tendré un buen empleo. De hecho, con lo que he sacado de este, te podría llevar la semana que viene.

Sonrió. Ella sabía que en el fondo yo siempre había sido un soñador y que a pesar de las desgracias lo seguía siendo.

—Te lo prometo —insistí—, y ya sabes que un Lannister siempre cumple sus…

De repente me quedé sin habla cuando me fijé bien en una de las pequeñas fotografías del diario. Le di la vuelta al periódico y me lo acerqué.

—No hace falta que sea un Lannister, casi prefiero un Nieve —bromeó ella, hasta que se dio cuenta de que me había quedado muy pensativo—. Pero ¿qué te pasa? Te has quedado un poco pálido. ¿Qué pone ahí?

Lo dejé en la mesa e intenté sonreír. Laura, en ese momento, no entendía nada. Aquello solo era la constatación de que el asunto no tenía marcha atrás. A los pocos segundos me repuse. No tenía alternativa. Mi hermana no podía sufrir mis errores y, más importante, no se lo merecía. Le cogí la mano y le volví a sonreír. Y casi sin querer me acerqué más y la abracé. Ella, sin soltarme, no pudo evitar mirar el periódico que parecía haber trastocado a su hermano. En la portada nada llamó su atención. Además del temporal de frío y nieve, había una foto de Messi, con su última hazaña futbolística, una del grupo U2 que iniciaban otra gira y, por último, una foto del antiguo tesorero de un partido político al que, al parecer, le habían entrado a robar en su casa dos días antes.

20
El primer bache

Mi hermana se había ido, así que me volví a concentrar en lo mío y decidí caminar un rato por el centro de la ciudad. Antonio no cogía el teléfono y Julián tampoco. Era lo lógico, habíamos acordado eso, pero yo empezaba a impacientarme. Laura se había ido a descansar a pesar de insistir en quedarse conmigo porque no me veía bien. No es que la foto en sí impactara, no era más que una imagen de archivo del viejo, pero algo se retorció en mi interior al ser consciente de que hacía un par de días había tenido a ese tipo atado en su propia casa mientras le robábamos. Quizás empezaba a tomar consciencia de lo peligroso que se iba a tornar todo.

Hice memoria. Una vez marcado el objetivo, averiguado qué coches tenía y sus rutinas, me dediqué a hacer el camino hasta su casa en los Pirineos hasta seis veces haciendo rutas alternativas por si algo fallaba. Le saqué varias fotos a distancia con la cámara con teleobjetivo que me prestó mi amigo Fuentes; ya había utilizado una parecida en los Mossos y no me costó demasiado dominarla. Luego me centré en cómo burlar el sistema de seguridad, hallando la solución en los felinos. Por último, busqué tiendas lejos de mi entorno para comprar los guantes, pasamontañas y los demás objetos para poder dar el golpe. Un día de compras en Zaragoza y todo arreglado. Antonio me había acompañado en casi todas las salidas.

Le habíamos robado a un tipo con muchos contactos políticos de altas esferas. Y a pesar de que ya estaba retirado, no dejaba de ser un conocido personaje público, además, con numerosos problemas judiciales. Había estado, como muchos de ellos, encausado en temas

de corrupción, y como otros tantos había pisado la cárcel de manera fugaz. Pensé que en una época no muy lejana ser concejal de urbanismo o tesorero de un partido político equivalía a tener numerosas papeletas para entrar en un juzgado con las manos atrás. Pero también para hacerse rico y bien visto, y estos nunca entraban esposados en la casa de la diosa Temis, más conocida como la Dama de la Justicia. Era normal que la cosa saliera en prensa. Quizás hasta era bueno. Me tenía que centrar. Eso podía pasar y no alteraba el plan original. Y, desde luego, si me pillaban a mí, yo no me libraría de las manos atrás con las esposas puestas para ver al juez.

Mientras caminaba hacia casa, el teléfono me vibró en el bolsillo y me sobresaltó. Recibí un mensaje de texto de Antonio.

«Estoy liado. ¿Qué pasa? Me has llamado tres veces y no tenías que hacerlo. Te devuelvo el coche en un par de horas.»

Pensé que no iba a decirle nada por un medio que la policía podía pinchar. Algo en mi interior se había activado y una desconfianza desconocida se apoderó de mis pensamientos. Le había dejado mi coche porque él no sé qué tenía que hacerle en el taller.

«Recordad. En el bar de Inés a las 4.»

Antonio respondió con un «OK».

Ese mensaje también había ido al móvil de Julián.

Desde que decidí participar en el robo habíamos hablado muchas veces de no escribir ni hablar nada incriminatorio por teléfono. Eso nos lo decía siempre Julián y yo lo sabía muy bien por el trabajo. Además, toda España había visto en televisión los mensajes de políticos imputados que alguien había filtrado a las cadenas de televisión y que no eran más que extractos de investigaciones de la propia policía. No era lo mismo, claro, pero eso a alguien que jamás se ha visto con unas esposas en las muñecas le da que pensar, sobre todo cuando se está dispuesto a traspasar líneas muy rojas. Antonio jamás escribiría nada en el teléfono que alguien pudiera utilizar contra él y yo tampoco.

Eran casi las dos del mediodía y, después de hacer la última llamada a Julián sin respuesta, decidí que me comería un bocadillo en el Astérix y esperaría allí a mis amigos. En ese momento recordé que Ingrid tenía guardia de tarde en el hospital, por lo que ya se habría marchado de casa y aquella noche ya no la vería porque

llegaría muy tarde.

El calor extraño que hacía en octubre desde hacía varios años me hizo quitarme la chaqueta y llevarla en el brazo. Pensé que quizás tendría que cambiar de *look*. Cortarme el pelo o la poca barba que llevaba. Incluso quitarme el pendiente que tenía de recuerdo de mi madre durante una temporada. O quizás estaba exagerando demasiado. Fuera quien fuera la víctima de nuestro robo, nos había salido perfecto. No podían relacionarnos con el delito.

El dinero, si no lo ha marcado un banco, no es rastreable. Teníamos que guardar bien aquellos objetos, hasta pasado un tiempo prudencial. Con Antonio lo hablaría en un par de horas, pero con Lucas no tenía manera de contactar. Y era prioritario que lo hiciera Julián. Y seguía sin contestar.

Estaba concentrado dándole vueltas a la cabeza a todo lo referente al robo, cuando mi teléfono sonó. Me alegré de ver en la pantalla el nombre de Julián. Apreté el botón verde de mi iPhone con fuerza y contestó.

—Tom. Estaba en el juzgado. ¿Qué pasa?

—Tío, tenemos que hablar. ¿Vas en el coche?

—Sí. ¿No habíamos quedado ya?

—Sí, sí, lo sé.

—Sigue el plan, ¿no teníamos un lugar y una hora para vernos?

—Sí.

—Pues si no me llamas desde una comisaría como petición de tus derechos, déjalo. No hablaré por teléfono, ¿no sabes que ya no es seguro?

—Lo sé, hombre, solo es que…

—Tomás, cálmate. No hay nada de que preocuparse.

—De acuerdo, de acuerdo, es solo que en el diario pone.

—Sobre las cuatro y algo iré —me cortó—. Tú sigue el plan y ya está. Te lo repito. Si no me estás llamando desde la comisaría de los Mossos, todo va bien, ponga lo que ponga el diario.

—Me lo advertiste, pero la realidad supera a la fase teórica en mucho.

—Venga, luego hablamos.

Colgué el teléfono y vi el rótulo del bar Astérix a lo lejos.

21
Monstruos, S. A.

A esa misma hora, dos hombres iban en un BMW por una autopista de peaje. Sabían que seguía siendo un método bastante seguro para viajar y donde suele haber menos problemas, además de no producirse tantos accidentes como en las vías convencionales. Allí los controles policiales eran mucho menores, aunque, eso sí, los pocos que había eran una ratonera. Pagar lo que cuesta una autopista en Cataluña era un peaje pequeño para ellos, sus trabajos estaban muy bien pagados y eran unos profesionales.

Darko conducía con unas gafas de sol muy negras y un cigarro en la boca. Slobodan, que no fumaba, estaba acostumbrado a ese mal vicio de su socio y lo obligaba a ir con su ventanilla medio bajada. No obstante, no acostumbraban a discutir por eso. Sus peleas derivaban de su oficio. En cómo sacar una información, en cómo conseguir armas limpias, sobre cuál era la mejor manera de deshacerse de un cadáver. Esas cosas que la gente normal solo ve en las series o lee en las novelas. Pero ellos eran bien reales. Dos tipos sin escrúpulos que surgieron del desmembramiento de un país que no dudó en someter a una parte de su gente o, dicho de otra manera, a exterminarla. Y todos, absolutamente todos ellos, tienen una historia.

No habían llegado a los treinta años cuando su capitán en la policía los llevó a la ciudad de Foca. La situación en el país era ya caótica, así que sus mandos seguían buscando a gente de confianza y ellos habían demostrado serlo. Al principio eran tres, pero uno de ellos cayó bajo el fuego de un francotirador. Estuvieron dos días esperando el momento, pero consiguieron llegar hasta el nido del

enemigo y una vez allí le hicieron pagar por su amigo. Fue la primera vez que utilizaron la tortura. Y no por sacar información, sino por castigar. Y, en especial, Darko pareció disfrutar con aquello.

El capitán los llevó por zonas seguras hasta un lugar que también controlaban ellos. Era una especie de almacén custodiado por unos militares y, después de algunas comprobaciones, siguieron adelante. El coche se detuvo delante de una de las entradas.

Una vez dentro, siguieron por un pasillo largo hasta una zona de despachos donde las paredes se habían derribado y ahora conectaban entre sí sin necesidad de puertas. La imagen hubiera impactado a cualquier persona civilizada, pero los que viven en una guerra ya pocas cosas les espantan.

En la pared habían clavado una cadena a lo largo de unos treinta metros. Allí se hallaban unas veinte mujeres atadas de una mano a la cadena. Mujeres de menos de treinta años y alguna de no más de quince. Sucias y asustadas, miraron con horror a los hombres de uniforme. Esa vestimenta representa, en cualquier sociedad, un motivo de seguridad y ayuda. O al menos ese es el objetivo que tiene un uniforme policial. Pero allí eso solo representaba el horror. Y ya no importaba el color. Militares o policías eran lo mismo. Para esas y otras tantas miles de mujeres les daba igual quien lo llevara. Solo era un motivo para huir y esconderse. Aquellas pobres mujeres no habían podido escapar de ellos.

El capitán los miró y les dijo:

—Servíos.

Sin decir nada más, él mismo se encaminó hacia la más joven y se bajó los pantalones. La chica, como si fuera un muñeco, se dejó. Para su desgracia, era joven y guapa. Por lo tanto, la más utilizada por aquellos animales. Darko se lo pensó poco. Escogió como quien elige un sabor en una heladería y a los pocos segundos estaba acometiendo a una chica de veintipocos que lloraba de dolor e impotencia. Slobodan tampoco tuvo muchos escrúpulos. Eligió a una chica, la puso boca abajo y la violó sin miramientos. Los llantos de las demás mujeres eran por sus compañeras, pero también por ellas mismas. Allí no se salvaba ninguna. Hacía mucho que no echaban un polvo y aquello les pareció un premio a sus buenos servicios. Además, no eran más que mujeres del enemigo. Nada más

que escoria que solo servía para que ellos pudieran satisfacerse. Ya hacía tiempo que mataban a musulmanes y a cualquiera que se opusiera. Ni siquiera se plantearon si hacían mal. Era lo normal. Incluso les sorprendió que al acabar no les metieran un tiro en la cabeza. Pero, claro, comprendieron que otros esperaban su turno y que, además, podía que su capitán los volviera a llevar allí más veces.

Más de veinte años después de aquellas atrocidades, los dos hombres seguían libres y acumulando méritos para ir al infierno. No en vano eran cristianos, aunque quizás ya ninguno lo recordara.

Slobodan observó un rótulo en la autopista y se acomodó en su asiento. Les quedaba algo menos de una hora de ruta.

Lleida estaba a noventa kilómetros.

22
Esto no estaba en el plan

Llegué una hora antes que mis amigos y me pedí un bocadillo de anchoas y una cola. Inés me sirvió con una sonrisa. La de siempre. Triste y sincera. Esta vez no quise amargarle aún más el día y opté por no incidir en el descerebrado de su marido. Ella no dejaba de ser una persona adulta y, si estaba dispuesta a seguir a toda costa junto a un animal, poco podía hacer yo y bastantes problemas tenía ya como para cargar con otro. No me quedaba otra que desearle suerte y, sobre todo, que un día a aquel animal no se le fuera la mano más de la cuenta y apareciera en el telediario nacional como una negra estadística. Además, ese día mi cabeza no podía repartirse entre ella y mi problema. Solo me despisté un momento para mirar si Ingrid había vuelto a llamar o si me había dejado algún mensaje. No tenía nada, debía de estar liada en la guardia. Recordé que tampoco había respirado mi suegro y a esa hora ya debía de saber que había cancelado la deuda y que su yerno tenía dinero de nuevo. Había soltado la zanahoria de mi plan inicial, que ahora parecía lejano. No es que hubiera olvidado a ese cabrón, pero ahora estaba en un segundo plano y el plan requería toda mi atención.

Todo a su tiempo.

Cuando llegó Antonio, no había sido capaz de acabarme el bocadillo. Pedimos dos cafés y, cuando Inés se fue con cara de preguntarse qué les pasaba a aquellos dos, nos acercamos para hablar en privado.

—Vale, Tom, ¿qué pasa?

—Móviles —dije.

Los dos lo apagamos. Antonio me acercó las llaves de mi coche y las dejó encima de la mesa. Las metí en el bolsillo del pantalón.

—Está aparcado detrás del bar, en la calle del bingo.

Asentí.

—¿Y bien?

—Bueno, mirado en perspectiva no es nada, pero cuando acabe de leer el diario aquel señor, cógelo y lee.

—Hazme un resumen.

—En realidad no tendría que ponerme nervioso, lo sé, ya esperaba que la noticia saltase, pero me ha sorprendido verlo así de golpe en el diario. Hablan de profesionales. Y, claro, verle el careto al tipo en primera página…

—¿De quién estás hablando?

—Pues ¿de quién va a ser?, de Romero. Pone que le entraron en casa y no le robaron más que un Rolex.

Antonio arqueó las cejas.

—¿Qué pensabas que pasaría, Tom? Creía que lo tenías todo planeado.

—Ya, sí —dudé—, no sé. Supongo que no tendría que verlo todo mal, pero algo me ha removido el cuerpo cuando lo he leído. El robo salió bien. No nos pueden identificar. Y sabía bien que una cosa es planearlo y otra llevarlo a cabo. Algo así como pensar y vivir. Pero las sensaciones son muy diferentes cuando te das cuenta de que ya no es hipotético, sino real. Que de verdad está pasando. El hecho de que no se mencione el dinero y los objetos me ha dejado algo descolocado.

—Esa gente tiene muchos recursos, ¿qué va a decir? No les puede hablar de la caja, ¿no?

—No, no puede, creo.

—Entonces ¿qué te preocupa?

—Nada. En fin. Ya me advirtió Julián de que esto podría pasar. Lo dicho, hay que mantener la calma. Todo está bien, pero de momento no te deshagas del anillo. Vamos a frenar el plan un poco. Yo tengo a buen recaudo el reloj y la caja. Después de hablar. ¿A qué viene esa cara?

—Tenías que habérmelo dicho antes. ¿De dónde te crees que vengo?

—¿Has ido a Fraga? ¿No estabas en una entrevista?

—La entrevista fue ayer. Además, ¿qué te iba a decir por teléfono? ¿No quedamos en no explicar nada? ¿Para qué crees que quería que me dejaras el coche? Habíamos acordado hacerlo así. Me han dado mil euros. Pero tengo el tique para recuperarlo hasta los quince días. Puedo volver esta tarde.

—Tío, te dije que esperaras, joder.

—Lo siento, Tom. La verdad es que no pensé que fuera tan importante. Y, sinceramente, desde el principio ya sabes que prefería deshacerme rápido de un objeto robado. Ya está hecho, ¿qué quieres que haga?

—Nada, no hagas nada. A ver si viene Julián y miramos cómo solucionamos esto. No es que cambie nada, pero era mejor no correr tanto.

Mientras lo esperábamos, quien apareció por la puerta fue el marido de Inés. Esta palideció nada más verlo. Venía bebido como de costumbre, aunque no solía venir por allí. Cuando estaba sobrio comprendía que no podía joder el único ingreso familiar que le permitía la bebida y los porros. El problema era cuando la bebida lo pillaba cerca y sus celos enfermizos lo llevaban a ver qué hacía su mujer. Que, por supuesto, para él era de su propiedad.

Se acercó a la barra. En ese momento, ella estaba sola. El dueño debía de estar en la cocina. La chica miró hacia dentro para asegurarse de que este no saliera y Mario le montara una escena. Solo les faltaba perder aquel trabajo.

—Ponme una birra —le ordenó, como si el bar fuera de ella y, por lo tanto, de él.

—Mario, ¿qué haces aquí? Tienes que ir a buscar a Jordi al colegio. Ya lo sabes. Yo estoy trabajando.

—Sí, después.

El tipo, que se había subido a un taburete y con los codos en la barra, se giró para ver el local y observar a los clientes. Una acción habitual para acusarla de engañarlo con cualquiera.

—¿Dónde está el que te follas? No lo veo.

—Por favor, Mario, hoy no, te lo ruego.

—¿Hoy no? ¿Entonces te lo follas mañana? —gritó.

No veía aquella situación desde mis tiempos de patrullero donde acudíamos a lidiar con parejas deshechas y energúmenos como el que tenía delante. Creo que algo se encendió dentro de mí. Me

olvidé de mi asunto y focalicé mis frustraciones en ese tipo. No sé bien por qué, pero de repente me planté delante suyo. Yo era más alto, pero a pesar de ello Mario no se amilanó. Se bajó del taburete y levantó el mentón todo lo que pudo para ganar algo de altura. Entonces me reconoció del barrio.

—Hombre, Magnum. Me vienes bien. ¿Dónde está el que se folla a mi mujer?

Te dedicas a eso, ¿no? Seguro que lo encuentras.

—Estás borracho, Ronco, y tendrías que ir para casa, o como te ha dicho Inés, a buscar a tu hijo al colegio.

—Comprendo.

Con un movimiento más rápido de lo que parecía poder hacer, aunque de manera torpe, me dio un empujón, pero apenas me hizo retroceder. Sabía que el tipo no tenía fuerza pero sí mucha mala leche. Aquel gesto hizo que Antonio, que había estado atento, se acercara hasta mi altura. El Ronco, a pesar de ir bebido y fumado, no era tonto, por lo que vio que contra los dos tenía las de perder.

—Por fin lo encuentro. ¡¿Es este al que te follas?! ¡¿Al puto Magnum?! —gritó.

El jefe salió de la cocina y no le hizo falta ver mucho para saber qué pasaba. Por desgracia, no era la primera vez.

—Muy bien, te lo advertí hace días. Te dije que no volvieras. He llamado a los Mossos —mintió, esperando asustarlo.

El Ronco miró a su alrededor y vio, a pesar de su estado, que la situación todavía se le podría ir aún más de la manos. Y lo peor, que si se presentaba allí la pasma, nadie le quitaba un día de calabozo sin priva ni petas. Así que, con la mirada desafiante y soltando insultos por lo bajo, se dirigió a la puerta. No sin antes darle un repaso visual a su mujer, que con lágrimas de desesperación observaba la escena desde el fondo del local.

Mientras yo volvía a sentarme junto a Antonio, escuché al dueño decirle a Inés que la apreciaba mucho y que era una buena trabajadora, pero que el bar no se podía permitir aquello. Una más y tendría que despedirla. Ella se metió en la cocina cruzando sus ojos azules con los míos. Aquellos ojos por los que en mi juventud hubiera matado por acaparar en exclusiva y que el destino colocó frente al mensajero del miedo.

Justo en ese momento de desconcierto, entró Julián con una

media sonrisa. No sabía qué había pasado, pero el ambiente en el local estaba enrarecido. Casi como el de nuestras propias vidas.

Poco sabía yo entonces que aquella sensación se iba a multiplicar por mil en poco tiempo.

23
Era inevitable

Los dos expolicías serbios aparcaron el coche en la calle adyacente a la dirección que les habían facilitado para el trabajo. Era una urbanización en un pueblo pequeño cercano a una ciudad donde en años de abundancia la gente optó por las casas unifamiliares en detrimento de los pisos. Tenía sus ventajas y era lo único que veían sus compradores en aquella época. Menos IBI, más tranquilidad y, en definitiva, más espacio vital. Por el contrario, se perdía el acceso directo a muchos servicios y sus moradores tenían que coger el coche para casi todo. Y, eso sí, vivir en una casa expone menos protección contra los amigos de lo ajeno. Pero tal y como observaban aquellos dos desconocidos, fueron muchos los que se decidieron por aquel sistema de viviendas, como en tantos otros sitios del país. Las calles parecían idénticas, con filas y filas de casas iguales. Debía de ser lo más parecido a vivir en una colmena. Por suerte tenían bien apuntado el número y la calle.

No vestían mal, por eso no llamaron la atención de los pocos vecinos con los que se encontraron. Caminaron unos minutos mientras Darko estudiaba un papel que había sacado del bolsillo del pantalón. En él había varias direcciones, la primera de ellas tachada a conciencia. La segunda era donde se encontraban en aquel momento. Les habían asegurado que allí hallarían lo que buscaban sin mucho esfuerzo. Por lo que sabían, eso, o mejor dicho, su contenido, había sido robado por unos aficionados que, aun así, habían hecho un buen trabajo. Pero, como siempre, ningún trabajo es perfecto y siempre hay alguien que se va de la lengua. Ellos sabían cómo tirar de esas lenguas para saber lo que necesitaban e

incluso, a veces, hasta las arrancaban directamente. En cualquier caso, casi siempre conseguían lo que querían. La Policía Nacional, la Guardia Civil y los Mossos, sin saberlo, los perseguían por todo el país; es más, perseguían sus delitos, porque habían conseguido un nivel altísimo de eficiencia en sus trabajos. La mala coordinación entre ellos fomentada por la clase política, sobre todo después del famoso 1 de octubre del 2017, era celebrada por todos los cárteles mafiosos y por un nutrido grupo de criminales que actuaban saltando las fronteras regionales y dificultando así las investigaciones policiales. Aunque no llevaban la cuenta, al menos habían cometido seis asesinatos que estaban por resolver en diversas zonas de España. Tan solo pararon una temporada corta cuando a un compatriota se le fue la cabeza y mató a dos guardias civiles y a un civil e hicieron saltar todas las alarmas. Por suerte para ellos, lo detuvieron pronto y las aguas volvieron a su cauce. Conocían bien a ese cabrón de algún trabajo y se alegraron de que lo detuvieran. Los profesionales no matan polis si no es como última opción y aún menos a civiles sin precio a su cabeza.

Slobodan se paró delante de una puerta de color blanco. Habían llegado. La entrada tenía un seto más o menos bien cuidado y se veía limpio. La cerradura era convencional, eso les llevaría menos de medio minuto en poder abrirla. De uno de sus bolsillos, Darko sacó un minitaladro. Lo aplicó sobre la cerradura mientras su compañero vigilaba la calle con discreción. Eran las cuatro de la tarde. No podían demorarse porque en breve las familias con hijos volverían de las escuelas y la calle tranquila se iba a convertir en tránsito de ojos que era mejor que no los observaran. Con un ruido metálico, el cierre cedió, los pistones de la cerradura se rompieron y se abrió la puerta. Sin espera, se introdujeron en la casa y cerraron la puerta trabando detrás una silla que encontraron nada más entrar. De esta manera, la entrada exterior de la casa volvía a ser una imagen sin tacha para sus vecinos. Nada más que monotonía. Una puerta entreabierta despierta demasiada curiosidad. Y tampoco eran ajenos a los numerosos robos que sufrían las casas en todo el país. No en vano, algunos de sus excompañeros se dedicaban a eso. Así que mejor asegurar la discreción.

La casa era una obra típica de las muchas que se habían construido en época de auge constructor. Garaje en el sótano,

comedor, cocina, lavabo y un despacho en la planta baja, y habitaciones con servicios en la planta superior. No perdieron el tiempo. Lo primero era revisar la casa para comprobar que no había nadie. Después tocaría un registro exhaustivo. Recorrieron la planta de abajo con cautela pero con la convicción del león que recorre su territorio. Nadie. Es lo que esperaban. Se miraron, no había que hablar, ni hacía falta. Slobodan se quedó abajo, y Darko subió al piso superior.

Las escaleras hacían una ele hasta una puerta. La abrió despacio. Dio un paso hacia adelante, pero de repente un objeto se hizo grande en sus narices. Algo lo golpeó con fuerza en la cara. Aunque no lo suficiente. En un primer momento no entendió qué pasaba, pero reaccionó rápido. No había podido evitar el golpe, pero él era muy fuerte y no lo noqueó. Con el rabillo del ojo observó algo que se movía cerca de él. Con su brazo derecho consiguió impactar contra una sombra que pasaba veloz a su lado. Pero no lo suficiente. Un cuerpo desequilibrado se precipitó por las escaleras emitiendo un ruido espantoso mientras varios huesos se partían al estrellarse contra los escalones, hasta que solo una especie de muñeco vencido por la gravedad llegaba al piso de abajo. Una vez allí, abrió los ojos para ver a un tipo que se aproximaba.

Eso fue lo último que la pupila de Ingrid grabó en su cerebro. Después, voces lejanas y oscuridad.

24
Afrontar el terror

En el bar había vuelto la tranquilidad. Se habían marchado algunos clientes gracias al desgraciado de Mario *el Ronco*, pero otros habían entrado, ignorantes del suceso. Julián se había pedido un café y una pasta. También desconectó el móvil. La reunión no había empezado aún. Yo había estado pendiente de que Inés saliera de la cocina para hablar con ella mientras Antonio le explicaba lo sucedido al abogado. Sin embargo, ella seguía oculta a la vista de los pocos clientes que se habían quedado tras el paso de su desgracia en forma de marido.

Los tres permanecimos en un silencio que al final rompí yo.

—Sé que es lo que esperábamos, pero el suceso ya es público. Además, en primera página de diario nacional —le dije a Julián, señalándole *La Vanguardia* y *El Mundo*.

El abogado cogió el primero sin inmutarse demasiado, abrió la página donde el periodista desgranaba el suceso y lo leyó con calma, precisamente lo que necesitábamos los tres amigos en ese momento. Miró el reloj para ver la hora y se dirigió a mí mirando después a Antonio.

—El plan ya está demasiado avanzado para echarse atrás.

Los dos asentimos. Era cierto.

—Tenéis la pasta y los objetos. Y tú —me dijo— tienes a buen recaudo la caja, ¿verdad?

—Claro —asentí de nuevo.

—Y a ti la pasta no te ha ido mal, ¿eh, Toni?

Entonces observé que me estaba perdiendo algo. Antonio tenía deudas con su exmujer, pero el tono parecía indicar algo más. No

cabía duda de que volvía a fumar porros. En exceso.

—Eso es asunto mío. Y lo del anillo lo arreglaré.

—¿Qué anillo? ¿Qué has hecho?

—Lo vendí en Fraga. Pero me aseguré de que nadie me pudiera ver y utilicé el DNI falso.

—Toni, ¿no entiendes dónde nos hemos metido?

—Te repito que no pasará nada, joder.

—Tiene razón —corté, viendo que empezaban a ponerse nerviosos—. Ya está hecho. Seguiremos el plan.

Julián movió la cabeza un momento, pero cambió el gesto y respiró hondo.

—Pues sobre eso tengo noticias —dijo, intentando volver a poner buena cara—. Mientras venía para aquí me ha llamado un cliente. Sabe que conozco a Romero. Y solo me ha preguntado si sabía algo, como quien no quiere la cosa. Supongo que intentaba sonsacarme. Empieza a correr la voz de lo que puede haber en esa caja. Hay nervios en las altas esferas.

—Hostia, ¿por qué te ha llamado un cliente a ti para preguntarte por Romero?

—No seas iluso, Tom. ¿De dónde crees que sale la información? De mis clientes. No me acusaba, hombre. Solo me sondeaba porque hay una cosa que parece que mucha gente está buscando. Y al parecer van a mover cielo y tierra para encontrarla —sonrió.

Asentí no muy convencido.

—La buscan, Tom. Todo dios busca la caja. Según ellos, dicen que contiene algún tipo de información muy importante.

—Vale. Eso es bueno.

—Mucho, créeme. Así que, sobre todo, no la pierdas.

Los tres callamos y el bar volvió a su murmullo habitual. Los demás clientes no reparaban en nosotros, pero seguimos hablando en voz baja. Volví a tomar la palabra.

—Está bien. Antes de meternos con el tema de la caja, y ya que no hay solución a lo del anillo en Fraga, seguiremos sin llamar la atención —le d je a Antonio—. Y tú, Julián, ¿has podido hablar con Lucas? ¿Es de fiar?

—Lucas no contesta. Lo he llamado en cuanto he recibido la llamada de ese cliente, pero el teléfono no está conectado. Le dije que desapareciera un tiempo con su familia, así que supongo que

estará de viaje a Rumanía.

Me pasé las manos por la cara como si me echara agua. Me restregué los ojos y noté cansancio.

—Bien. ¿Dónde está la caja, Tom?

—A buen recaudo en el banco, tranquilo.

—Pues levantamos la sesión.

Los tres amigos sacamos de nuevo nuestros teléfonos móviles y los encendimos.

El mío vibró en la mesa. Se activaron varios mensajes de llamadas perdidas. Dos de Ingrid y otra de Riki, que justo en ese momento llamaba de nuevo. Sabíamos que estaba trabajando en servicio de tarde, o sea que no era muy normal que nos llamara. Solía enviar mensajes.

Lo cogí. Después deseé no haberlo hecho.

25
Mira siempre quién está a tu lado

Un grupo de personas se agolpaban en la calle que los Mossos ya habían acordonado. Una de las casas de esa tranquila zona había sufrido un robo violento. Era un hecho poco usual y que llamaba mucho la atención; también el temor entre los vecinos. Algunos de ellos ni tan siquiera conocían a la pareja que vivía en esa casa. Otros sí sabían que allí vivía una doctora y su marido. Esa información era buena por si algún día alguien tenía un problema médico.

Mossos de uniforme custodiaban la entrada y otros de paisano con una chaqueta de color azul y letras grandes con el nombre del cuerpo policial entraban y salían, móvil en mano, haciendo llamadas. A la mujer se la había llevado una ambulancia de urgencia y ahora solo estaban atentos a ver qué sucedía.

Entre ellos había un hombre de metro setenta que no destacaba: delgado a primera vista, con el pelo moreno teñido y engominado, y ataviado con unas gafas de ver falsas con las que observaba la escena a través de unos ojos negros como el carbón.

Los contactos del excomisario Cebrián de la Policía Nacional lo habían llevado allí, pero había llegado tarde. Por su experiencia, era difícil que los atacantes se hubieran podido llevar la caja. Sabía que una llamada al 112 había alertado a la policía de que se estaba cometiendo un robo en una casa. Eso había explicado una mujer muy asustada y escondida en su propia habitación. No hacía falta ser muy listo para saber que los ladrones la habían encontrado antes de que llegaran los Mossos, porque la mujer iba camino del hospital.

Revisó su teléfono, donde llegaba muchísima información. Mucha más de la que dispone cualquier cuerpo de seguridad sin una orden judicial. Pero personas como él funcionan muy por encima de esos escollos. Obtienen muchos datos de manera directa. Por tanto, sabía que la policía había tardado seis minutos en llegar y por eso era muy poco probable que los ladrones hubieran podido desvalijar la casa, o encontrar la caja, si esta se encontraba allí. Cuando se había producido el suceso, él se encontraba en Fraga comprobando la venta de un anillo muy peculiar. Le había puesto una alerta a los anillos robados a Romero y esta saltó cuando el propietario de un negocio de compraventa de oro en Fraga introdujo en la base de datos la descripción del objeto. De allí sacó la matrícula de un coche que habían grabado las cámaras y se dirigió al domicilio del titular en Lleida. Todo apuntaba a alguien de esa ciudad. Allí, o muy cerca, estaba su objetivo. Y esa alerta por robo con violencia podía ser un buen indicio. El anillo lo había vendido alguien con documentación falsa. Él entendía mucho de eso; de hecho, en ese momento sus propios documentos de identificación eran falsos.

Esa identidad decía que el vendedor de ese anillo era de Barcelona. Quizás eso era falso, pero los rasgos físicos no podían ser muy diferentes al de la fotografía que debía de aparecer en la documentación que de manera obligatoria se tiene que presentar para vender una joya. Por eso sabía que el hombre que había vendido el anillo era blanco, del país, de unos cuarenta años y con acento catalán de Lleida. Eso le había dicho el vendedor en cuanto le mostró su placa. Las imágenes de seguridad de la tienda no eran muy nítidas y el hombre había procurado no mirar hacia arriba para esquivar las cámaras. Aun así, tenía unos buenos fotogramas que mostraban la altura y la corpulencia. Pero lo bueno salió de una cámara exterior donde se veía al tipo subir a un coche cuyo titular de la matrícula era de Lleida.

Por eso esperaba entre aquella multitud. El robo se producía en la misma dirección que el titular del coche. Demasiada casualidad. Además, solo habían pasado unas horas desde la venta del anillo. El tiempo justo que le había llevado a él desplazarse desde Madrid al saltar la alerta del anillo. Los ladrones de la caja de Romero no habían sido muy listos y eso casi descartaba a un grupo de mangantes extranjeros que se deshacen de las joyas en sus países.

Además, tampoco habían previsto que las cámaras exteriores grabaran una matrícula que pertenecía a un leridano.

Esperó un buen rato, incluso hablando con algunos vecinos, de los que sacó buena información sobre los moradores de la casa. Cuando la gente empezó a marcharse, él también lo hizo. Allí no había aparecido el marido de la víctima, pero tenía claro dónde lo encontraría.

***

Entré corriendo en la sala de urgencias del hospital Arnau de Vilanova. Me acerqué a toda prisa al mostrador, donde había otras dos personas esperando. No me pareció que lo de ellos fuera tan urgente, así que me colé sin dejar opción y tampoco hice caso de las protestas. Siendo Ingrid una doctora que trabajaba allí no tuve muchos problemas para acceder al interior. En ese momento la estaban operando. Después de buscar por los pasillos a alguien conocido, encontré a un compañero suyo que acababa la guardia a esa hora. No sabía nada de Ingrid, pero se estremeció al enterarse de lo ocurrido y se ofreció a ir a la zona de los quirófanos para poder saber qué le había pasado. Mientras este se perdía por las entrañas del hospital, la puerta de urgencias se abrió y entraron dos agentes de la Guardia Urbana. Estaba tan obcecado que me costó un poco reconocer a Riki. Le di un abrazo.

—¿Cómo está?

—No sé nada. Ahora ha ido a preguntar un amigo suyo. Buf. No sé.

—Lo he escuchado por la emisora. Han dado el aviso de robo violento en domicilio e iban los Mossos, pero cuando han dicho la dirección me he quedado helado. Lo siento, Tom.

No pude reprimir una lágrima. Había sido víctima de un robo, pero con unas consecuencias imprevisibles, pues no se me escapaba que los ladrones no iban a robar las pocas joyas que pudiéramos tener en casa. Me tuve que apoyar contra la pared al imaginar que era posible que dos desconocidos hubieran torturado a mi mujer para saber algo que no les podía decir de ninguna manera. Ella no tenía que estar en casa aquella tarde. Eso me destrozó. «Ella no tenía que estar allí», me repetí una y otra vez, hasta que Riki me

sujetó por lo hombros.

—¿Estás bien?

—Sí, perdona. Es que no puedo creer lo que nos ha pasado.

—Hay muchos robos en casas desde hace unos meses, pero muy pocos son violentos.

—¿Qué sabes, Riki? No he ido a casa. Julián se ha ofrecido a ir él para ver qué ha pasado. Se quedará allí hasta que llegue yo por si los Mossos se van antes.

Habíamos quedado así, ya que Antonio había ido a la suya para comprobar que todo estaba bien y que, sobre todo, sus hijas no corrían peligro. Qué mejor que enviar a un abogado a la escena del crimen infestada de polis. Se me revolvió el estómago al pensar que mi propia casa se había transformado en eso que tantas veces había pisado en mi trabajo. Un puto escenario del crimen.

—Ya. Imagino que no has hablado con tus suegros.

—No.

—Los Mossos tendrán que tomarte declaración. Creo que vendrá una pareja hacia aquí cuando acaben la IOTP.

—Vale —le dije mientras me preguntaba quién estaría haciendo la inspección ocular técnico-policial de mi casa. Y quién estaría encargado de mi caso. Era probable que fuera alguien de la Unidad Territorial de Investigación. Alguien que antes era compañero mío.

Empecé a marearme, por lo que me senté en una silla de ruedas que alguien había dejado en urgencias. Riki fue a buscarme agua a la máquina de *vending* que había en el exterior.

Por primera vez en mucho tiempo, aquel que en el barrio de la Bordeta era conocido por Magnum, se quedó en blanco. Yo no era un detective privado con un Ferrari. No vivía en una mansión. Ni Higgins y sus dóbermans, Zeus y Apolo, cuidaban de mi entorno. Tan solo era Tomás Montes, expolicía en el paro, y, después de haber cometido la mayor tontería de mi vida, mi esposa estaba luchando por su vida en el quirófano. Y todo por mi vendetta personal. Algo que jamás me iba a devolver a mi padre, ni tampoco iba a curar mi alma.

Riki entró de nuevo y me dio un zumo de manzana.

—No me gusta de manzana —exclamé con tristeza, como si aquello aumentara aún más mi tragedia.

—Anda, bébetelo, que necesitas azúcar o te caerás redondo al

suelo. Que tú no te has visto la cara. Estás muy pálido.

—Gracias, Riki. Eres un buen amigo.

—No hay de qué.

El compañero de Riki entró en el pasillo donde estaban y le hizo una señal.

—Tengo que irme, que debe de haber un servicio. A ver si cazamos a esos animales.

—No te preocupes. Estaré bien y preparado para ver qué me dicen. Pero —dudé— una cosa: ¿te acuerdas de Inés, aquella chica del barrio?

Riki me miró extrañado y asintió haciendo una mueca.

—Claro que me acuerdo.

—No, por Dios, no hay nada, hombre. Es que estábamos en el Astérix y ha venido su marido borracho, el Ronco. ¿De él te acuerdas?

—Por desgracia, sí. Es un buen conocido de los calabozos. Vaya premio le tocó a la guapa del barrio, ¿no?

—¿Le puedes echar un ojo? Ese tío está volado. Me preocupa. La ha amenazado en el bar y me da muy mala espina.

—No está en mi sector, pero veré qué puedo hacer. Pero céntrate, Tom. Tu mujer está aquí dentro. Olvídate de otras cosas, hombre.

—No puedo evitarlo. Imagina que le hace algo. Supongo que es defecto profesional, a pesar de todo.

—Vale. Llámame si sabes algo de Ingrid, ¿de acuerdo?

—Lo haré. Ve tranquilo.

Los dos policías se marcharon dejándome allí más perdido que nunca. Con un sentimiento de culpa abrumador y con ganas de fundirme y desaparecer. Pero no podía hacerlo. Solo me quedaba afrontarlo. En las consecuencias que había previsto a mis actos no estaba aquella situación, a pesar de que Julián me había advertido de que habría que afrontar posibles secuelas.

Cuando creí que había recuperado el color de mi piel, me levanté de la silla poco a poco y me quedé observando el pasillo, donde no paraban de pasar enfermeros, camilleros y personas que por uno u otro motivo habían acabado en una de las camillas. Diez minutos eternos después, el médico amigo de Ingrid abrió la puerta interior y se dirigió a mí. Solo eran unos pocos metros, pero a mí

me parecieron kilómetros entre los dos.

26
Más jugadores

Se estaba haciendo muy tarde en el bar España y Braulio hacía rato que nos miraba. Como había aún otros clientes, después de ver que nadie le pedía otra consumición, se refugió de nuevo en su móvil y nos ignoró. Acostumbraba a esperar paciente a que los parroquianos marcharan por voluntad propia.

Enrique estaba embobado con la historia que le contaba Tomás y no parecía tener ganas de irse.

—Es tarde.

—No, por favor. Continúa un poco más.

—Mañana seguimos, hombre. Tenemos todo el tiempo del mundo.

—No —dijo en forma de gemido—, mañana tengo que ir a Bangkok y creo que este —señaló a Braulio— tampoco abre, ya verás.

—Está bien. Te cuento un poco más y lo dejamos.

—Estupendo.

—Esta es otra de esas partes de la historia que sé que ocurrió aunque yo no estaba allí, así que no me interrumpas, porque además es importante.

—Tú la cuentas y yo solo escucho. De verdad. Dale.

Bien. Esa tarde, el senador y político medio retirado Amancio Porta regaba sus orquídeas con atención. En breve, una de ellas florecería de nuevo y eso era un triunfo. No es fácil conseguirlo. Las orquídeas son plantas muy hermosas, pero también de una fragilidad desquiciante. Porta era el tipo de persona a la que no le gustaba perder a nada haciendo lo que hiciera falta para ganar. Le

había llevado un par de años conseguir que una de sus veinte orquídeas floreciera, pero en cuanto uno de sus amigos lo retó, no dudó en aprender de algo que jamás le había llamado la atención. Una vez conseguido vio que aquella actividad diaria lo relajaba y conseguía desconectarlo de toda la presión que tenía en la política. Cuando regresó a Barcelona después de dejar su puesto en la directiva del partido y en el consejo de dirección del banco en Madrid, solo siguió como senador. Después de eso se acomodó en esa afición. Como vivía en una casa grande, y sus hijos eran mayores y ya no vivían allí, remodeló la buhardilla aprovechando los ventanales y lo convirtió en un auténtico jardín privado. Casi ni su esposa entraba. Era su feudo.

Mientras cambiaba uno de los tiestos transparentes de una de las plantas que se había quedado pequeño, alguien llamó a la puerta. Antes de abrir, se dirigió con calma al aparato de música y bajó el volumen del disco de Bach. Era su ayudante Evaristo, y si lo visitaba en casa era por algún motivo urgente. Abrió y observó que no tenía buena cara. Este accedió con una débil sonrisa y se dirigió a una de las sillas, mientras Amancio cerraba la puerta.

—He hecho los deberes, como me pediste.

—¿Y bien?

—La cosa se ha complicado. El excomisario está siguiendo una pista muy prometedora, pero también ha recibido un mensaje donde le informan de que han activado al grupo especial ese… ¿Cómo eran…?

—Los Egipcios.

—Eso.

—¿Ya están sobre el terreno? Eso es que en la caja hay algo muy importante. —Se giró con preocupación y pareció hablar para él—. ¿A quién habrán enviado?

Evaristo no supo qué decir, así que releyó el mensaje porque no le había parecido ver ningún nombre.

—Bueno, por lo que le dicen sus fuentes, a uno que responde por la letra H. No dice nada más.

—Mierda, es Horus.

—¿Ho… Horus?

—Todos los agentes de ese grupo tienen un nombre en clave de dioses egipcios. Parece que a su creadora le pirra ese tema, así que

cuando propuso la creación de esta nueva unidad, aparte de su nombre oficioso, que no oficial porque no existen, los bautizó como Los Egipcios. Así que a los operativos se les dio un nombre en clave con diferentes dioses del antiguo Egipto. Nada, hombre, no pongas esa cara. Aunque les hubieran puesto Los Pitufos. Lo que importa es que no fallan. Y Horus es el mejor operativo. Pero no nos anticipemos. Hasta que no le den una orden ejecutiva tenemos tiempo. Sé cómo actúan y les llevamos ventaja.

—La verdad es que no sé mucho de ellos —confesó Evaristo—. Pensaba que era una fantasmada, hasta que un alcalde importante lo soltó medio borracho en una fiesta del partido. No van a dejar que ese *pendrive* salga a la luz, ¿verdad?

El rostro de Amancio se ensombreció.

—No. Y lo que te falta por aprender aún. Esperemos que Cebrián acierte, y eso nos dará ventaja. Hay que resolver esto a tiempo y que no hagan actuar a Horus.

—Bien. Por lo pronto, parece ser que alguien ha vendido uno de los anillos de Romero en Fraga, en Huesca, y ha podido seguir una pista hasta Lleida.

—¿Estás seguro de que eso de la caja es cierto? ¿Existen esos archivos en un *pendrive*?

Esta vez fue Evaristo quien mostró su mejor sonrisa.

—Muy seguro. Y por las llamadas que está haciendo Romero, debe de ser terrible lo que contiene.

—Pues bien. Si recuperamos esa caja, nuestra posición en el partido subirá muchos enteros. Yo estoy viejo para moverme y ya estuve allí demasiados años. Incluso el Senado me cansa ya. Creo que te podré enviar a Madrid.

Evaristo sonrió de nuevo. Sus años tejiendo amistades y sobre todo al lado de su mentor podrían llevarlo antes de lo previsto a la gran capital. Siempre le estaría agradecido a Amancio. Unos años atrás cometió un error que le pudo costar la carrera. Mientras celebraban una cena de las juventudes de su partido, bebió más de la cuenta. Eso podía estar bien, pero después cogió el coche y atropelló a un ciclista. Lo mató. Su carrera política podía haber acabado en aquella cuneta, pero Porta creyó en su potencial. Le pusieron una batería de buenos abogados que él jamás podría haberse pagado y salió absuelto. Allí aprendió que muchas veces la

justicia la paga el dinero. Desde entonces todo se lo debía a su jefe.

Lo que acababa de comprender Evaristo en aquel momento era que su destino estaba atado a esa caja. Tenía que ser suya.

—Solo tengo una duda —le dijo a su mentor—. La policía busca también a los ladrones y eso puede traer problemas si hacen bien su trabajo. Pocos son conscientes de lo importante que es la información que contiene esa caja. Si el juez que lo investiga o el fiscal o los Mossos la recuperan antes, podemos tener problemas. Una filtración y… ya sabes.

Amancio fue ahora quien mostró sus dientes perfectamente alineados aunque algo amarillentos en forma de sonrisa. El hombre cogió la regadera y le puso agua a una de sus preciadas plantas. Mientras lo hacía, le dijo:

—Te voy a contar una cosa que no enseñan en la facultad. En este país, todo juez, fiscal o policía tiene un precio. Y si no tiene un precio, tiene un traslado.

27
El contratante

Mientras tanto, en una habitación de hotel de la avenida Blondel de Lleida, Slobodan cambiaba de canal hasta encontrar el de la televisión de Lleida. Quizás el incidente en el que habían participado no era tan relevante para salir en las cadenas nacionales, pero en todo caso lo mejor era ver qué se decía a nivel local.

Cuando salieron de la casa ya escuchaban las sirenas. Eso los sorprendió mucho de inicio, hasta que comprendieron que la mujer que apareció de repente los debía de haber llamado antes de que la sorprendieran en el piso de arriba. Darko salió del lavabo con una toalla húmeda en la cara y se la quitó para mostrarle a su amigo el ojo derecho y la hinchazón en la nariz. Slobodan sonrió en modo de burla. A su socio no le hizo gracia el gesto.

Se dirigió al mueble bar y sacó una lata de Coca-Cola que colocó en la zona para aprovechar el frío del metal y rebajar el morado. En sus ojos se empezaba a notar la marca oscura de lo que vendría en los próximos días. Los golpes en la base de la nariz suelen provocar eso entre los ojos. Los dos lo sabían bien. Lo que no entendían era cómo se habían confiado tanto, y peor aún, ese despiste les podía haber costado muy caro. Ahora, además, se arriesgaban a que algún vecino los hubiera visto salir. O a que la policía sacara sus huellas o el ADN de la sangre de Darko. La mujer no le había roto la nariz de milagro. Y, claro, no solo no habían conseguido la caja, sino que habían tenido que irse de allí sin limpiar su rastro. Aquel hecho no era lo más preocupante. Las huellas y el ADN solo sirven si la policía tiene con quién compararlos. Y ellos no habían sido nunca

detenidos en España. El problema serio lo tendrían si un día fueran arrestados y sus huellas y rasgos genéticos pasaran a las bases de datos policiales. Las huellas que debían de tener los cuerpos de seguridad en el sistema de almacenaje estaban latentes, a la espera de que un candidato las introdujera, y eso los relacionaría con muchos, quizás demasiados, casos sin resolver. Por eso los dos hombres tenían claro que no iban a dejarse coger con vida. Su objetivo, cada vez más cercano, era cambiar de país. Estaban decididos a ir a Italia o Francia y solo les privaba de ello conseguir una buena documentación falsa. Como la que ahora tenían.

No se trataba de conseguir documentos del país donde se dirigían. Eso era una estupidez. Nadie los iba a tomar por españoles o italianos, llegado el caso, con sus acentos. Eso incluso levantaría sospechas. Lo mejor era conseguir documentación falsa de países de Europa del Este donde sus niveles de seguridad en los documentos fueran más asequibles. Y si el nivel de corrupción era óptimo podían llegar a tener pasaportes falsos en soportes auténticos. Pero esos valían su peso en oro. O, lo que es lo mismo, un par de buenos trabajos.

—Ha sido una chapuza, socio.

Darko lo miró con los ojos inyectados en sangre producto del golpe más que de la rabia de saberse torpe en una acción que, para colmo de buen macho, le había propinado una mujer.

—He bajado la guardia. No volverá a pasar.

—¿Te ha visto la cara?

—No. Imposible. Estaba escondida, y después de golpearme —le costó reconocerlo— intentó escapar. Yo fui más rápido.

Slobodan hizo una mueca.

—Además, debe de estar muerta. ¿No viste cómo quedó? Mejor era dejarla así y que pareciera un accidente que rematarla, ¿no crees?

—No lo creerán, la poli llegó demasiado rápido. Ella los debió de llamar antes.

—Claro. Eso lo sabemos ahora. Todo ha sido un puto desastre. Además, allí no debería haber habido nadie. Nunca nos volveremos a fiar.

El móvil de Darko sonó.

La voz que estaba al otro lado empezó a gritarle sin esperar

respuesta.

—Deja de gritar. No tenía que haber nadie en la casa, eso nos dijiste. Vaya información de mierda que tienes.

La voz intentó calmarse, pero no pudo evitar volver a hablar a gritos.

—Ya sé que nos pagas por resultados. Y los tendrás. Pero cálmate. No te repetiré que no me grites. Si tan fácil crees que es, puedes solucionarlo tú mismo.

Desde el otro lado de la línea se oyó una respiración fuerte.

—Esperaremos en el hotel a que la cosa se calme. Nadie nos ha visto, no te preocupes, y la mujer estará muerta seguro.

—Entiendo. Bueno, eso no cambia nada. No nos ha visto. No puede reconocernos, y si puede, ya le haremos una visita.

Slobodan apretó la tecla de cortar la comunicación y tiró el teléfono a la cama. Su amigo esperaba sentado con la lata de Coca-Cola en la cara para bajar la inflamación.

En el otro lado de la línea, el interlocutor se encontraba sentado en las escaleras de una casa donde se observaban rasguños en la pared ocre y restos de sangre. Las acarició con la mano izquierda mientras que con la derecha sujetaba el móvil.

Estaba en mi casa.

Julián tocaba el botón rojo de la pantalla de su teléfono para acabar con la llamada maldiciendo a aquellos dos sicarios. El trabajo no había salido tal y como estaba planeado. No tenía ninguna intención de que nadie saliera herido cuando los contrató, pero ya se sabe que quien juega con fuego tarde o temprano siempre se acaba quemando.

Darko seguía esperando a que su amigo le dijera algo más.

—Dice el abogado que la mujer no ha muerto, está en el hospital. Ya nos llamará. Esperaremos.

—Vaya mierda de día.

—Bueno, a tu cara le vendrá bien un descanso porque vas a estar un par de días con los ojos morados. Quédate aquí, que yo te conseguiré unas gafas de sol.

Darko resopló resignado. Nada podía hacer para evitar que la cara lo delatara. A todo el mundo le puede pasar, pero por experiencia sabía que esos morados llaman la atención de los más indeseados. En este caso, y para ellos, de la pasma.

Aquella tarde ya poco podían hacer. Mientras su socio estaba enjaulado en su habitación, él iba a aprovechar para recorrer las calles de la ciudad y reconocer el terreno. Si al final tienes que salir por patas, es bueno conocer bien las calles principales y, sobre todo, las secundarias. En esos casos, el GPS es de poca ayuda. Nunca sabes si hay obras o han cambiado el sentido de la circulación por cualquier motivo.

Pasó por su cuarto, se colgó la cámara de fotos réflex al cuello y salió a la calle. Para disimilar algo, lo mejor es ponerlo a la vista de cualquiera. Él sabía bien que destaca más alguien haciendo fotos con el móvil que si las hace con una buena cámara de fotos sin ninguna acción de disimular mientras encuadra sus objetivos. Eso siempre que no enfoque a personas o lugares como comisarías o bancos. Para esos casos tenía que cambiar de técnica. De todas formas, los dos hombres se regían por una máxima: su experiencia como policías y, sobre todo, saber muy bien qué hace sospechar a estos.

El resto de la tarde y hasta la hora de cenar, se lo pasó recorriendo la calle Major de Lleida, la zona alta, el acceso a los barrios, donde comprobó las horas y las vías que se colapsaban: le llamó la atención el acceso al barrio de la Bordeta por la antigua Nacional II, una zona de centros comerciales y solo dos carriles de acceso para absorber las salidas y entradas al centro de la ciudad. Tenían que evitar esa salida a toda costa.

Cuando memorizó la ruta de acceso a la autopista, regresó al hotel como un turista más. En su cámara, si alguien la revisara, observaría las fotos de algunas de aquellas zonas, pero casi siempre con el fondo de la famosa Seu Vella. Exactamente como lo haría cualquier turista recorriendo la ciudad.

—Espera, espera. ¿Fue tu amigo Julián el que contrató a los sicarios?

—Sí, así fue.

—Te lo había dicho, no te fíes de los abogados… Joder, qué cabrón.

Tomás se quedó pensativo un momento. Miró el bar y vio que ya estaban solos. Braulio esta vez sí les hizo una señal. Enrique sacó la cartera y puso un billete de mil bahts en el mostrador. Le sobraba para pagarlo todo y le indicó a Braulio que se quedara con el

cambio. Este asintió y lo guardó en una riñonera que llevaba.

Los dos salieron del local.

—¿Hoy no te espera Beatriz?

—No, está en un curso de submarinismo en otra isla. Regresa mañana. Va a su aire, no te creas.

—Pues está muy buena, amigo.

—Me voy a dormir, Henry. Que vaya bien por la capital. ¿Nos vemos…?

—En dos días estoy de vuelta. El viernes por la tarde ya estaré por aquí. A ver si este abre y nos vemos en el mismo sitio.

—Estupendo. Aquí te veré.

Tomás vio cómo su amigo se alejaba en un pequeño cuatro por cuatro que tenía alquilado y con el que se movía por la isla. Él iba a todos los sitios caminando.

Regresó a su pequeño apartamento de alquiler y se tumbó en la cama. Pensó que aún le quedaba por explicarle a Enrique una buena parte de la historia.

Una parte que sabía que iba a ser muy dura de recordar.

28
Las cosas no salen mal porque sí

Aquellos dos días pasaron tranquilos. Del apartamento de Tomás hasta la playa había apenas diez minutos andando. Había estado paseando y conociendo la isla, a ratos con Beatriz, que también gustaba de la compañía de aquel chico con la mirada triste. El bar España, tal y como vaticinó Enrique, también cerró un día, pero sabiendo que su amigo no estaría, él tampoco fue. Por lo que había visto en aquel tiempo, era normal. La gente que vivía allí lo hacía a otro ritmo. Los pequeños negocios apenas daban para vivir, pero muchos de los que allí se encontraban no necesitaban más. Si tenías algo ahorrado te podías permitir vivir una buena temporada en aquella isla paradisíaca. Si además te instalabas y montabas un pequeño negocio, como Braulio, la estancia podía ser la que quisieras.

Tomás se repasó el bigote y no dejó que se hiciera demasiado espeso. No quería ser Magnum, ni en aquel momento ni antes. Se miró y pensó en visitar alguna peluquería local. Aún no dominaba el terreno y no quería acabar en alguna de las que frecuentaban los turistas solteros donde el final es más importante que el corte de pelo.

En octubre se estaba bien en la isla tailandesa. Los viajeros que llenan los locales ya no están y solo alguna pareja tardía y mochileros completaban el aforo.

Había cenado con Beatriz la noche anterior y había quedado por la tarde con ella para un café. Era una mujer que le atraía aun sabiendo que no era alguien para él. Era su sino conocer a mujeres con las que jamás podría llegar a ser feliz.

Los dos días pasaron y el viernes el bar España volvía a estar abierto. Antes de ir, Tomás se fue a un chiringuito de la playa a leer y esperar a Beatriz. Enrique no iba nunca a la playa. No le gustaba nada y su vida social se reducía a tomarse unas cañas en el bar España todas las noches. Por cómo miraba a Beatriz, Tomás dedujo que no era gay, pero estaba claro que guardaba sus propios secretos. Igual que todos los demás.

Ella llegó poco después y se sentó a su lado. Se pidió un cóctel. Llevaba puesto el traje de baño con un pañuelo en forma de falda, además de su inseparable bolsa, donde seguro llevaba una toalla y una novela romántica que tanto parecían gustarle. Debía de medir cerca de metro setenta, morena y con los ojos negros. Cuerpo atlético, gafas de pasta y una sonrisa que derretía el hielo.

—¿Llevas mucho?

—No, no. Casi acabo de llegar. ¿Qué tal la mañana? ¿Has tenido tiempo de ir a la playa?

—Hoy no. Además, esto de que llueva a cantaros diez minutos y luego salga el sol es de locos.

—Sí —sonrió Tomás—, es muy típico aquí.

Se quedó pensativo.

—¿Estás bien?

—Sí. Es que, ya sabes, le estoy contando mi… —dudó—, mi historia a Enrique y a veces se me hace duro recordar.

Ella suspiró.

—Creo que es bueno sacar las cosas fuera, Tomás.

—Todos me llaman Tom. Mis amigos lo hacen.

—No lo dudo, pero a mí me gusta más Tomás —lo interrumpió.

—Si te digo la verdad, a mí también. —Hizo una mueca pícara.

El camarero le sirvió el cóctel a Beatriz. Ella le dio unas vueltas con una de las pajitas y le dio un sorbo.

—¿Tienes planes de futuro? Es decir —preguntó Tomás, intentando buscar las palabras adecuadas—, no se puede estar siempre en una isla asiática, y algún día.

—Claro, hombre. No somos robots, ¿verdad? Al menos aún no. Todos tenemos planes, aunque a veces cueste ver adónde conducen —le respondió con melancolía.

—En esta isla, todos huimos de algo. Jamás pensé que me encontraría así. Tan lejos. Tan perdido a veces.

—Pero eso es lo que hacen las experiencias únicas. Cuando estás así, solo se trata de vivir. Nada más.

—No sé si puedo. Cargo con la muerte. Y es una carga muy pesada.

—En eso no te puedo ayudar, Tomás. Cada uno carga con su propia mochila. Deja fuera lo que no necesites.

Volvió el silencio con la mirada de ella perdida en el océano.

—Si pudieras, ¿te quedarías más tiempo por aquí? —le preguntó él.

—No lo sé. Me está gustando esto, a pesar del clima —rio—. ¿Y tú?

—Bueno, sabes mi historia. Casi toda —puntualizó—. Creo que está fuera de mi alcance la respuesta. Y si te digo la verdad, no lo sé.

Ella movió la cabeza con un gesto simpático. Tomás no podía negar que se sentía atraído por ella.

—¿Te apuntas al bar España?

—No. Cuando llegues a la parte que no me has contado, sabes que no me lo perderé. Pero mientras, ese tugurio no entra en mis planes vacacionales.

Tomás se levantó del taburete y le lanzó una débil sonrisa.

—Pues voy tirando.

Ella se la devolvió y sacó un libro de su bolsa. Se acomodó en una butaca y se perdió en sus letras.

Cuando llegó Tomás pasadas las seis de la tarde, Enrique ya estaba en su rincón favorito. Aquel viernes había algo más de turistas. Un grupo de sevillanos animaban el local con sus risas y brindis. Braulio permanecía impasible como de costumbre. Servía, cobraba y se retiraba a su barra y a su móvil. A veces era inevitable preguntarse cómo acaba la gente en lugares como ese. Lejos de casa. Solos. Como casi todo en esta vida, siempre hay una respuesta para esas preguntas. La cuestión que se planteaba Tomás era saber aceptar y comprender las respuestas, porque detrás de cada una de ellas había un pequeño drama personal.

Como el suyo.

Enrique sonrió y como de costumbre levantó su copa de cerveza en señal de saludo. Tomás se pidió su café descafeinado habitual y se sentó al lado de su amigo.

—Te he echado de menos, Tom.

—¿A mí o a mi historia?

—Lo cierto es que a ambos.

—¿Qué tal por Bangkok?

—Mejor de lo esperado. El cliente para el que trabajo… Bueno —puntualizó—, el mejor de mis clientes está contento. No hace mucho perdió bastante, pero tengo una inversión que en breve le dará muchos beneficios. Si te digo la verdad, con que no pierda estaré contento. Apostó por un valor sin hacerme caso y casi lo pierde todo. Así es la bolsa.

—Así es la bolsa y así es la vida. Pero… ¿todo?

—Sí. Así es este negocio. Pero, mira, hablando de vida, me permite vivir en un lugar como este.

—Vaya. Pues espero que le vaya bien. Más que nada por ti.

—No te preocupes. Lo solucionaré. Todo es cuestión de saber estar atento a los movimientos del mercado. Pero deja el trabajo, Tom. Estoy ansioso por saber cómo continúa tu historia.

—Creo que lo dejé.

—Espera —lo interrumpió—, que no me quiero perder nada. Le robasteis a Jacinto Romero. El conocido extesorero. Os llevasteis joyas, dinero y una caja de madera, ¿ornamentada con animales?

—Sí. Pero recuerda que eso era solo una parte del plan. El robo en sí no era el objetivo.

—Claro. En esa caja había un *pendrive* o algo así con información muy valiosa.

—En efecto, sí, había un *pendrive*.

—Entonces uno de tus amigos, Antonio, vendió uno de los anillos en Fraga y allí interceptaron la pista de tu coche, que se lo habías dejado, y eso llevó al excomisario Cebrián hasta tu casa.

—Así es.

—Pero allí ya habían llegado dos sicarios serbios, expolicías en su país, donde encontraron a tu mujer, que acabó en el hospital.

Tomás ensombreció el rostro y afirmó sin decir nada.

—Y, para colmo, los había contratado tu amigo Julián. Vaya amigo.

—Sí. En resumidas cuentas eso es lo que pasó hasta ese momento.

—¿Y tu mujer?

Tomás tomó aire, confirmó que nadie más estuviera atento a su historia y continuó con su relato.

29
El karma

Mientras se acercaba el doctor con la cabeza gacha, a mí se me pasaron mil ideas por la mente y pocas eran positivas. Me pareció que el tiempo se había ralentizado y que todo iba a cámara lenta. Aquel momento de rabia contenida, aquella explosión de decisiones erróneas se acercaba a mí en forma de médico con un diagnóstico que ansiaba saber del mismo modo que lo temía. Si había sido tan valiente para saltar aquella valla en la casa del Pirineo, ahora me tocaba serlo de verdad para afrontar que haber decidido optar por la venganza me podía costar llevar una carga inasumible.

Otra más.

Y si ella no salía de esta, no sabía bien qué iba a ser de mí. Me había sobrepuesto de las múltiples trabas que la vida me había ido colocando en el camino en los últimos años, pero algunas de ellas no eran culpa mía. Aunque las peores, sí. No lo niego y no soy ningún santo. Y, por supuesto, en esa que me encontraba ahora, también. En esos casos es difícil saber cómo va a sobrellevarse esa carga tan pesada.

Mi cabeza se volcó en analizar los ojos del médico para anticipar el golpe una vez este me buscara con la mirada. Por fin levantó la cabeza y, cuando me vio apoyado en la pared del pasillo, caminó hasta mí. Temblé de miedo. Lo reconozco.

—Bueno, se recuperará. Pero ha de estar veinticuatro horas en observación. A ver si le baja la inflamación del cerebro. Por el resto, son huesos rotos de los impactos con los escalones. Algunas costillas y el fémur derecho. Lo peor es que una costilla le ha producido un neumotórax, pero creo que hemos llegado a tiempo.

Respiré hondo.

—¿Qué le pasó? —preguntó el médico.

—No lo sé muy bien, pero nos robaron en casa y creo que se cayó por las escaleras. ¿Esas lesiones pueden ser por esa caída, doctor? —pregunté, temiendo la tortura.

—Solo sé lo que me ha dicho el cirujano. No te alejes mucho, que en cuanto termine de hacer el informe saldrá a hablar contigo. Ya le he dicho que estás aquí.

—Está bien, te lo agradezco.

Respiré con algo de alivio. Sabía por la experiencia de un amigo que los médicos no se andan con rodeos. A su madre le diagnosticaron y explicaron el tumor como quien va a comprar el pan. Por lo menos, y en espera de ese hematoma en la cabeza, ella estaba bien. Cuando el médico se fue, no pude evitar que me cayera una lágrima y después unas cuantas más. Me sequé con la manga y, con los ojos borrosos, aprecié que alguien se acercaba desde la entrada de urgencias. Era una mujer joven, y detrás iba un hombre algo mayor. Parecía que iban a pasar de largo, pero ella se detuvo frente a mí. Observé a la mujer. Me costó reconocerla. Era la caporal Durán de la UTI de los Mossos d'Esquadra.

—Hola, Tom. Vengo de tu casa. Pero lo primero, ¿cómo está tu mujer?

—Ah, hola. Discúlpame, Rebeca. —Me acabé de secar las lágrimas con la manga—. He hablado ahora con el médico y parece que Ingrid se va a recuperar.

—Me alegro, eso es una buena noticia. No has ido aún a casa, ¿verdad?

—No. Mi amigo Julián está allí. No tengo mucha familia y he venido directo. Ella es lo primero. La casa me da igual.

—Te comprendo, pero como es un tema muy grave te agradecería que hicieras una lista de objetos que eches de menos. Sobre todo si se han llevado teléfonos móviles. Cosas que podamos rastrear. Ya sabes.

—Sí, no te preocupes. Intentaré ver a mi mujer, aunque sea desde fuera de la UCI, e iré a casa.

—¿Tienes algo de valor que haya provocado que te entren en casa?

—La verdad es que no. Mi mujer es médica y yo…, bueno,

oficialmente estoy en el paro. No creo que entraran en nuestra casa por lo que tenemos.

—Ya. Robos hay muchos, pero que acaben con una víctima en el hospital, por suerte, hay muy pocos.

—Me ha dicho el médico que ella se cayó o… —dudé— la empujaron por las escaleras. Por eso tiene tanto daño.

—Sí. Bueno, de hecho, si ella no hubiera llamado al 112 no lo sabríamos. Podría haber quedado como un accidente. Porque ¿dónde estabas?

—¿Yo?

—Sí, solo es por curiosidad, estás descartado —dijo con media sonrisa que indicaba todo lo contrario.

—Pues estaba en… —Me quedé pálido de repente. Saqué el teléfono del bolsillo y tecleé el desbloqueo—. Perdona, es que… —le dije a la mossa, que seguía esperando una respuesta.

Cuando llegué a las llamadas perdidas me llevé una mano a la cabeza. Ingrid me había llamado y no me hacía falta preguntar para comprender que por la hora, antes de llamar a emergencias, me había llamado a mí. Y yo tenía el teléfono apagado.

—¿Tomás?

—Sí. —Me repuse como pude—. Estaba en el bar Astérix con Julián Pelegrí, que es abogado, y con Antonio Nogués, un amigo. Había decenas de clientes y conozco a la camarera de toda la vida. Por si lo necesitas.

—No, no. No te preocupes. Ya te he dicho que estés tranquilo. Eres víctima de un robo. Si me dejas tu número de teléfono ya te llamaremos mañana para que vengas a poner la denuncia con lo que se hayan llevado. Eso sí es más urgente. Así no tendrás que esperarte para ponerla en la comisaría. Siempre hay mucha gente haciendo cola, ya lo sabes.

La caporal me dio una tarjeta de visita y, extendiéndome un bolígrafo, me indicó que le apuntara mi teléfono. Lo cogí con cautela y, aunque la idea de darle mi número a una policía no me gustaba, no me quedó alternativa. Lo hice y le devolví la tarjeta junto con el boli.

—De acuerdo. Luego iré a casa a buscar ropa y el neceser para Ingrid y revisaré la casa.

—Gracias. Estamos en contacto.

La caporal y el agente, que debía de ser nuevo porque yo no lo conocía y que había permanecido a su lado sin abrir la boca, se fueron dejándome con una extraña sensación de desamparo. Las cosas se me estaban amontonando de manera alarmante. Empezaba a colapsarme sin saber qué pasos iba a dar por cada frente que se me abría. Tenía que centrarme. Tenía que volver al plan.

Y entonces apareció por la puerta quien para mí representaba al mismísimo diablo.

El padre de Ingrid.

30
Ya nada fue igual

Dos años antes…

Ingrid estaba en el comedor de casa leyendo una novela de Jane Jensen. Ese viernes ella tenía fiesta y yo también había podido tomarme el día libre. Mientras disfrutaba de la lectura, yo había salido con la *mountain bike*. Aquel día me fui con Riki a recorrer una ruta por la comarca de la Noguera en Lleida. Partimos de Artesa de Segre y llegamos a las puertas del Montsec, en un espectacular paisaje natural, pasando por el pequeño pueblo de Alos de Balaguer. Después de sesenta kilómetros ansiaba llegar a casa para disfrutar del resto del día con mi mujer. Cuando podíamos combinar esos días de fiesta entre semana, nos repartíamos la mañana —para descansar de nosotros mismos— y comprábamos la comida ya preparada. La tarde la pasábamos juntos tumbados en el sofá viendo la televisión y haciendo el amor.

Por lo demás, la vida nos sonreía y casi habíamos superado ese aborto un año atrás. De hecho, seguíamos pensando en que cualquier día la suerte nos iba a sonreír con un hijo. Mi padre se jubilaba en unos meses y mi hermana regentaba un próspero comercio en Terrassa. Mi madre había fallecido hacía ya algunos años y había pasado el suficiente tiempo como para poder pasar muchas horas del día sin echarla de menos.

En la parte que correspondía a la familia de Ingrid, sus padres querían en exceso a su única hija, y aunque al principio les había costado encajar a su yerno, empezaban ya a tolerarme. Su madre enseguida me admitió como de la familia, pero su padre era un

hueso duro de roer. Él era y sigue siendo el director de una sucursal de un importante banco y, gracias a eso y su amor por el dinero, la madre de Ingrid no había trabajado en la vida. Se podía decir que todos vivíamos una vida acomodada que no presagiaba cambios bruscos, ni altibajos destacables. Era como aquellos tiempos, previos a la burbuja económica, que nos habían vendido, donde nadie sospechaba, que en unos años los depósitos de bienes confiscados de Hacienda se llenarían de Porsche Cayenne, de VW Touareg y un largo etcétera de utensilios de lujo envenado.

Cuando llegué a casa, Ingrid me recibió con su maravillosa sonrisa. La que me cautivaba desde hacía muchos años.

—¿Cómo ha ido la salida?

—Bien, pero no veas cómo nos hemos puesto de barro. Ayer llovió en la zona. Ha sido bestial.

—No te habrás cansado demasiado, ¿verdad? —preguntó ella, arrugando el morro de manera sensual.

—Para eso no me canso nunca —sonreí, acercándome para darle un beso.

—Va, ve a ducharte y pon una lavadora con esa ropa antes de que lo llenes todo de barro.

—Aguafiestas —le gruñí, dándole otro beso más largo.

Acto seguido me dirigí a la cocina. Allí, en una galería, teníamos la lavadora. Empecé a quitarme la ropa para meterla directamente en el tambor, pero en la pequeña mochila empezó a vibrar el móvil. Pensé en no cogerlo, pero ese sexto sentido que a veces nos avisa de cosas que jamás podremos explicar me dijo que mirara la pantalla. Lo hice. Y fue para escuchar la que sería la peor y más dolorosa conversación de mi vida.

Al descolgar, una voz quebrada y tenue me llamó por mi nombre. Si no hubiera visto en la pantalla que me llamaba mi padre, quizás no la habría reconocido.

—Tomás…

—Papá, ¿qué te pasa? —dije asustado.

—Lo siento, hijo, lo siento. No os puedo hacer esto. No puedo.

—Papá, por el amor de Dios, ¿qué pasa?

—Lo he perdido todo. No hay nada. Ese cabrón de Gonzalo.

—Pero ¿de qué hablas? Me estás asustando.

Jamás había escuchado a mi padre hablar así, algo lo había

dejado en estado de *shock*. Algo relacionado con mi suegro. Y solo podía ser una cosa.

—Papá, sea lo que sea. Si es por Gonzalo, solo es dinero. No te preocupes, que lo arreglaremos.

Ingrid, al oír el nombre de su padre, se acercó. La preocupación de escucharme hablar con mi padre aumentó por mil.

—No puedo, hijo. He trabajado toda la vida para dejaros… No puedo… Dile a tu hermana que la quiero mucho… y que lo siento.

—¡Papá, papá! —grité desesperado.

—¿Qué pasa, Tomás? —me dijo Ingrid—. ¿Qué pasa con mi padre?

—Con. ¿Con tu padre? —le dije, alzando la voz por primera vez en toda nuestra relación.

En ese momento de crisis la miré también por vez primera como si viera a alguien a quien no conocía. Sin decirle nada más, me puse un pantalón de chándal y una chaqueta y salí disparado por la puerta.

Un par de días después supe que mi padre había ido al banco porque le había llegado una notificación donde le decían que había habido un problema con las llamadas «preferentes» que el suegro de su hijo le había vendido con la promesa de ser la mejor inversión. Aquel hombre, como tantos otros en el país, de un día para otro había perdido todos sus ahorros. Esos que le habían costado una vida de sacrificios, sacando adelante a sus hijos y, desde hacía un tiempo, sin contar con su querida esposa. En un pispás todo se había esfumado. Sus hijos eran mayores, y la sola idea de que ahora él se convertía en una carga lo destrozó. Y entonces fue cuando se le ocurrió: reunirse con su amada. Esa idea se hizo grande y ya no se la pudo sacar de la mente.

Cuando llegué a casa de mi padre, la policía cortaba la calle. Había habido un accidente y se formaba una cola hasta la calle precedente. Los pitos de los cláxones de los impacientes conductores resonaban en mis oídos como a distancia, a pesar de estar a pocos metros. Hasta que algo hizo clic en mi cabeza. Me bajé del coche, lo dejé allí en medio de la calle y pasé entre los vehículos andando como un zombi. Veía las luces de los coches de la policía, los bomberos y las ambulancias cada vez más cerca. Había gente hablando en corrillos, también los efectivos de emergencias

comentando cosas entre ellos. Al llegar al cordón policial me paré como si esa barrera en forma de cinta de plástico me impidiera el paso, cuando solo tenía que agacharme y pasarla, o caminar hasta que se rompiera. Yo había puesto cientos en mis años de policía. Escuché a dos mujeres que hablaban a mi lado sobre un atropello. Al parecer, había sido un camión que no había visto a tiempo a un viandante.

Recuerdo que de repente me encontré muy solo. A pesar de haber pasado allí mi infancia, tenía la sensación de estar en un lugar desconocido, aunque en realidad estaba en el extremo opuesto de la calle, delante del portal de la casa de mi padre. La que había sido mi casa tantos años. Algo volvió a accionarse dentro de mí. Pasé por debajo de la cinta y avancé con las piernas temblando. Ni siquiera escuché a un agente de la Policía Local que me indicaba que no podía pasar. Primero hablando y luego a gritos, que seguí ignorando.

Cuando el guardia urbano me alcanzó, poniéndome una mano en el hombro, ya había llegado al lugar del accidente. Allí, un cuerpo tapado con una tela de un color gris metálico, yacía inerte tendido en el pavimento sin que en ese momento nadie le hiciera caso. Al lado, el que parecía el conductor del camión, lloraba y repetía a los agentes que el hombre se había tirado a las ruedas.

Y mientras el agente me sujetaba para que no avanzara más, me desmayé dejando atrás una vida casi perfecta. Cuando me desperté en el interior de una de las ambulancias, esa vida había cambiado para siempre.

31
Siempre hay alguien a quien odiar

Estaba en mis pensamientos en el corredor de urgencias del hospital cuando algo me hizo volver a la realidad. Alguien voceaba por la entrada.

—¿Es culpa tuya? ¡Eh! Mírame cuando te hablo, desgraciado.

Al escuchar los gritos, volví la vista como el resto de los usuarios del servicio de urgencias. De entrada, incluso descarté que fueran dirigidos a mí; por mi experiencia en mis pocos años de patrullero sé que en urgencias se junta gente de todo tipo. Hasta que lo vi. Allí estaba aquella escoria que por genealogía familiar tenía que llamar «suegro». Desde la entrada se dirigía hacia mí con el dedo índice amenazante. Un guardia de seguridad del hospital se asomó desde un box para ver qué pasaba. Opté por no llamar más la atención respondiendo con toda la calma que encontré en mi interior.

—Haz el favor de calmarte. Ha sido un robo. ¿Cómo quieres que sea culpa mía?

Nunca hacía mucho caso a mi suegro. Ingrid jamás creyó que mi padre se suicidara y apostó por la versión oficial en la que se decía que había sido un accidente. La otra opción era culpar a su propio padre, por lo que supongo que no tuvo alternativa. Mi padre Adolfo no dejó ninguna nota. Creo que la llamada que me había hecho en forma de despedida había hecho esa función. Nunca entendí que no llamara también a Laura. Y eso precisamente hizo inclinar la balanza hacia el accidente. En el atestado policial constaba que después de llamar a su hijo, Adolfo Montes, en estado de *shock* por la pérdida de sus ahorros con las preferentes, salió a la calle y no vio el camión. Paradojas de la vida, solo la compañía aseguradora

compró mi versión, utilizando eso para no pagar la indemnización que les tocaba en caso de accidente. Yo siempre he tenido muy claro que mi padre se había suicidado por culpa de mi suegro. Si hubiera grabado aquella conversación, todo el mundo lo tendría claro.

Me encontré enfrentado con la compañía aseguradora en los juzgados, donde para poder cobrar un indeseado seguro tenía que liberar de culpa a ese cabrón. En un principio no quise saber nada del dinero, pero mi amigo Julián inició los trámites para llevarlos a juicio. Pasado el tiempo, la vida y todas las desgracias, y pensando en mi hermana, no dudé en agradecer a Julián la iniciativa, que además hacía gratis. Al final ganamos el litigio y todo el dinero de la indemnización fue para mi hermana, que cerró la tienda en Terrassa y volvió a Lleida. Pensé que era lo más correcto, puesto que ella, en ese momento, lo necesitaba más que yo. Sin su tienda no tenía ingresos y yo aún tenía un sueldo, aunque no duró mucho.

La mujer de Gonzalo venía detrás y, como era de esperar, lo hacía llorando. Me abrazó. Ella no era una mala persona. Solo alguien con fuertes convicciones religiosas que le decían que el matrimonio con aquel hombre era para toda la vida. A su manera le debía de querer, de eso no había duda, pero eran la noche y el día.

Gonzalo permaneció callado a nuestro lado. Miré a Angelines a los ojos sin dejar de sujetarla.

—Me ha dicho uno de los médicos que se pondrá bien. Que solo han de esperar a que el hematoma de la cabeza se rebaje. Los huesos se curan.

—Ay, gracias a Dios. Gracias a Dios —dijo, volviendo a abrazarme.

La dejé hacerlo todo el tiempo que necesitó, aunque sin perder de vista a mi suegro. Este me devolvía la mirada con todo el odio que podía destilar. Algo le olía mal al muy cabrón. Quizás las personas malvadas tienen el instinto necesario para detectar el mal. Ya lo dice el refrán: piensa el ladrón que todos son de su condición.

—Angelines, ve a sentarte a la sala de espera. Ahora vamos nosotros —le dijo Gonzalo.

La mujer obedeció sin rechistar. Me miró con dulzura y entendió que su marido y yo teníamos que hablar.

Cuando estuvo seguro de que no nos oía, el rostro de Gonzalo

volvió a teñirse de rabia.

—Puede que haya sido un robo, eso ya me lo dirán los Mossos, pero explícame, ¿qué está pasando?

Resoplé.

—¿A qué te refieres?

—Vamos, hombre, has pagado la deuda de la hipoteca. Toda y de golpe.

—Me han dejado el dinero. Aún tengo buenos amigos. No creo que sepas qué es eso.

—Ya. Oye, ¿por qué de una vez por todas no nos decimos las cosas claras? No me gustas, nunca me has gustado y sé que es mutuo, pero ¿esperas que me crea que, ahora que mi hija iba por fin a dejarte, entran en tu casa a robar y le hacen eso?

Cambié la cara.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué coño insinúas?

—Venga, hombre. ¿Es que no ves lo que te rodea? Mi hija me pidió el teléfono de un abogado de divorcios. Y ni siquiera tuve que decirle lo de la casa. Esa carta aún me la guardo.

Aquello impactó en mi estómago como un gancho directo. Una cosa es pensar en dejarlo todo o meditar una separación temporal cuando las cosas van mal. Otra es tener ya el asesoramiento de un abogado. Y aún peor a espaldas del otro. Intenté rehacerme.

—Eso es algo que hablamos ella y yo y no es asunto tuyo —mentí.

—¿Lo hablasteis? —exclamó con sarcasmo.

—Mira, ya que estáis aquí iré a casa a ver qué nos han robado. Si hay cambios en su estado ya me lo dirán los médicos. No te llamaré, no te preocupes.

—Creo que preocuparme por ti es lo último que haría en esta vida.

Lo miré con desprecio, en realidad no podía evitarlo, pero medité unos segundos qué le iba a decir y opté por no contestarle. Así que me dispuse a irme, ignorándolo. Eso pensé que sería peor que rebajarme y soltarle algún insulto. Acerté.

—No vuelvas a pisar mi casa nunca más —me dijo Gonzalo mientras me iba.

Me detuve antes de abrir la puerta de urgencias, pero después de unos segundos, sin ni siquiera volverme, continué mi camino.

Cuando salté esa valla en el Pirineo dejaba atrás muchas cosas en mi vida. Pero aunque las cosas no iban bien en mi matrimonio, no pensé que una de esas cosas era Ingrid. No tan pronto. O puede que ella fuera más consciente que yo de lo que pasaba entre nosotros. A ella la echaría de menos un tiempo, eso estaba claro. A todo lo que la rodeaba, no.

32
Los perros nunca dejan de morder el hueso

En otro sitio de la ciudad había dos halcones acechando. Y a pesar de haber fallado en su primer intento no iban para contentarse con los restos de animales putrefactos. Iban de caza mayor.

Cuando Darko se miró al espejo sintió rabia. No por el morado entre los ojos. Eso le daba igual. Solo tenía que ser un poco más precavido cuando estuviera cerca de la pasma. Esas lesiones llaman la atención hasta del policía más vago, pero con unas buenas gafas de sol lo disimularía bastante. Su rabia era por quién le había producido esa herida. Un profesional como él no podía permitirse un fallo así. Si aquella mujer hubiera tenido un arma, ahora estaría en un depósito de cadáveres haciendo compañía a otros sujetos desconocidos. Él había enviado allí a muchos y sabía que un día u otro también le tocaría. Pero, por Dios, no así. No por culpa de una mujer con una lámpara.

Se habían confiado en exceso de la información que les había proporcionado el contacto. Ese abogado que daba cobijo al que ponía el dinero. Más de una vez, Darko había insistido, en sus discusiones, en saber quién daba las órdenes, pero luego, con el dinero en el bolsillo y unas copas para celebrarlo, a los dos les acababa dando igual.

Su compañero había salido y, como siempre en ciudades poco visitadas, estaría estudiando rutas de escape y escondites seguros en caso de emergencia. Con esa rutina se mantenían en plena forma y sobreviviendo desde hacía ya muchos años. Darko había tenido un

hijo que vivía en Belgrado con sus abuelos maternos. El hijo lo tuvo con una prostituta que falleció al poco de ser madre. A él le enviaba, de manera más o menos regular, algo de dinero que administraban sus abuelos. De hecho, poco sabían de un hombre que se presentó en su casa un par de meses después de que su hija falleciera diciéndoles que era el padre del niño. No les molestó demasiado cuando les dijo que no se podía quedar con él pero que los ayudaría en lo que pudiera. Esa ayuda se limitaba a enviarles una cantidad de dinero, a veces mensual, a veces cada tres meses, dependiendo de los golpes, y ellos le iban enviando fotos a su móvil en cuanto recibían algún ingreso. Slobodan nunca entendió que su amigo quisiera saber de aquel niño. Darko tan solo era consciente de que un día abandonaría este mundo dejando como legado una estela de maldad y cadáveres. Quizás vio en su hijo la oportunidad de no haber vivido en vano. Y confiaba en que, si al final aquel Dios en el que creyó de pequeño de verdad existía, pudiera poner en un lado de la balanza una cosa buena. Aunque solo fuera una.

Slobodan nunca pensó en eso. Mientras se aseaba en su habitación contigua a la de su compañero, repasaba en su mente los últimos sucesos. A diferencia de Darko, se convenció pronto de que Dios no existía. Si fuera así, no le hubiera permitido hacer todo aquello sin apenas consecuencias. Los pocos pensamientos de Slobodan giraban en torno a una hermana de la que no sabía nada hacía años y a su tío Dragan, que fue quien le consiguió un puesto en la policía de su país. Ahora este se pudría en una prisión donde en ocasiones recibía algo de dinero que solo él sabía de quién era. Se vistió y envió un mensaje al móvil de su socio. Siempre en clave. Cambiaban los teléfonos cada poco y eran muy cuidadosos en sus comunicaciones. Le informaba de que salía «a tomar el aire». Darko ya sabía qué significaba.

Después de ese mensaje, su amigo ya no tenía prisa por regresar al hotel. Tampoco parecía que les fueran a dar instrucciones en poco tiempo, así que se metió en el bar del mismo hotel y pidió un whisky del bueno. Quizás él también saldría a tomar el aire más tarde.

Slobodan salió del hotel y se encontró delante del río Segre. Era una avenida grande, y al otro lado se veían edificios y lo que le habían dicho en recepción que era el parque de los Camps Elisis.

Pero su destino estaba en dirección opuesta. Torció hacia la calle Major. Era amplia y llena de tiendas, y a esa hora de la tarde ya empezaba a tener muchos viandantes. Siguió en dirección a la catedral mezclado entre la gente, que apenas le prestaba atención, antes de girar a la derecha hacia lo que era el casco antiguo. La recepcionista le había aconsejado no ir muy tarde por esas calles, puesto que no eran las más seguras de la ciudad. Más bien lo contrario. En algunos puntos se amontonaban traficantes y prostitutas. Casi todas africanas. Pero a ellas ni las miraba. Se acercó a un negro y le compró un gramo de coca.

Luego siguió caminando por una calle cuesta arriba que debía de llevar hasta el famoso castillo de la ciudad. En los portales, las mujeres africanas que ofrecían su cuerpo observaban con descaro a los hombres que iban solos y que les devolvían la mirada. A los que iban acompañados los ignoraban.

Caminó hasta casi salir de esa zona y encontró a una chica rubia que le pareció que era rusa, de poco más de veinte años, y esta le guiñó el ojo. Se detuvo delante mientras otra mujer, en un portal anterior, lo maldecía en voz baja por no haberla escogido a ella. Aquella tarde estaba siendo mala y no había clientes con los que poder hacer frente a las deudas impagables a sus chulos; y lo que era peor, en el caso de las africanas, a las maldiciones del vudú a las que se enfrentaban si no cumplían. De eso último se escapaban las europeas, pero pagaban otros peajes, a veces peores que una creencia religiosa.

El serbio siguió a la chica rubia de la mano hasta que salieron de la zona del casco antiguo. Llegaron a la calle Bonaire, al lado de donde en otro tiempo había habido unos cines, ya cerrados. Se metieron en un portal reformado y subieron con el ascensor al tercer piso. Entraron y Slobodan sacó dos billetes de cincuenta euros, el doble de lo que le había pedido ella, y los dejó en un plato decorado que había en la entrada. El piso era pequeño y la cama de matrimonio estaba allí mismo, lo que anunciaba que estaba totalmente adaptado para recibir clientes. Tenía un pequeño lavabo, una puerta cerrada que seguramente daba a la cocina y una habitación al fondo. Se quitó la chaqueta y preparó la cocaína en la mesa. Hizo dos rayas y la invitó con un gesto. De hecho, no había hablado en ningún momento.

La chica observó los billetes y la coca y pensó que había tenido mucha suerte. No tenía ni idea de que, aunque saldría de allí con vida, cobrar aquellos euros de más le iba a costar muy caro.

Gracias al pañuelo que se dejó poner en la boca, sus gritos no iban a proporcionarle ninguna ayuda. La puso boca abajo y la ató, ahora ya sin ningún miramiento. Había pagado por ella y era suya por unas horas. Esos gritos amortiguados por el trozo de tela era lo que necesitaba Slobodan para poder tener una buena erección. Cuanto más aterradores eran sus gemidos, mejor lo iba a pasar aquel hombre.

Cuando acabó, a Irina ya no le quedaban fuerzas para nada. Ni siquiera para pedir auxilio. Así que solo lloró de manera desconsolada en su cama, donde permanecía medio atada. El hombre la desligó de las muñecas, dejándole el pañuelo que la amordazaba, y se levantó de la cama. Se vistió sin prisa y notó que le entraba un poco de hambre. Era la hora de buscar un buen restaurante.

Ya había tomado suficiente aire.

33
Las dudas siempre llegan

Reconozco que me afectó algo más de la cuenta el encuentro con mi suegro. Cómo me hubiera gustado romperle la cara allí mismo. Pero no podía saltarme mi propio plan, así que me fui a casa. Llegué con el peso del mundo en mis hombros. O eso me parecía a mí. Esos días en que tan solo planeaba mi venganza ahora parecían lejanos. Qué idiota había sido. Poder pagar las deudas era un efecto secundario a mis planes. La rabia y el odio que sentía por aquellos hombres, en especial por mi suegro, desde que oí a mi padre decirme que lo habían arruinado y que no podía ser una carga para nosotros, había ido en aumento a medida que la gente no me creía. Así de simple. Mi padre me había llamado a mí como último acto desesperado en su vida y no había redactado la maldita y famosa nota de suicidio, como las que había recogido yo tantas veces en casas ajenas entre el dolor de familiares que no entendían nada.

Después, las peleas con Ingrid fueron una constante cuando intentaba explicarle con horror esa llamada. No se la podía culpar. Gonzalo era su padre y con ella no se mostraba en su verdadera forma. Aquella que yo imaginaba en mis pesadillas o en mis borracheras iniciales. Allí él era un monstruo desfigurado. Un ser despreciable y egoísta que solo pensaba en su propia existencia. Ella, sin embargo, solo veía a un padre cariñoso y amable. La crueldad la descargaba fuera de casa.

Fue eso lo que me llevó a traspasar todos los límites y también lo que llevó a la libertad a un pederasta. Y aquí empezó de verdad mi calvario.

Mientras me lamentaba por algo que ya no tenía más solución

que tirar hacia delante, llegué a mi casa. Aparqué mi Opel Corsa en la entrada, donde ya no había policías ni mirones. Vi la puerta abierta y, en un acto del que me sorprendí yo mismo, llamé al timbre de mi propia casa antes de entrar. Sin esperar respuesta, entré moviendo la cabeza por esa situación tan absurda. En la planta de abajo no había nadie. Escuché pasos arriba en el dormitorio y me puse en alerta.

—¿Julián? —dije con voz trémula.

Nadie respondió, así que insistí con algo más de valentía y cogí un cuchillo de la cocina.

—¿JULIÁN?

Se oyeron unos pasos rápidos y alguien apareció por la puerta que daba acceso a los dormitorios.

—¿Eres tú, Tom?

Mi amigo asomó la cabeza imitando a los policías de la tele y la volvió a esconder rápido.

—Pues claro, hombre. ¿Quién quieres que sea?

Salió de detrás de la puerta y empezó a bajar los escalones lentamente con un palo de escoba en la mano.

Nos quedamos unos instantes mirándonos, y si las circunstancias hubieran sido otras nos hubiéramos partido de risa ante la imagen de los dos armados con un cuchillo de cocina y un palo enclenque.

—Había escuchado algo arriba y he ido a ver. Siento lo de la escoba, no he pensado en abrir los cajones y coger un cuchillo como has hecho tú.

—¿Con un palo de escoba? ¿De verdad?

Julián asintió encogiéndose de hombros.

—Lo siento, me parece que he roto la rosca de la escoba.

—Es igual. Tranquilo. ¿Qué dice la policía?

—Bueno, creo que no se han llevado nada. Parece que no les dio tiempo.

—De Ingrid, tío. ¿Qué le han hecho? ¿Qué sabe la pasma del robo?

—Sí, claro, perdona. Me parece que se cayó o la empujaron por las escaleras. Eso he oído que decía uno de la científica —me dijo, señalando la zona de acceso—. Pero ¿no me habías dicho que estaba de guardia? ¿Qué hacía en casa?

—No lo sé. A veces se cambian las guardias, pero nunca de un

día para otro. Qué sé yo, quizás no se encontró bien. Qué más da. Está en el hospital.

Las marcas que había en la pared blanca, roces y rasguños, podían ser la explicación de los huesos rotos.

Respiré hondo y sentí el primer alivio. No es que la situación estuviera para eso, pero la opción de la tortura me estaba matando por dentro.

—¿Tú qué crees?

—¿Te hacen falta más pruebas? Ya lo sabes, hombre.

—Ya.

—¿Tienes aquí la caja? —dudó al preguntarme.

—No, tío. Está bien guardada, ya te lo dije. No podía dejarla en casa.

—Bien, mejor. Tendrías que ir a buscarla. Puede que tengamos que adelantarlo todo.

—Sí. Ya es demasiado tarde para echarse atrás. Pero déjame que me pegue una ducha y vemos cómo lo podemos hacer.

Julián me sonrió de manera fraternal.

—Voy a pasar por el bufete a mirar unos papeles. —Hizo una pausa—. Saldremos de esta, hermano.

—Lo sé. O al menos quiero creerlo.

—Tom. —Se volvió hacia mí cuando yo ya estaba en la escalera —. No te fíes de nadie. Por lo que sé, esta gente está dispuesta a todo para recuperarla.

—Era lo que queríamos, Julián.

Le mostré la mejor media sonrisa que fui capaz de ofrecer en aquellas circunstancias. La medio sonrisa de Magnum, por la que me gané mi apodo de crío. Aunque esta estaba dibujada en una cara cansada, casi agotada. Subí las escaleras esquivando los restos de sangre que la policía no había retirado y que me produjeron una desazón. Vi salir por la puerta a Julián. No tenía buena cara, pero tampoco podía reprocharle nada. Julián solo me prestó la ayuda que necesitaba después de meses de machacarlo para arreglar cuentas con la vida. La culpa era toda mía. Por eso no había sido capaz de decirle a mi mujer que el poco dinero que me daban en el paro había ido directo a elaborar mi plan de venganza y no a pagar la hipoteca. Y allí me vi, saltando una valla para reparar mis malas acciones. Esas de las que solo escapan los buenos. Y entonces me

pregunté si yo era de verdad uno de los buenos.

34
La pausa necesaria

En un piso del barrio de Cap-Pont de Lleida, Horus descansaba en la cama leyendo un libro. Era una estancia algo pequeña, en un edificio muy grande con muchos vecinos, sobre todo de alquiler. Un lugar idóneo donde no llamaban la atención los diferentes operativos del grupo secreto de Los Egipcios. Solo unos pocos, y ni siquiera ellos, sabían el número total de miembros del grupo. Sí sabían que en cada capital de provincia tenían un piso franco que en ocasiones compartían con los agentes del CNI. De hecho, a veces se confundían e incluso operaban con ellos. Era la mejor forma de pasar inadvertidos.

Horus tenía asignada una misión, a primera vista no muy emocionante. Recuperar unos archivos guardados en una extraña caja no dejaba de ser un trabajo más bien policial.

De hecho, muchos de los agentes, antes de ser reclutados, lo habían sido, por lo que se adaptaban a lo que les pidieran. Sin preguntas. Sin cuestionamientos. Por esa razón también cobraban más de lo que de manera legal pudiera cobrar el propio presidente del Gobierno. Su trabajo tenía fecha de caducidad, por eso los exprimirían al máximo. Pero lo importante era que de momento, en su teléfono encriptado, no había recibido ninguna fotografía que en su parte superior tuviera un pequeño pájaro de color rojo. Eso significaba eliminación.

Horus enviaba regularmente la información recogida a su centro de control y a su contacto en cada misión. A veces, en los informes, iba aportando fotogramas de sus vigilancias. Y, en ocasiones, estas fotografías eran las que retornaban con esa imagen adjuntada en la

parte de arriba que indicaba que la persona que salía en ella había concluido su vida. Entonces los agentes actuaban. Ejecutaban a su objetivo y preparaban el entorno y las pruebas de tal manera que podían incluso engañar a los policías y a los forenses más experimentados. Transformaban esas muertes en accidentes, robos que salían mal, suicidios o muertes por causas médicas. Eran muy eficaces. Pero también eran expertos francotiradores y asesinos letales a corta distancia.

La última misión de Horus había sido en Afganistán y la anterior en París. Los últimos años, este grupo se dedicaba mucho a luchar contra al yihadismo. Era lo normal, pero también lo era que entre una misión y otra les cayera un asunto doméstico. Un asunto de limpieza interna. Era entonces cuando estos agentes se ganaban el sueldo y cumplían el propósito por el que alguien decidió su existencia.

Dejó el dispositivo activo y conectado a la corriente. Mientras no le entraran llamadas ni mensajes no podía hacer nada más, así que se tumbó con ropa de calle en la cama, abrió un libro y se perdió en el desierto *Donde los escorpiones*. Por el momento, un poco de paz antes de la tormenta.

***

El excomisario Cebrián había aprovechado bien la tarde. Después de observar la escena posterior al robo violento en mi casa, se había dirigido al hospital de referencia. Solo había uno, como era normal en ciudades pequeñas, donde llevaban las urgencias. Allí localizó en poco tiempo al que comprobó que era el marido de la víctima. O sea, a mí. Pensó que bien pudiera ser que aquella pareja hubiera sufrido un robo, y poco más, pero sabía demasiado bien que las causalidades no existen y que el coche del vendedor del anillo estaba domiciliado allí. Blanco y en botella.

Era imposible que él fuera el único en buscar aquel objeto. Lo más probable era que Romero hubiera contratado a algún detective privado y que este, a su vez, a algún elemento más expeditivo. La carrera no iba a ser fácil, pero no había trofeo para el que quedara segundo.

Sin saberlo, el excomisario se alojaba en un hotel no muy lejos

de donde estaba Horus. Dos auténticos cazadores intentando cobrar la misma pieza.

En el escritorio de la habitación abrió una carpeta con los datos del caso y comprobó que quien había vendido el anillo no se correspondía con el tipo del hospital, dueño de la casa. Ni en el parecido de la foto ni en la descripción que le había dado el comprador. Este había hablado con un comisario de la Policía Nacional, por lo tanto, no mentía, no necesitaba hacerlo, sino el anillo nunca hubiera aparecido en una base de datos legal. Suerte había tenido de las cámaras exteriores que enfocaban ilegalmente la vía pública. Por allí había pasado un coche cuyo titular lo había llevado a esa casa en Lleida. Pero había llegado tarde.

Gracias a sus contactos no le costó obtener una foto del DNI, ya que a pesar de haber metido una prueba falsa en un caso con lo que esto conllevaba, lo cierto era que cuando introdujo el nombre de Tomás Montes, a este no le constaban antecedentes policiales. No estaba muy seguro de que aquel tipo fuera su hombre, pero era la única pista que tenía y el hecho de que le hubieran entrado en casa a robar era demasiada casualidad. Eso sí, un exmosso no encajaba muy bien en el perfil. Aun así, puede que en aquel momento el tipo tuviera el objeto más buscado en toda España. Uno que la inmensa mayoría de gente no sabía de su existencia, aunque muchos medios de comunicación lo dieran por hecho: un *pendrive* con información que podía salpicar al mismo Gobierno de España. Su instinto le dijo que si su mujer había salido malherida del robo, él acabaría por aparecer por allí.

Y allí me encontró.

Justo al llegar a la zona de urgencias, vio que yo tenía un amigo en la Policía Local de la ciudad. Era evidente por el abrazo que nos dimos. Una información importante si llegaba el caso y confirmaba que yo había tenido algo que ver con el robo. Después observó desde una distancia prudencial la discusión con mi suegro. Eso lo ayudó. Cuando una persona está en tensión no presta demasiado interés a su entorno. Así que, como un familiar más de los que rondaban por urgencias, se acercó lo suficiente hasta nosotros y activó un dispositivo parecido a un móvil. Mientras simulaba consultar sus mensajes, el aparato clonó los datos del teléfono del objetivo.

Con esa información accedió al nombre, dirección, teléfono y toda la agenda. Y lo más importante, a las llamadas y mensajes que entraran a partir de aquel momento. Cuando se aseguró de que todo se había transferido bien, se marchó de vuelta a su hotel.

Una vez allí, no perdió el tiempo: repasó las fotografías de los perfiles de la lista de contactos de mi agenda. No había tenido suerte en eso, siempre tomamos muchas precauciones, pero sí observó que los últimos mensajes eran algo crípticos para alguien que no oculta nada.

35
Queremos la caja, como sea

Evaristo González llegó a su casa, en la calle Rosselló de Barcelona, cuando ya era la hora de cenar. No lo esperaba nadie. Había tenido una novia hasta hacía poco, pero esta había ascendido en el partido y ahora vivía en Madrid. Aunque se propusieron seguir, la distancia mató una relación que tampoco era la más sólida del mundo. Ella era ahora la amante de un ministro.

Dejó la chaqueta en el armario de la entrada y se recostó en el sofá. Estaba metido en algo gordo. Si era capaz de recuperar aquella información, eso lo catapultaría hacia su sueño. Sería alguien importante y dejaría de ser la sombra de Porta. No es que no le agradeciera todo lo que había hecho por él, pero después de tantos años los favores se difuminan y si no los renuevas se pierden en el olvido. Nunca podría pagarle lo de haberle puesto un ejército de abogados para salir indemne de aquel caso que casi lo hunde. No obstante, necesitó pasar página y olvidó el asunto lo más rápido que pudo. De esa experiencia aprendió que, en política, cuando alguien te rescata del desastre, no te salva. Te compra.

Desde ese incidente pertenecía a Amancio Porta. Y después de asumirlo, la cosa no le había ido tan mal. Pensó que cuando el viejo se retirara, él heredaría su trono político. Lo que no acertó a prever Evaristo era que en este país las palabras «retirarse» y «dimitir» apenas logran existir para cualquiera que haya catado el poder. Una vez embriagados en él, ya no lo sueltan. Por increíble que pareciera, el sistema establecido no los penalizaba y por eso solo se veían obligados a echarse a un lado cuando la cosa era ya de vergüenza ajena. Y, aun así, pocas veces. Por eso, el robo de la caja de Romero

era una bendición a sus propósitos. Si era él quien recuperaba esa información y la podía presentar a los máximos dirigentes del partido para que los pesos pesados respiraran tranquilos, le podía salir muy bien.

Hacía demasiados años que Romero los tenía en jaque. Se decía que lo que aquel hombre guardaba en la caja podía hacer tambalear a un país.

Se sirvió un brandi, mientras encendía la televisión. La puso en silencio y seleccionó un contacto en el móvil. Llamó.

—¿Cómo va? —preguntó Evaristo sin decir ni hola.

—Más o menos como esperaba.

—No. Tiene que ser más rápido. ¿Crees que somos los únicos que buscamos esa caja?

—Hago lo que puedo, no es tan sencillo.

—Eso no me sirve. Encuentra la maldita caja. Ya tengo lo que me pediste.

Colgó el teléfono y lo dejó en una mesita pequeña donde reposaba su vaso medio lleno. Le dio otro trago.

Se quedó allí soñando en cómo iba a cambiar su vida en cuanto la caja cayera en sus manos.

Al otro lado de la línea, el abogado Julián Pelegrí apagó el móvil y se encendió un cigarro. Después abrió un cajón y sacó una bolsita con un polvo blanco dentro. Sabía que no tenía que hacerlo. Que no era una buena decisión, pero en su interior había algo más fuerte que lo impulsaba. Al lado de la bolsita había un cilindro metálico. Lo cogió y lo contempló con una sensación extraña. Se giró un momento para disfrutar una vez más de las vistas privilegiadas desde su ventana: frente a él se alzaba la imponente Seu Vella de Lleida. Sin embargo, el polvo adulterado era demasiado poderoso.

***

Amancio, aquella noche, tenía cena familiar en su casa. Habían ido sus hijos de visita y su mujer estaba de muy buen humor. Aquel parecía un hogar idílico si no fuera por los secretos que, sobre todo, el cabeza de familia guardaba en él. Y lo peor era que muchos de esos secretos podían estar guardados en un *pendrive* dentro de una caja con ornamentos de animales. Un objeto de madera que

albergaba dentro el futuro de la familia. Y no solo de la suya. Las altas esferas del partido esperaban, impacientes, noticias sobre el paradero de esa posible filtración de datos.

Ya no podían hacer más de lo que habían hecho hasta el momento. Si le ponían demasiado celo al asunto, quizás los partidos rivales empezarían a sospechar que en el robo de joyas y dinero de su antiguo tesorero podía haber carnaza de la que alimentarse. Habían sido discretos y no le habían dado más importancia. Como si la cosa no fuera con ellos. Pero no era así. La cúpula estaba muy preocupada. Hasta el punto de activar a uno de sus operativos más secretos y certeros. El programa Egipcio no lo conocían más de una treintena de personas en todo el país. Y por eso su activación en territorio nacional requería una autorización muy alta. Tampoco era la primera vez que se hacía; de hecho, en los últimos años, se había activado mucho, pero siempre con una discreción absoluta. Era un secreto de Estado y bajo esa protección se podían evitar preguntas indiscretas en el control parlamentario.

El senador meditaba pasar el testigo a su protegido y empezar a recorrer los lujosos campos de golf de los que era asiduo. Pero se resistía y, en ese momento, proteger su legado era su máxima prioridad. Incluso para Evaristo había aún secretos inconfesables que obviaba y que nunca revelaría. Hacerlo significaba exponerse, y un buen político sabía bien que eso jamás era un buen negocio. Desde que le habían robado a Romero su información, empezaba a pensar que aún le quedaban tiros que dar en el mundo de la política y que la retirada era solo para los cobardes. Puede que Evaristo aún tuviera que esperar un poco más para dar el salto.

Lo que no esperaba Amancio era recibir cierta visita aquella noche. Estaba en su despacho, cuando su mujer abrió la puerta y, con cara de póquer, le anunció que alguien había venido a verlo. Sin casi tiempo a decir más, un hombre se abrió paso detrás de ella. Por la cara de Porta, era una persona de la que no esperaba tener noticias.

Era el mismísimo extesorero Romero.

36
Doble sorpresa

Aquella noche me quedé solo en casa. Ingrid estaba atendida en el hospital con sus padres y cualquier coincidencia con mi suegro no era buena para nadie, por lo que decidí que de momento no me pasaría por allí.

Julián se había marchado hacía un rato, aunque me había dicho que podía volver más tarde y quedarse conmigo. Preferí digerir el trago solo y recapacitar un poco. Me abrí una botella de vino del bueno. En realidad, era de Ingrid, yo había preferido siempre la cerveza, pero hacía tiempo que no probaba el alcohol y esa noche pensé que era más apropiado beber a su salud.

Mi vida se estaba derritiendo y no sabía cómo iba a salir de allí con el cuerpo entero, pero aún menos con el alma sin roturas. Recordé, sentado a oscuras en mi sillón favorito, los peores momentos que me habían conducido hasta allí. El rencor a mi suegro y lo que representaba. El dolor por la pérdida de mi padre y también de un trabajo que, de verdad, me gustaba mucho. Y, por encima de todo, sus consecuencias, claro.

Todos esos actos me llevaron a una casa en el Pirineo. Y una vez allí no había camino de vuelta. Tenía claro que tener aquella caja de madera era la clave de todo. Mientras la tuviera podía negociar cómo salir de una pieza, pero a la vez tenía que deshacerme de ella cuando lo requiriese. No me quedaba otra que confiar en que Julián podría hacerla llegar a quien la buscaba con tanto afán en el momento preciso.

Entre sorbo y sorbo, oí el timbre de la puerta. No estaría arreglada hasta el día siguiente. Había logrado trabarla un poco con

Julián para poder dormir, si es que eso era posible aquella noche, y para que nadie encontrara la entrada libre.

Fui a abrir con algo de temor y, antes de desbloquearla, pregunté quién era. Una voz conocida pero que no conseguía ubicar respondió suave. Era una voz de mujer. Por un momento pensé que podía ser mi hermana, pero si necesitaba algo urgente me habría llamado antes. Y no le había querido explicar lo de Ingrid por no preocuparla más. Tenía bastante con lo suyo.

Cuando abrí, me quedé sin habla. Era Inés. Por supuesto, alguien que no esperaba encontrar en mi puerta. Puede que ni siquiera me tocara encontrarla en esta vida. De joven llegué a pensar que en otra, quizás por fin, me atrevería a decirle lo que sentía antes de que ella tirara por la borda su futuro con un elemento como el Ronco.

Ella estaba de pie frente a mí. Con las manos en los bolsillos y la cara roja por el frío que hacía en la capital de Ponent cuando el sol se escondía. Miré a ambos lados de la calle de forma instintiva y la hice pasar. Más bien casi la empujé hacia adentro ante su asombro.

—¿Qué pasa, Tomás? ¿Qué le ha pasado a tu puerta? —dijo asustada, observando que la cerradura estaba rota—. ¿Ha sido Mario?

—¿Mario? ¿Qué…? No. Perdona. No, no ha sido Mario.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Es una larga historia.

—¿Dónde está tu mujer? —dijo tímidamente—. No sabía si venir, sobre todo por cómo se lo tomara ella, yo en su caso.

—Ingrid está en el Arnau —la interrumpí—. Nos han entrado a robar esta tarde y, bueno, está herida.

—Dios mío, perdóname. Y yo aquí con mis problemas.

—No, no. Tranquila. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Mario?

—No lo sé. Llamé a mi hermana para que recogiera a Jordi en el colegio y ya no he ido a casa. Llevo horas dando vueltas con el coche y al final. —Me miró inquisitiva, como para cerciorarse de que yo la escuchaba con atención—. Discúlpame, no tenía que haber venido. No sabía adónde ir y. Está siendo un infierno no abrazar a mi pequeño.

—Tienes que ir a la policía. Puedo llamar a Riki. Lo conoces y es de fiar.

—No, a la policía no. Pero sí, me encontré a tu amigo el urbano y él me indicó dónde vivías. Tengo miedo.

Me quedé absorto observando a la que una vez pensé que era la chica más hermosa del mundo y me sentí pequeño. Tantas veces soñé de joven en tener una conversación a solas con ella y, ahora que la tenía delante, no podía hacer mucho más que escucharla. Con todo lo que tenía detrás, era demasiado echarme otro fardo a la espalda. No sabía si sería capaz de cargar con más mierda de la que ya arrastraba. Pero tampoco podía ignorarla. No dejaba de ser alguien de quien una vez estuve muy enamorado. Y eso, en personas como yo, no se olvida. Hay personas que graban en lo más profundo de su ser estos sentimientos y quedan allí dormitando. Esperando despertar algún día. A veces se quedan allí para siempre y acaban por morir, pero hay afortunados que, pasado el tiempo y por los caprichos del destino, consiguen sacarlos otra vez desde ese abismo del pasado.

Yo no dejaba de ver a aquella chica dulce y hermosa. Ahora, con algunas arrugas en los ojos —más que por la edad, por la mala vida con su marido—, aparecía en mi puerta como si estuviera escrito por una mano divina, con tinta de crueldad. El día que sabía que mi mujer tenía pensado pedirme el divorcio. Pero también el día que estaba en el hospital ingresada por mi culpa. Si nosotros teníamos que reunirnos en un punto del destino, estaba claro que no era ese.

—Inés, ¿tu hijo está a salvo?

—Sí, Mario no le haría daño a su hijo. Estoy segura —dijo con una convicción que quizás sin querer decía lo contrario.

—Mira, necesito unos días. Estoy metido en un asunto y tengo que solucionarlo.

Saqué de la cartera dos billetes de cien y dos de cincuenta. En realidad, era todo lo que llevaba en ese momento. Todo lo que me había sobrado del golpe una vez pagada la deuda con el banco lo tenía bien escondido en casa, así que podía permitírmelo.

—No puedo aceptarlo.

—Vete a un hotel y pide un par de días de fiesta en el trabajo. Ve a uno bueno, no te metas en un antro, y no salgas de allí. Cuando estés instalada me envías un mensaje y yo iré a verte cuando pueda. Buscaré una solución. Solo dame algo de tiempo.

—No sé, Tomás. No sé qué hacer. No puedo estar lejos de mi

hijo.

—Más lejos estarás si ese hijo de puta te encuentra. No le harás ningún favor si pierde a su madre. Piensa en él.

—Ya.

—Ve, por favor. No te preocupes por el dinero. Pero no olvides que es importante que llames a la policía. Esto es muy grave y no puedes vivir con miedo.

—De acuerdo.

Cogió el dinero y con ese gesto rozó sus dedos con los míos. Los noté cálidos. En otras circunstancias, en otro tiempo, puede que en otra vida, la hubiera besado apasionadamente. De manera lenta y saboreando su lengua. Pero no esa noche.

Ella me dio un beso en la mejilla que rozó la comisura de mis labios. Aguanté la tentación sin saber bien cómo. En el fondo, los dos sabíamos que ese no era nuestro momento. Forzarlo hubiera sido cometer otro error, como el hecho de no habernos dado una oportunidad en otra época. Así que ella se dio la vuelta y, con la promesa de decirme dónde iba a estar, se marchó.

Mientras la veía atravesar la puerta, me sentí muy solo. Muy desgraciado. Pero quizás, sin saber por qué, sentí también que se abría una brecha de luz entre tanta oscuridad. Había resistido abalanzarme sobre una persona a la que había querido en secreto toda mi adolescencia. No sabía si sería capaz de volver a resistirme y comprobar, por fin, si era correspondido. Mientras volvía a trabar la puerta, oí un ruido detrás.

Si ella volvía, aquello no tenía vuelta atrás. No lo pude evitar, así que abrí de nuevo, pero lo que sentí fue dolor. Esta vez era físico. Un dolor intenso en mi mejilla derecha, mientras caía al suelo de bruces.

Frente a mí, dos hombres se abrían paso. Mientras uno cerraba la puerta, el otro se me acercó. No tenía escapatoria. Tampoco la buscaba, pero me consoló que Inés no estuviera con esos dos gorilas. Se había ido justo antes. Ese consuelo me iba a durar poco. Las dudas sobre si debía continuar adelante con el plan se empezaban a disipar.

El destino me había alcanzado al fin.

37
Penalti y expulsión

En ese mismo momento, en el domicilio de Amancio Porta, se encontraban dos hombres que tiempo atrás fueron amigos. Luego, solo compañeros de partido. Después, rivales acérrimos, y por último, se odiaron a muerte.

Porta podía haber llegado mucho más lejos que ser un simple senador y acabar en ese cementerio de elefantes en que habían convertido aquella institución. Pero en esa ascensión se interpuso Romero. Primero por simple terna política, pero más tarde por la pura ambición que chocó con sus propios intereses.

Cuando por fin se retiró Romero, acuciado por imputaciones por corrupción, hizo saber al partido que no caería solo. Que en caso de necesidad guardaba información recopilada durante toda su carrera política. Era su seguro de vida. Y gracias a él se habían espabilado en sacarlo de la cárcel utilizando toda la ingeniería legal y todos los contactos de los que disponía el partido.

Internamente, Porta se llevó la peor parte, porque para demostrar que no iba de farol, Romero envió un documento a la cúpula del partido donde detallaba un pago al primero con extractos originales a través de una cuenta en Panamá. Ante el miedo de una posible difusión, y prometiendo al antiguo tesorero toda la inmunidad que podían, apartaron a Porta de la primera línea.

Desde ese momento se acabó el suculento sueldo en el consejo de administración del banco y su papel en el partido empezó a ir a menos. Tampoco supo nunca por qué fue a él a quien expuso en su amenaza. Nadie sabía qué guardaba ese cabrón, pero tampoco se

atrevieron a enfrentarse a él. A saber qué y de quién tenía información después de veinte años en el cargo, sobre todo en unos años de bonanza donde el país miraba su propio ombligo sin importar lo que hicieran sus dirigentes.

Ahora, ese hombre aparecía en su casa. Un tipo que, de entrada, parecía haber perdido su as. Porque a pesar de que tuviera copias, si la información salía a la luz, él perdía su ventaja y ya no tenía cartas con las que negociar. Y eso, en según qué círculos, era la diferencia entre la vida y la muerte.

Romero apartó una silla para llegar hasta donde seguía sentado Porta. Su mujer, después de acompañarlo, se volvió a la cocina para acabar de preparar la cena a la espera de que llegaran sus hijos. No ocultó su malestar por aquella visita. Ella sabía poco, pero sí lo suficiente y que por culpa de aquel hombre ahora no tenían una posición más holgada. Quién sabe si quizás un ministerio.

Se miraron un momento analizándose. Hacía muchos años que no se veían en persona. Arrastraban muchas cicatrices, algunas provocadas por ellos mismos, pero su mirada continuaba igual de fría. Para ellos ese rencor seguía más vivo que nunca y se notaba que ninguno de los dos se soportaba ni quería estar allí. Uno enfrente del otro. Porta seguía sentado y su enemigo permaneció de pie. Romero abrió fuego.

—¿Has sido tú?

—He sido yo, ¿qué?

—Venga, hombre, no te hagas el loco. No te va.

—Que si he intentado robarte la información con la que nos amenazaste a todos para saber qué guardas, pues sí, lo he pensado muchas veces. Pero ¿sabes qué? Siempre que tenía esas ideas acababa pensando que mejor era no remover la mierda.

Romero dudó antes de contestar.

—Lo que me han robado es muy delicado. —Se detuvo un momento analizando lo que le decía a su enemigo—. Tarde o temprano lo sabré, y como me entere que tú…

—¿Que yo qué? —lo interrumpió Porta—. No sé si estás en situación de amenazar. Si esa información sale a la luz, yo estaré acabado, pero tú tendrás que esconderte en un agujero bien hondo.

—Si caigo, no lo haré solo. Te interesa tan poco como a mí que yo caiga. —Hizo una pausa—. Yo no tenía intención de sacar nada.

Y cuando estuve preso podía haber aireado alguna cosa importante. No lo hice. Lo que les mostré a los de arriba de Panamá era muy poco importante, no pensé que lo largaran y que eso te afectaría tanto. Se me prometió que saldría de la cárcel y salí. Yo también sé cumplir mis promesas. Pero ¿un chantaje?

—¿De qué hablas?

—Lo sabes muy bien. Recibí el mensaje y estaba dispuesto a negociar, joder.

Romero se sentó casi derrotado en una silla. Parecía muy cansado. Un cansancio provocado por la propia vida. Tener que estar siempre en tensión y atento a los movimientos de las hienas acaba desgastando hasta a los leones más fieros.

—Cuando me pillaron, solo pensé en sobrevivir. No pensé que resistiría a la cárcel. Pero al final te das cuenta de que la gente como nosotros es más fuerte de lo que creemos. Luego pensé en vengarme, pero mis fuerzas se esfumaron en sacar la cabeza fuera del agujero. Después de eso ya solo quise disfrutar de mis años de jubilación. No tenía intención de perjudicar al partido. Ni a ti.

—Lo dices como si fueras un jubilado normal y la existencia de esa información no fuera una amenaza. Además, tienes un yate, una casa en la montaña y a saber qué escondes.

—¿Y es por eso, todo esto? ¿No soportáis que lleve una buena vida?

—Te repito que no he sido yo, aunque mejor para ti que recuperes esa información. Y si lo haces, entiérrala.

—Ya estoy en ello.

«Nosotros también», pensó.

—Romero, mejor vete de mi casa. No sé por qué has venido, y aunque en un tiempo atrás fuimos amigos, después de tu traición prefiero no respirar el mismo aire que tú.

—Entonces ¿por qué me has dejado entrar en tu casa?

—Bueno —se encendió un puro—, una vez aquí me apetecía mucho verte la cara sabiendo que sufres.

—Si alguien abre ese *pendrive*, no seré el único que sufra.

—Lo sé. —Soltó una calada—. Pero de momento vale la pena disfrutar de este momento.

Romero iba a insistir, pero optó por cerrar la boca viendo que allí no iba a sacar nada. Aquella visita era tan deseada por él como

por quien un día fue su amigo, pero verles la cara a tus enemigos es la mejor manera de saber si son ellos los que te están jodiendo. Puede que Porta no supiera nada del robo, pero ahora tenía muy claro que en aquella partida él también era un jugador. Uno que estaba dispuesto a todo. Al llegar a la calle abrió el móvil y le envió un mensaje al detective privado Fidel Albiol, que esperaba en su propio coche calle abajo. Escribió un mensaje y le dio a la tecla de enviar.

Romero: «Porta es el comprador. Lo conozco bien. No sé si está detrás, pero pujará por la caja».

Albiol: «No lo perderé de vista. Recuperaré esa caja, Sr. Romero. Vaya preparando el pago».

Romero: «Si la recuperas serás muy rico».

Jacinto Romero se marchó del lugar depositando sus esperanzas en Albiol. No era la primera vez, y este nunca había fallado. Ya estaba al acecho y no dejaría de vigilar a Porta y a quien quisiera poseer aquel tesoro en forma de caja de madera ornamentada con animales.

38
¿Un riesgo calculado?

Un ruido me despertó y me sentí extraño. Estaba inmóvil, pero en un sitio familiar. Me costó reconocer mi propia casa sentado en un lugar diferente al habitual de mi cocina. Alguien me había atado a una de las sillas con las muñecas a la espalda y sentía el dolor a medida que mis sentidos iban despertando. Tuve la impresión de que eran como plásticos pequeños. Sabía bien, porque en los Mossos también teníamos algo parecido para muñecas extragrandes, que aquello eran bridas. Escuché una conversación en el comedor en un idioma desconocido para mí, y luego más ruido. Alguien estaba registrando mi casa. No me cabía duda que en busca de la dichosa caja. Muchos pensamientos llegaron a mi cerebro, que empezaba a recuperar la actividad al completo.

Escuché pasos que se acercaban e hice lo primero que se me ocurrió. Hacerme el dormido de nuevo. Comenzaba a entender que las circunstancias en las que me encontraba desde hacía dos días y de las que no parecía poder escapar requerían que asumiera que solo tenía una opción para sobrevivir. Ser yo mismo y seguir el plan. Había preparado mi mente para aquellas situaciones. Haber sido policía tantos años te ayuda a sobreponerte a realidades que a veces empiezan mal. También a detectar la mentira en los demás. Eso lo dominaban más los investigadores, pero a menudo te quedas con cosas cuando tus clientes siempre intentan engañarte. Aunque, claro, no era un superhombre, ni un superpolicía exmiembro de las fuerzas especiales como los de las series y novelas que tanto me gustaban. No era McGarrett del 5-0, ni Jack Reacher, ni tenía el sentido X de Xavi Masip, y estaba claro que no era Magnum P. I.

Pero tenía puntos fuertes y tenía que explorarlos.

Cuando hacía una inspección ocular, me ponía mis cascos y siempre sabía dónde revelar una huella. Encontrar una colilla. O un resto de ADN. Aunque la había cagado bien, no podía olvidar que había sido un agente condecorado y eficaz. En aquel momento necesitaba que emergiera de nuevo. Era lo único que quizás podría salvarme.

Aquello no debía de ser muy diferente a lo que tan bien se me daba. Como me había insistido tanto Julián, yo tenía la caja, por lo tanto el producto deseado por los clientes. Eso me tenía que dar ventaja conociendo que no es lo mismo saber que algo malo te puede pasar que estarlo sufriendo.

Empecé a serenarme. Algo dentro de mí estaba resurgiendo. Empezaba a ser consciente, por primera vez en mucho tiempo, de la verdadera situación en la que me encontraba. Ese era el primer paso hacia una salida. Casi pude sonreír para mis adentros.

Esa sonrisa interior se torció de un plumazo.

Un golpe terrible aterrizó en mi sien derecha. Por un momento pensé que me habían golpeado con un martillo. Me sorprendí mucho al comprobar que la hostia venía de un puño desnudo. La táctica del dormido ya no me servía. Era evidente que aquellos —conté dos— hombres no habían encontrado la caja. No podían. No estaba allí. Ese era el plan.

Noté que la sangre corría por mi mejilla desde la ceja abierta. La cabeza me dio algunas vueltas, pero poco a poco empecé a recuperar el control. Abrí los ojos y busqué al tipo con el puño de hierro. Casi me vine abajo de primeras, pero me repuse y encontré de nuevo a Tomás Montes, el expolicía con un plan.

El hombre impresionaba, de eso no había duda. Tenía cara de animal y me observaba con odio. No desesperé. Analicé que aquella tenía que ser su expresión. Tenía que intimidarme. Y yo tenía que poner cara de estarlo. El otro tipo apareció por detrás. Era algo más alto, pero con la misma cara de mala leche que el golpeador. Se dijeron algo en un idioma que no entendía, pero me ayudó a deducir que eran de algún país del Este. Toda la información que sacara siempre me sería útil. Eran mercenarios a sueldo, eso podía ser bueno por si llegado el caso podía poner sobre la mesa una contraoferta. Al final, el alto se dirigió a mí.

—¿Ya estás con nosotros? Bien. Seré breve: ¿dónde está la caja?

Era inútil hacer la típica pregunta: «¿De qué caja hablas?». Eso solo equivaldría a encajar otro golpe y, la verdad, eso no me apasionaba. Yo tenía un plan. Y, sobre todo, ahora tocaba ganar tiempo.

—La caja no está aquí. La guardé. Pero tengo algo de dinero —probé.

La prueba fue mal. Un golpe en el estómago con el puño de martillo me dejó sin respiración unos segundos. Me incorporé como pude en la silla. No te puedes imaginar qué doloroso es eso. No tenía la opción de ejecutar el ensayo-error para progresar en esa transacción, que era lo que me había propuesto que sería. No era más que una excusa para llevar a mi terreno una situación que me superaba. Seguí, a pesar del segundo golpe, con el plan.

—Os diré dónde está la caja. No la quiero. Joder… —protesté por el golpe.

—Bien. Eso es lo que queremos oír. ¿Dónde está?

—La guardé en una caja de seguridad de mi banco esta mañana. No la quería tener en casa.

Los dos hombres se miraron sin expresar si se lo creían o no. Dudaron y las dudas también se reflejaron dentro de mí a pesar de poner cara de póquer. Había lanzado mi moneda al aire y había elegido cara. Ya no podía echarme atrás.

Los hombres volvieron a hablar en su idioma.

—¿En qué banco?

—El que hay en la plaza de la Sal. Os puedo llevar mañana.

—Si nos mientes, tu muerte será muy lenta. Te lo aseguro.

—¿Por qué iba a mentir? Desde que toqué la puta caja, todo han sido desgracias en mi vida.

—Si mientes —intervino el otro por primera vez—, no solo te mataremos a ti. También mataremos a tu mujer y a toda tu familia delante de ti. A las mujeres las violaremos antes.

La idea de ver a mi hermana violada por aquellos animales me revolvió el estómago. Pero no podía dar marcha atrás. Ya no.

—No miento, tenía una deuda con el banco. Esta mañana la he ido a saldar y he abierto una caja de seguridad para esconderla por un tiempo. Mañana puedo ir a recuperarla. No habrá problema. Yo os acompaño, la saco y os la doy allí. Así yo también estoy seguro

de salir con vida. No la quiero, no sé lo que hay y prefiero no saberlo.

Volvieron a hablar en extranjero. Por sus expresiones, pude ver que estaban de acuerdo.

—Muy bien. Son las dos de la mañana. Mañana nos iremos al banco. Y espero —enseñó la culata de una pistola que llevaba en la cintura— que no se te ocurra engañarnos.

Los dos hombres se dijeron algo y el bajo parecía protestar. Me fijé que tenía los ojos algo morados. Pensé que se había peleado con alguien hacía poco y recé, sin saber en ese momento que ese alguien era mi propia mujer, por el otro tipo que debió de quedar malparado con esos puños. Entonces el alto subió a las habitaciones. Debían de haber acordado un turno para custodiarme y al bajo le había tocado el primero. A mí me esperaba una noche sin dormir sentado en una silla de cocina donde ya me dolía el culo hacía rato y se me estaban agarrotando las piernas. Me había preparado mentalmente para aquello, pero era más duro de lo que jamás hubiera imaginado.

Me quedé en silencio y, sin saber cómo, me adormilé cuando las fuerzas me abandonaron. Por puro agotamiento. Me quedé medio de lado, agarrado por las cuerdas y las bridas que impedían que me cayera. Al principio era muy doloroso, pero llegó un momento en que, sin poder evitarlo, empecé a dar cabezazos de lado. Abría los ojos a ratos y veía al tipo más bajo que había arrastrado hasta allí mi sillón favorito. Se había asegurado de que su rehén estaba bien atado y poco a poco también cayó en un sueño ligero primero y de ronquido atronador después. Eso sí, por algún motivo era capaz de hacerlo sin dejar de sujetar su arma en la mano derecha.

Recuerdo que abría los ojos como podía y luego se me cerraban sin saber el tiempo que transcurría. El tipo siguió allí en mi sillón hasta que inesperadamente, por detrás, apareció el alto. Pensé que les tocaba cambiar los papeles. Pero algo extraño sucedió. Entre las sombras, el alto golpeó con fuerza al que dormía. Lo hizo varias veces en la cabeza. Abrí bien los ojos y me incorporé como pude.

De repente, empecé a ser consciente de que aquel no era el hombre alto que dormía en el piso de arriba, puede que en mi propia cama. Era alguien que me sonaba, pero no era ninguno de mis amigos. Lo había visto en algún lugar hacía poco y no era capaz

de saber dónde. Parecía comprobar que el más bajo estaba KO. Lo registró y le quitó el arma, que se guardó en la cintura.

Entonces se acercó a mí con una navaja y, con la poca luz que había, a duras penas le vi la cara. Estaba claro que lo conocía, pero había cambiado su imagen desde la última vez. Se había cortado el pelo largo y ya no llevaba coleta. Era Lucas.

39
Decisión crítica

Mientras tanto, la noche trascurría lenta para alguien que estaba huyendo de su destino. La pena, además, era aún mayor estando separada de su pequeño por primera vez en su vida. Pero Inés estaba decidida a que ese destino no se la llevara por delante. Ni a ella ni a su hijo. Y su cruz tenía un nombre: Mario. En la distancia de los días, era cada vez más frecuente preguntarse qué clase de amor la había llevado a aquella esclavitud. Igual que a tantas otras mujeres que como ella solo sabían amar con todo el alma de manera ciega y sincera.

Siempre se preguntó cómo lo hacían todas esas mujeres de bandera que salían en las revistas del corazón del brazo de un empresario rico mucho mayor que ellas, de actores pasados de moda o de famosos no muy agraciados.

En el fondo sospechaba que, igual que ella, todas habían acabado con personas que no respondían a sus proyectos personales sino a esas circunstancias que a veces se cruzan en la vida de cada uno. No podía ser hipócrita, ella había acabado con un monstruo, pero lo había hecho por amor, no por dinero. Ese consuelo ahora era efímero. Era inocuo. Había acabado pidiendo ayuda a ese chico que de jovencitos siempre le mostró interés, pero también se encariñaba con otras amigas suyas, por lo que nunca pensó que ella era especial.

Eso le mostró un Mario que, en aquellos años, a pesar de no ser tan alto como ella, ni tan atractivo, se deshizo en regalos, flores y atenciones para una chica de familia humilde con un padre maltratador, posesivo y facha. Eso último solo lo supo cuando fue lo

suficientemente mayor como para saber que la bandera de España que colgaba en su salón era la franquista y que algunos de sus amigos se morían de miedo al entrar en su casa, donde jamás volvían cuando su padre, con unas cervezas de más, les soltaba alguna frase de las suyas. Mientras fue una niña, su padre le dio todo lo que pudo. Tampoco podía darle mucho un jornalero y pensionista temprano. Pero cuando esa niña empezó a comprender que lo que le hacía a su madre eran malos tratos, también empezó a ser objeto de algún tortazo.

Un día, con solo diez años, la infancia de Inés se acabó. Allí empezó la carrera a contrarreloj por salir de aquellas cuatro paredes que terminó en una meta llamada Mario, alias *el Ronco*.

Inés había sucumbido al amor de necesidad. Al de la desesperación y al de los malos presagios. A un mundo de drogas y alcohol.

Al de la evasión.

Al del olvido.

Cuando fue consciente de dónde se había metido, Jordi estaba en camino y su futuro se cubría con una cortina gris que apenas dejaba ver un mañana soleado. No es que fuera una consumidora voraz, pero la vida que conocía hasta ese momento debía terminar. En unos meses sería madre y su existencia cambiaría para siempre.

Con una extraña sensación de soledad, se vio repasando en el móvil las últimas fotos que le había hecho a Jordi. Sintió añoranza como jamás hubiera pensado. Lloró de nuevo. Pero también sintió esperanza. Tenue. Pero allí estaba por primera vez en su vida. No podía seguir así; si no, ni ella ni su pequeño tendrían un futuro.

Recordó que en su noviazgo se dejó llevar por aquel chaval tan divertido que la llevó a una vida de porros, alcohol y vicios donde la cruda realidad era eso que hacía de ocho de la mañana a dos de la tarde en lo que mal llaman tener un trabajo, y la vida de verdad era el resto de horas en unos mundos que años después era incapaz de recordar. Tanto a ella como a él los echaban de los trabajos. Pero un día el Predictor confirmó lo que los vómitos presagiaban. La médica le prohibió el alcohol y ella se autoimpuso también dejar los otros vicios que hasta entonces ocultaba sin éxito a su ginecóloga. No fueron las prohibiciones, algo cambió en Inés, eso que solo una madre puede llegar a entender. Y entonces aterrizó a una realidad

que le resultó triste y abrumadora. Inés ya no perdió más trabajos. Solo faltó por la baja de maternidad.

Mario siguió con la misma vida. La única que conocía y de la que Inés cada vez formaba menos parte. Entonces siguió su condena marital. Los malos tratos y los gritos por todo. Su infierno personal que solo aliviaba tener en sus brazos a Jordi. Pero ya con tres años empezó a tener miedo por él. Y ahí Inés sacó las fuerzas que jamás pensó que tendría y dio ese primer paso que la había llevado a una habitación de hotel. Y a pesar de todo el sufrimiento que arrastraba y que sabía que aún le quedaba por pasar, estaba convencida de que después de aquel pequeño paso vendría otro. Se había puesto a andar y, como un buldócer, nada la iba ya a detener.

Cuando en su memoria lo recordaba borracho, lleno de rencor y odio, en su imaginación se armaba de valor para hacerle frente. Recordó la navaja que siempre llevaba escondida, la que la había llevado a los calabozos de la policía en varias ocasiones pero que siempre acababa recogiendo de nuevo, comprando sus perdones. Más por miedo que por un amor que murió en el mismo momento en que el alcohol y la coca dejaron de circular por su torrente sanguíneo. Pero ahora algo había cambiado de verdad en ella, porque al retener esa imagen de su —aún— marido, no le daba ni la mitad de miedo del que tenía al propio futuro con él. No conocía otra cosa; sin embargo, la vida sin Mario era, a la vez, de lo más esperanzadora.

40
Un socio inesperado

La mañana llegó más deprisa de lo que esperaba. Amaneció con un cielo rojizo que no presagiaba nada bueno. Por segunda vez escapaba a un destino que, aunque había sido previsto en el plan, era muy incierto. Reconozco que sentí alivio a pesar de que en aquel momento tenía muchas incógnitas en la cabeza, pero ya no una pistola amenazando con atravesarme los sesos. Estaba claro que no figuraba en nuestro propósito que se presentara allí Lucas para sacarme de mi propia casa, así que era momento de adaptarse a los nuevos acontecimientos.

Apenas había articulado palabra con Lucas. Este se había limitado a liberarme para después huir en su coche. Eso sí, en ese momento mi nuevo socio a la fuerza y yo teníamos un recurso extra. Le había robado la pistola al matón. Lucas la había cogido de manera automática y la llevaba en la cintura. La había manejado y comprobado tal y como lo hubiera hecho yo o cualquier policía. Era muy evidente que no era la primera vez que tocaba una. Sin embargo, a mí no me había amenazado. Solo había cortado las bridas que me ataban a la silla y preguntado en voz baja si estaba solo. Yo le había indicado con señas que no, por lo que este, poniendo el índice en sus propios labios sellados, me había ordenado silencio absoluto. Eso bastó a Lucas para iniciar la huida conmigo.

Al levantarme de la silla había notado un dolor agudo en el estómago. Las piernas costaron algo más que volvieran a obedecerme, estaba entumecido y no caminé bien hasta casi llegar a la calle. Me pasé la manga por la cara para quitarme la sangre seca

de la ceja y me toqué el ojo para ver si estaba inflamado. A mí no me lo parecía, puesto que lo cerraba y abría solo con una ligera molestia, aunque era posible que se notara un poco.

Nada más salir de la urbanización, Lucas tomó dirección Barcelona, cogiendo la salida del área de Miralcamp. Allí siempre hay mucho tráfico de coches que se detienen en la gasolinera y el restaurante. Era un buen lugar para pararse a pensar. Algo debía de querer Lucas cuando se había arriesgado a salvarme.

Una vez detenido el coche, como conocía el sitio, me dirigí al servicio de caballeros y me lavé la cara con agua fría. No había dormido apenas y ese contacto me sentó bien. Me escocía la herida, pero ya no sangraba. Solo tenía un pequeño bulto encima de la ceja.

Lucas me esperaba en la puerta. Pensé que nos tomaríamos un café y hablaríamos, sin embargo, mi socio no estaba para cafés. Me indicó con la cabeza la dirección de la parte de atrás. Sacó dos cigarros y me ofreció uno.

Yo hacía años que no fumaba, pero me pareció la excusa perfecta para estar allí detrás sin levantar excesivas sospechas. Los dos encendimos los pitillos y, después de dos caladas simuladas y ver que nadie reparaba en ello, me decidí a hablar.

—Tengo que agradecerte que me ayudaras. La cosa se estaba poniendo…

Paré de hablar. Algo no encajaba. Entonces observé que Lucas no había casi pestañeado y comprendí que estaba emitiendo un discurso equivocado.

—Tú no venías a salvarme.

Lucas meneó la cabeza.

—Tú venías a por mí.

—Lo siento, Tomás. Hace dos días aparecieron dos tipos en mi casa. Julián me dijo que desapareciera unos días, pero pensé que exageraba; solo era un robo. Por pura suerte mi mujer y mis hijos no estaban y yo llegaba tarde del trabajo. Antes de llegar me llamó un vecino de mi país y me dijo que dos tíos habían entrado en mi casa y se oía ruido dentro. Antes de llamar a la policía me llamó a mí. Yo llamé a mi mujer y comprobé que no estaba en casa. Le dije que no volviera. Así que me escondí y esperé a ver quién salía. Comprobé que eran dos. Uno era el que golpeé en tu casa. El otro era más alto. Lo habían revuelto todo, pero no se llevaron nada. No

sabía qué pasaba, pero pensé que solo podía ser cosa del trabajo que hicimos en la montaña. Por eso venía a verte. Pensé que me habías vendido.

—Pues ya ves que no.

—Corta el rollo. ¿Qué cojones está pasando?

Respiré hondo. El cigarro seguía en la mano, pero me había olvidado de él.

—¿Cómo empiezo? Verás. Digamos que aquel viejo al que le robamos no era un don nadie.

—¿Un don quién?

—Que no era solo un hombre rico. Que tiene —busqué las palabras— contactos.

—¿Y qué le robamos para que haya contratado a dos matones? Vi las joyas, eran buenas pero nada del otro mundo. ¿Tanto valor tenían para él?

—No buscan las joyas. Es por la caja.

—¿La caja? —preguntó incrédulo.

—No la caja en sí. En su interior hay un *pendrive* con información muy importante.

—¿Y dónde está?

La pregunta que hacía Lucas iba más allá de la simple interrogación. Era más bien una imposición. Me había salvado, sí, pero ni siquiera sabía cómo diablos se llamaba. ¿Cómo diablos le iba a confiar mi único as?

—Eso es complicado. Ni siquiera sé tu nombre real. Están pasando cosas que me superan y ahora mismo no sé si puedo confiarte mi vida y la de mi familia.

Lucas me observó y dio una calada al cigarro con tranquilidad. Dio dos pasos y volvió hasta mí.

—Mira, te entiendo. Supongo que estás en el mismo lío que yo por culpa del mismo tipo. Mi padre siempre decía: «Nunca te fíes de un abogado que no cobra por anticipado».

—Julián es mi amigo. No es culpa suya, te lo aseguro.

—Yo a mis amigos no los meto en la boca del lobo. Me llamó para un favor a unos amigos suyos. Él sabía bien quién era el tipo rico.

No sabía qué contestarle. En parte tenía razón.

—¿Y el otro?

—¿Antonio? No, él también es mi amigo. No nos vendería nunca, pero quizás la cagó al desprenderse tan rápido del anillo que se llevó.

—¿A quién se lo vendió?

—Lo metió en un negocio de compraventa de segunda mano en Fraga.

—¿En una tienda? ¿Está loco? Pero ¿de dónde habéis salido vosotros?

—Lo hizo fuera de aquí. Ya sé que eso no es lo ideal, pero ya está hecho. Lo importante es la caja y está segura conmigo.

—Está bien —dijo Lucas—, aunque podría convencerte. —Señaló la culata de la pistola—. Confiaré en ti, lo haremos a tu manera, pero esa caja tienes que entregarla y que nos dejen en paz.

Analicé bien lo que iba a decir. Me venía muy bien un aliado aunque modificara algo los planes, pero no podía permitir que lo hiciera en exceso. Solo tenía que encajarlo en el plan.

—La caja está bien guardada en el banco. Está segura. Ellos no saben dónde está. Y tampoco podrían acceder sin mí. Además, tenemos un plan para entregarla.

—Bien. De momento saldremos de la calle y buscaremos un sitio donde poder descansar. Estás hecho una mierda.

No le faltaba razón. Tiré la colilla de cigarro que apenas había probado y los dos nos encaminamos hacia el coche.

—No me llamo Lucas, mi nombre es Vasile.

41
No está saliendo bien

Slobodan bajó del piso de arriba después de dormir en una cama de matrimonio demasiado blanda para su gusto. Habían pasado tres horas y a su compañero le tocaba un relevo. De hecho, se extrañó de que este no hubiera protestado antes. Lo entendió rápido cuando lo vio en el suelo con un charco de sangre que emanaba de una herida en la cabeza. Corrió hasta él y le tomó el pulso. Observó que respiraba. La herida era más aparatosa que grave. Le dio unos golpes en la mejilla tratando de despertarlo. Al cabo de unos segundos, Darko abrió los ojos, angustiado, y se incorporó de golpe. Tenía un dolor de cabeza tremendo y media cara adornada con su propia sangre. Vio que su rehén no estaba y eso le dolió aún más. Darko no estaba acostumbrado a fallar. Apenas lo había hecho en toda su sangrienta carrera, primero policial y después delictiva. Trabajos que nunca supo dónde empezaba uno y terminaba el otro.

Ahora llevaba dos errores en apenas dos días. Algo estaba pasando y no era bueno. No en su trabajo. Podía dar gracias a que estaba vivo. Eso, de hecho, decía mucho de él, puede que otro no hubiera aguantado aquellos golpes.

—¿Qué ha pasado? Solo no se puede haber librado de las bridas.

—Alguien me golpeó por detrás. Muy fuerte.

—¿Lo viste?

—Poco. Pero no a tiempo.

Su compañero lo miró con aspereza. Darko identificó bien qué significaba esa mirada. Había vuelto a fallar y ya iban dos muy seguidas. En la primera había reaccionado rápido y había minimizado los daños. Ahora, en cambio, habían perdido a su

objetivo principal. Unos días antes, el rumano de la coleta no se había presentado en su casa, pero aquello no se le podía echar en cara a él. El abogado que los contrataba no les pasaba toda la información, solo lo que los podía ayudar a lograr el objetivo. Se llama compartimentar los datos. Se utiliza en inteligencia. Eso hace que en caso de fallar o de detención no puedas cantar, porque no lo sabes todo.

Una vez se les había escapado el rumano, el abogado les dio el nombre y la dirección del que parecía tener la caja, y este se había esfumado, aunque antes habían enviado a su mujer al hospital. De la caja, ni rastro, pero aquellos dos hombres habían sido policías en su país e hicieron lo que sabían hacer bien: buscar pistas.

Tomás les había dicho que la caja estaba en su banco y les había dado una dirección. En Lleida no podía haber muchas oficinas con ese servicio, por lo que solo necesitaban saber en qué banco. Darko miró a su socio. Los dos sabían qué tenían que hacer.

Slobodan marcó el teléfono del abogado Julián Pelegrí.

Tomás dejó la historia por un momento como si recordara algo y su amigo aprovechó para insistir.

—El puto abogado. Te lo había dicho —volvió otra vez Enrique—. Es la rata de tu historia.

Tomás lo miró y estiró los brazos acompañándolos de un bostezo.

—No. No me dejes así. Está muy interesante.

—Se me ha hecho tarde, Henry. Estoy cansado. Mañana creo que podré acabar de explicarte lo que queda. Además, he quedado con Beatriz en la playa a primera hora para salir mar adentro. Ella tiene clase de buceo y la acompañaré.

—Vale —dijo sin mucha convicción—. Me tienes cogido por las pelotas —rio.

El dueño los miró por encima de su teléfono y ellos vieron que volvían a ser los últimos clientes del local.

Esta vez fue Tomás quien se adelantó a pagar. Una vez fuera del local, no habían ni doblado la esquina cuando Braulio ya bajaba la persiana y, sin despedirse, se perdía calle arriba.

—No sé por qué venimos aquí —dijo Tomás.

—Sí. Es un imbécil. Pero mira a tu alrededor. Este antro es lo más parecido a la patria que encontraremos en este islote.

—Ya. ¿Y qué dice eso de nosotros?

—No mucho, supongo.

—Henry, aquí todos huimos un poco de nuestras vidas. Por lo que has escuchado, sabes que en mi caso es así, y es un poco cutre que eso nos lleve de manera inexorable a un bar de mierda solo porque se llama España.

—Somos así de raros, querido amigo —le contestó su amigo, poniéndole la mano en el hombro.

Tomás le sonrió.

—¿Te veo mañana sobre las ocho?

—Aquí estaré —se despidió Enrique, mientras ponía en marcha su coche para volver a la zona noble de la isla.

Tomás lo vio alejarse y levantó la mano devolviendo el saludo que también hacía su amigo desde el coche. Abrió su teléfono y miró sus mensajes. Luego, ya en casa, los contestaría. Poco más tenía que hacer en aquel momento. Sin embargo, algo le decía que su estancia en el paraíso empezaba una cuenta atrás inexorable. No tardarían en encontrarlo. Tomás abrió su mano y observó el llavero del Barça. Era grande, quizás algo más de lo normal, pero tenía un pequeño secreto. Una tapa en la parte posterior se abrió por la presión de su dedo pulgar. Sacó algo de dentro.

Tomás depositó el objeto en su otra mano mientras lo observaba en silencio. Era una pequeña tarjeta de memoria.

42
No hay que quedarse atrás

Al día siguiente, Tomás esperaba en un garito cerca de Thongson Bay a que llegara Beatriz. Las distancias allí no eran muy grandes y había podido llegar caminando. Eran cerca de las diez y ya había un cliente que no abandonaba aquel lugar prácticamente en todo el día. Sabía que era español porque se lo había dicho un camarero días antes, aunque nunca cruzaba palabra con nadie.

Le gustaba ir a aquel bar algunas mañanas porque podía comer pescado fresco a buen precio. No era un bar de turistas, pero sí para los que vivían allí, para personas que como él habían llegado escapando de una vida que les había roto por dentro. Ese tipo bebía cervezas, una tras otra. Con calma, eso sí, pero de esa manera pasaba la mañana.

Beatriz llegó poco después con su equipo preparado. La ayudó a llevar una bolsa y se metieron en un barco que los llevó cerca de una isla más pequeña.

Pasaron el día en el mar.

Por la tarde ella tenía cosas que hacer, si es que en sitios como este se tienen cosas que hacer, y Tomás, después de la siesta, se preparó para volver al bar España.

Enrique estaba en su mesa habitual que ya parecía su despacho. Había pedido unas patatas bravas, que para estar hechas con los condimentos nativos no estaban del todo mal.

A Tomás siempre le había gustado el picante, pero no tenían nada que ver con las que preparaban en el bar Iruña de su querida Lleida. Si un día volvía, quizás sería lo primero que haría. Comerse unas buenas patatas bravas.

Esperó a que Braulio le sirviera la cerveza.

—Muy logradas las bravas, Braulio —le dijo Enrique.

Este se volvió y, aunque no abrió la boca como de costumbre, les pareció ver algo parecido a una mueca de satisfacción.

—¿Dónde nos quedamos? Ah, sí… Vamos a hacer un pequeño resumen.

Tomás volvió al relato.

En resumidas cuentas la cosa se estaba complicando. Romero perseguía recuperar su tesoro, para asegurarse no ser destruido, en una vida ya de por sí bastante maltrecha. Su detective no había hecho muchos avances, pero ya estaba tras la pista del que con total seguridad iba a ser el destinatario de la caja si él no lo impedía. Por eso lo había ido a ver, para confirmarlo y así poder entrar en el juego a través de su amigo detective.

Los detectives de la agencia de Fidel Albiol no conocían muy bien al cliente. Por eso solo iban a participar en el control rutinario de Amancio Porta. Lo iban a seguir día y noche. En cuanto se detectara alguna acción extraña o fuera de lo común, el propio Albiol se haría cargo. Lo que contenía esa caja era demasiado importante como para dejarlo en manos de empleados. Cuando fueran a comprar la caja a quien la había robado, él estaría cerca y se haría con ella a cualquier precio.

Por su parte, Amancio Porta y Evaristo González también estaban decididos a recuperar aquella información y, gracias a su amigo el abogado de Lleida, o sea, mi amigo Julián, Evaristo parecía ya saber mucho. Cuando años atrás su protegido tuvo ese percance, la suerte hizo que un abogado joven y prometedor lo librara de la cárcel. Eso no se olvida y siempre se puede recurrir a quien te ha demostrado su fiabilidad y confianza.

En aquel equipo también participaba el excomisario Cebrián sobre el terreno y gracias a la información que les proporcionaba el abogado estaban avanzando.

Por otro lado, también a través de Julián, habían contratado a dos mercenarios para recuperar la caja. En ese punto, estos eran los que más cerca habían estado de conseguirla, pero de momento habían podido esquivar el destino y una probable muerte.

En ese momento, la participación de Horus era para mí una incógnita.

Y en último lugar estaban mis amigos. Después de haber escapado de los serbios, no sabía nada de ellos.

***

Antonio se disponía a salir. Habíamos quedado en que tenía que quedarse en casa, pero no iba a hacerlo. Era algo que tenía que ocultarme. Era mi amigo del alma, como lo eran Julián y Riki, pero a veces la vida te pone a prueba de verdad y Antonio no era una excepción.

Supongo que tuvo que estar triste por lo que iba a hacer a mis espaldas, pero algo dentro de él le impedía dejar de hacerlo. Todo lo que habíamos planeado y hecho era importante, pero si no hay nadie por quien luchar todo resulta inútil.

Habíamos previsto observar siempre el entorno, pero él no era un profesional y, en el momento de salir de casa, no detectó un coche que, instantes después de que Antonio iniciara la marcha, empezó a seguirlo.

43
Hazlo siempre tú

Julián, por su parte, también tenía otros planes.

—Esos tipos que contrataste no están cumpliendo —le dijo Evaristo.

—Sí lo hacen, pero el que tiene la caja está teniendo mucha suerte.

—Tenía que haberlos contratado yo. Ni siquiera sé quiénes son y los diez mil adelantados los puse de mi bolsillo. Además, conozco a unos búlgaros que…

—Ya es tarde, Evaristo —repuso Julián—. En breve tendrán la caja y querrán cobrar. Yo no conozco a esos búlgaros, pero sí a los que contraté. Son profesionales. ¿Sabes si esos búlgaros, una vez tengan la caja, no querrán renegociar? Porque yo sí te aseguro que estos serbios son unos hijos de puta, pero son de fiar. Prepara el dinero.

—No tengo esa cantidad, lo sabes. Hice una mierda de inversión y no tengo efectivo.

—Sabes bien quién tiene. No puedes dejar fuera a Porta.

Evaristo masculló algo ininteligible que Julián al otro lado de la línea no entendió.

—Maldita sea. La idea era adelantarme a él y conseguir la caja. Si lo pongo al día de todo, pierdo mi ventaja. Él no lo dice abiertamente, pero quiere volver a primera línea y esta vez no va a contar conmigo. Lo sé. Lo intuyo.

—No te queda otra, sin dinero no habrá caja. El intercambio se hará en Lleida. Habla con él y tráelo.

—Lo haré —dijo a regañadientes—. Lo pondré al día. Además, si

el excomisario encuentra la caja lo perderé todo.

—¿Qué excomisario?

—¿Pensabas que Porta se quedaría con los brazos cruzados? Cebrián ya está por Lleida.

—Pues quizás es mejor que busques en él un aliado, ¿no te parece? Yo en breve te podré decir lugar y hora. Estate atento.

—No está saliendo como pensábamos, Julián.

—Ya, pero en eso consiste la vida, Evaristo. Igual que en política, solo sobrevive el que se adapta. ¿Te acuerdas de lo que te dije en el juicio cuando todo parecía perdido y pensabas que allí se acababa todo?

—Sí.

—Pues no ha cambiado nada. La vida no tiene piedad con los débiles.

Cuando Julián colgaba el teléfono aún pudo escuchar cómo Evaristo González maldecía su suerte.

44
No te lo puedo contar

El banco estaba en plena calle Major de Lleida. Allí solo se podía llegar a pie, por lo que Vasile y yo dejamos su coche en el barrio de Cap-Pont y atravesamos el llamado Pont Vell que cruza el río Segre.

A media mañana había bastante tráfico, pero no el que se despliega al mediodía, por tanto no vimos nada anormal. El río venía crecido por las lluvias de los últimos días y me hizo recordar mis tiempos de atleta en los que recorría la zona lateral del Segre de un extremo a otro. Ya quedó atrás, pero añoraba esa etapa de mi vida en la que además conocí a Ingrid.

Miré a Vasile, al que hasta hacía pocas horas aún conocía por Lucas. No parecía un mal tipo, simplemente era otro espécimen atropellado por las desdichas igual que yo. Alguien que también había visto una oportunidad transformada en desgracia. Por lo menos él había puesto a salvo a su familia. Pensé que en cuanto consiguiera entregar aquella caja me olvidaría de todo e iría a ver a mi mujer. No sabía ya qué quedaba entre nosotros, pero necesitaba saber que estaba bien. O al menos que lo estaría en un futuro en el que cada vez parecía más claro que yo no iba a estar.

Una vez al otro lado del puente, ante la atenta mirada de la estatua de *Indíbil i Mandoni*, encaramos la avenida de Francesc Macia para meternos en la calle Major. Pero algo inquietó a Vasile, que me dio un pequeño golpe en el hombro como aviso. Dos policías se dirigían hacia nosotros haciéndonos señales. Eran dos motoristas que estaban haciendo un control con sus motocicletas paradas en la misma calzada. Por un momento, los dos nos tensamos. Vasile llevaba una pistola y entonces ninguno sabía qué

estaba pasando, ni si nos estaban buscando por el robo.

Yo tenía claro que no iba a permitir que disparara a dos policías inocentes. Mientras se acercaban, nosotros seguimos sin cambiar de ruta, porque hacerlo hubiera sido aún más sospechoso. No fue hasta que levanté la cabeza cuando me di cuenta de que uno de los policías era Riki.

—Tranquilo. No te pongas nervioso. Es un amigo —le susurré a Vasile.

Finalmente, Riki y el otro agente llegaron a nuestra altura.

—Hola, Tom. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué no estás…? —Se detuvo en seco cuando me vio la cara.

—No es para tanto, te lo aseguro.

—Pero ¿qué coño te ha pasado?

—Me caí en casa. No está siendo mi mejor semana, la verdad.

—¿Cómo que te caíste? Sé distinguir un golpe en la cara. ¿Y quién es tu amigo?

—Riki, de verdad, todo está bien. Este es Lucas.

Vasile le tendió la mano, pero Riki vaciló al darle la suya. Al final accedió.

—No voy a preguntar más. Por ahora. Pero tú y yo vamos a hablar. —Hizo una pausa, movió la cabeza negativamente y me apartó a un lado—. ¿Cómo está Ingrid?

—Ha salido de peligro. Estamos esperando que le baje la inflamación de la cabeza. Lo sé, tendría que estar allí, pero llegó mi suegro y ya sabes. La cosa no iba a acabar bien.

—Ya.

—Oye, ¿sabes algo del Ronco?

—No. Lo busqué ayer, y hoy —miró a su compañero, que asentía — hemos estado por el barrio a ver si lo veíamos. Sin embargo, si ella no pone una denuncia poco podemos hacer. Se lo dije cuando hablé con ella. La envié a tu casa. No sé si hice bien, pero la vi muy perdida.

—Lo sé. Ella está a salvo en un hotel, pero no puede estar allí para siempre. En cuanto acabe un asunto que tengo entre manos iré a verla.

Riki me miró y movió la cabeza negando de nuevo. Si yo le ocultaba algo era porque era serio, del tipo de cosas que no le puedes contar a un policía, por muy amigo que sea, si quieres

dejarlo al margen. Nos conocíamos hacía ya demasiado tiempo.

—Está bien. Tan solo soy tu amigo. Si no me quieres contar qué te pasa, déjalo.

—Riki, te juro que me gustaría poder explicarte. —Me detuve cuando su compañero se acercó para comentarle algo al oído.

—Nos vamos. Tienes mi teléfono. No solo sirve para enviarnos guarradas por el grupo de WhatsApp.

—Tranquilo. Estoy bien.

Vasile, que se había quedado al margen, dejó de sujetar la pistola debajo de la chaqueta y se relajó. Se volvió a acercar y emprendimos de nuevo el rumbo. El banco ya no quedaba muy lejos.

Por desgracia, un poco alejados de la escena, dos tipos contemplaban atentos lo que sucedía entre un hombre, que les interesaba mucho, y dos agentes de policía, que había que intentar evitar a toda costa siempre que fuera posible.

—Los polis se van. Vamos, Slobodan.

Los dos hombres nos empezaron a seguir sin darnos cuenta. Desde esa distancia no conseguían identificar quién era el que iba conmigo y no iban a perderme de vista.

Uno de aquellos tipos tenía un ansia mortal de venganza.

45
En el ajedrez siempre se sacrifican algunas fichas

Vasile se quedó fuera mientras yo me metía en el banco. Mi suegro no estaba allí, era evidente que estaría en el hospital. Esperé paciente a que me atendieran para poder bajar a la zona de seguridad para recoger la caja.

Mientras estaba sentado esperando tuve un momento de paz que necesitaba como el agua en época de sequía. Recapitulé los sucesos de los últimos dos días, en los que mi vida se había complicado y de qué manera. Mi mujer en el hospital, unos sicarios persiguiéndome, mi amigo Antonio desaparecido, Julián tampoco deba señales de vida desde hacía horas y, para colmo, la que era el amor de mi infancia se encontraba escondida y amenazada por su marido maltratador. Se podía decir que el plan inicial hacía aguas. Me removí en la silla al recordar que hacía mucho que no hablaba con mi hermana. Cómo se complican las cosas cuando uno se tuerce de su rumbo.

Casi disfrutaba de aquel momento de tranquilidad cuando una chica se acercó. Era la empleada que me acompañaría a la zona de las cajas de seguridad. Llegaba el momento, pero ¿qué iba a hacer? Si salía de allí con la única baza que tenía, estaría a merced de cualquiera que la adquiriera. Y eso sí que rompía todo nuestro plan. La caja tenía que estar en el banco para que todo saliera como lo habíamos planeado. Vasile me había salvado, pero tampoco lo conocía tanto. La chica me abrió las dos cerraduras y sacó un cajón cerrado de dentro. Me lo dio y me acompañó a una estancia que era como un vestidor de tienda de ropa. Una vez solo, abrí el cajón y

observé mi tesoro. Sus filigranas, sus formas, sus relieves. Tomé la caja entre mis manos y observé los puntos de cierre o de obertura. No quería estar más de la cuenta, pero tampoco quería dejar de aprovechar ese momento de calma que representaba estar en una zona aislada y segura antes de volver a la realidad. No tenía ni idea de lo acertado de aquellos pensamientos.

Fuera del banco, Vasile se encendió otro cigarro. Estaba en la plaza de la Sal, una zona peatonal bastante concurrida de la ciudad. A esas horas no había el jaleo de las tardes, pero el ir y venir de personas era constante. También el de furgonetas de reparto que tienen el acceso restringido en otros horarios. Se tensó al ver pasar a unos mossos d'esquadra que patrullaban la zona sin prestarle atención. Eran tres agentes vestidos con monos azul oscuro y uno de ellos llevaba un subfusil. La visión de los policías lo descentró y le privó de ver que dos tipos se acercaban a él desde la calle que venía de la estación. Solo los hubiera podido reconocer a corta distancia, puesto que tan solo los había visto dos veces, y de cerca, solo a uno de ellos. A escasos metros se metieron en una callejuela que llevaba a la rambla de Ferran y esperaron. Los policías desaparecieron calle abajo.

Pocos minutos después, salí del banco. Vasile estaba apoyado en la pared y se incorporó al verme. Se fijó en que no llevaba nada en las manos, y según le había dicho, la caja no la podía guardar en un bolsillo. Eso lo inquietó. Lo vi en su mirada.

Había reflexionado y había llegado a la conclusión de que no la podía sacar de allí aún. De hecho, no tenía intención de hacerlo. Eso, en aquel momento, no era parte del plan y tenía que ceñirme a él. No había dudas de que había que incorporar a Vasile en el puzle, pero no podía salirme tanto para ello. Y menos sin consultarlo con Julián y Antonio. Además, aquel objeto era mi seguro de vida y estaba en una zona de seguridad de un banco. Tenía otro plan para la caja e iba a tratar de explicárselo a mi nuevo socio. No me quedaba otra, me había salvado y Julián respondía por él. Yo estaba seguro de que lo convencería al escuchar mis intenciones y todo lo que estaba en juego. Además, aquello no dejaba de ser una transacción y estaba seguro de que lo entendería.

Caminé los últimos metros hasta él, e incluso pensé en hacerle una señal de calma con las manos. Pero al verme, en vez de

tranquilizarlo, lo que vio fue mi cara de terror. A unos metros divisé a dos tipos medio escondidos en la entrada de una calle cercana. Nunca olvidaría sus caras, sobre todo la de uno de ellos, culpable de la hinchazón de mi sien. Abrí la boca para llamar su atención, pero no me dio tiempo a mucho.

Tal y como lo había visto tantas veces en las series de televisión —jamás vi algo así en mi vida policial—, una mancha roja se alojó en la frente de Vasile, que no le dio tiempo ni de cambiar el gesto de la cara al recibir el impacto sordo de una bala que salía de la pistola con silenciador que empuñaba Darko. Antes de caer al suelo ya estaba muerto. Entré en pánico. Mi vida dependía de lo que hiciera en los siguientes segundos. Aquellos dos sicarios ya no preguntaban. Sabían. Quizás incluso tenían información del propio banco. Vi cómo Vasile caía al suelo de lado y, en ese trance donde todo parecía ir a cámara lenta, algo se iluminó en el suelo y me lancé a cogerlo sin pensar. Era la pistola que el rumano llevaba en la espalda. Fue puro instinto de supervivencia.

Mientras los dos hombres avanzaban hacia mí, la gente de alrededor aún no se había percatado de lo que sucedía. Así que cogí la pistola, apunté a bulto a uno de ellos y apreté el gatillo. Sonó un clic metálico, pero no el estruendo de un disparo. Apreté de nuevo varias veces, pero fue inútil, aquella arma no disparaba.

A efectos prácticos me fue igual de bien. Cuando los serbios vieron el cañón del arma, de manera instintiva se parapetaron en un portal y, desconcertados, esperaron unos segundos antes de asomar la cabeza.

En sus tiempos habían volado unas cuantas sienes así, por lo que sabían que no era seguro asomarse a mirar sin precaución.

Giré la vista hacia ambos lados de la calle e hice lo que se me ocurrió como mejor opción. Salir de allí corriendo en dirección contraria al escondite de los sicarios. Torcí en la primera calle que encontré en dirección a la Seu Vella.

En esos momentos no podía pensar más que en alejarme y calculé que si la inclinación de la calle me empujaba de manera natural hacia abajo, yo tenía que ir hacia arriba. Apreté los dientes y corrí respirando como pude y sin mirar atrás. Era demasiado tiempo sin hacer deporte y, aunque me mantenía en forma, sabía que el ácido láctico me iba a castigar en poco tiempo.

Buscaba una salida por las calles estrechas de la zona, pero no la conocía bien. Tampoco sabía si me seguían, aunque no me atreví a mirar hasta que mis piernas dijeron basta a unos trescientos metros. Paré y tuve náuseas. Las piernas me dolían y me quemaba el pecho. Respiré hondo y miré calle abajo. No venía nadie, aun así tenía que desaparecer.

De repente, de un portal salió una chica africana de poco más de veinte años muy pintada y con poca ropa. Tan solo me dijo si quería entrar. No me lo pensé y dije que sí. En la misma entrada del edificio, me dijo en un castellano muy justo:

—Veinte euros, mamada. Y treinta, polvo.

Ni la escuché. Me metí con ella en el portal asegurándome de que nadie me seguía y la acompañé por las escaleras hasta su piso. Era un segundo sin ascensor.

Una vez dentro me acerqué a un pequeño balcón y desde detrás de la persiana observé la calle. Me calmó no ver a nadie. Razoné que si no estaban era porque ellos también tenían que haber huido de allí. Un hombre muerto llama la atención y en breve la policía acudiría al lugar. Eso me daba algo de ventaja y tiempo para pensar.

Había esquivado a la muerte, no así mi compañero en el robo. Necesitaba algo de calma. Entonces la chica salió del baño medio desnuda y recordé que me había metido en un piso con una prostituta. Nunca había pagado por sexo, era una cosa que siempre había criticado y lo había mantenido hasta ese día.

Los acontecimientos requerían que me quedara allí un buen rato, y el sexo con aquella chica era lo último que se me pasaba por la cabeza. Le dije que le daba cincuenta euros por quedarme, que no quería nada, pero la chica me miró extrañada y pronunció algunas frases en su idioma.

Entonces pensé que no me convenía llamar la atención, porque un tipo que venía sudado, sin aliento y de una zona donde se había cometido un asesinato era algo extraño hasta para un cliente que además no era un habitual. Así que le dije:

—Solo mamada.

Saqué el dinero y se lo di. Le pedí ir al baño para ganar algo de tiempo. Entre una cosa y otra, los minutos iban pasando y los dos matones tenían que haber huido ya de la zona. Una vez dentro,

saqué la pistola que guardaba en la espalda. Era muy incómodo llevarla sin funda, pero no tenía otra opción.

Mientras me preguntaba para qué servía una pistola que no disparaba, recordé que Vasile la había manipulado sin comentar que estuviera estropeada. La culpa no era de la pistola, sino mía. La inspeccioné. Era una semiautomática de la marca Beretta. Casi todas son iguales.

Con tranquilidad, comprobé la recámara y tenía una bala dentro. Entonces me fijé en una palanca que había encima de la empuñadura y pensé en lo inútil que se vuelve uno cuando no domina lo que hace. O más bien cuando se pierde la práctica. El seguro estaba puesto y por el estrés del momento había sido incapaz de pensar en él. Con un simple gesto, puse la palanca en dirección vertical dejando ver un punto rojo y ahora la pistola ya estaba cargada y en posición de efectuar un disparo en doble acción; si apretaba el gatillo, lo haría. La volví a ocultar en la espalda antes de salir.

Me miré al espejo y observé la herida, que ya estaba algo enrojecida, pero al menos no se me había hinchado la cara. Salí con calma del aseo y me senté en un sofá, asegurándome de que la pistola quedara oculta detrás. La chica se arrodilló ante mí y la dejé hacer.

Qué podía hacer si no.

La vida era una autentica montaña rusa.

46
No te fíes, colega

Mientras tanto, Antonio permanecía en su casa con el teléfono apagado; sin embargo, y por la costumbre, sus ojos se desviaban hacia la pantalla del *smartphone* de manera inconsciente. Había estado tranquilo, pero después de que hubieran atacado a mi mujer en mi casa le había dicho a su ex que no recogería a las niñas esa tarde. Le importó poco el enfado y las amenazas, no las podía poner en peligro, ni siquiera a ella. A pesar de tener una relación muy mala, no la culpaba: era difícil convivir con un exadicto, con recaídas, y todas sus manías.

Antonio había estado atado a demasiados vicios. Ahora era otro hombre, pero el paso del tiempo pasa factura. Primero fue el alcohol, después las drogas, y por pura relación de las primeras, también le dio al juego. Del alcohol no se había desprendido del todo, y cuando ella lo dejó y se llevó a sus pequeñas no encontró motivos para no beber. Sí se mantuvo alejado de la coca, básicamente porque no se lo podía permitir.

Mientras estaba en la científica me llegaban los análisis de las drogas que los investigadores comisaban. Los traficantes, de manera habitual, le metían paracetamol en el corte para llegar al mercado sobre un veinte por ciento de pureza. Eso quiere decir que el otro ochenta que entra por la nariz de los consumidores es medicamento y otras cosas como yeso o harina; incluso, una vez, vi que le habían metido estricnina. Ni con esos argumentos lo convencía cuando estaba metido. Ni a él ni a Julián. Antonio, además, le dio al juego, y eso se llevaba gran parte de su sueldo. Puede que todo eso, o en parte, lo impulsara a ayudarme y lo llevara a aquella casa en el

Pirineo. Aun así, hacía unas semanas que había empezado una relación que le estaba devolviendo la ilusión por vivir y, sobre todo, por salir del pozo. Una relación que desconocían el resto de sus amigos y su exmujer. Y también yo. Pero como lo veía bien no me importaba.

Sin embargo, sus deudas, todavía demasiado grandes, lo habían llevado a cometer una temeridad que no habíamos previsto: colocar uno de los objetos demasiado pronto.

Ese hecho no debería haber afectado demasiado al plan inicial, así que pensó que con hacerlo fuera de los límites de Lleida sería suficiente. Los diarios decían que había «guerra» entre Mossos y policías estatales. Así que si no se hablaban no podrían relacionar objetos robados en Cataluña y vendidos en Aragón. Pero yo sabía que la realidad era muy diferente. Sabía, de muchas operaciones conjuntas, que los policías de base se llevaban muy bien. A excepción de algunos imbéciles, que había en todos los lados, las guerras las tenían arriba. Muy arriba.

Con aquel carné falso no lo podían identificar. Quizás había sido un fallo garrafal no dejar el móvil en casa. Puede que hubiera bajado la guardia, y eso se paga caro. En ese momento no caí en que fue mi coche lo que puso sobre la pista a Cebrián.

Antonio encendió la televisión, se sentó en el sofá y abrió el ordenador portátil. Navegó por los diarios digitales y empezó a buscar noticias del tal Romero. Solo encontró pequeños retales de noticias breves sobre el robo. Nada más.

Miró su teléfono apagado y tuvo la tentación de abrirlo, pero pensó que seguro que tendría llamadas de su ex y en ese momento no tenía el ánimo para ponerse a pensar en ella. Sus pequeñas eran más importantes que las peleas continuas por la pensión que, a pesar de que lo intentaba, rara vez acertaba a pagar a tiempo. No le quedaba más remedio que seguir con el plan, como habíamos acordado. Su participación no había terminado; de hecho, aún le quedaba la peor parte. Nunca había sido fan del teatro, pero la obra estaba empezando a notar que alguien les había deseado buena suerte, en lugar de mierda.

***

En la calle, lejos de miradas ajenas, el excomisario Cebrián continuaba su vigilancia esperando movimientos de su objetivo. Las llamadas de mi teléfono no lo conducían a nada, por lo que había optado por seguir la pista más fiable.

Anteriormente, la matrícula del coche del vendedor del anillo lo había llevado de vuelta a la casa del robo, pero su conductor, que era Antonio, se había reunido con el dueño, que era yo, en un bar. Esperó. Más tarde, Antonio salió caminando hasta que lo recogió una mujer que lo llevó a aquella casa en el barrio de Pardinyes, cerca de una zona llamada La Mitjana. Así que Cebrián cambió de objetivo y pasó de mí: cuando salimos del bar, algo le dijo al excomisario que debía seguir al otro tipo que, además, por complexión se parecía mucho al de las imágenes de las cámaras de Fraga y al DNI falso.

Pensó que estaba en la dirección correcta y que en breve podría llamar a Porta con buenas noticias. Al menos para él mismo. Con la caja en su poder podía negociar mucho y sacar un beneficio inimaginable. Estaba tras la pista buena, estaba seguro. Esta lo tenía que llevar hasta la caja, así que esperaba paciente movimientos de aquel tipo. Uno u otro, o los dos, estaban relacionados con el robo de Romero. De eso ya no había dudas.

Mientras esperaba paciente en su coche, su teléfono vibró. Pensó que sería Porta, impaciente por resultados.

Se equivocaba.

Era su delfín Evaristo González.

47
Parada obligatoria

Poco después de salir de casa de la chica africana, recuerdo que caminaba por la calle, cabizbajo y con la capucha de la chaqueta puesta. Me sentía extraño, no en balde desde joven miraba de reojo a los que se tapaban la cabeza por la calle. Siempre pensaba que quien oculta algo en su manera de presentarse a los demás, esconde también algo más oscuro. No dejaba de estar en lo cierto.

Ahora era yo quien ocultaba el rostro. Me encontraba algo perdido y solo. El teléfono estaba sin batería, me dolía el estómago y la cabeza. No podía pensar bien qué hacer, pero tampoco sabía dónde podía ir. Mi casa estaba descartada. No podía contactar con mis amigos y mi única familia era mi hermana, que ya tenía bastante con lo suyo. Tenía en la cartera casi doscientos euros, por lo que no me haría falta sacar dinero ni pagar con la tarjeta de crédito. Sabía que las extracciones dejan rastro. Por otro lado, tampoco podía ir al hotel donde estaba Inés. ¿Qué le iba a explicar? Ella también corría peligro si se enteraba su ex.

Por lo pronto, en mi camino sin rumbo entendí que el estómago me dolía porque no había comido nada desde hacía muchas horas. Mi primera parada debía ser en algún bar. En la calle de la Palma encontré un kebab vacío. Justo al lado estaba el restaurante Iruña, pero era demasiado conocido en la ciudad y había muchas posibilidades de que me encontrara a alguien que se preocupara por mi estado, empezando por los dueños, dos hermanos a los que conocía bastante.

Tal y como me encontraba, no quería llamar la atención. Opté por el dürüm. Le pregunté al paquistaní que regentaba el local si me

dejaba cargar el teléfono. Cuando este aceptó, le pedí además si tenía un cargador de iPhone. El chico tenía uno. De hecho, tenía el último modelo. Accedió con una sonrisa. Me senté en una mesa con el teléfono cargando y esperé el bocadillo. Me tomé una cola light. Me apetecía mucho una cerveza, pero también sabía que en mi estado no me convenía meter alcohol en el cuerpo. El chico llegó con el bocadillo y me dejó también la bebida. Al dar el primer sorbo me di cuenta de que también estaba sediento. Me acabé la lata casi de un trago y pedí otra. Un rato después y con el estómago descansado, vi que ya tenía la batería del móvil al treinta y cinco por ciento. Me pareció suficiente.

No lo conecté. Recordé lo que habíamos hablado con Antonio y pensé que él también estaría desconectado.

Aquel rato me sirvió para decidir cuál iba a ser mi siguiente paso. Lo había ido retrasando demasiado tiempo. Quizás demasiado. Eran las doce de la noche pasadas y, aunque tendría que hacer peripecias para llegar hasta ella, mi próxima parada estaba en el hospital Arnau de Vilanova.

48
Nada volverá a ser igual después de este asunto

Los dos serbios estaban de muy mal humor. Aquel asunto que les habían encargado y que en otras condiciones resolvían en pocas horas se estaba torciendo. Slobodan estaba desconcertado. A Darko jamás le había superado una situación. Nunca fallaban. En su oficio un error era la diferencia entre la vida y la muerte.

Desde que habían tenido que huir de la entrada del banco, se habían refugiado en el hotel. Habían hecho las maniobras de distracción que tenían ensayadas a pesar de que no los seguía nadie. Lo que había hecho Darko era un error de novato. Un error garrafal. No se puede matar a nadie en público sin que este te haya soltado toda la información y jamás en un entorno en el que no has previsto las rutas de huida ni sabes siquiera si hay cámaras de seguridad. Las suele haber en las zonas comerciales. Además, un muerto llama demasiado la atención. Tenían que hablar con el abogado. No podían permitirse más fallos y en ese momento estaban sin información. Darko seguía sin hablar, así que Slobodan envió el mensaje en clave para que Julián los llamara.

—¿Qué diablos te pasa? —le espetó Slobodan.

—Nada —se limitó a decir Darko.

—¿Cómo que nada? ¿Por qué le has disparado a la primera?

—Lo he reconocido. Solo lo vi de refilón, pero ese fue quien me atacó en casa del objetivo.

Maldijo entre dientes.

—Si te hubieras esperado, ahora podrías vengarte tomándote tu tiempo.

—¿Ah, sí? ¿Olvidas que tenía mi pistola? Si nos hubiera detectado nos habría disparado él. Suerte que el tal Tomás es un inepto. Si no, nos fríe allí mismo.

Slobodan asintió. Algo de razón tenía. Pero aquello había sido una chapuza a la que no estaban acostumbrados.

—Mierda de trabajo. Me da mala espina —dijo Darko.

—Lo que te da es que te la han metido dos veces. Deja de quejarte y llama al contacto. Cuanto antes acabemos, antes cobramos nuestra parte y nos largamos de esta maldita ciudad.

No les hizo falta llamar. El abogado Julián Pelegrí estaba al otro lado de la línea llamándolos.

49
Siempre queda un recuerdo

A las dos de la mañana el hospital parecía desierto. Ni en urgencias, que siempre están a rebosar, había demasiada gente. Tuve suerte, la enfermera que me atendió me conocía, como muchos de los trabajadores sanitarios, por ser el marido de una doctora, aunque como no me presenté como tal no me reconoció a la primera. Busqué el papel que me habían dado como familiar de la paciente, pero no lo encontré, debía de estar en mi casa por el suelo, o vete a saber, después de lo que llevaba encima. Cuando supo quién era, la expresión de su cara se transformó al fijarse en que tenía el aspecto de haberme pasado por encima un autobús.

En cuanto pudiera necesitaba una ducha urgente y ropa limpia. Pero antes de eso tenía que verla. Caminé por los pasillos y pensé que en realidad no echaba de menos mi trabajo en la Policía Científica. Entre esas paredes de recuerdos comprendí que era una etapa pasada y que, ocurriera lo que ocurriera, no iba a volver. Aunque en ese momento lo cierto era que no tenía ni idea de lo que iba a ser de mí.

Me crucé con varias enfermeras del turno de noche hasta que llegué a la habitación que me habían indicado en la entrada. La ventaja de ser médico es que no te asignan una habitación compartida e Ingrid estaba sola. Bueno, en realidad, y como había pensado, estaba con su madre. Entré tranquilo. Sabía que ella tomaba medicación para dormir y que aunque me pusiera a gritar como un loco no la despertaría. También sabía que su padre no se quedaría a dormir en un sofá. Y menos una vez su hija estuviera fuera de peligro.

Me quedé plantado mirando a la que aún era mi mujer. Tenía el pelo algo revuelto, pero su respiración pausada transmitía calma. Le cogí la mano y la acaricié. Era consciente de que quizás nuestra historia de amor había terminado, pero la había amado más que a nadie y puede que siempre lo hiciera. Los avatares del destino me habían apartado de ella. En cuanto empecé a ocultarle mis problemas con el banco, y sobre todo cuando su padre se convirtió en mi peor enemigo, la relación estuvo condenada. Así es la vida, pensaba mientras la veía dormir entre los ronquidos de su madre en el sillón. Dejé su mano apoyada en la cama y me llevé las mías a la cara. ¿En qué lío me había metido? Respiré hondo y me dispuse a irme. Aquello era una despedida. Puede que no hicieran falta las palabras dichas en alto y que con solo mirarla y sabiendo que se iba a poner bien ya tenía bastante. Pero al volverme para salir escuché una voz suave que me llamaba:

—Tomás.

Me giré sorprendido. Ella se había despertado. De manera instintiva volví la vista hacia su madre, pero esta seguía en el séptimo cielo. Ingrid, a pesar de que le debía de costar mover los músculos de la cara, sonrió.

—Hola, cariño.

Intentó incorporarse, así que me acerqué a ayudarla a buscar el mando de la cama. Entonces me pudo ver de cerca.

—¿Qué… qué te ha pasado en la cara?

—Buf. ¿Por dónde empiezo?

—¿Qué está pasando? ¿Quiénes eran esos hombres? Apenas vi a uno antes de intentar escapar, pero sé que hablaba con otro. No recuerdo nada más.

Suspiré. En ese momento debía decidir si le contaba todo lo que me había pasado aunque solo fuera la parte que podía, o le contaba una milonga de las mías que no la iba a convencer pero que la mantendría a salvo. No tenía opción. Si ella no sabía nada de la caja, no se convertiría en objetivo de nadie. Eso era prioritario antes que salvar un matrimonio hundido en medio del océano. No se puede reflotar un barco que yace en el fondo del mar. Si logras sacarlo a la superficie va a parar al desguace o a un museo. Pero ya no vuelve a navegar.

—No sabría decirte, Ingrid. Hace tiempo hice unas apuestas y no

me salieron muy bien. Puede que buscaran dinero en casa. No sé, cielo.

Puso cara de decepción. Sabía que, aunque lo de las apuestas podía ser verdad, no le decía toda la verdad. En el fondo, ella también era consciente de que me había querido mucho pero que el hombre con el que se casó ya no estaba en aquella habitación de hospital.

—Tomás, yo.

—No importa, cariño. Lo sé.

Permanecieron en silencio unos minutos.

—Supongo que cuando salga de aquí iré a recoger mis cosas. Viviré con mis padres hasta que encuentre algo.

—No hay prisa. Solo quiero que estés bien.

Volvió el silencio.

—Yo también quería a tu padre. Lo sentí mucho, lo sabes, ¿verdad?

—Sí, y él a ti.

—La desgracias ocurren, Tomás, mírame a mí. Pero debes seguir con tu vida. Tienes que hacerlo.

—Ya. Si hubiera llegado al mundo nuestro pequeñín, quizás hubiera sido diferente, pero tienes razón. Hay que seguir.

Le di un beso en la frente y otro en los labios. Ella me lo devolvió.

—Descansa, Ingrid. Yo estaré bien. Hablaremos en unos días, ¿vale? —le dije, guiñándole el ojo.

Sonrió y volvió a acurrucarse en la cama, bajando de nuevo el respaldo hasta poner la cama en posición horizontal. Y allí se quedó mientras yo me resistía a irme. Pero había llegado el momento de avanzar.

En aquella partida de póquer, todos tenían ya sus cartas en la mano. Era el momento de ver cuántos ases tenía cada uno, aun sabiendo que es posible ganar una mano hasta con una pareja de doses.

50
Lo que pudo ser

No sabía muy bien cómo, pero mis pasos me llevaron de camino al hotel de Inés. Había recibido su mensaje indicándome dónde estaba unas horas antes. Estaba muy cansado y las heridas me picaban. Necesitaba descansar y una buena ducha. Y como mis amigos estaban desconectados y no podía hablar con Riki, me vi casi forzado a presentarme delante de su habitación. Di unos golpes suaves a la puerta. Eran indecisos. Como lo era no saber muy bien adónde me llevaba cruzar esa puerta si al final se abría. Estar allí no estaba en mis planes, pero también era consciente de que a veces las cosas no salen como las planeas. Como me había dicho Julián, tendría que adaptarme y amoldarme a situaciones imprevistas.

Había hecho dos intentos en pequeños golpes de tres y no escuché ningún movimiento dentro. Empecé a pensar en la excusa que le tendría que dar al recepcionista si tenía que salir de nuevo del hotel, ya que le había dicho que era un cliente y que subía a mi cuarto. Tampoco era buena idea pagar una habitación porque se ha de entregar el DNI y eso va a un registro. En ese momento no me convenía que nadie supiera dónde estaba. Me gustara o no como se había torcido la cosa, el plan tenía que continuar. Ya vería cómo integraba el problema de Inés en la ecuación sin que se resintiera el resultado final.

Inés debía de dormir y yo no iba a aporrear la puerta. Cuando ya estaba a punto de marcharme, escuché una voz suave que preguntaba quién. La tranquilicé enseguida.

—Soy yo. Magnum —le dije, intentando rebajar la tensión del momento.

La puerta se abrió, dos dedos primero para, después, aparecer la figura entera de una mujer en pijama. Era de color rosa afelpado. Nada sexi, pero en aquel cuerpo todo era una invitación al erotismo. Nos miramos un instante y ella se apartó para que pudiera pasar.

—Hola —contestó ella.

Entré y puso la balda del seguro.

—¿Cómo está Jordi?

—Está bien, aunque me ha dicho mi madre que ha llorado bastante preguntando por mí.

—Lo siento.

Ella me miró de arriba abajo y se puso la mano en la boca de manera instintiva.

—Pero ¿qué te ha pasado en la cara?

Se acercó y me apartó el pelo para ver la herida. Se quedó a escasos centímetros de mí. Pude oler su perfume.

—Es menos de lo que parece, de verdad.

—¿Ha sido Mario? —preguntó de repente horrorizada.

—No, no. Mario, no. Yo…

—¿En qué estás metido, Tom? Por favor, necesito saber que no eres como él. No podría.

—¿Cómo él? Por Dios, Inés. No.

Me aparté suavemente de ella.

—Necesito una ducha y dormir un poco. Nada más. Solo necesito un buen sofá.

51
Había que improvisar

Había dormido como un lirón, pero a las ocho de la mañana abrí los ojos. Estaba estirado en el sofá de la habitación de Inés y ella no estaba en la cama. Me inquieté, pero enseguida escuché ruidos en el baño. Necesitaba aquellas horas de sueño y, aunque en ese momento lo que tenía era hambre, sentí una sensación de positividad que no percibía desde que había empezado con el plan. Aquella noche no había aparecido mi suegro en mis sueños, o al menos no lo recordaba. Algo de paz.

Inés salió del baño y miró hacia el sofá, donde yo seguía sin moverme pero con los ojos abiertos. Me recibió una sonrisa tímida de la que para mí era la mujer más guapa del mundo. A decir verdad, no me podía creer que estuviera allí con ella. Esa sonrisa me dio fuerzas. Mi cabeza, en breve, iba a estar al cien por cien y eso me llevaba de nuevo a la realidad. Al robo. A la caja. Al plan. A Ingrid en el hospital. Inés vio que mi semblante se torcía de repente.

—¿Qué pasa, Tom?

—Nada. Tranquila. Tengo que llamar a mi hermana, pero esperaré a que sea más tarde por si duerme. Ayer no me acordé de una cosa importante.

—Ay, Tom. Magnum necesita ordenar sus ideas. O eso me parece a mí.

—No sabes cuánto.

Se acercó hasta el butacón que había al lado del sofá y se sentó. Me incorporé y, a escasos centímetros de ella, de nuevo pude oler su perfume. Lo saboreé como si fuera alimento del alma.

—¿Qué hacemos ahora? No puedo vivir aquí siempre y menos sin Jordi. Necesito verlo y abrazarlo.

—Lo sé, estoy pensando en ello. Me preocupa el Ronco, quiero decir… Mario. Este chico le dio demasiado a la coca y no ha quedado demasiado bien. No sé de qué es capaz. Y me preocupa.

—Es muy celoso. No voy a volver con él. He aguantado demasiado tiempo por miedo, pero tengo que hacer algo. Sobre todo por mi hijo.

—Tienes que ir a la policía y poner una denuncia.

—¿Eso salva a las mujeres que matan? No, Tom. Tengo que irme lejos. Mario me matará antes de verme con otro.

Me levanté del sofá. Yo también lo veía capaz de eso y de más. Cómo dejar que se vaya la mujer de la que has estado enamorado toda tu vida, justo en el momento en que yo había roto con mi mujer. Si le pasaba algo a Inés no me lo perdonaría nunca. No pude hacer nada por mi padre y la historia no se iba a repetir. Miré la hora. Era pronto.

—Envíale un mensaje a Mario y dile que esté en el salón recreativo a las doce. El que hay cerca de los antiguos cines Lumiere.

—Sabe dónde es —dijo con pesar—. Allí se ha dejado varias veces mi sueldo. Pero ¿qué piensas hacer?

—Lo que no hice hace unos años. —La cogí de la mano—. Luchar por ti.

52
Dos más dos no siempre es igual a cuatro

A la salida del hotel Comtes d'Urgell, indiqué a Inés que me acompañara. Ella, sin saber muy bien por qué, había enviado un mensaje a su todavía marido para reunirse con él en una sala de máquinas recreativas. Nos dirigimos hacia el centro de la ciudad. Ella no sabía muy bien qué pretendía con Mario y tenía miedo, pero a la vez confiaba en mí. La situación era extraña para ambos. Seguimos adelante, pero noté que Inés estaba muy nerviosa por tener que reencontrarse con su marido y, sobre todo, sin saber qué reacción tendría. Mientras caminábamos, miré la hora y encendí el móvil. De inmediato recibí un mensaje. A partir de ese momento podíamos volver a enviarnos mensajes. Era de Julián y me decía que ya estaba donde habíamos acordado. En la avenida de Flix, me esperaba en su coche.

Respiré hondo sabiendo que estaba desviándome del plan, y que a mi amigo no le iba a hacer ninguna gracia verme aparecer con Inés, pero ya estaba decidido y pensé que no afectaba en exceso al objetivo final, así que fuimos al encuentro de Julián. Unos metros más adelante divisé su vehículo.

En el momento que el abogado nos vio llegar por el retrovisor, salió de su coche. Su cara se transformó cuando vio a la chica, que reconoció al momento. Nos habíamos criado juntos y sabía que yo había estado enamorado de ella toda la vida. Sin embargo, no entendía qué hacía allí.

Cuando iba a darle a mi amigo las explicaciones pertinentes, algo me detuvo. Del coche también bajaron dos tipos fuertes y con cara de mala leche que desde luego reconocí al momento. Uno de

ellos enseñó la culata de una pistola y dijo que nos acercáramos. Inés, ahora sí se asustó de verdad. El expolicía serbio miró al abogado, que a su vez bajó la mirada.

—Me han encontrado y lo saben todo —mintió Julián.

—Sí, lo sabemos —se adelantó Slobodan—. Vamos a buscar la puta caja ahora y nos iremos todos sin daño alguno. ¿De acuerdo?

Mi expresión al oír aquello fue una mezcla de sorpresa y decepción. Nos habían pillado. Mi cerebro intentó encajar las piezas de ese giro inesperado. Dudé antes de hablar.

—Está bien. Os la iré a buscar… Pero hay un pequeño problema. Ayer cuando salí del banco y tuve que huir de allí corriendo, acabé escondido en un local. Y como no sabía si me seguíais, escondí mi llave de la caja de seguridad. Tenemos que ir a buscarla.

Los dos sicarios se miraron y de manera inconsciente también miraron a Julián, que intentaba disimular. Estaba tan sorprendido como ellos. Asintió con los ojos de forma fugaz pero lo suficiente como para que lo entendieran.

—Muy bien, vamos a por esa llave.

Una vez en el coche, cogí el volante mientras Darko me marcaba de cerca desde el asiento delantero; llevaba una pistola más pequeña que la que le robó el malogrado Lucas. Detrás iban Slobodan, Julián e Inés. El otro serbio también tenía la pistola en la mano y amenazaba a cualquiera que tuviera intenciones hostiles.

Los dos sicarios estaban concentrados en su misión y no iban a permitir más fallos. Circulamos poco a poco por las calles de Lleida, que iban recuperando la calma después del colapso habitual de las nueve de la mañana. No tardamos en llegar a la zona del Escorxador, un antiguo matadero reconvertido en teatro y sala de baile.

Julián parecía no tener ni idea de adónde nos dirigíamos. Inés tampoco sabía de qué iba aquel asunto más allá de las pocas cosas que le había explicado yo, pero al ver la zona donde buscábamos estacionar se removió en su asiento. No dijo nada, pero me miró con preocupación. En una de las calles interiores encontré un aparcamiento.

—La llave está aquí cerca.

—Pues ve a buscarla y vuelve.

—Ella tiene que venir.

—¿Por qué ella? —preguntó Darko, mirando a Julián.

—Porque le dije a mi amigo que si no me la daba a mí en persona se la diera a ella, y si yo no aparecía, que la escondiera en los servicios de señora que están muy cerca de la barra. Si entro solo quizás no me dejen entrar en el baño de señoras. ¿Os queréis arriesgar? O podemos entrar a tiros y que avisen a los Mossos.

—Entonces que vayan ella y este. —Señaló a Julián.

Mi estrategia se estaba torciendo. No debía ir solo, y era necesario que uno de ellos viniera conmigo e Inés. Y, claro, yo no podía quedarme fuera de mi propio plan.

—¿Queréis la puta llave para conseguir la caja? Porque yo estoy deseando entregárosla y olvidarme de este asunto para siempre —les dije—. Tengo que ir yo, porque si no está mi amigo para dármela, sé dónde estará escondida. Estará en el baño de señoras. Tenemos que ir los dos, a ella la necesito para acceder. Si no, no hay llave. Y entonces tampoco hay caja. Que venga uno de vosotros. Que venga él —dije, señalando a Darko.

Los dos serbios se miraron. Parecían entenderse sin mediar palabra.

—Bien. Darko os acompañará. El abogado y yo os veremos desde aquí.

A Julián se le veía preocupado de verdad. Nunca lo había visto así. Supuse que si alguien me viera a mí, era probable que pensara lo mismo. Mientras caminábamos hacia el bar, que estaba unos metros más allá, rocé las manos de Inés y noté que las tenía frías. Ella no sabía si en aquel bar estaba la dichosa llave de la que yo hablaba. Y solo sabía lo poco que le había contado unas horas antes, pero no era tonta, por lo que empezó a comprender por qué estaban allí.

En realidad, aquello no era un bar. Era un antiguo centro de máquinas recreativas donde nos habíamos visto muchas veces en nuestra juventud cuando las máquinas eran de marcianitos. En ese momento era un antro de tragaperras. Los ludópatas se concentraban allí e Inés, por su oficio de camarera, conocía a unos cuantos. Pero por desgracia, sobre todo conocía a uno.

Darko guardó su arma debajo de la chaqueta sin dejar de empuñarla. Se quedó detrás de nosotros y observó la sala. Los tres permanecimos quietos un momento hasta que empecé a avanzar.

Había seis o siete clientes, y de ellos, cuatro enganchados a las máquinas, bebiendo y echando monedas como si fueran zombis. En una barra a la derecha había un tipo que nos estaba observando desde que habíamos entrado. El serbio me cogió del hombro por detrás y yo me paré en seco. Algo no le encajaba. Los servicios estaban justo al final de la sala y no al lado de la barra como les había dicho en el coche. Cómo iba yo a saberlo si hacía años que no entraba allí. Inés también se detuvo, y si Darko hubiera podido verle la cara, hubiera visto que estaba aterrorizada.

Y no era por él.

Jugando en una máquina tragaperras del fondo, estaba su marido.

Mario se volvió hacia el grupo de tres que habían entrado y se sorprendió de ver allí a su mujer desaparecida. Pero aún más de que esta estuviera allí conmigo y con otro individuo. Y si no le engañaba la vista, algo borrosa ya por las cervezas, el que conocía por Magnum la estaba cogiendo de la mano. Así era. Inés ni se había dado cuenta de eso. Temblaba de miedo y eso se aceleró cuando su marido bajó del taburete y se dirigió hacia nosotros. Darko vio que un individuo no muy alto caminaba en nuestra dirección. Su instinto le previno, aunque de aquel tipo más bajo no podía temer demasiado.

—¿Así que estás aquí? Vaya sorpresa.

—Mira, no pasa nada. Queremos que todo sea legal. Si me la das, nos iremos y no nos volveremos a ver —le dije. La jugada estaba echada.

—¿Que te la dé? Vaya cojones tienes.

—Tú no la necesitas. Y yo sí. Venga, arreglemos las cosas como hombres —insistí, midiendo muy bien mis palabras.

El Ronco dudó un momento, incrédulo. No entendía nada, pero creyó que le estaba pidiendo a su mujer en su cara. Puso una mueca de rabia y, con los ojos puestos en ella, me dijo:

—Jamás será tuya. —Y luego mirando al serbio—: Y dile a tu amigo que esté tranquilito. Me las he tenido con payos más grandes.

Darko se puso a la altura de Tomás sin dejar de sujetar el arma escondida.

—Hazle caso y dásela. Es lo que más te conviene. Tenemos prisa —le dijo Darko, que había picado el anzuelo.

—¡Pero qué cojones le voy a dar! Es mía y siempre lo será. El día que ella…

—Calla, imbécil —lo interrumpí antes de que dijera algo que hiciera comprender a Darko que no hablábamos de la llave y se fuera todo al garete.

—¿Imbécil…? —susurró entre dientes, furioso.

Vi enseguida que era el momento de apartarse rápido de Mario y llevarme a Inés conmigo. Darko no le tenía miedo a aquel tipo. No lo conocía y parecía inofensivo. Era justo eso lo que creí que pensaría. Pero yo sabía bien que ese hombre colérico y alcoholizado era un peligro. Puede que los dos sicarios fueran unos asesinos, pero el Ronco también sabía lo que era sentir cómo un puñal se hundía en la carne del cuerpo de una persona. De ellos no sabía su historia, pero de él sí, y ya había estado en la cárcel por intentar matar a un pobre tipo de su barrio, aunque al final se libró.

Darko hubiera hecho bien en estar prevenido. Ese fue su tercer desliz desde que los contrataron. Mario *el Ronco* sacó su navaja con más velocidad de la que se le suponía en su estado y, como yo y su mujer nos habíamos apartado, no dudó en clavársela al hombre fuerte que tenía delante para poder llegar hasta nosotros. Sin casi oportunidad de defenderse, repitió la acción varias veces ante un desconcertado Darko, que no tuvo tiempo de sacar su arma.

Mario parecía poseído. Le clavó la navaja una y otra vez hasta que el hombre cayó al suelo de espaldas. Y ahí siguió el Ronco, encima de él, apuñalándolo sin compasión.

Inés, en estado de *shock*, observaba la escena mientras yo calibraba nuestras posibilidades. Mi plan se acababa allí. En mi imaginación, el Ronco se cagaba de miedo al ver a Darko y nos dejaba en paz. También había calculado que podía ser que se mataran el uno al otro y yo conseguía escapar con Inés. La realidad empezaba a torcerse. Mis peores temores se hacían realidad, y el que sobrevivía era Mario. Con el Ronco poco había que negociar y no tenía producto que venderle, así que me puse entre él e Inés. Los clientes habían huido al ver el ataque y estábamos solos con el camarero, que se mantenía parapetado detrás de la barra.

—¿Hay una salida trasera? —le grité.

El hombre, de unos sesenta años y que pensaba que ya lo había visto todo en aquel local, titubeó.

—Sí. Por detrás, pero solo llega al callejón interior entre edificios. No se puede salir a la calle.

—Llévesela. Rápido. Atranque la puerta. Enciérrese.

—No, ¿qué haces? —me dijo Inés.

—No te preocupes. Tengo un plan.

—No salgan hasta que llegue la policía —le dije al hombre. Luego me dirigí a Inés—: Ve con él, por favor.

El hombre casi la arrastró con él mientras ella lloraba sin consuelo. Se perdieron por la zona de los aseos, donde había una puerta que daba a un patio interior.

Mario se levantó poco a poco y respirando fuerte por el esfuerzo, dejando el cuerpo de Darko ensangrentado a sus pies. Sus ojos proyectaban odio y rabia.

—Lo he oído, no soy sordo. Cuando acabe contigo iré a por ella, pero aún no se si la mataré o antes me llevaré por delante a mi hijo y la dejaré vivir.

—¿Vas a matar a tu hijo? ¿Estás loco? ¿Cómo se te puede ocurrir eso?

—Ya no hay marcha atrás. —Observó el cuerpo que yacía en el suelo envuelto en sangre—. No volveré a la cárcel. Y a mi hijo no lo cuidará otro y menos un mierda como tú.

Clavó sus ojos en mí y vi que ya se había decidido. Después de matarme, emprendería el camino de salida a la calle para hacerle a Inés algo peor que la propia muerte.

—¡Maldito hijo de puta! —le grité.

Mario solo sonrió. Levantó la navaja aún manchada por la sangre de Darko y empezó a avanzar en mi dirección. Miré a un lado y a otro en busca de algún objeto con el que defenderme. No tenía a mano nada más que los taburetes, pero estaban enganchados al suelo. Retrocedí. Pensé que alguien debía de haber llamado ya a la policía. Los Mossos o la Guardia Urbana tenían que estar por llegar. Necesitaba ganar tiempo y no sabía cómo. Recordé el arma del serbio, pero Mario estaba delante. Entonces apareció la caballería. Y esta no preguntaba.

La cara de Mario se abrió por la mitad precedida de un trueno y las salpicaduras de sangre llegaron hasta mi cara y cuerpo. De hecho, la bala que le había atravesado la cabeza casi me da mí. Cuando el cuerpo sin vida de Mario cayó al suelo, vi detrás a

Slobodan y a Julián. El primero se me acercó, me cogió por el pecho y me zarandeó.

—¡¿Qué ha pasado?! ¡¿Qué ha pasado?!

Me costó reaccionar.

—La policía —oí que decía Julián.

—Espera —le dije—. Ahora te lo explico, pero…

Me fui hasta el cuerpo de Mario y le metí las manos en los bolsillos.

—La tengo —dije, enseñando una llave que yo mismo le había puesto mientras hacía ver que lo registraba. No era más que la llave del buzón, pero me servía para seguir con la farsa. Si aquel tipo llegara a pensar que su socio había muerto por una jugarreta mía, estaba muerto.

Las sirenas de la policía cada vez estaban más cerca, así que Slobodan, a pesar de su desconcierto, actuó por instinto. Echó una última mirada a su compañero de tantos años y tantas guerras y, a su manera, se despidió.

—¡Vámonos! —nos gritó.

Los tres salimos por la puerta principal del local corriendo hacia el coche.

—¿Y la chica? —me preguntó mientras corríamos.

—No lo sé. Huyó cuando la pelea.

Slobodan no dijo nada más. Cuando llegó al coche le dio las llaves a Julián, que se puso al volante. Yo me subí de acompañante y el serbio lo hizo detrás. Abandonamos el lugar a toda prisa. Respiré hondo. Había conseguido apartar a Inés. Ahora solo necesitaba seguir adelante. Y ya solo tenía a un asesino apuntándonos con un arma. A pesar de todo, el plan seguía su curso.

Había apartado a Inés y de rebote la había librado de Mario para siempre. Eso me reconfortaba. Los tres hombres nos dirigíamos al banco a recuperar la caja y así deshacer el entuerto. Eso pensaba yo, pero el serbio tenía la mirada perdida hacía rato. Como el león sin manada que ha perdido a su compañero de andanzas y ahora se ve solo por primera vez. Quizás era eso lo que eran los dos. Dos leones solitarios que iban por la sabana sabedores que juntos eran imparables. Julián conducía pensativo. El serbio iba detrás con la pistola en la mano y pendiente de que yo no hiciera nada raro. Iba

muy callado e imagino que se estaba adaptando a la nueva situación sin su socio. Miré mi teléfono y vi que no había llamadas ni mensajes. De reojo, nuestros ojos se cruzaron un instante.

—¿Esperas llamadas? —preguntó Slobodan.

No estaba tan perdido como indicaba su mirada al vacío.

—No. Bueno, en realidad, sí. Mi hermana —le dije—. Hace dos días que no hablamos.

—Mejor espera a entregar la caja y después hablas con ella.

—Ya.

Pero el teléfono tenía otras intenciones y, de repente, empezó a sonar. Julián y yo nos miramos.

—Contesta. Pon el altavoz —ordenó.

El que llamaba era Antonio.

—Hola, Tom.

—Estoy con Julián. —Obvié al serbio, consciente de que eso era lo que quería.

—La tengo.

—¿Cómo que la tienes?

—La caja. Tengo la caja.

—Eso es imposible, Toni. Está en una caja de seguridad en el banco.

Una voz que reconocí al instante asaltó el micrófono del terminal de mi amigo. Una voz que odiaba con todas mis fuerzas.

—En realidad, ha tenido ayuda —dijo Gonzalo.

—Antonio, ¡¿has metido al hijo de puta de mi suegro en esto?! —grité.

—Déjalo, Tom —me dijo Antonio, arrebatándole de nuevo el teléfono—. Dime dónde has quedado para canjearla y la llevaremos. Luego te lo explico.

—¿Qué está pasando? —intervino Slobodan.

—Vale. Te enviaré la ubicación cuando la tenga —contesté a Antonio antes de colgar.

—¿Qué pasa? —insistió el serbio, alzando un poco el tono.

—Nada, no te preocupes. Tenemos la caja.

Como una avalancha incontrolada, el plan, a pesar de todo, seguía su curso.

53
Las traiciones, de dos en dos

Unas horas antes…

En el hospital se respiraba tranquilidad. Solo el gemido de algún enfermo alteraba las horas de sosiego medicado de los pacientes. Ingrid medio dormía por los sedantes y la inflamación de la cabeza bajaba poco a poco, con lo que cada minuto aumentaba su recuperación. No parecía que le fueran a quedar secuelas y eso aliviaba el sufrimiento de sus padres. Su madre había dejado de llorar a escondidas y empezaba a mostrar buena cara. Su padre también estaba aliviado, pero su odio visceral a su yerno aumentaba a cada pensamiento. Esperaba que al menos aquella desgracia sirviera para alejar a su pequeña de mí para siempre y encontrara por fin a alguien que estuviera a la altura. No era consciente de que eso no iba a ocurrir nunca, y el problema no lo tenía su hija. Lo tenía él, y en el fondo sabía que nadie estaría a la altura. Y al contrario, desgraciadamente, a su lado ella siempre lo tendría a él.

Mientras la observaba respirar, vio a través de la puerta entreabierta que había alguien fuera. Se levantó del sofá y salió de la habitación. Aquel tipo le sonaba, pero no sabía de qué. Quizás era un cliente del banco. En ese caso no era de los importantes, porque de ser así lo habría reconocido al instante. Otro muerto de hambre. Cerró la puerta al salir y lo observó. Era alto, castaño tirando a rubio y con entradas. Antes de volver a preguntarse dónde cojones lo había visto, el hombre se dirigió a él.

—¿Cómo está Ingrid?

—Bien. ¿Quién eres tú? No me suenas de sus amigos.

—No. Me llamo Antonio. Soy amigo de Tom. De Tomás.

La cara de Gonzalo cambió.

—En ese caso no tengo nada que decirte. Lárgate de aquí antes de que avise a seguridad.

Se giró ignorándolo, dispuesto a regresar adentro.

—¿No quiere saber por qué está aquí su hija?

Gonzalo se detuvo con el tirador de la puerta ya en la mano y se volvió.

—¿De qué cojones estás hablando? Fueron unos ladrones. Me lo han dicho los Mossos.

—En cierta manera, sí. Pero no eran ladrones.

Gonzalo resopló. Si hubiera sido una persona violenta ya le habría pegado un puñetazo, pero él jamás se había manchado las manos en algo tan vulgar. Se serenó.

—¿Qué quieres? Eres amigo del desgraciado ese. ¿Por qué estás aquí?

—Necesito dinero.

—Pues creo que estás en el sitio equivocado. Ve a la oficina y pide una cita a uno de mis empleados. O aún mejor. Busca otro banco.

—No me darán el dinero que necesito. Pero creo que si le cuento lo que sé, usted me puede ayudar a conseguirlo. Y de paso joderá a Tomás.

Gonzalo lo miró intrigado.

—Te escucho.

Antonio tragó saliva antes de empezar y respiró hondo.

—Los tipos que fueron a la casa de Tomás buscaban un objeto. Ella no tenía que estar allí, pero…

—Para, para, para. ¿Cómo que buscaban un objeto? ¿De qué estás hablando?

—Si me deja continuar. —Hizo una pausa y Gonzalo asintió molesto—. Habrá visto que Tomás ha pagado su deuda con el banco, ¿verdad?

El viejo asintió, esta vez sin decir nada.

—El caso es que Tomás y yo le robamos a un ricachón. —Calló un momento esperando alguna burla del viejo, pero este permaneció en silencio; supuso que venía algo después. Y así era—.

El problema —siguió— es que también nos llevamos algunos objetos. En principio nada importante, pensamos. Eran anillos y un reloj. Pero también una especie de caja. Estaba dentro de la caja fuerte, así que pensamos que tendría valor. No sabíamos cuánto.

—Sigue —ordenó Gonzalo, que ya empezaba a disfrutar con la explicación—. ¿Qué hay en la caja?

—No lo sé. Pero el tipo al que robamos es. Bueno —dudó—, es un tipejo de esos que han salido en los diarios y en la tele.

—¿A quién? ¿A quién le robasteis? —preguntó con impaciencia.

—A un tal Romero. Una especie de tesorero de un partido político, creo.

Gonzalo puso los ojos como platos. No se acababa de creer lo que escuchaba. ¿Cómo era posible? Sabía de ese robo. Lo había visto por la tele. Tomás se debía de haber vuelto loco, porque no se le ocurría otra explicación. Entonces cayó en la cuenta.

—Vale. Os habéis vuelto majaras y le habéis robado a un expolítico importante. ¿Por qué me cuentas eso a mí? Si de verdad eres amigo de mi exyerno —le gustó poder poner ese «ex» y resaltarlo—, sabrás que lo detesto.

—Nos hemos metido en un lío y creo que Tom ya no está actuando bien. Hay que canjear esa caja. Sé, por mi amigo Julián, el abogado, que hay gente dispuesta a pagar mucho dinero por recuperarla. El propio Romero, sin ir más lejos.

—Insisto. ¿Por qué me lo cuentas a mí?

—No tengo otra opción. Solo usted y Tom pueden acceder a la caja.

—¿Yo?

—Está en una caja de seguridad de su banco. Tom la dejó allí cuando pagó la deuda.

—Esa caja… ¿está en mi banco? ¿Y cuánto vale?

—No lo sé, pero creo que puedo pedir muchísimo dinero.

—Querrás decir podemos, ¿no?

—Bueno, sí, le daría una parte. Esto tiene que ser una recompensa por recuperarla. Esa gente es muy peligrosa. Ya ha visto cómo se las gastan.

—Iremos al cincuenta por ciento.

—Espere, no.

—Y da gracias que no te denuncio. Lo tomas o lo dejas. Sin mí

no tienes caja.

Antonio agachó la cabeza en síntoma de resignación. No le quedaba otra.

—Está bien. Pero ¿cómo lo hará? ¿No tienen cámaras en el banco?

—Déjame eso a mí. Yo puedo acceder con normalidad incluso fuera de horas. Que me graben no es problema. Y si lo hacen abriendo su caja de seguridad, ¿qué puede pasar? ¿Me va a denunciar Tomás por recuperar un objeto robado? Vamos, hombre. Si lo hace irá a la cárcel. Y yo siempre podré decir que era para entregarlo a las autoridades —sonrió.

Llegado aquel momento, Antonio entendió que Gonzalo había tomado el mando. Ya estaba involucrado y no había marcha atrás. La soberbia y la avaricia de Gonzalo, tal y como yo bien sabía, le harían ir hasta el final.

***

Gonzalo llegó al banco por la tarde y desconectó la alarma. No tuvo problemas, era el director de la sucursal. Encendió algunas luces y cerró la puerta tras él. Se dirigió a su despacho y encendió el ordenador. No era la primera vez que iba a trabajar fuera de horas; de hecho, era de lo más habitual. Buscó en el archivo cuál era la caja de seguridad a nombre de Tomás Montes. Pasados unos minutos, bajó a la zona correspondiente. Sacó un papel del bolsillo y buscó el número de la caja de su yerno. Puso las llaves en las cerraduras y la abrió. Dentro había una especie de caja ornamentada, ya tenía lo que quería. Pero al sacarla vio que detrás, al final de todo, había otra cosa. Metió la mano y sacó un fajo de billetes. Disimuló y se los metió en el bolsillo de la chaqueta. Volvió a cerrar el cofre de seguridad y, con la caja en la mano, salió de allí. Subió al primer piso de la sucursal y deshizo sus pasos. Cerró todo y se marchó. Le molestaba la situación y, sobre todo, la situación de su hija, así que el mierda de Tomás lo iba a pagar caro. Si salía del lío en el que se había metido, lo haría sin un euro.

Pensó que él podría justificar el hecho de haber abierto una caja de seguridad por la extorsión que le estaban haciendo, que se inventaría sin problemas. Porque ¿quién se cree a un mierda sin

trabajo expulsado de la policía ante un reputado banquero? Lo habían grabado las cámaras de seguridad del banco, por lo que en cuanto pudiera iría a denunciarlo todo a los Mossos.

54
Esta parte no estaba en el plan

Evaristo precedía a su jefe cerca de la entrada del edificio gótico que alberga el Institut d'Estudis Ilerdencs en Lleida, cuando recibió un mensaje de texto en su móvil. Lo oteó sin darle demasiada importancia y continuó andando. Porta estaba algo nervioso por la envergadura de su misión. A pesar de que Evaristo lo intentó convencer hasta el último momento de que no se involucrara en aquella transacción, era difícil que el viejo lo hiciera, porque además de su ambición, él era quien ponía el dinero. No iba a perderse la caída de Romero. Así que por mucho que insistió su ayudante, lo acompañó. Sus años de sombras se acababan esa tarde. Por fin se vengaría de Romero. Iba a conseguir la información que le hacía intocable y, con ella en su poder, acabaría con aquel bastardo para siempre.

Observaba a su protegido caminando delante de él y sabía que se había ganado su ascenso en el partido. Empezaba a dudar sobre si se lo llevaría a Madrid. Después de aquel asunto, Evaristo sabría demasiado. Sabría cómo había conseguido la información de Romero y eso era malo para las conspiraciones. Porta volvía a la primera línea de la política nacional. De eso estaba seguro. Aquella iba a ser una noche gloriosa.

De pronto, Evaristo se detuvo delante de una puerta de hierro forjado. Iba siguiendo las indicaciones que alguien le daba por teléfono y por fin habían llegado a su destino. Aunque dentro no tenía que haber nadie, la puerta estaba abierta. Se giró y Porta vislumbró la satisfacción en su rostro. Pasaron por una arcada. Nunca había estado en Lleida, sin embargo había pasado cerca

infinidad de veces por carretera o en el tren camino de Madrid. Siempre le había llamado la atención la majestuosidad de aquel castillo de origen árabe que se alzaba entre los edificios de su entorno. A partir de aquel día, su recuerdo de la ciudad de Ponent sería muy bueno. Allí volvía a renacer a nivel político e iba a recuperar sus privilegios. Por eso se había metido en política.

El edificio estaba cerrado al público a esas horas. Las cámaras de seguridad, le aseguró Evaristo, estaban apagadas. No les convenía que los grabaran. Entraron en una especie de patio interior y una vez dentro observaron unas escaleras de piedra que subían hasta un primer piso. Era un paisaje bello, con un pozo de piedra, una palmera que se elevaba por encima del patio y un suelo también empedrado a juego. Pero una vez visto, y pasados unos minutos, Porta se impacientó.

—Vale. Ya he visto las piedras. ¿Dónde está el tipo de la caja?

Evaristo miró su teléfono.

—Está al caer, no se preocupe. De aquí no nos vamos sin ella.

—La caja te la puedes quedar tú, si te hace gracia. Yo quiero la información del *pendrive*. —Suspiró—. Vuelvo a Madrid, González, y tú vendrás conmigo —mintió—. No olvidaré esto. Ni los que mandan tampoco.

Evaristo sonrió tímidamente y asintió.

Oyeron un ruido en la puerta y los dos se giraron en tensión. De manera inconsciente, Porta se llevó la mano al bolsillo de la americana donde descansaba el sobre abultado con el dinero. Unos pasos resonaron en el pasillo. Alguien se acercaba. El excomisario Cebrián apareció por la puerta. Porta frunció el ceño con desilusión. No por no esperarlo, pero estaba demasiado impaciente por tener entre sus manos aquella maldita caja.

—Buenas tardes, señores.

—Hola, Cebrián. Llegas a tiempo. Aún no ha aparecido el tipo, pero no tardará, ¿verdad, González?

—Sí, sí, está al caer.

Pasaron unos minutos y los tres hombres permanecieron allí de pie, inmóviles y sin mediar más palabras. Cebrián sacó del interior de la americana una petaca y se dispuso a echar un trago. Pero se detuvo antes. Allí había una jerarquía y él no ostentaba el rango superior, así que se la ofreció primero a Porta.

—¿Es del bueno? Yo no bebo mierda.

—¿Usted qué cree?

Le echó un trago largo y le pasó la petaca a González, pero Cebrián se adelantó y la interceptó. Quizás la jerarquía se acababa en Porta.

O quizás no.

El viejo vio cómo sus dos amigos empezaban a hablar entre ellos, pero no entendía lo que decían. Luego comenzó a ver borroso y después tuvo que sentarse en las escaleras para no caerse. Lo último que percibió fue cómo el excomisario sacaba unos guantes y se los daba a Evaristo. Los dos se los pusieron.

Cebrián sacó un objeto de la maleta que traía y le hizo una señal a González, que observaba la escena a unos metros. El excomisario, con la ayuda de Evaristo, subieron a Porta al primer piso del patio interior y le ataron una cuerda al cuello. Una vez allí, y con Porta bajo los efectos de la que se conoce con el nombre maldito de la droga del amor, apoyaron al viejo en la barandilla de piedra.

En estado de semiinconsciencia, no sabía qué pasaba y solo se dejaba llevar. González le quitó el sobre con el dinero y Cebrián ató la cuerda a uno de los barrotes de piedra sin dejar de sujetar a Porta. Luego, entre los dos, lo empujaron al vacío.

El ruido del cuello roto al tensarse la cuerda resonó en el patio, pero sobre todo en la cabeza de Evaristo. Un ruido que jamás iba a olvidar. Allí colgado, sin vida, yacía su mentor. Su mecenas. Pero por desgracia para este, también el último obstáculo para su ascenso en el partido. Porta nunca midió bien el ansia y la voracidad de su protegido.

Desde que se destapó el asunto de la caja de Romero, su mente empezó a soñar con una oportunidad que podía ser única. Esa que Porta pensó que sería la suya y por la que otros ya habían iniciado mucho antes su conquista.

Cebrián pronto comprendió que era mejor asegurarse el futuro gracias a un joven prometedor que a un viejo que no era capaz de ver que su camino había terminado hacía tiempo. Si podía sacar algo de provecho, era de González. Y aquel hombre llevaba una vida sacando provecho de cualquiera que se prestara.

—¿La nota está hecha? —preguntó el excomisario.

—Nadie dudará de que es de él.

—Pero seguro que has puesto que…

—«… que la información que tenía Romero lo incriminaba y no era capaz de seguir con aquella vergüenza». No te preocupes, sé lo que hago.

—Está bien. Ahora solo queda esperar a tu contacto, darle el dinero y hacernos con la caja y su contenido.

—Ahora lo llamo. Supongo que se sorprenderá de este último cambio de planes —dijo señalando a Porta, que ya había dejado de balancearse.

—Será una buena advertencia. Si nos intenta engañar, sabrá lo que le espera. —Y palpó su cadera, donde alojaba su arma.

—No lo hará, lo conozco desde hace años y sé que necesita el dinero. Pero una vez comprobemos que tenemos lo que queremos… —se detuvo un instante—, es cosa tuya. A mí ya me dará igual. No hay nada contra mí en esa caja —dijo mirándolo a los ojos, sabiendo que Porta le había dicho hacía solo unos días que allí también había información contra el excomisario.

Este tensó la mandíbula. De camino hacia la salida, observó por última vez a su antiguo amigo allí colgado, y empezó a pensar que quizás se había equivocado de aliado.

Y ya no había marcha atrás.

55
Al final de todo siempre está la Muerte

Tomás apuró su café y dejó la taza en la mesa. Miró a su amigo y le dijo:

—¿No tienes bastante por hoy?

—¿Estás loco? No me dejes así. Ya no debe de quedar mucho para acabar —le contestó Enrique casi levantando la voz.

—Lo cierto es que no, pero hasta aquí es la parte que sabe Beatriz y quiero que esté ella para terminar la historia.

—¿También se lo has contado todo a ella? ¿Te fías? —le dijo, frunciendo el ceño—. Lo que me estás explicando es muy fuerte, Tom. Leí lo de la muerte de Porta por internet y no hablaban de suicidio. Hablaban de asesinato. Solo el hecho de que sepas lo que pasó te coloca en un lugar muy peligroso.

—Ni te lo imaginas, Henry. De hecho, antes de irnos esta noche —miró a Braulio, que ya empezaba a recoger las mesas— te contaré una cosa que no le explicaré ni a Beatriz.

—Bueno, me conformo con eso.

—Verás. Mañana os explicaré el final. Ya te puedo decir que no acaba bien. Pero es importante que sepas que si estoy aquí es porque el destino me lo permitió. —Se quedó un momento pensativo antes de seguir—. Ya te contaré lo que falta entre medio, pero te avanzo que al final de la historia, cuando ya había pasado todo, yo llegué a mi casa pasadas las dos de la mañana. Estaba hecho polvo. Muy hecho polvo. Ideé un plan para vengarme de mi suegro, y en cierta manera de Porta por estar en ese consejo de administración del banco que arruinó a mi padre, pero el plan me había acabado devorando a mí. Crucé la puerta de mi casa y, al

darle al interruptor, las luces no iban. Miré a la calle y no parecía haber un corte de electricidad. Era solo mi casa la que no tenía luz. Ya hasta eso me daba igual. Estaba perdido y confuso, y la verdad, no sabía cómo iba a continuar mi vida. Entonces, a pesar de la oscuridad, la vi. Estaba en mi comedor. Y me estaba esperando.

—¿Quién?

Tomás suspiró y miró a su amigo con pesar.

—Me esperaba la Muerte. La mismísima Muerte.

Tomás no dijo nada más y se levantó para irse. Enrique también lo hizo con cara de no comprender esa última parte.

Los dos hombres salieron del local mientras Braulio cerraba y se marchaba ignorándolos de nuevo. Caminaron en silencio hasta el coche de Enrique, que seguía sin entender lo que le acababa de relatar.

—¿Qué quieres decir con la Muerte? ¿Te das cuenta de que esa última cosa que me has contado es muy extraña?

—No lo es tanto. De lo que pretendía a lo que sucedió va un mundo. Hubo muertos que yo nunca deseé, y tenía que pagar.

—Pero estás aquí. ¿Cómo? ¿Por qué?

—Hice un trato con la Muerte.

56
El golpe final

El día siguiente, Tomás lo pasó solo. Beatriz no estaba en la playa, ni en el bar donde se veían a menudo, y no había querido molestarla. La chica le había asegurado que aquella tarde estaría sin falta en el bar España, aunque lo detestaba, para acabar de escuchar su historia. Ella nunca fallaba, así que Tomás aprovechó el día y se fue a Surat Thani, una zona de Koh Samui donde hay unas cascadas preciosas, tristemente conocidas por haberse matado, unos años antes, el exfutbolista del Real Madrid Peter Dubovsky.

Después hizo alguna visita que le faltaba a sectores menos turísticos de la isla. Ya había visto demasiados Budas y playas. Necesitaba otra perspectiva porque su tiempo en aquel paraíso estaba llegando a su fin al igual que su historia. Se puede esquivar la muerte una vez, pero esta siempre te acaba encontrando. De eso no tenía dudas. Sin embargo, antes necesitaba acabar de explicarlo todo. El hecho de hacerlo le estaba sentando bien. Sacar todo aquello que acumulaba dentro era ya una necesidad.

Sobre las ocho de la tarde, quien estaba sentado en la mesa del bar España era el propio Tomás. Enrique llegaba tarde, pero apareció. Llegó pidiendo disculpas, pues un cliente de los Estados Unidos le había pedido algo relacionado con opciones de compra o algo parecido. Beatriz llegó pocos minutos después.

Cuando los tres estuvieron sentados y servidos, Tomás los miró a los dos.

—Gracias por venir. Y gracias por escucharme.

—No hay de qué. Pero por lo menos a mí me tienes en ascuas —dijo Enrique ante la afirmación de Beatriz con una media sonrisa.

—Es un placer escucharte —dijo ella—. Ya ves que aquí todos tenemos nuestros propios fantasmas. Puede que un día de estos te explique los míos —sonrió de nuevo.

—Vamos allá, entonces.

Reconozco que cuando entré en aquel patio sentí un escalofrío. Puede que el mismo que sintió Julián, que venía detrás. El serbio, sin inmutarse, solo observó un cadáver colgado. Estaba demasiado acostumbrado a ver muertos. Yo también por mi trabajo, pero nunca relacionados conmigo. Era todo muy raro, no sé explicarlo. Y eso que aquel era el cuarto que veía en poco tiempo. No hacía ni dos días que había visto caer a Vasile delante de mí, hacía poco más de una hora, a Mario y a Darko, y ahora a un tipo que al principio no logré reconocer. Demasiados muertos para un plan que no preveía a ninguno.

Pero pasados los primeros instantes, el que en ese momento tenía delante era el que más me estaba impresionando. Nunca lo había visto en persona, e incluso me costó reconocerlo de las fotos y la televisión. Sin embargo, y a pesar de odiarlo, más que a él a lo que representaba, no tenía que morir. Tenía que sufrir en vida y pagar por sus actos. Ese era el plan, pero es verdad que ningún plan sale como lo has imaginado.

La realidad era que impactaba ver a aquel hombre colgado de las escaleras del patio central de ese edificio gótico. Yo había estado allí una vez en la presentación de un libro, pero jamás pensé que se convertiría en el escenario de un crimen. De pronto, de entre las sombras salieron dos hombres. Todos nos tensamos. Slobodan, que no soltaba la empuñadura de su arma, se fijó en que el mayor, a escasos metros de él, también ocultaba algo debajo de la chaqueta. Era un profesional y sabía detectar esas cosas. Aquel tipo iba armado. Clavó su mirada en él.

—Todos tranquilos —dijo Cebrián—. Tenemos dinero para pagar y solo queremos la caja.

El otro hombre permanecía en la sombra. No parecía querer verse en esa obra de teatro; a los que les gusta Shakespeare saben bien que todas sus obras acaban en tragedia.

—La caja está en camino. Pero os costará muy cara. Y viendo eso —dijo Julián, indicando el cadáver de Porta—, creo que vale más de lo que pensábamos.

—Aquí h ay medio millón de euros —contestó Cebrián.

—Va a faltar un poco más de dinero —intervino el abogado.

—Julián, ¿qué haces? —le susurré.

—Tranquilo. Está todo controlado.

—Eso no es lo que habíamos acordado —dijo el hombre en la sombra.

—Tampoco esto —contestó, volviendo a señalar el cuerpo sin vida de Porta.

En aquel momento se escucharon unos pasos en la entrada y los cinco volvimos la vista hacia allí. Antonio apareció junto con Gonzalo. Este venía sonriendo, sabiendo que estaba gastándole una jugarreta a su odiado yerno, pero su cara cambió cuando entró en el patio.

A un lado, dos hombres, y al otro, tres, conmigo en el centro. Y justo enfrente, un hombre colgaba de una soga. El rostro de Porta estaba deformado por el efecto de la cuerda y el cuello roto. Gonzalo, que nunca había visto un cadáver, abrió los ojos todo lo que sus órbitas le permitían y empezó a comprender que se había metido en una pesadilla. Casi hizo el amago de retroceder, pero las pistolas de los dos hombres armados salieron de sus escondites, así que se detuvo en seco. De manera inconsciente, amarró la bolsa donde llevaba el preciado objeto.

Nadie decía nada y se respiraba tensión, sudor y nervios. Slobodan no dejaba de controlar al hombre armado a unos metros.

Había llegado el momento de acabar con el plan, y eso era lo más complicado, pero era ahora o nunca. Cuando vi la oportunidad, me abalancé sobre el serbio abrazándolo para evitar que este pudiera efectuar un disparo. Aún no sé de dónde saqué las fuerzas y el coraje, pero lo hice.

Cebrián apuntó con su arma centrándose en los dos que ahora parecían pelearse, a la vez que protegía a Evaristo, que se refugiaba a su espalda. Creo que Gonzalo no daba crédito al valor que yo mostraba atacando a un hombre armado y esperó al lado de Antonio a ver qué sucedía.

Cogí mi propia muñeca para hacer más fuerza y para que Slobodan no pudiera orientar el arma. Mientras estuviera detrás de él y sujetándolo, no podría apuntarme. Este se había visto sorprendido por la rapidez del ataque y tardó en reaccionar. Era

cuestión de segundos que encontrara cómo escapar de aquel abrazo de oso que le había lanzado y yo también era consciente de eso.

—¡Julián, rápido. Coge su arma! —grité.

El abogado parecía dudar, pero poco a poco se acercó hasta nosotros y consiguió cogerla de la mano del serbio. Entonces lo solté y empecé a respirar fuerte por el esfuerzo.

—Gracias. Ya no podía más —conseguí decir—. Ahora busquemos algo para atarlo.

—No es tan sencillo, Tom.

—¿Cómo que no es tan sencillo?

El abogado se volvió a dirigir a Slobodan con la pistola en la mano. En el otro lado, Evaristo seguía detrás de Cebrián, que tampoco había bajado el arma a la espera de los acontecimientos. Gonzalo y Antonio seguían en la entrada sin moverse. Si a mi suegro le hubieran pinchado no le sacaban sangre.

Julián se plantó delante del serbio, este lo miró desafiante. Entonces el abogado le entregó el arma. Slobodan la cogió y, en un movimiento rápido, se giró hacia mí apuntándome a la cabeza.

—Para —le ordenó Julián.

El hombre, que había quitado el seguro, sujetó el arma con fuerza.

—Os contraté para un trabajo. No va a haber más muertos —dijo el que se suponía que era mi amigo, con convicción.

Slobodan bajó el arma sin dejar de mirarme a los ojos. Nunca olvidaré aquella mirada.

—Julián, ¿qué has hecho?

—Lo siento, Tom. Pero aquí hay cosas que están por encima de nosotros. Te dije que no te fiaras de nadie.

Mi cara expresaba abatimiento. Me dirigí a Antonio.

—¿Y tú? ¿Qué excusa tienes?

—Lo siento, Tom. Debo mucho dinero, demasiado. Tengo dos hijas. No tenía opción.

Gonzalo estaba en *shock*. Tanto que ni notó que Antonio le arrebataba la bolsa con la caja. Si pudiera se esfumaría de allí sin dejar rastro, pero el miedo lo paralizaba. Allí había pistolas y un muerto. Todo por una mierda de caja que se alejaba de él. Se quedó quieto.

Antonio caminó hacia mí al tiempo que abría la bolsa y sacaba

su contenido. Algunos era la primera vez que la veían, después de haber suspirado por ella con tanto empeño. Desde sus posiciones observaron los ornamentos y las filigranas.

Era un objeto bello y todos anhelaban lo que había en su interior.

—Lo siento, de verdad, Tom. Pero necesitaba ese dinero —me dijo antes de dirigirse a Julián—. Sé cómo estás tú de pasta, pero me tienes que dar algo por traerla —suplicó.

Pero fui yo quien se adelantó.

—No te llevarás nada.

Con un movimiento rápido, saqué una navaja que llevaba escondida en la chaqueta y se la clavé a la altura del corazón. El que había sido mi amigo de la infancia abrió los ojos, incrédulo, y me cogió por los hombros, mientras le quitaba la caja. Luego se apartó tambaleante y la inercia le hizo caminar hacia un lado del patio, hasta que gastó sus últimas fuerzas. Entonces se desplomó. Cayó al suelo boca abajo en un mar de sangre oscura.

Me volví hacia Julián con la mirada perdida. Cebrián y Evaristo seguían expectantes a un lado y Gonzalo había entrado en pánico.

—Deja que este trozo de mierda se vaya —dije, mirando al que aún era mi suegro.

—¿Estás seguro? Te ha visto apuñalar a Antonio.

El banquero sudaba y le faltaba poco para soltar alguna lágrima. Su mirada me clamaba piedad. Yo solo lo miré con desprecio.

—¡No tenía que morir nadie, joder! —exclamé.

Al oír el grito, Gonzalo se estremeció.

—No dirás nada, ¿verdad?

El hombre negó con la cabeza sin ser capaz de articular palabra. Alguien estaba decidiendo si vivía o moría. Me hubiera besado los pies o lo que hubiera hecho falta para salir de allí con vida. Una humillación para él en toda regla. Miré a los otros antes de hacer ningún movimiento. Evaristo y Cebrián permanecían en la sombra y parecían no querer intervenir en el asunto. La caja estaba en mis manos y el excomisario seguía sin perder ojo del que tenía una pistola. Como nadie decía nada, Gonzalo dio un paso atrás.

—Es un error dejarlo ir —intervino Slobodan.

Gonzalo apretó los ojos esperando su final.

—No. Déjalo —dijo Julián.

Empezó a andar lentamente para atrás.

—Tira aquí el móvil. Y recuerda que sabemos dónde está tu hija. Por si tienes la tentación de llamar a la policía —volvió a intervenir Julián.

Gonzalo asintió cabizbajo y, después de tirar su Samsung al suelo, empezó a retroceder. Julián se adelantó y chafó el teléfono con el talón. Con un gesto le indicó que podía recogerlo. Lo hizo temblando. Se dio la vuelta y caminó lento y derrotado, con los ojos medio cerrados, esperando oír un disparo por la espalda, hasta que encontró una puerta. La abrió y la cerró detrás de él. Estaba fuera y vivo. Con lágrimas en los ojos callejeó sin saber muy bien hacia dónde tenía que ir. Aún tardaría un buen rato en decidir que la cosa no podía quedar así y que tenía que informar a la policía. El rato de saber que seguía respirando gracias a su odiado yerno. Una carga insoportable.

Adentro, los ánimos seguían tensos, pero aquello no era más que una transacción. Unos querían un objeto y estaban dispuestos a pagar por él y los otros querían dinero. No todos, yo quería venganza, aunque ver allí colgado a Porta no era parte del plan.

Evaristo pensó que su vida ya no corría peligro, pues el sujeto que tenía un arma parecía estar a las órdenes del abogado Julián Pelegrí, un apunte muy a la medida de sus intereses.

—Bien, Julián. Parece que la cosa ya está encarrilada. Solo queda una arista por limar —le dijo el político, mirándome—. Has dejado ir al tipo aquel. Me da igual, no sabe quiénes somos y a mí no me ha visto, pero este sí nos puede reconocer.

Levanté la vista hacia mi amigo.

—¿Otra sorpresa? ¿Lo conoces?

—Sí —se adelantó Evaristo—. Hace años me ayudó mucho en un asunto serio como abogado mío. Me salvó de ir a la cárcel. ¿De dónde crees que salió la información que necesitabais de Romero? —Hizo una pausa—. Y yo nunca olvido a quien me ayuda.

—Ya veo —le contesté, desviando la vista hacia Porta.

—¿Cómo? ¿Qué sabes tú de Porta? —preguntó.

—Nada. Solo que cuando llegamos ya estabais aquí y no os habéis inmutado. ¿Qué quieres que sepa yo?

—Todos tranquilos —intervino Julián—. Este es mi amigo de toda la vida y, a pesar de las circunstancias, no va a decir nada.

—No, Julián. De esta no os libráis ninguno. Yo ya estoy acabado —contesté, mirando a Antonio, que estaba en un rincón inmóvil—. He matado a mi amigo.

Cebrián se empezaba a poner nervioso. No es lo mismo que encuentren a un político acabado con nota de suicidio a que lo encuentren con otro cadáver en el mismo sitio. Su propio plan ya no era perfecto. Alguien se iba a hacer muchas preguntas y solo se salvarían si de allí salían con el *pendrive*. En ese momento, la información que yo sostenía en una caja era su seguro de vida. Recordó al grupo de Los Egipcios y tembló solo de pensarlo. Precisamente se encargaban de limpiar esas cosas. Fuera como fuera, tenían que salir de allí con la información. Aquellos quinientos mil euros en el sobre eran su salvoconducto hacia la vida. O eso o arriesgarse a un tiroteo con un serbio que sujetaba su arma con solvencia.

—Dale la puta caja de una vez —dijo Julián.

Me giré hacia el excomisario.

—¿Y si la piso y rompo lo que hay dentro?

Se hizo el silencio.

—Tom. No lo hagas. Dame la caja. Ellos pagan y nosotros nos llevamos el dinero. Tú puedes vivir.

Esas palabras no me inquietaron, por lo que mi amigo aumentó la apuesta. Sacó un arma. La reconocí enseguida. Era la de Darko, que yo mismo había tenido en las manos.

—¿De donde coño la has…? Claro. Te la ha dado él.

—Tom. Por favor. Esto no tiene que acabar así. Piensa en tu hermana.

—Ahora mismo solo pienso en ella.

Dejé caer la caja al suelo, pero no me dio tiempo a levantar la pierna. Slobodan se acercó por detrás y me dio con la culata en la nuca. No sé si pretendía matarme, pero casi lo consigue. Fue muy doloroso. Tanto que perdí la consciencia por unos minutos. Caí muy cerca de mi amigo Antonio. De aquellos niños que hacían cabañas en los árboles ya solo uno se mantenía en pie en aquel edificio histórico de la ciudad de Lleida.

57
¿Y ahora qué?

Lo siguiente fue rápido. Después de caer yo, a todos les entraron las prisas. Julián cogió la caja del suelo y acompañado de Slobodan se acercó a Evaristo y Cebrián. Estos estaban inquietos. Se jugaban demasiado. Delante de los tres, con unos movimientos en los resortes, se abrió la caja. Dentro había un espacio algo pequeño. Además estaba forrado de una especie de tela de color rojo. Allí estaba el preciado objeto. Era un *pendrive* de color plata. Julián lo extrajo y lo sostuvo en la mano mientras Evaristo sacaba un sobre amarillo muy abultado.

Lo intercambiaron.

—No nos interesa que aquí se encuentren un cadáver extra y a tu amigo, si es que aún vive —dijo Evaristo, y giró la cabeza hacia Porta, que allí colgado había sido testigo mudo de los acontecimientos—. Se supone que esto es un suicidio. ¿Qué sugieres?

—Yo tampoco pensaba encontrar a un tipo colgado aquí —respondió Julián—. Pero no te preocupes. A estos no los encontraran aquí. Me desharé de ellos. No es un problema. Slobodan me ayudará.

Permanecieron unos segundos quietos en los que no parecía que nadie supiera qué paso dar a partir de aquel momento. Fue Slobodan quien dio un paso atrás y eso pareció activar al resto.

Primero, Cebrián y Evaristo, que abandonaron el patio con el *pendrive* y la esperanza de un gran mañana en el horizonte.

Después fueron Slobodan y Julián los que salieron de allí. Antes de ir a buscar el coche, el abogado hizo un par de llamadas. Cuando

colgó, el serbio le dijo:

—¿Arreglamos esto? —Y señaló el patio que dejaban atrás.

—Yo me ocupo, tranquilo.

La calle estaba vacía. Caminaron el corto recorrido hasta el vehículo del abogado y se metieron dentro.

Una vez en el interior, Julián se aseguró de que nadie observara y cogió el sobre que guardaba en el bolsillo interior de la americana. Sacó un puñado de billetes y contó cincuenta mil euros en billetes de quinientos. Se los entregó al serbio. Este los contó mientras Julián esperaba paciente las cuentas.

No sufrió por ningún percance. El abogado sabía que el serbio no se iba a quedar con todo el dinero, aunque eso hubiera sido pan comido para el sicario. Había trabajado con ellos antes y sabía que eran unos profesionales. No eran unos ladrones. De hecho, había diez mil euros más de lo acordado que Slobodan solo aceptó cuando Julián le dijo que se los enviara a la familia de Darko, pensando en su hija. Antes de que el serbio se bajara del coche, el abogado le entregó el arma de Darko que el sicario le había dado al entrar en el patio gótico por si la necesitaba. Después, Slobodan salió y Julián observó cómo se perdía calle abajo en dirección a la salida de la ciudad.

No muy lejos de allí, minutos después de salir del edificio, Cebrián y Evaristo llegaron a su coche. Antes de nada, Evaristo llamó a un miembro destacado del partido para darle la buena nueva. Lo había conseguido y este lo felicitó de forma efusiva. A pesar de no haber puesto el altavoz, Cebrián lo pudo escuchar. También oyó cómo le decía que Porta no contestaba al teléfono desde hacía horas. Cuando colgó sintió algo así como felicidad. Una satisfacción enorme.

No veía llegar la hora de ver los oscuros secretos que guardaba Romero. Esos que podían hacer tambalear un país.

Cuando bastantes días después, y ya en su casa, Evaristo abrió por fin aquel archivo en el ordenador, sus ojos se abrieron como los de un búho.

58
En una obra de teatro, nunca digas «buena suerte»

Estaba entumecido. Creo recordar que me dolió la cabeza una semana seguida, pero estaba vivo. Escuché una voz.

—¿Ya?

—No. Aún no.

Era un susurro. Pero entre aquellas paredes de piedra, el sonido amplificaba los decibelios. Dos cuerpos inmóviles yacían en presencia de una caja ornamentada a los pies de un hombre colgado.

—Cómo cuesta respirar sin apenas moverse —dijo Antonio.

—Lo ensayamos mucho. Pero sí, ha sido duro —le respondí.

—Menos mal que pensamos que la caída fuera boca abajo. Hubiera sido muy jodido hacerlo con la cara hacia arriba.

—¿Y si lo hablamos luego? Hay un muerto, ahí.

—Ya lo he visto. Me he quedado flipado cuando he entrado. Pensaba que a tu suegro le daba algo. ¿Qué ha pasado, Tom? No tenía que haber muertos y la verdad es que los Mossos van a tener trabajo.

—Esto es cosa de los políticos. La idea era grabar la transacción, pero ahora, en aquella cámara —dije, señalando una minicámara que habíamos escondido en el primer piso—, creo que hay grabado un asesinato. ¿Te acordaste de apagarla antes de que nosotros actuáramos? Aunque sea falso no quiero dar explicaciones sobre un apuñalamiento en la escena real de un crimen.

—Sí, claro, hombre —me dijo, enseñándome un pequeño mando a distancia diminuto que sacó del bolsillo—. Aunque mejor lo

revisas por si no acerté a darle al stop.

Los dos nos quedamos mirando el cuerpo colgado.

—Así que este es… ¿Porta?

—Sí. No estaba en el plan que muriera, pero no voy a llorar por él. Venga, concéntrate. Revisa dónde hayas podido tocar. No te preocupes por las zonas comunes. Es un sitio público. Estarán tus huellas y las de cientos.

—Solo la caja. Hay que limpiarla. Y tu navaja. —Antonio señaló al suelo, donde estaba tirada.

Él mismo la recogió mientras yo hacía lo propio con la caja, que volvía a estar de nuevo entre mis manos, esta vez envuelta en un pañuelo.

—Menos mal que no la han comprobado, ¿eh? —me dijo Antonio, jugando con la punta de la navaja en la pierna. Era una de esas navajas de mentira cuya hoja retrocede y se esconde en el mismo mango a la menor presión. La sangre era de cerdo, pero teníamos claro que nadie podría saberlo.

Después se dirigió a la mochila con la que había llegado y sacó unos rollos de papel secante. Empezó a ponerlos en el suelo, donde aún estaba el charco de sangre. Sacó también dos camisetas limpias. Los dos nos quitamos las nuestras mojadas de sangre y las metimos en una bolsa de basura. La mía solo estaba salpicada por la que había en el suelo, pero también había que cambiarla. Nos pusimos las limpias. Eso nos evitaba tener que dar explicaciones a simple vista. Unos minutos después, y con la mochila a rebosar de papel secante empapado de sangre de cerdo, en apariencia la zona estaba limpia. Y en cualquier caso, era sangre de animal. Eso sí, como los Mossos pasaran por allí el Luminol iban a flipar con la mancha rojiza. Otra incógnita más para el caso. Pobre el investigador que lo llevara, aunque eso era precisamente lo que buscábamos: dejar muchas preguntas sin respuesta.

También guardó la falsa navaja en el bolsillo a la vez que yo acababa de limpiar la caja de las huellas que podría tener. Tanto las mías como las de Antonio o Julián.

Después la observé con detenimiento y la deposité a los pies del cadáver de Porta.

—Qué hijos de puta, ¿no? —dijo Antonio.

—¿Por?

—Los políticos estos. Se matan entre ellos. Joder, son como las hienas. Y aún les saldrá bien. No soy un experto, pero parece un suicidio.

—Tienes razón. Bueno, espera.

—¿Qué vas a hacer? Tenemos la grabación de lo que han hecho.

En la entrada que daba a la avenida Blondel había un despacho y, pegado a la pared, un mástil acabado en punta con una señera.

—Mejor no preguntes y ve a recoger la cámara.

Minutos después, los dos amigos salíamos a la calle después de comprobar que no había nadie. Yo estaba seguro de que no tardaría en aparecer la policía. Sabía que en cuanto mi suegro se sintiera seguro los llamaría.

—No me acabo de creer lo que acabas de hacer —me recriminó Antonio mientras íbamos a paso ligero alejándonos del lugar.

—Yo tampoco, amigo. Yo tampoco.

59
El Ave Fénix

Giramos en la primera esquina en dirección a la avenida Blondel. Antonio había dejado allí su coche. Yo cargaba con la pequeña mochila donde habíamos guardado los casquillos de bala, las camisetas manchadas de sangre de cerdo y los papeles secantes que habíamos utilizado para limpiar el escenario. En realidad, nada de aquello nos incriminaba si no era por haberse cargado a tiros a un cerdo; eso sí, sin el cuerpo del delito, porque habíamos comprado la sangre en una carnicería. Aun así, si la policía nos paraba tendríamos que dar demasiadas explicaciones. Y además, en un lugar muy cercano iban a encontrar muerto a un expolítico que en su día fue un pez gordo.

Era el momento de las despedidas. Teníamos que tomar direcciones opuestas. Un abrazo enérgico y corto y, sin mediar palabra, continuamos. Yo fui hacia el río para ir a buscar mi coche. Antonio se metió en un callejón estrecho donde comprobó que nadie lo seguía. Antes de llegar al vehículo tenía que cruzar de nuevo la calle Major y después pasar por una callejuela angosta. No llevar encima los teléfonos móviles era un pequeño hándicap, pero era necesario para que la policía no nos pudiera ubicar en la zona del crimen.

Yo caminaba cansado pero contento a pesar de que el plan no había salido a la perfección. Pero ¿qué sale así en la vida?, pensé. Todo se tuerce por alguna razón y, aunque la aparición de Inés había desviado mis planes, al final lo había podido corregir con un pequeño giro que no había gustado nada a Julián. El hecho de perder a Darko podía haber producido una hecatombe dependiendo

de la reacción de su socio. Yo no los llevé allí para que se mataran, pero reconozco que tampoco me sentó mal el resultado final.

La idea que tuve era mostrarle a Mario que había gente mucho peor que él y que esta no se andaba con tonterías. A mí aquel serbio me había impresionado mucho, sobre todo por los puños de hierro, que caté bien, así que pensé que causaría el mismo efecto en el Ronco. No calculé lo zumbado que estaba ese tipejo de barrio, y después de escuchar las que fueron sus últimas palabras, tenía claro que estaría mejor criando malvas. ¿Puede haber alguien más malvado que quien mata a sus propios hijos? ¿De qué coño están hechos esos malnacidos? Quizás sí era una jugada de riesgo, pero cuando uno está al límite acaba haciendo lo que puede. Y yo necesitaba ese dinero para la parte final del plan.

Antonio había cumplido su parte de maravilla. Con su actuación haciéndose el muerto había engañado primero a Gonzalo y después a todos. Era arriesgado, pero calculamos que en aquella situación de tensión no repararían en un muerto o dos cuando me tocara caer a mí. Me tenía que pegar Julián, pero se adelantó Slobodan. Y vaya golpe me dio. Al final nos fue bien porque esa hostia no fue teatro. Os lo aseguro.

Luego pensamos que estarían más pendientes de las pistolas y, ante todo, de llevarse el *pendrive*. Y si se torcía, Julián tenía un arma de verdad. Esa era la peor parte llegado el caso, porque no es lo mismo amenazar que dispararle a alguien, y un abogado no es tan certero con una pistola que no maneja nunca como lo son dos expolicías con sus juguetes preferidos. Por suerte, no hizo falta.

En unas horas acabaría todo. Casi podía oler el final. Y por mi experiencia en la vida, es justo entonces cuando todo se acaba torciendo. Olvidé aquel relax momentáneo que me había dado. Fue demasiado tarde.

***

Mientras Antonio llegaba a la altura de su coche, una sombra salió a su encuentro en el callejón. El cañón de un revólver le apuntaba nervioso. El tipo permanecía en la sombra, pero no podía ser nadie más que el detective privado contratado por Romero. Levantó las manos. Aquello ya no estaba previsto en el plan. No

había nada marcado para escapar de esa situación y lo peor de todo es que, en ese momento, él ya no tenía con lo que negociar.

La escasa luz de una farola iluminó la cara del tipo. No lo conocía de nada. Él a nosotros sí. Nos había visto entrar en el edificio gótico y luego salir los últimos. Pero en realidad no era a nosotros a quienes seguía. Había iniciado el seguimiento de su objetivo en Barcelona, y Porta no era alguien que hiciera maniobra alguna de contravigilancia. Lo había visto entrar en el edificio, pero no salir. Después vio marcharse a un tipo que no parecía saber dónde iba. Más tarde, observó salir a Evaristo González y al excomisario Cebrián de la policía. Y, seguidamente, a dos tipos más. Optó por seguir a Antonio, que iba en su dirección.

Se decidió por él porque algo le olía mal, pero el detective privado Fidel Albiol buscaba a Porta, ya que si alguien salía de allí con el *pendrive* de Romero, este sería el viejo. Si hubiera mirado dentro del edificio, no le habría hecho falta hacer la pregunta que iba a hacerle a aquel hombre.

—¿Dónde coño está Amancio Porta? Ha entrado antes que todos los demás con sus secuaces y es el único que no ha salido. Quiero esa caja.

Antonio lo miró sin saber muy bien qué decir.

—¿Tengo que repetir la pregunta? —dijo, enseñando el revólver.

—No sé de qué hablas —acertó a decir Antonio.

El hombre, con una agilidad que no aparentaba, efectuó un revés con la empuñadura que dio de pleno en la cara de Antonio, que por el impacto retrocedió un paso.

—Vale, vale —dijo medio aturdido.

Antonio se puso las manos en la cara buscando la herida que le había provocado. De su nariz salía sangre, que intentó secarse con la manga.

—Habla.

—Creo que Porta se ha quedado dentro a comprobar no sé qué de un *pendrive*.

Quizás pensó que si le daba cierta información veraz con alguna inventada podría ganar algo de tiempo. No sabía para qué, pero no tenía opción. Su cabeza empezó a trabajar a toda velocidad mientras buscaba una salida que no fuera en un coche fúnebre. De repente, pensó en una solución. Necesitaba algo para ejecutar una

maniobra de distracción. Pero, en esos pensamientos, la que apareció fue una mujer. Venía por el callejón y solo veía que tenía una cabellera larga y morena, y desde luego, poca ropa para la hora y la época del año en que estaban. Fidel escondió el revólver a un lado sin dejar de sujetarlo.

—Hola, caballeros —dijo al acercarse—. ¿Alguno de ustedes tiene fuego?

La mujer se plantó en medio de los dos con un cigarro en la mano izquierda. No parecía tener ningún miedo y esa valentía solo la atesoran las personas que poco tienen que perder en la vida. Aquella atractiva mujer se dirigió al más bajito y que mejor vestía, puesto que el otro llevaba una camiseta barata y una chaqueta vieja, como quien viene de trabajar. Creyendo que lo que buscaba la mujer era otra cosa, el hombre del traje le dijo:

—Mire, señorita, no es el momento, así que mejor…

No pudo acabar la frase porque un líquido amargo en forma de espray le inundó los ojos con un escozor extremo. El hombre empezó a gritar tapándose la cara y Antonio aprovechó para darle un puñetazo. El dolor de sus nudillos golpeando la cara del detective hizo que se arrepintiera en el acto. El tipo se tambaleó y cayó de lado, aturdido, pero por pura inercia apretó los dedos de las manos y, de manera instintiva, sacó el revólver. Se oyeron dos disparos en el callejón. Antonio, que había caído del impulso, dirigió la vista hacia la chica que, con un espray de defensa personal en la mano, respiraba con dificultad por la emoción, o eso parecía.

—Tenías que quedarte en el coche, joder. ¿Qué haces aquí, Laura? ¿Quién te ha dado ese espray?

Por lo visto, mi hermana esperaba a Antonio en el coche y vio unas sombras que se movían. Se bajó intuyendo que algo iba mal y, cuando observó lo que ocurría en el callejón, se quitó la chaqueta, se bajó el jersey enseñando casi la mitad de sus pechos e improvisó tan bien como supo.

Laura intentó responder, pero no tuvo tiempo. Antonio empezó a encontrarse mal. Se apoyó contra la pared y miró su pecho. Empezaba a salir sangre y entonces comprendió que una de aquellas balas perdidas le había alcanzado. Laura intentó cogerlo antes de caer, pero ella también notó un calor en el costado. Se miró la mano

y vio que tenía sangre. Cayó junto a Antonio.

Se empezaron a oír las sirenas de los vehículos de emergencias a lo lejos.

El plan se acababa de torcer de la peor manera. Tan cerca de la meta.

El detective se levantó como pudo y vio los dos cuerpos en el suelo y las sirenas de fondo. Registró con rapidez los bolsillos de Antonio, pero no encontró lo que buscaba. Maldiciéndose, no le quedó otra que huir de allí con las manos vacías.

***

Pasaban de las doce de la noche y en esa zona comercial ya no se movía un alma. Mientras me acercaba corriendo, oía las sirenas lejanas, pero era peor lo que había escuchado minutos antes. Eran dos disparos. Sé distinguirlos. Aunque la gente, acostumbrada a los truenos de las películas, pudiera pensar que aquello eran petardos, el sonido metálico que arrastra la pólvora quemada no me había dejado dudas. Así que el lugar hacia donde corría era allí.

Ya muy cerca de donde iba a ver la peor escena de mi vida, observé que alguien huía al final del callejón. Por unos instantes pensé en perseguirlo, pero vi los dos cuerpos tirados en la calle y me acerqué. Antonio aún tenía los bolsillos del pantalón del revés. Alguien, después de dispararle y dejarlo tirado en el suelo, lo había registrado. Yo no entendía nada, porque, de primeras, no había reconocido a la chica que estaba con él, pero cuando lo hice se me vino el mundo encima. Mi hermana no tenía que estar allí. Entonces comprendí el secretismo de ella y algunas respuestas de él. Estaban saliendo juntos. Y supongo que, igual que hice yo con Inés, Toni había cambiado algo su parte del plan y la había introducido a ella. No lo culpo, Laura es muy cabezona cuando quiere.

Me agaché a ver cómo estaba y tuve una sensación de impotencia como nunca la había tenido. Allí, ensangrentados, estaban dos de las personas que más quería en el mundo. Ella lo hacía por un costado pero no en exceso, en cambio Toni tenía una herida en el pecho. Le tomé el pulso a mi hermana y lo noté regular. No parecía que tuviera arritmias por la herida. Se la taponé con mi chaqueta. Las sirenas parecían más cercanas. Me giré hacia

Toni todo lo rápido que pude. Aproveché su propia chaqueta para apretar su herida.

—Tu pendiente, Tom —oí que me decía ella.

Me giré y Laura me miraba asustada. Me toqué la oreja y vi que mi pendiente no estaba. Tenía que haber arreglado aquel cierre, pero no lo hice. A saber dónde lo había perdido, sin embargo recordaba bien que al entrar en el patio gótico lo llevaba. Puede que con el golpe que me había dado el serbio se hubiera caído. Ya no podía hacer nada, y en ese momento me daba igual.

Me agaché hacia mi hermana, pero esta había perdido el conocimiento.

Entonces recordé que llevaba la mochila y que esta nos incriminaba a todos.

Tenía que deshacerme de ella. No podía tirarla al contenedor, sé que es el primer sitio donde buscarían mis excompañeros, así que, desesperado, vi un saliente de uno de los edificios históricos de la zona. Con toda la esperanza, lancé la mochila hacia arriba con la intención de que cayera bien y no se viera desde la calle. Tuve suerte o pericia, qué sé yo. También llevaba la tarjeta de memoria con la grabación de lo que había ocurrido en el patio del Institut d'Estudis Ilerdencs. Miré mi llavero del Barça y recordé que tenía un pequeño escondite. La tarjeta era diminuta y cabía, así que allí la puse.

—Lo siento, Tom —oí de repente.

Antonio estaba consciente.

—Llévatela y vete de aquí. No lo eches a perder. Sálvala a ella y sigue con el plan.

—No, no me voy. No os voy a dejar aquí. Ella no está tan malherida —le dije mientras cogía la mano de mi amigo.

—Queríamos contártelo, pero esperábamos a que acabara todo.

Lloré, y no de rabia. Mi amigo, se podría decir que mi hermano, estaba muriéndose y yo no podía hacer nada.

—Estoy aquí, Toni. No te abandono, hermano.

—Lo sé. Siempre estás.

No dijo nada más.

60
Secuelas

Después de aquello…, bueno, la cosa explotó a nivel de medios. Había pasado una semana del suceso y los diarios seguían haciéndose eco. Un conocido político a nivel nacional había aparecido muerto en Lleida. La teoría del suicidio se había descartado a pesar de la nota que habían encontrado en su casa. Aún no sé cómo saqué el valor para hacerlo, pero cogí aquella bandera con mástil y se la clavé en el estómago. Y así quedó el cuerpo de ese hombre. Colgado y atravesado por una bandera. Maté el suicidio de inmediato.

Yo no había visto nada igual en la tele desde que, hacía ya unos años, mataron a tiros a Isabel Carrasco, la presidenta de la Diputación de León, en otro caso de novela negra muy real.

Los investigadores de los Mossos estaban atando cabos, pero la información que el partido político daba a los policías era con cuentagotas. El excomisario Cebrián había desaparecido y algún medio de comunicación ya apuntaba a su relación con los extraños hechos.

Para culminar el plan, después de dar miles de explicaciones, yo solo tuve que presentar una denuncia contra mi exsuegro por robarme dinero de mi caja de seguridad, y este, ante las amenazas que había recibido y por lo que había visto en el patio gótico, no presentó queja alguna cuando fue despedido. En el mundo de la banca estaba acabado. Nadie contrata a un ladrón. Y eso acababa con él de la peor manera posible. Siempre he pensado que aquello fue mejor que matarlo, para lo que yo, entonces, no estaba preparado. Nunca deseé que en esa parte del plan muriera nadie.

Recuerdo que estaba en mi casa mirando la foto de los hombres y mujeres trajeados que guardaba en una carpeta. Cogí un rotulador rojo y tracé una cruz en la cabeza de Porta.

Mi venganza contra aquellos dos hombres, responsables en gran medida de la muerte de mi padre, se había materializado. Sin embargo, no sentía la paz que esperaba en mi interior. El vacío seguía allí y, sobre todo, la ausencia de mi progenitor. Nada me lo iba a devolver. Me había costado tantos sacrificios que desde luego ahora puedo decir que no había valido la pena. Y aún podía acabar en la cárcel si la investigadora de homicidios de Lleida ataba cabos.

La policía tenía que centrar sus esfuerzos en la muerte de Porta y en saber de quién era la extraña caja que habían encontrado en el escenario del crimen.

Mi preocupación máxima se produjo horas después. Había vuelto a perder mi pendiente, pero ahora de verdad. Se me debía de haber caído en el patio interior del Institut d'Estudis Ilerdencs. Y en ese trozo de metal estaba mi ADN. Los diarios no decían nada de que la policía hubiera hallado ese objeto, pero sí había teorías sobre la caja ornamentada y vacía que encontraron a los pies de Porta.

Como ya habíamos previsto, no acertaban en nada, pero en eso consistía el plan. Por eso le clavé aquella bandera. Tenía que descartar el suicidio sabiendo que yo disponía de una grabación donde se veían muy bien los hechos. Al revisarla, vi que Antonio no había parado la grabación al entrar nosotros. No lo culpaba, era un botón diminuto. Solo corté la parte final donde ya aparecíamos Julián y yo con el serbio, pero dejé intacta toda la secuencia de la muerte del político. Nadie podría decir que estaba manipulada.

Julián y yo no nos habíamos visto desde aquel día y ya habíamos vuelto a encender nuestros teléfonos móviles. Nadie nos podría ubicar juntos en la zona del crimen de Porta. Y si en breve los grupos especiales tiraban la puerta abajo y me detenían por el pendiente, solo caería yo.

A Laura, aún convaleciente, le había dicho que me iba de viaje, pero le prometí que volvería. Creo que le mentí por primera vez, porque no estaba seguro, ni siquiera ahora, de que pudiera regresar.

Casi me preparaba para salir cuando alguien llamó a la puerta, que había reparado el día anterior. Era alguien a quien esperaba. Abrí y Julián me guiñó un ojo antes de fundirnos en un abrazo.

Traía una bolsa de deporte.

—¿Cómo sienta la venganza? A mí muy amarga. No sé si puedo llorar más por Toni.

—Pasa, anda, te prepararé un café, que voy con tiempo de sobra —le dije mientras cerraba la puerta y nos dirigíamos a la cocina.

Enchufé la Nespresso.

—No sienta bien, Julián. Confieso que no me siento muy diferente que hace una semana. Por lo menos Laura está bien. No sé. Te lo explicaré en unos meses.

—Ya.

—Saber que el hijo de puta de Gonzalo no tiene trabajo y, sobre todo, que no tiene reputación alivia algo, no lo niego. Además, Ingrid sale mañana del hospital y, bueno, ella es una mujer muy fuerte.

—¿Y tú?

—Yo estaré bien, Julián. Ayer cené con Inés en su casa y conocí al pequeño Jordi. Ya veremos.

—Por el plan, estate tranquilo. No puede pasar nada. Slobodan se fue y nadie nos puede relacionar en nada sin incriminarse.

—Sobre eso… —dudé—. Perdí mi pendiente.

—¿Qué?

—Que perdí mi.

—Ya, ya. Mierda.

—Creo que cuando me golpeó el serbio. Pero la culpa es mía, lo llevaba mal puesto desde hace días.

—Veré qué puedo saber de los Mossos. Pero como lo encuentren allí y te puedan relacionar.

—Tranquilo, estoy bien. Y caeré solo. He acelerado mi salida del país por eso.

—De todas maneras, aquí está tu parte. Son ciento cincuenta mil euros. La parte de Toni está en una cuenta en Suiza para cuando sus hijas cumplan dieciocho años. Se aprende mucho trabajando para políticos corruptos. Ese dinero invertido allí se multiplicará bastante en tanto tiempo.

Abrí la bolsa por la curiosidad de ver tantos billetes juntos.

—Aquí hay más dinero, Julián.

—Sí, está la mitad de mi parte. Te pido que me la guardes en lugar seguro. Yo me meto esta tarde en un centro de

desintoxicación. No quiero que la coca acabe conmigo y no puedo tener ese dinero a mi alcance. La otra parte se la he hecho llegar a la mujer de Vasile.

Le sonreí. Un abogado con corazón, pensé.

—Te lo guardaré, no te preocupes.

—Lo sé. Te enviaré la dirección y, cuando me permitan recibir visitas, te vienes un día. Si estás por aquí, claro.

—Cuenta con ello.

Los dos dimos un trago al café.

—Julián. Gracias. Sin ti hubiera sido imposible, a pesar de que al final.

—Ya. Como decía Antonio: «Uno para todos y todos para uno».

—Eso es de los mosqueteros, hombre.

—Bueno, ya lo sé, pero yo solo se lo escuché decir a él —rio.

Instantes después, Julián y yo nos despedíamos. Lo dejé un momento en la cocina y escondí el dinero en un doble fondo de la pared donde antes había un armario. Allí estaría seguro. Solo me quedé lo justo para viajar y aproveché lo que el banco me había devuelto del robo de mi exsuegro de mi caja de seguridad. Ese dinero lo dejé en la cuenta y es con lo que vivo aquí. Después cogí la chaqueta para ir a la estación.

—Te prometo que cuando pueda —dudé— iré a verte, Julián.

Mi amigo se despidió con una mueca sincera, pero antes de irse se giró y me dijo:

—¿Vas a poder dormir bien a partir de hoy?

—No sé qué decirte —me lo pensé antes de contestar—, aún me falta algo por hacer.

61
Allí empezó todo

Enrique y Beatriz observaban a Tomás, que en ese momento parecía haberse ido de la conversación. La historia llegaba a su fin, pero su cabeza lo trasladó hasta unos meses atrás. Quizás fue allí donde empezó todo. Se quedó callado recordando lo que pasó, previamente, en la oficina de su amigo en Lleida.

El despacho no era demasiado grande, pero la zona de la Rambla de Ferran era de las más caras de la ciudad de Lleida. Tenía una vista privilegiada de la Seu Vella, que desde allí se alzaba majestuosa. Volví de la ventana y me senté de nuevo en una de las sillas que el abogado tenía delante de su mesa. Lo que le venía explicando hacía ya algún tiempo estaba más próximo a su ejecución. Me encontraba en esos momentos transcendentales de la vida donde toca tomar una decisión. Y no una cualquiera, como qué coche me compro, o de qué color pintamos la cocina. Era una de esas decisiones que pueden cambiar tu vida y, en el peor de los casos, acortártela.

El letrado hacía como si observara a sus clientes mientras paseaba su determinación por los cuadros de la pared y volvía a sentarse. Pero no éramos unos clientes cualquiera. Éramos sus amigos de toda la vida.

—¿Estáis seguros de las consecuencias que puede haber?

—Sí.

—Una vez hecho el primer paso no habrá marcha atrás. Perdonad que insista.

—Hace demasiado tiempo que no hay marcha atrás.

Antonio asintió.

—Bien. Haré las llamadas. Evaristo estaba muy interesado y ya va a mover hilos para saber cuándo es el mejor momento. Supongo que en un par de semanas nos pondremos en marcha. ¿Con quién quieres contar?

—Solo puedo contar con él —dije mirando a mi amigo Antonio—. Y contigo. Riki es demasiado legal y tiene una familia por la que vale la pena no correr ese riesgo. Tiene que quedar al margen.

—Sí, dejando de lado la amistad, mejor no meter a un policía en esto. Pero para acabar la primera parte necesitarás un tercer miembro. Un especialista. —Hizo una pausa—. Conozco uno de confianza. Se llama Lucas. Es de fiar.

—Está bien.

Los dos permanecieron en silencio un momento.

—¿Cómo será? —pregunté.

—¿El robo? Eso no será problema. Te sobra imaginación para llevarlo a cabo sin problemas. Has estado en muchos mientras eras de la científica, ¿no?

—No me preocupa el robo, he visto cientos en mi trabajo, sino lo que conlleva.

—Bueno, después viene la parte difícil. Vamos a tratar con políticos corruptos y con sicarios, como mínimo.

—¿Estás seguro de que podrás hacer tu parte? —insistí.

—¿Y tú, querido amigo?

—No he estado más seguro de algo en mi vida.

—Fetén.

—Tío, odio esa palabra.

—Por eso la digo, hombre. Hay que relajar un poco el ambiente… Vale. Como os decía. Una vez con la caja en tu poder empezará de verdad lo peligroso, y —dudó antes de continuar—, sobre todo, jamás te desprendas de esa caja hasta finalizar el plan. Es, de manera literal, tu seguro de vida. Mientras la tengas todo irá bien, pero los sicarios, aunque les diré que no quiero muertos, son letales, Tom. Si algo les falla no dudarán en disparar. Pero —me miró y sonrió— tranquilo, no te pasará nada.

—¿Nada? —dije con sorna—. ¡Los vamos a enviar a mi casa!

—Bueno, mejor dicho, no te matarán mientras dispongas de ella. Tú cíñete al plan. Los tengo que contratar yo, que al menos los conozco y así seré su referencia. Pero hemos de tener una cosa muy

clara. No podremos controlarlo todo.

—¿Por qué? —intervino Antonio.

—Porque si hacemos eso nos pillarán. Son ellos mismos los que tienen que llegar hasta las conclusiones. ¿Acaso no te das cuenta de lo que pasa en la lucha libre esa de la tele?

Asintieron.

—¿O en un combate de boxeo? —continuó—. Todos saben que algunos están amañados, pero en el momento en que se nota la apuesta se hunde. Aquí pasa lo mismo, les daremos incentivos, pero han de ser ellos los que lleguen al final. Ha de parecer que nos obligan a llegar hasta allí y no a la inversa.

—Eso no parece fácil y corremos el riesgo de no controlar alguna situación.

—Cierto, eso es imposible. Siempre pasan cosas que se escapan a cualquier control. Pero tenemos una ventaja. El ansia y la avaricia de todos ellos. Y que creerán que yo actúo por dinero.

—Antonio, ¿tienes algo que decir? Esto va a ser duro —le pregunté.

Mi amigo sonrió y me dijo:

—Ya sabes: «La lealtad ante todo, pero nunca antes que el honor».

Yo también sonreí. Me encantaba esa cita. Mi amigo me había explicado, tiempo atrás, que era de una película no muy conocida de Bruce Willis. En ella se la decía el padre del protagonista, interpretado por el actor John Mahoney, que también daba vida al padre de *Frasier*, serie de la que yo había sido muy fan. La frase era de un padre a su hijo, quizás por eso yo la adoraba.

A continuación, le indiqué a Julián, con el dedo, la máquina de cafés que tenía en el despacho y él asintió. Con calma y después de seleccionar una capsula de café de los fuertes, la puse en marcha. Un momento de pausa para afrontar la explicación de lo que se nos venía encima.

—Y todo por estas fotos —dijo Julián, examinando un diario que tenía encima de la mesa, mientras yo le daba el primer sorbo al café. En ella salía un hombre entrando en las oficinas de su partido político donde habían aparecido unas pintadas hechas la noche anterior. La noticia era lo de menos. El tipo, no.

Julián me miró y noté que en ese momento a quien miraba era a

su amigo de la infancia. Me mostró otra fotografía recortada de un artículo de diario. En ella se veía al consejo de administración de un banco que había quebrado. El titular decía algo sobre las bonificaciones que se habían embolsado a pesar de dejar en la ruina a sus propios clientes.

Amancio Porta era el que aparecía en las dos. Él era el objetivo.

—Si de verdad quieres hacerlo, este es tu hombre —me dijo, señalando a uno de los nueve individuos que salían en la imagen.

Allí, encima del dedo índice de mi amigo, observé el rostro sobre el que iba a recaer mi venganza. Al menos, una parte.

—Tomás, ¿estás con nosotros? —le dijo medio en broma Enrique.

Beatriz sonrió. Pero él siguió recordando.

—¿Cómo fue la llamada? No has dicho mucho —le pregunté a Julián, aún en su despacho.

El abogado rememoró una conversación telefónica que se había producido allí mismo hacía solo unos días. No era la primera. Llevaban ya un par de meses en contacto.

Una vez vieron que Porta era uno de los responsables de la caída en desgracia de mi padre y de miles de personas más, Julián recordó que había trabajado para ellos en su época en Barcelona y que conocía muy bien a su ayudante. De hecho, le había salvado de ir a la cárcel. Llamó a Evaristo González. Lo de Romero era de dominio nacional y todos le tenían ganas, así que le dijo que por un cliente había sabido que ese miembro destacado del partido, que estaba casi extorsionando al propio partido, tenía en su poder un archivo muy comprometedor. Ante la llamada, Evaristo sintió algo de indiferencia y quizás desconfianza. De hecho, todos pensaban en la existencia de ese archivo. Lo que le interesó de verdad era el motivo de la llamada. Su antiguo amigo y abogado sabía, por esos clientes de los bajos fondos, que alguien pretendía robar a Romero. Y ahí vio la luz y pensó que, si era cierto y alguien conseguía el archivo, sería una catapulta política si se apoderaba de él. Lo tenía en su mano. Si los ladrones conseguían su objetivo, tenía una opción muy real de sacar tajada.

Además, en una de sus primeras conversaciones, Julián lo obsequió con una información importante que este casi dijo sin pensar. A Romero le iban las prostitutas muy jóvenes. «Demasiado

jóvenes», le dijo maldiciéndolo. Porque mientras tuviera esos archivos era intocable para ellos.

Julián sonrió.

—Fue como estaba previsto. ¿Y a ti? ¿Cómo te fue el viaje al Pirineo?

Yo también me tomé un momento. Hacía poco más de dos días que había podido dejar el paquete en cuestión en el buzón de la casa de Romero: una caja de madera pequeña ornamentada con dos fotografías y una nota en su interior.

—Fue sencillo. La deposité sin problema. Lástima no haberle visto la cara al abrir el paquete.

—Fetén —sonrió burlón ante mi mirada de asco por esa palabra—. Cuando sabes los gustos de los que fueron tus clientes, todo es muy sencillo.

Dejé la taza de café en la mesa y me puse serio.

—¿Cómo serán…? Es decir, ¿cómo son los que enviarán?

—No te voy a engañar, son unos auténticos hijos de puta. Pero si los contrato yo, los tendremos controlados. Eso es básico. Si lo hace Evaristo iremos a ciegas y será aún más peligroso. Tú solo procura tener siempre a tu disposición la caja, pero no la entregues hasta el momento exacto. Ese es tu seguro de vida. —Se paró escogiendo bien las palabras—. Tomás, estas cosas siempre tienen imponderables. Son muchos años de carrera. Es casi imposible que todo salga tal y como lo hemos planeado. Esto no es una peli. En algún momento, algo se torcerá. Siempre pasa, y de cómo reaccionemos dependerá que todo salga bien o.

—Ya. Me imagino el final si algo no sigue su curso.

—Solo es cuestión de adaptarse y a ti eso se te da bien. Pero si piensas que estas cosas salen gratis, te equivocas. Alguien va a pagar. Vamos a provocar terremotos y ya sabes que dependiendo de la escala pueden ser terroríficos.

—Nos hubiera ido mejor que te llevarás bien con tu suegro y nos prestara la pasta —intervino Antonio, riendo. Intenté sonreír, pero se quedó en eso.

Los tres nos quedamos en silencio.

—¿Entonces? —preguntó Julián.

—Estoy preparado.

Tomás volvió de sus recuerdos. Allí, en aquel bar de Koh Samui,

regresó a la realidad, donde Enrique y Beatriz lo observaban expectantes. Y, ante la mirada de ambos, repitió, esta vez en voz alta, aquellas dos últimas palabras que les había dicho en el despacho a Julián y a Antonio.

—Estoy preparado.

62
Caprichos del destino

Mientras, en España, Evaristo González llevaba demasiados días sin apenas dormir. Casi no salía de casa, esperando a ver qué pasaba con la investigación de la muerte de Porta. Alguien había clavado una bandera en el estómago a su exmentor y el suicidio quedó descartado de inmediato. Debió de ser Julián o aquel serbio, pero no entendía el porqué. Los diarios también hablaban de un muerto en una zona cercana, por lo que el abogado no había cubierto bien su rastro.

Lo más importante era que Romero estaba acabado y que ahora era él quien tenía el *pendrive* con los trapos sucios del partido. No quería convertirse en un apestado, por eso había acordado viajar a Madrid para entregarlo a la cúpula. Ese era el final de Romero y el principio de Evaristo. No había abierto aquel *pen* por miedo a que llevara algún tipo de rastreador de red, o que en él hubiera algo que no podía ver y eso lo pusiera delante de alguno de Los Egipcios. Era una situación extraña. Tener aquella información a su alcance pero saber que quizás era mejor no saber.

Por otra parte, no sentía remordimiento alguno por haberse encargado de Porta. Pensaba que era probable que si no se hubiera adelantado, sería él quien hubiera acabado colgado de aquellas escaleras. Solo tenía ganas de que pasaran los días y que la cosa se suavizara. Entregar el *pen* y poder iniciar su ascensión política en Madrid. Puede que eso lo llevara un día a algún ministerio. Puede que más arriba aún. Los sacrificios que había hecho por el partido eran enormes, y de la misma envergadura tenía que ser su recompensa.

Esa mañana salió a tomar el aire por las calles de Barcelona. Tras unos minutos de paseo, enfiló la calle Balmes y el frío de finales de octubre le golpeó la cara. Pero no fue desagradable. Este venía acompañado de unos rayos de sol vigorizantes. Mientras caminaba se fijó en la gente con la que se cruzaba y que iban a su aire sin hacerle caso. Observó también los escaparates de las tiendas y los bares. Quizás en Madrid también vería lo mismo, pero desde su atalaya de poder era probable que dejara de mezclarse con la clase obrera y trabajadora que ahora le envolvía.

En el camino a su cafetería favorita, algo en un escaparate llamó su atención. En una vitrina había un objeto expuesto, junto a otros muchos, que le pareció familiar. Unos pasos después, algo le hizo retroceder mientras alzaba la vista hacia el rótulo de la tienda. A Evaristo le pareció que le iba a dar un ataque al corazón cuando leyó «Súper Asia» en letras rojas y llamativas. En esa tienda de artículos chinos tenían expuestas varias cajas ornamentadas y una de ellas era, sin duda, idéntica a la que había visto días atrás en Lleida y de donde el abogado Julián Pelegrí había extraído el *pendrive* que ahora tenía él. Tuvo que apoyarse en la pared para no caerse. Una caja de una tienda de chinos que jamás compraría alguien como Romero. Sin embargo, estaba seguro, por todo lo que sabía, que aquella caja era la que le robaron en su casa del Pirineo.

Cuando se repuso lo suficiente, regresó a casa acelerando el paso todo lo que pudo y con la respiración agitada. Una vez allí, conectó el ordenador y, con dificultad por los temblores, puso en el puerto USB el *pendrive* por el que habían pagado medio millón de euros.

Empezó a cargarse lentamente. Si la caja que tenía Romero no era más que una baratija de los chinos… No quiso pensar más. Empezó a sudar. El *pendrive* se abrió. No había encriptación y solo había un archivo de película. Le dio al *play* y quiso morirse cuando vio que allí no había más información que la película que habían grabado dentro y que llevaba por título: *Los vengadores*.

Por desgracia para Evaristo, en breve iba a sufrir un infarto planificado por alguien, a pesar de no tener antecedentes familiares ni motivos médicos.

Las apuestas no le habían salido demasiado bien.

***

Romero permanecía pálido sentado en el sillón de su casa en el Pirineo. Delante de su mesa tenía abiertos los diarios del día que su nueva ama de llaves le traía por la mañana.

Ese día, al entregárselos, la había encontrado rara, pero como era nueva y la conocía poco no hizo caso. Los dejó preparados en la mesa de su despacho mientras se preparaba un café antes de leerlos. Tenía el día libre porque por circunstancias extrañas los tres amigos con los que había quedado para jugar al golf le habían enviado un mensaje diciéndole que aquel día no podían. Se sentó en su butaca de piel después de darle un sorbo al café y la visión de la primera página de *El Mundo*, que como venía doblado por la mitad no había visto, lo trasladó a una escena ocurrida en su casa unos meses antes.

Un día llegaba a casa después de haber ido de caza y se detuvo en la entrada para recoger el correo. En el buzón había un paquete que por sus dimensiones pensó que no había llegado por correo ordinario.

Ya en el despacho, abrió el paquete que venía envuelto con elegancia. Era una caja ornamentada muy bonita de pequeñas dimensiones y venía con un sobre aparte. Dejó la caja en el escritorio, pero antes de abrir el sobre la observó en silencio con curiosidad. Medía unos veinte centímetros y calculó que dentro apenas cabría su reloj favorito, un Omega Seamaster. Cuando abrió el sobre se tuvo que apoyar en los reposabrazos de su sillón para no caerse al suelo. Había una nota, pero no le prestó atención de inicio porque a esta la acompañaban dos fotografías que lo dejaron sin habla. En ellas podía ver su propio rostro, pero justo delante también se observaba el de una chica que vista de aquella manera aún le pareció más joven de lo que recordaba. Estaban tomadas hacía justo unas semanas, cuando llevó a la última chica al bosque.

Cuando se recuperó del impacto y de lo que significaba eso, leyó la nota. En letra de impresión le decía que la caja contenía un *pendrive* con el resto de fotografías. El remitente le ordenaba que conservara la caja con el *pen* que iba en el interior hasta recibir instrucciones. Si lo hacía, a cambio de una buena suma de dinero, podría recuperar la tarjeta de memoria de la cámara fotográfica y no volvería a saber nada del asunto.

Ese día, el viejo se sentó en su sillón y empezó a sudar. Después de unos segundos de indecisión marcó el número de Fidel Albiol,

que le aconsejó deshacerse de todo. No lo hizo.

Ahora, en portada, venía una de aquellas fotografías. Se quedó casi sin habla y empezó a temblar. Renqueante, consultó su teléfono y empezó a ver que, en silencio, gota a gota, le iban entrando llamadas y más llamadas. Mensajes y más mensajes. Su mundo se tambaleó. Incluso ignoró la llamada que le hacía el detective privado que en aquel momento puede que fuera el único amigo que aún le quedaba. Fijó su vista en la vitrina con sus armas de caza.

En aquella casa del Pirineo de Lleida, lo último que se escuchó fue el sonido del disparo de una escopeta.

Después, silencio.

63
El pendiente maldito

Los tres permanecían sentados en el bar España. Tomás siguió con el final de su historia.

—Supongo que ya solo queda saber cómo y por qué he acabado aquí.

Enrique asintió y Beatriz se levantó.

—Yo ya lo sé —sonrió—. Voy al baño.

Enrique no perdió ojo del movimiento de sus caderas al alejarse. Braulio, en su línea, ni se inmutó. Era raro hasta para eso. Y no se podía negar que Beatriz tenía un buen culo.

—¿Continúo?

—Sí, por favor. Aunque estoy en *shock*. El *pendrive* no contenía información del partido, sino las fotos que ahora entiendo que tú le tomaste a Romero con la menor. Todos perseguían una quimera que solo afectaba al propio extesorero.

—Ni eso. Sabíamos que mandándole dos fotos de aquella noche con la niña, Romero no se atrevería a abrir el *pendrive*. Y si lo hacía nos daba igual. Teníamos las fotos de verdad. Solo pusimos una película que nos pareció original por su título. Venía muy a cuento. Era una venganza. Además, no había otra manera. Si el propio Romero no ponía empeño en recuperar la caja, que no era más que un adorno o, mejor dicho, una forma de desviar la atención, los demás no se hubieran interesado. Y como él no podía decir qué había en el *pendrive*, todos llegaron a sus propias conclusiones. Eso es mucho más efectivo que decirlo abiertamente. La gente siempre puede mentir, pero si ellos mismos creían que era real, los haría participar sin duda.

—Muy inteligente, Tom. A eso se le llama manipular, amigo. Pero ¿por qué todo el rollo de la caja?

—¿La caja? Ya te lo he dicho. —Hizo una mueca de complicidad—. ¿Qué hacen los magos? Es sencillo. Desviar la atención. La caja o el objeto, era igual lo que fuera, que contuviera el *pendrive* tenía que ser peculiar. O llamativo. Eso siempre conlleva preguntas, y si te haces preguntas sobre algo insustancial, no te las haces sobre otras cosas que al final son las importantes. Por eso buscamos una caja con muchos ornamentos. No podía ser un simple recipiente.

Enrique levantó la copa e hizo un brindis al aire.

—Sigue, por favor.

Bien. Había tomado una decisión. Tenía que irme del país y rápido, ahora que aún podía y la juez no me había quitado el pasaporte. Los días posteriores a la muerte de Toni habían sido un calvario. Casi me había perdido el entierro por tener que participar en la reconstrucción de los hechos que había ordenado el juzgado. Yo solo participé en la parte del asesinato de mi amigo y las lesiones de mi hermana, pero la investigadora de homicidios de Lleida no me acababa de creer. La verdad es que es buena. Buscaban la relación con lo que le había pasado a Porta. Dos muertos tan cerca no les cuadraba, pero no tenían manera de ubicarme en el patio gótico. Con una excepción. Mi pendiente.

Estuve dos días esperando que me fueran a detener, pero sabía que el ADN no es instantáneo, por lo que esa opción, si tenían mi pendiente, no estaba descartada. Por eso tenía que aprovechar que aún podía y marcharme.

Laura estaba bien, dentro de lo malo, y se iba a recuperar, pero yo necesitaba irme rápido de allí. Mi destino iba a ser Tailandia.

Me fui a la estación de trenes para ir al aeropuerto de Barcelona a buscar el avión. Ingrid ya estaba fuera de todo peligro y Julián iba a autoingresarse en la clínica de desintoxicación. Aquella era toda mi familia. Bueno, sin contar a Inés, claro. Ella estaba con su hijo y yo no me los podía llevar conmigo. Así que le prometí que un día volvería a por ellos, si me esperaba. Lo sabré en un tiempo.

Si vuelvo.

Ya en la estación, mis pensamientos se dividían entre Ingrid e Inés. A la primera la seguía queriendo a mi manera, y a la otra, pues qué te voy a contar más. Me volvía a alejar de ella por segunda

vez en mi vida. También temía por saber qué iba a pasar conmigo en aquel momento crucial. Tenía que coger ese avión sí o sí. Había perdido mi pendiente en aquel maldito lugar y, de un objeto que roza siempre con la piel, la policía sacaría mi ADN. Había intentado estar aislado, pero claro, no iba a estar encerrado en casa permanentemente. Si la policía me buscaba, la puerta de mi casa, aunque la había repuesto con una nueva y acorazada, no les iba a impedir entrar. Y no podía llamar a ningún conocido sin levantar sospechas.

Mi amigo Riki también me había llamado varias veces, pero hasta a él me daba miedo cogerle el teléfono. Sentía muchísimo tenerlo tan apartado de mi vida, pero no tenía opción.

Julián me había aconsejado esperar a ver qué pasaba, pero, en todo caso, la policía no tenía una muestra de mi ADN para compararlo con lo que hubieran sacado del pendiente, por lo que si no le daba motivos a un juez para que los autorizara a sacarme una muestra, estaba a salvo. Claro que luego pensé en la cantidad de fotos que recorren Facebook, Instagram y alguna otra aplicación más antigua donde algún sabueso de la pasma, y yo conocía a algunos muy buenos, podría ver ese pendiente y reconocerlo.

Mientras esperaba la hora de salida del tren, en la tienda de revistas de la estación conté a cuatro agentes de la Policía Local que se acercaban. Mi cara no cambió de expresión cuando vi que uno de ellos era mi amigo Riki. Llegó hasta mí y los demás se quedaron atrás. Su cara era un poema. La mía imagino que también empezaba a serlo. Tenía que coger ese maldito avión o nada de lo hecho habría valido la pena. Y lo había pagado muy caro.

Se paró a mi lado y, mirando el panel de los trenes entrantes, me dijo:

—¿Tienes algo que contarme?

—Hombre, Riki. Pues sí, pero hubiera preferido esperar unos días para hacerlo.

—¿Cuándo? Porque parece que te vas.

—Tengo que hacerlo.

—Joder. La que habéis liado, porque esto no lo has hecho solo. La mano de Julián y la de Toni también están presentes. Y mira dónde está él. Y tu hermana. Y tu mujer, tío.

No contesté. No sabía qué decir, la verdad.

—Joder, Tom —protestó.

—Lo siento, Riki. Esto se gestó hace tiempo y no quisimos involucrarte. Tú tenías mucho que perder. Y sigues siendo un buen policía y padre de familia.

—Y tu amigo, joder —repitió, comiéndose la palabra.

Riki apartó la vista de los paneles y me miró.

—Ha habido muertos. Por una vendetta. Y uno ha sido mi amigo. —Luego rectificó—: nuestro amigo. Nuestra familia.

—No era lo que pretendía, te lo juro. No te imaginas cómo lo siento. Nunca me lo perdonaré.

—Eso no nos lo devolverá, ¿verdad?

—No podía con el suicidio de mi padre, y lo que hice después… —Me detuve—. Qué te voy a contar. Tú querías a mi viejo y él a ti como a un hijo.

—Así es.

—De verdad que lo siento, Riki. No sabía si lo entenderías.

Me miró, sacó la mano del bolsillo y buscó la mía antes de estrechármela. Entonces la abrí y allí estaba mi pendiente. Se quedó mirándome sin decir nada. Y yo seguía sin saber bien qué decirle a mi amigo.

Por la mente de Riki pasaron muchos recuerdos.

Se vio cuando era pequeño jugando en mi casa, compartiendo mis juguetes. Era el único del grupo que no tenía padre y el mío lo mimaba y lo trataba siempre como si fuera hijo suyo. Muchos recuerdos y sentimientos mezclados en torno a aquel señor, siempre atento y cariñoso. Después se trasladó al momento de entrar en el patio del Institut d'Estudis Ilerdencs, donde encontraron a un tipo colgado y una caja. Y aunque no entendía nada, en el suelo había un pendiente que reconoció de inmediato. Tuvo que hacer ver que se le revolvía el estómago como si vomitara para agacharse y, disimulando, recogerlo.

—Sí, lo hubiera entendido.

Después de eso, Riki se giró para marcharse. Sus compañeros lo esperaban.

—Te llamaré —le dije.

Riki, sin volverse, levantó la mano e hizo el signo de la victoria o de la paz, que en ese caso ya daba igual.

Yo solo vi alejarse a mi amigo, sabiendo que algo se había roto

entre nosotros. Pero somos amigos y siempre esperas lo mejor de ellos. En ese momento, esperaba que algún día volvería a abrazarlo. Cogí ese tren hacia el aeropuerto sin saber si eso llegaría a ocurrir nunca.

Solo tenía un billete de ida.

—Oye, ¿y qué fue de Cebrián? ¿Lo sabes? —preguntó Enrique.

—Eso se me escapa, pero un tipo con sus recursos puede que no aparezca nunca más. A saber.

64
Consecuencias

Un mes después de los hechos en Lleida, en las calles de Santo Domingo en la República Dominicana, un hombre caminaba cabizbajo e inseguro. Se había instalado allí hacía solo unos días, pero como llegaba cargado de dinero a un país donde la pobreza rezuma por las calles, no había tenido problemas para buscarse un buen refugio. Los hombres como él, que se han pasado la vida forjando relaciones de las que aprovecharse, no suelen tener muchos problemas para hacer amigos donde más les interesa.

El excomisario Cebrián se iba directo al bar y después le esperaba la playa. Poco más tenía que hacer en los siguientes meses. Hasta que la cosa no se aclarase en España había preferido leerlo en la prensa. Hoy en día a través de internet se accede a todo sin tener que estar presente.

Evaristo había dejado de contestar a sus mensajes hacía un día y, aunque no pensaba preocuparse demasiado, ese hecho tampoco lo dejaba indiferente. Su suerte podía estar muy relacionada con la del pupilo de Porta. Aquellos pueblerinos les habían tomado el pelo y el dinero. Tenía claro que, pasado un tiempo prudencial y cuando fuera seguro volver al país, una de sus primeras paradas sería Lleida. Y si era necesario mancharse las manos de nuevo, no le iba a temblar el pulso.

El bar estaba en la misma playa y era un hervidero de turistas imbéciles reconocibles por llevar las estúpidas pulseras del complejo donde estaban pasando las vacaciones: algunos grupos de hombres en busca de sexo barato, algunas mujeres en busca de sexo exótico y algunas parejas que celebraban la luna de miel.

Cebrián prefería ignorarlos y era muy precavido cuando alguno de aquellos impresentables sacaba el móvil para hacerse alguna foto. Siempre intentaba dar la espalda a los grupos y si veía esa acción tapaba su cara con disimulo. Era muy consciente que hoy en día, con los programas de reconocimiento facial, si te quieren encontrar es bastante sencillo para quien tiene los recursos.

Mientras apuraba su whisky se fijó en una chica que estaba sola en una esquina. También en dos tipos que bebían cerveza y que de vez en cuando lo observaban. Unos gritos en el otro lado lo devolvieron a la chica, pero decidió no perder de vista a los dos hombres. Ella bebía bourbon y no hacía caso a los comentarios de un grupo de tíos más bebidos de la cuenta que la acosaban. La chica, de estatura media, no muy guapa pero en buena forma física, leía un libro a través de unas gafas de pasta e ignoraba lo que le decía uno de los chicos del grupo. No era nativa, y tampoco parecía esperar a nadie. Cebrián se le acercó y se interpuso entre ella y el gallito, que la seguía invitando a una copa.

—¿No ves que la estás molestando, imbécil?

El chico, algo más bajo que el expolicía, cambió la cara y el resto del grupo quedó en silencio.

—¿Que eres su padre? —insistió burlón.

Algunos de los amigos contestaron a la pregunta con una risa endeble. Estaban de vacaciones en un país donde por cinco euros tenían sexo. Una pelea, aunque fuera contra un carcamal, les podía generar problemas, así que uno de ellos se acercó al más encendido y le susurró algo a la oreja. El excomisario se mantenía impasible y con la mirada desafiante. La chica parecía ignorarlos a todos y seguía leyendo como si no hubiera más mundo que el de aquellas páginas.

El que estaba cerca de la chica resopló con media sonrisa de burla y, después de perdonarle la vida al viejo —eso pensaba él—, se giró y junto con el grupo se marcharon del bar. La chica levantó la vista hacia Cebrián y solo le dijo:

—No necesitaba ninguna ayuda.

—No pretendía ofenderla. He sido policía toda mi vida y… —dudó—. Es defecto profesional.

La chica lo miró de arriba abajo y, volviendo a su libro, le respondió:

—Si usted lo dice. —Pasó una de las páginas de la novela y con ese gesto le indicó que la conversación se había acabado.

Cebrián volvió a su whisky, lo apuró y pidió una cerveza. Consultó las noticias desde su móvil de prepago, que había comprado hacía poco, y como llevaba haciendo hacía días constató que en España se seguía hablando de corrupción, de rebelión, y aún coleaba lo de los miembros de la manada y todas las demás mierdas que habían llevado al país a la saturación. Casi se alegró de alejarse por un tiempo de todo aquello. La tarde caía y el sol empezaba a dejar de abrasar. No dejaba de ser bello y de una paz sobrenatural el hecho de poder contemplar un mar cristalino. Las preocupaciones del excomisario parecían más pequeñas con esas vistas. Una voz interrumpió ese momento de paz.

—Perdóneme. He sido una borde, pero es que parece que ni aquí me escapo de aguantar estúpidos.

Cebrián se volvió y vio que la chica del libro era más guapa de lo que parecía en la esquina. Detrás de las gafas con montura negra había unos bonitos ojos almendra. Arriba solo llevaba un bikini azul para tapar unos pechos no muy grandes y abajo un pantalón tejano muy corto. La chica guardó el libro en una mochila pequeña y, como el hombre no parecía reaccionar, se dispuso a irse.

—No. Espera. Eres española.

Ella se volvió y le sonrió por primera vez desde que la había visto.

—¿En qué lo has notado?

—¿Has cenado? —contestó él algo brusco.

—No, pero no estoy aquí en busca del paraíso como aquel grupo de cretinos.

—Yo tampoco, te lo aseguro. Solo que estaría bien cenar con alguien de mi país después de un mes viendo grupos de borrachos por todas partes.

—¿Llevas aquí un mes? —Dudó un momento—. Entonces debes de conocer algún sitio auténtico por aquí.

—Por supuesto.

Ella parecía pensárselo.

—Te aseguro que solo será una charla entretenida y una copa.

—Está bien. ¿Tengo que ir al hotel a cambiarme?

—No, no. Aquí no se fijan en eso y te llevaré a un bar autóctono

de aquí y no la mierda esa que hay en los complejos.

Los dos salieron del bar y, siguiendo el paseo, se metieron por una callejuela. Cebrián miraba de reojo a la chica cuando ella se despistaba observando las casas de la zona, las calles y sus gentes. Se fijó en un tatuaje situado en su hombro izquierdo. Era sencillo y, al igual que sus gafas, eso la hacía más atractiva aún. Solo eran unas líneas abstractas que parecían crear una especie de ojo. O eso pensó él.

Pero también sabía que esas pinturas en la piel suelen esconder muchos secretos íntimos. Y aunque no se lo había propuesto de inicio, ansiaba poder conocerlos todos. Era, como poco, veinte años mayor que ella, pero él aún se sentía joven.

Dos estruendos interrumpieron sus pensamientos. Si el excomisario hubiera estudiado o leído más, hubiera sabido que aquel tatuaje representaba el ojo de Horus. Y que la que en ese momento sostenía un arma delante de él era la agente más letal de Los Egipcios. Se miró el pecho y comprendió demasiado tarde que su vida expiraba. La mujer guardó su arma en el bolso. Recogió los casquillos y, mientras él aún agonizaba, le quitó los billetes de la cartera y el reloj. Un atraco en Centroamérica es algo común.

Cuando la policía llegó al lugar, Cebrián había muerto y Horus había desaparecido hacía rato.

Mientras se dirigía al coche alquilado para cambiarse e ir al aeropuerto, llegó un mensaje a su terminal encriptado. Unas señas, una fotografía y una indicación roja.

El destino de alguien, sin saberlo, empezaba su particular cuenta atrás.

65
Armagedón

En el bar quedaban ya solo un par de clientes. En el rincón, que parecían tener reservado, Enrique apuraba su tercera cerveza y Tomás el segundo café. Beatriz seguía en el baño.

—Lo confieso —le dijo Enrique—. Cuesta creerse esa historia, Tom. Y sé que no mientes. Pero es una pasada. Ahora entiendo muchas cosas. Qué cabrones, le robasteis a Romero una caja que vosotros mismos le habíais hecho guardar. Qué astutos. Eso hizo creer a todo dios que lo que había en la caja era la información confidencial que Romero guardaba del partido.

—Claro, ¿cómo íbamos nosotros a saber dónde cojones guardaba él esa información que no había conseguido nadie?

—Lo que me has contado es una venganza en toda regla y te saliste con la tuya. Joder.

—Perdí a mi amigo Antonio. No me siento ganador. La venganza casi me consume.

—Ya, ya. Pero te vengaste de tu suegro, de uno de los directivos del banco, te llevaste el *pendrive* y el dinero. Yo creo que te has salido con la tuya.

—En realidad, no. Bueno. No del todo. Te he contado el plan, y cómo lo llevamos a cabo, pero siempre hay efectos colaterales. Y en mi caso fueron peores de lo que jamás imaginé. Así que el plan acabó siendo más amplio.

—No lo entiendo, ¿a qué te refieres?

—Creo que con tu experiencia sabes que al final siempre acabas pagando de una manera u otra.

—Sigo sin entender.

—En la bolsa siempre hay días en los que pierdes, ¿no?

—Ah, claro. Eso es cierto. Pero en tu caso… No lo veo.

—Porque no has prestado atención a los detalles importantes.

Enrique puso cara de no comprender.

—Enseguida lo entenderás. El día que llegué a casa después de escapar de…, bueno, ya te lo dije, allí me estaba esperando la Muerte. Lo vi claro y, por todo lo que había sucedido por mi culpa, casi pensé que merecía irme. Pero pensé en mi hermana. Y sobre todo en no dejar un cabo suelto sin atar. Al revés, de hecho, ese era el cabo que tenía que cortar. Después de aquello, mi venganza personal pasaba a segundo término.

—Sigo sin entender.

—Fue fácil. Ya te lo dije. Hice un trato con la Muerte.

—Venga, Tom. Que la historia ya es buena sin tener que meter cosas raras, hombre —sonrió—. El ángel de la muerte. Venga, hombre.

Tomás le devolvió una sonrisa que se quedó a medias.

—Recordarás que me suspendieron de mi trabajo de policía. Pues hicieron bien. En mi afán por hacer justicia, un hijo de la gran puta quedó libre.

—Esas cosas pasan, tío, no te tortures.

—Déjame terminar. Aquel desalmado salió de la prisión donde estaba, gracias a mi pifia, así que pensó que era invencible. Y sobre todo salió con ganas de recuperar el tiempo perdido. Así que se fue a un barrio de la periferia de Lleida, esperó a que unos críos se quedaran en la calle jugando sin presencia de adultos y convenció a una niña de seis años para que lo acompañara a comprar chucherías.

La cara de Enrique empezó a ponerse roja y sus ojos se abrieron expectantes.

—No sé si quiero saber cómo acaba esa parte de la historia.

—Pues es importante, porque al final ese es el motivo por el que estoy aquí.

Enrique se movió en el sillón, incómodo.

—La niña apareció muerta dos días después —siguió explicando—. Los detalles de lo que le hizo te los voy a ahorrar, aunque yo los tengo grabados en mi memoria. Para ser breve, hizo lo que aprenden los violadores condenados cuando salen de prisión de

permiso: que si la víctima no habla, creen que a ellos no los vuelven a pillar. Lo he visto demasiadas veces. Así que cuando se cansó, tiró el cuerpo de la niña y desapareció.

—Joder. No sé qué decir.

—Pero lo encontré.

—No te entiendo —acertó a decir Enrique.

—A ver si me explico. Cuando acabé el trabajo ya tenía dinero suficiente como para empezar a buscar a aquel cabrón. Iba a contratar jáqueres, sobornar funcionarios, lo que hiciera falta. Ese era el objetivo. Tenía que enmendar, si es que eso era posible, el error catastrófico que había provocado. Pero no iba a ser tan sencillo, así que encontrarme cara a cara con la Muerte casi me vino bien. Porque por mucho que me esforzara y pudiera pagar o sobornar a quien necesitara, me iba a ser muy difícil dar con él. Tenía dinero, pero yo no tengo los medios para encontrar a alguien que desaparece del mapa. Es evidente. Sin embargo, tenía algo que ofrecer a cambio. Así que le daría aquello que me mantenía con vida y Ella me ayudaría a encontrar al hijo de puta. Recuerda que disponía de una grabación donde se veía a Cebrián y a Evaristo González matando a Porta. Vi las imágenes y no dejaban lugar a dudas. A gente muy importante le interesa que ese archivo no salga a la luz. Ya hay demasiada mierda agobiando a los políticos. Si se lio con lo del máster, imagina si se los ve matándose entre ellos.

—Pero no lo entiendo. ¿Qué podía querer —dudó antes de decirlo— la Muerte de ti?

—Lo mismo que de todos.

Enrique no estaba cómodo con el final de la historia. Algo dentro de él le incomodaba y a la vez le advertía. Miró por encima de Tomás, que ahora lo observaba sin mediar palabra.

Sin darse cuenta, los dos últimos clientes se habían ido. Braulio permanecía detrás de la barra, ajeno a lo que ocurría, concentrado en su *smartphone* y esperando cerrar pronto el local.

Entonces, Beatriz volvió del baño.

Tomás giró la vista hacia la chica, que caminaba hasta los dos hombres. Ella le lanzó una especie de sonrisa.

—¿Quieres saber cuál era el trato?

—No sé si quiero saber más.

Tomás se levantó y sacó un revólver. A Braulio se le cayó el

móvil al suelo cuando vio el arma y se quedó de pie paralizado detrás de la barra. Todos se quedaron en silencio. Tomás no dijo nada más. Estiró el brazo y apuntó a la cara del tipo, que solo tuvo tiempo de abrir los ojos incrédulo.

—He tenido mucho tiempo para pensar en si sería capaz de, una vez llegado el momento, apretar el gatillo. Pero ¿sabes qué? Tengo la cara de esa niña grabada a fuego en mi alma y, aunque no deja de ser culpa mía en primera instancia, no puedo obviar que quien la violó y asesinó es el puto diablo.

Beatriz intervino.

—Eso no te la devolverá, Tomás. ¿Seguro que quieres hacerlo? Vas a traspasar una línea de la que no hay vuelta atrás.

Un disparo certero en la frente acabó con él.

Enrique entró en pánico mientras Braulio caía muerto al suelo detrás de la barra. El dueño del bar también tenía un revólver escondido en la caja, para emergencias, que no había tenido tiempo de usar.

Beatriz se quedó inmóvil a medio camino entre el baño y ellos dos.

—Bien, Enrique, deja que acabe con mi historia. Si no me equivoco tenemos unos doce minutos hasta que la policía tailandesa llegué hasta aquí. He tenido dos meses para hacer pruebas. —Hizo una pausa—. Tailandia es el paraíso de los pederastas. Era normal que una rata de esa especie se ocultara aquí.

—Pero… pero yo no. Yo no soy un pederasta. Lo juro. Verás, yo…

—Tampoco te llamas Enrique, ¿verdad?

—¿Qué? No, no. Es cierto, no me llamo Enrique, pero yo no soy ese violador de niños. Te lo juro —suplicó.

—Claro que no, hombre. El violador era ese cabrón —dijo señalando a Braulio—. Aún no sé cómo he aguantado todo este tiempo. Lo que habrá hecho por aquí el muy hijo de puta.

Beatriz, que no había abierto la boca, se fue hasta la caja registradora y allí, en un compartimento debajo de los billetes, encontró el arma que el pederasta guardaba mientras este yacía en el suelo encima de un charco de sangre.

—Pero, entonces…, no lo entiendo.

—Pero ¿no ves el final, querido amigo? Yo solo no podía

encontrar a los dos hijos de puta de mi historia. Así que acepté entregar el archivo al agente de Los Egipcios que enviaron a mi casa a cambio de que ellos, con sus medios, me ayudaran. ¿Lo entiendes, Albiol? ¿Cómo crees que sé de tu existencia?

El detective privado enmudeció. Estaba claro que le habían tendido una trampa y había caído de pleno. No estaba acostumbrado, puesto que las acostumbraba a tender él. Tomás siguió hablando.

—Solo tuve que dejar un rastro que alguien como tú pudiera seguir fácilmente. Estaba seguro de que intentarías recuperar el archivo como fuera. Romero perdió su baza y pensó que si recuperaba este nuevo archivo volvería a tener el control. Julián, antes de entrar en la clínica, hizo una última jugada y se lo envió. Una grabación donde se ve asesinar a Porta es una golosina demasiado dulce. Pero como sabrás, Romero abandonó este mundo hace unos días, nos encargamos de que los diarios tuvieran las fotos con la menor. En cambio, tú no te has ido. Desde que te he contado lo del llavero, no le quitas ojo. Lo querías para ti. No está aquí, claro. Eres demasiado ambicioso y no podías permitir que esta historia acabara en saco roto. Yo, para asegurar el resultado final, sabía que lo mejor era teneros a los dos en el mismo lugar. Estaba seguro de que una vez el agente de Los Egipcios me indicara dónde encontrar al pederasta, el detective privado que mató a mi amigo y casi mata a mi hermana me seguiría. Así que compré un billete para Koh Samui y me presenté aquí. Y allí estaba el muy hijo de puta —dijo señalando el cuerpo del dueño del bar—. Vivito y coleando detrás de su barba. Me busqué un pequeño apartamento y esperé a que me encontraras.

Albiol estaba encajando las piezas y no era capaz de decir nada.

—No era tan difícil —continuó Tomás—. El pederasta no me conocía, los de la científica no solemos estar en contacto con los detenidos a no ser que les saquemos las huellas, y yo no lo hice con este, así que no me podía reconocer. Como ni siquiera fuimos a juicio, tampoco me vio la cara por haber metido la ropa interior de la niña en su armario. Además, no sé si llegado el momento podrán demostrarlo, pero eso es otra historia. Tú y yo tampoco coincidimos nunca, por lo que yo, a pesar de saber quién eras, lo tenía fácil para dejar que me encontraras, te acercaras a mí e intentaras hacerte

amigo mío. Solo tenía que esperar el momento.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué me has explicado esa historia? ¿Por qué no hacerlo nada más llegar?

—He seguido las indicaciones que me han dado. Mientras has estado aquí te han monitorizado, lo saben todo de ti, de tu agencia y también lo que sabes de Romero. Y yo, bueno, quizás necesitaba ver tu cara mientras te explicaba cómo matabas a uno de mis mejores amigos. Y casi por los pelos a mi hermana. Los dejaste tirados en el callejón como si fueran perros abandonados.

—Fue un accidente, lo juro.

—¿Sabes? Eso de que no somos capaces de quitar una vida, o aquello de que eso nos puede cambiar por dentro… Pues te aseguro —le dijo mirando al pederasta— que no es cierto. Sienta muy bien. Lástima que no le podré contar a la familia de la niña que este hijo de la gran puta está muerto. Sigue siendo culpa mía que ella muriera, pero reconozco que me siento bien.

—Te estás equivocando, Tom. Yo no soy así, fue un accidente.

—No tengo intención de matarte, si eso es lo que crees, pero sí sé limpiar un escenario, y creo que tendrás que responder ante las autoridades de Tailandia sobre el asesinato de un camarero.

Albiol intentaba ganar tiempo. No estaba dispuesto a comerse aquel marrón. Calculó que la policía aún estaría lejos de ayudarlo. Pero tenía otra opción. En la isla, no le había costado conseguir una vieja Walther PPK. Era pequeña y solo tenía siete balas. Las suficientes para dos objetivos. Sacó el arma del bolsillo pillando a Tomás con la guardia baja. Este intentó responder levantando su revólver, pero iba tarde.

Se escuchó un disparo.

Todos se quedaron quietos y el tiempo se detuvo. Albiol sonrió. Intentaba aguantarse derecho. Tomás se acercó a él y, con un gesto, le señaló a Beatriz.

—Te presento a Horus. La Muerte siempre cumple sus tratos, amigo.

El detective cerró los ojos y cayó al suelo.

Ahora Tomás y la que se hacía llamar Beatriz, o Horus, o la Muerte, o lo que fuera, permanecían de pie uno delante del otro. Él miró el reloj.

—Siete minutos —le dijo a la mujer, que estaba inmóvil pistola

en mano.

Tomás sonrió y dejó el revólver en el suelo mientras Horus se encaminaba a la puerta.

—El *pendrive* está en mi habitación del apartamento, dentro de una goma de borrar. No hay más copias. Te lo juro. Hasta aquí nuestro trato.

Ella seguía de pie. Tomás esperaba su destino. Ya había cumplido con su propósito y de repente estaba muy cansado. Cualquier decisión que adoptara la agente le iba bien. Solo quería evitar sufrir. Horus se acercó hasta el pederasta, que yacía en el suelo. Cogió la mano del cadáver y la puso pegada a la suya mientras sujetaba el revólver y ganaba algo de altura para efectuar un disparo, y abrió fuego. Con eso, el muerto tenía restos de pólvora en su mano y la trayectoria del disparo no estaba hecha a ras de suelo.

Tomás se quedó inmóvil y la bala pasó cerca de su cabeza.

—No me gusta demasiado que te refieras a mí como a la Muerte —le dijo ella.

—No te lo tomes a mal. Era una metáfora, y como siempre he pensado que yo no saldría de aquí con vida, me dejé llevar.

Se quedaron los dos unos segundos en silencio.

—Cuando me presentaste a Albiol, ¿por qué le dijiste que me llamaba Beatriz?

—No sabía, ni sé, cómo te llamas de verdad, y así se llamaba la pequeña que ese malnacido… Me pareció una buena idea. Nunca sabes por qué haces según qué cosas. Justicia poética, supongo.

—Me gusta ese nombre.

Se miraron. Ella parecía estar sopesando sus opciones.

—Me llamo Judith. ¿Sabes montar una escena del crimen? —le dijo ella.

—Claro.

—Pues recoge el arma de Albiol y deja allí tu revólver, pero antes cógele la mano y dispara hacia la barra. Es demasiado difícil matar de un solo disparo y mejor que los dos tengan restos de pólvora. Ha de parecer que se han matado entre ellos, y con dos disparos cada uno será más convincente.

—¿Por qué lo haces…? —Se lo pensó mejor y añadió—: No te lo he preguntado nunca, pero ¿por qué no me mataste aquella noche

en mi casa?

Cuando aquella noche Tomás cruzó la puerta de su casa abatido y roto por cómo había acabado todo, se quedó unos segundos en la entrada. Aquella no parecía su casa. Ingrid ya no dormiría más allí, ni Toni participaría nunca más en una de sus timbas de póquer. Había pagado demasiado cara su venganza. Cerró la puerta como pudo, ya que aún no estaba arreglado el bombín, y después se fue al comedor. Necesitaba acomodarse en su sofá. En un lugar que le recordara el hogar. Ni eso pudo hacer. Allí, entre las sombras, estaba ella, precisamente sentada en el sofá y con una pistola en la mano.

La había descrito como la Muerte, pero era Horus. Una agente de Los Egipcios que iba a completar el trabajo. No hizo amago alguno de huir. Tomás se rindió antes de empezar. Estaba cansado y agotado. Ella se levantó y él le pudo ver la cara. Tenía una tez agradable, casi atractiva. «Una buena forma de pasar al otro barrio», pensó.

—Sé que buscas el archivo de Romero. No existe. Bueno, sí. Pero lo hemos preparado para que lo reciban los medios de comunicación dentro de poco. No contiene más que unas fotos con una menor. Si pensabais que contenía información sobre los tejemanejes de su partido, siento decirte que no era así. No sabemos nada de eso.

Ella se levantó sin decir nada con la pistola apuntándole a la cabeza.

—No sé si puedo pedir algo, pero me gustaría poder hacerlo.

—¿Quieres pedir por tu vida? —dijo ella con una voz que le pareció cálida.

—No. Por mi vida, no. Empecé esto por un motivo. Quería vengarme de los que hicieron que mi padre se suicidara, pero mis actos posteriores provocaron algo aún peor. Por mi culpa murió una niña de seis años. Y no solo murió, ella.

Quizás fuera el cansancio, o quizás la derrota de no poder hacer algo de justicia, pero por las mejillas de Tomás brotaron lágrimas que él intentó reprimir.

—Esa pobre criatura fue violada y torturada hasta la muerte. He conseguido dinero. Lo iba a emplear en buscarlo. Te lo daré si das con ese cabrón. Quería hacerlo yo, pero si tengo que morir me

gustaría saber que te encargarás de él.

—No quiero tu dinero.

—Pues te puedo dar otra cosa a cambio.

Ella lo escuchaba y aún no lo había matado, así que continuó.

—Tenemos grabada la muerte de Porta. Lo asesinaron dos de los suyos. Evaristo y el excomisario Cebrián. Te debe de sonar, no es tan famoso pero se lo relaciona con otro excomisario que está en la cárcel. El vídeo a cambio de encontrar al pederasta.

Ella dudó un momento. Tomás pudo ver el dilema que se le planteaba a Horus, la agente de Los Egipcios. Y aún seguía vivo. Estaba evaluando la situación.

—Me parece un buen acuerdo. Se lo expondré a mis superiores. Creo que les gustará el trato.

Guardó el arma y se dispuso a irse.

—En unos días contactaré contigo. Lo encontraré. No pierdas ese vídeo ni se lo muestres a nadie. Te va la vida en ello.

—¿Y el dinero?

—Haz lo que te parezca.

Horus desapareció y Tomás llegó por fin a su sofá. Se sentó y sacó todo lo que llevaba dentro. Lloró de rabia y de dolor por su amigo Toni. Por su hermana. Y por una niña inocente que sufrió las consecuencias de sus actos. Por un desgraciado efecto colateral.

Pensó que había hecho un trato con la mismísima Muerte. Pero la Muerte siempre acaba reclamando lo suyo y él estaba dispuesto a dárselo.

Tomás volvió a aquel bar de Tailandia donde ella estaba acabando de poner los cuerpos en posición.

—Aún no lo entiendo. Aquella noche en mi casa… Te podías haber llevado el archivo allí mismo. Estoy seguro de que sabías que lo llevaba encima.

Ella se detuvo un momento.

—¿Crees que los que acabamos haciendo un trabajo como el mío provenimos de familias felices? ¿Sin traumas ni recuerdos asociados al dolor? ¿Crees que acepté el trato por el vídeo o por la niña? Al final todos buscamos algo de redención sabiendo que pagaremos por nuestros pecados. Y los míos son numerosos. Yo sé que matar a alguien te quita algo dentro de ti. Pero a veces —miró al que se hacía llamar Braulio, tendido en el suelo— es bastante más sencillo.

—No me has contestado.

—Cierto —sonrió—. Solo era una niña que me recordó demasiado a otra.

Por primera vez desde que la conocía, Tomás escuchó a la chica que se hallaba detrás de la agente secreta. Tan solo fue un instante. Horus regresó a la entrada, donde la esperaba Tomás, y los dos observaron la escena del crimen preparada. La policía no tendría dudas. Se habían matado entre ellos. Cuando descubrieran sus identidades verdaderas llegarían a la conclusión de que un detective privado español había seguido hasta allí a un pederasta buscado en su país por asesinato y habían acabado a tiros.

—Nos quedan cuatro minutos —le contestó ella, mirando su reloj.

—Gracias. No sé cómo viviré con el peso de esa niña en mi conciencia, pero esto me ayudará algo. Te agradezco la oportunidad.

—Ya te lo dije. Ni siquiera nosotros somos robots.

—Ya.

—¿Qué vas a hacer a partir de ahora? ¿Qué planes tienes? —le dijo ella.

—No tengo ni idea. Pero no volveré a ser policía. Después de lo de la pequeña Beatriz, ya no puedo. ¿Por qué? ¿Sabes de algún trabajo? —dijo medio en broma.

Ella observó el escenario, el cuerpo del pederasta con un tiro en la frente y le sonrió.

—Puede.

Epílogo

Eduardo estaba en el sofá mirando la televisión, pero no veía lo que daban en la caja tonta. Su mente estaba fija en una fotografía que tenía en una repisa. En ella se veía a una familia compuesta por unos padres con sus dos hijas, una de unos seis años y otra de tres. Todos sonreían. Hacía demasiados días que en esa casa nadie era capaz de sonreír. La hija pequeña pasaba muchos días con sus abuelos maternos, aún sin entender por qué ya no podía volver a ver a su hermanita mayor.

La mujer estaba en la cocina preparando la comida cuando se oyó el timbre de la puerta.

—Por favor, ve tú, Eduardo —dijo ella sin mucho afán.

Entre aquellas paredes se respiraba una carga inasumible para cualquier familia. El hombre caminó hasta la puerta y la abrió, pero no había nadie. Tan solo un sobre en el suelo donde había escritas en una esquina las letras «Seth».

Indeciso, lo observó bien antes de recogerlo.

En la misma puerta de la calle lo abrió. Dentro solo había una fotografía. Aunque se había dejado la barba, reconoció al instante al tipo que allí aparecía. No pudo evitar las lágrimas, que brotaron incontroladas por sus mejillas. El hombre de la foto estaba muerto, tirado en el suelo y con un agujero de bala en la frente.

Unos segundos después y aún entre lágrimas miró al cielo.

Por primera vez en mucho tiempo y a pesar de la rabia, sonrió.

AGRADECIMIENTOS

Esta novela no vería la luz si no fuera por algunas personas que siempre están a mi lado.

Quiero dar las gracias a mi amiga, Noemí Trujillo, poeta y novelista. Es la primera persona que lee mis manuscritos y, si estos acaban llegando a buen puerto, ella tiene mucho que ver en ello.

A Lorenzo. Por todo.

A Carol Valenzuela, a Alejandro López y a Juanjo Rodellar. Gracias por vuestros consejos, para mí son de vital importancia.

A mi amigo y compañero Pere Cervantes. Te mereces todo el éxito del mundo.

A mi amigo y fotógrafo Jordi Fuentes, más vale tarde que nunca.

A mis editores, Gori, Ilya y Roger. Reconforta saber que detrás de todo, además de trabajo, hay amistad.

A mi agencia literaria Editabundo con Pablo Álvarez a la cabeza. Caminamos juntos en esto.

Al Cos de Mossos d'Esquadra. Nunca he tenido un no a mis compromisos literarios. Gracias por apostar por la cultura.

A mi madre, Lucía Rojo. Aunque te fuiste demasiado pronto, por mucho que pase el tiempo, siempre estás presente. Con ella comenzó esta aventura y espero que donde esté siga leyendo todo lo que caiga en sus manos. Con eso sé que siempre será feliz.

Y, por supuesto, a mi mujer Esther. Sin ella, nada de esto es posible.

NOTA DEL AUTOR

Esta es una novela de ficción, todos los personajes, tramas y contenido están creados por el autor con la licencia creativa que dan algunos hechos reales.

Rafa Melero Rojo es leridano de adopción, aunque nació en Barcelona en 1972. Mosso d'esquadra de profesión, debutó en el mundo editorial en el 2013 con la novela *La ira del Fènix*, autoeditada en Círculo Rojo. Posteriormente, en el 2014, la editorial Playa de Ákaba publica su traducción al castellano. En el 2015, publica *La penitencia del alfil* (Alrevés) en castellano y en catalán, esta última dentro de su sello negro «crims.cat», y en el 2016, se edita su tercera novela, *Ful* (Alrevés), ganadora del I premio de novela Cartagena Negra 2017.